

Medios violentos

Palabras e imágenes para el odio y la guerra

Pascual Serrano

Epílogo
Santiago Alba

Medios violentos
Palabras e imágenes para el odio y la guerra

© Pascual Serrano.
1.000 ejemplares - Enero 2010

ISBN: 978-9978-55-076-2
Código de barras: 978-9978-55-076-2
Registro derecho autoral: 032573

Portada y Diagramación
Diego Acevedo

Impresión
Editorial "Quipus", CIESPAL
Quito-Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de su autor.

Índice

Introducción	7
Prólogo	9
No nos quieren informar	17
Qué ganan los medios con apoyar la guerra	35
Apuntar al malo	55
Vender la guerra	69
Crear el miedo	119
Aplaudir a las armas	135
Mirar para otro lado	143
Comienza el espectáculo	163
¿Medios neutrales?	183
En busca del disidente	189
Buscando una salida	193
Conclusión	205
Epílogo	207
Bibliografía	279

Introducción

Este libro es la mejor prueba de que un texto puede ser un órgano vivo y dinámico en constante desarrollo. Su origen se encuentra en una conferencia para la XXIII Semana de Filosofía, que bajo el título *Comunicación y violencia* organizó el Aula Castelao en Pontevedra, en abril de 2006. Mientras la preparaba y revisaba notas y medios de comunicación, percibí la frecuencia e impunidad escandalosa con la que los medios propugnan, incitan y justifican la violencia.

El texto inédito de aquella conferencia me serviría de base para preparar el trabajo con el que participaría en la convocatoria al Premio Internacional de Ensayo Pensar a Contracorriente 2007 bajo el mismo título: *Comunicación y violencia*, donde resultó ganador.

Y siguió creciendo, porque meses después embauqué a Santiago Alba para que colaborase con un trabajo suyo que, unido al mío, un poco más ampliado, pudiese convertirse en un libro para editar en Venezuela por la editorial El Perro y la Rana. Nació así nuestro libro común *Medios violentos. Palabras e imágenes para la guerra*, que se presentó en Caracas en septiembre de 2007, y que fue seleccionado para la red de Bibliotecas Populares de los Consejos Comunales de Venezuela, algo que nos llenó de orgullo a Santiago Alba y a mí, porque suponía satisfacer la mayor ambición de quien escribe un libro, garantizar su difusión y distribución.

Después vendría el deseo de publicarlo en España. Coincidimos en que lo acertado era centrarse en mi parte de la obra debido a que la

de Santiago Alba estaba desarrollada en un libro anterior editado por Hiru, y no era cuestión de colocar a los lectores españoles un mismo trabajo en dos libros diferentes. De forma que Alba quedó más reducido en un texto *ad hoc* en el epílogo. Posteriormente se decidiría también publicarlo en La Habana en febrero de 2010, editado por Cecilia N. Valdés Ponciano y corregido por Maritza Vázquez Valdés, ambas de la editorial José Martí. Y así llegamos al último capítulo –por ahora– de la historia de este libro, que es su publicación en Ecuador, la edición que tiene usted en sus manos. No he podido evitarlo y algunas páginas le hemos añadido, es lo que pasa cuando se tiene el hábito de ir recortando periódicos y tomando notas, que uno nunca termina sus libros definitivamente, porque cuenta con más descubrimientos para incorporar.

De modo que esta es la historia de una conferencia que se convirtió en galardón cubano, después en libro venezolano, más tarde volumen español bajo el título *Medios violentos. Palabras e imágenes para el odio y la guerra* y que después volvió a Cuba y aterrizó también en Ecuador gracias al Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL). En ese periplo han aumentado los ejemplos y, sobretudo, los razonamientos teóricos, lo que no me impide recomendar a los lectores el libro original de Santiago Alba del que partió su epílogo, editado por Hiru bajo el título *Vendrá la realidad y nos encontrará dormidos*. Con lo cual esto se convierte en la primera introducción de un libro que insiste en recomendar a otro diferente.

Pascual Serrano

Prólogo

Históricamente, todos los grupos sociales han buscado recurrir a medios y estrategias de comunicación para transmitir al resto de la sociedad sus principios, valores, modelos e intereses.

Del mismo modo, la violencia de origen político y social siempre está presente en las sociedades, bien la protagonizada por grupos que se rebelan contra el poder establecido, bien la utilizada por este propio poder, o simplemente en las condiciones de vida de los ciudadanos que conllevan una determinada dosis de violencia.

Estos dos elementos –comunicación y violencia– confluyen cuando el discurso es utilizado para legitimar o desautorizar esa violencia. Al fin y al cabo, no nos debemos engañar, es prácticamente imposible informar de elementos relacionados con la violencia, la guerra o el odio eliminando el juicio de valor. El panorama se agrava cuando la capacidad de comunicar está distribuida desigualmente en nuestras sociedades.

Desgraciadamente, la ciudadanía no siempre tiene suficiente preparación para enfrentar las claves y estrategias comunicacionales, más aún en un tema tan fácilmente maleable por las emociones como es la violencia. Puede parecer que el mensaje generalizado en los medios de comunicación, al menos en el mundo que se denomina desarrollado, es el rechazo a la guerra, al odio, o a cualquier manifestación de agresividad, bajo la creencia y la impresión generalizada de que los medios suelen adoptar un papel pacifista y condenatorio de la violencia, eso no solo no es siempre así, sino que

pueden llegar a ser grandes aliados de la guerra y la agresión. Ese es, por tanto, el primer prejuicio a desmontar en este libro.

Esta obra no se trata de un análisis del control de la información y el uso de la propaganda que se desarrolla durante las guerras, algo que ya explicó acertadamente Ignacio Ramonet en el capítulo “Conflictos bélicos y manipulación de las mentes”, en su libro *La tiranía de la comunicación*¹. Ramonet nos relata cómo los Estados Unidos comienza a reclutar a los directores de Hollywood en los años 40, para que “expliquen” las razones de su intervención en la Segunda Guerra Mundial, y cómo Vietnam fue el punto de inflexión en el papel de la prensa. En esa guerra, por primera vez en la historia, los medios de comunicación denunciaron el comportamiento cruel de sus propios soldados en un conflicto. Desde entonces se acabó la política gubernamental de conceder acreditación automática para ir al frente o al lugar que desee a cualquier periodista. En septiembre de 1986 la Alianza Atlántica elaboró un informe sobre cómo comportarse con los medios de comunicación durante un conflicto bélico. Pero, como decíamos, lo que nosotros vamos a abordar no es esto, sino cómo se siembra el odio y se preparan las condiciones de apoyo popular para iniciar la guerra contra una nación o la agresión a un grupo social, cultural o étnico.

De otra forma no se puede explicar, por ejemplo, que dos países se encuentren en guerra si sus pueblos no quieren. Sin embargo, dos encuestas, en los Estados Unidos y en Iraq, difundidas en septiembre de 2007, nos ofrecen algunos datos elocuentes. La primera de ellas está realizada por la empresa de sondeos Gallup y publicada en el periódico *USA Today*, y descubre que solo el 35 por ciento de los estadounidenses declara que su gobierno debería mantener las tropas en Iraq hasta que la situación mejore. Es más, seis de cada diez consultados aseguran que la administración Bush engañó a la opinión pública para lograr invadir a ese país, se trata del mismo porcentaje que exige que el gobierno estadounidense fije un día para la retirada.

1 Ignacio Ramonet. *La tiranía de la comunicación*. Debate. Madrid. 1998

Si nos vamos al país árabe, podemos observar el sondeo de las cadenas BBC/ABC, según el cual un 85 por ciento de los iraquíes declara tener poca o ninguna confianza en las fuerzas ocupantes. De hecho, entre el 67 por ciento y el 70 por ciento de los iraquíes encuestados opina que el aumento en el número de tropas ha obstaculizado las condiciones para el diálogo político, la reconstrucción y el desarrollo económico, por lo que un 47 por ciento cree que deben abandonar el país inmediatamente y un 60 por ciento opina que los ataques contra las fuerzas lideradas por los Estados Unidos son justificados.

Por tanto, procede volver a la incertidumbre anterior sobre por qué razón se mantiene esa ocupación militar sin que la población estadounidense se rebele. Podríamos comprender que un país esté masacrando a otro, siempre que el primero cuente con el apoyo de su población, algo así vimos en la política expansionista de Hitler en la Alemania nazi, pero lo de los Estados Unidos en Iraq todavía es más grave, porque ha logrado crear un modelo de sistema político que puede convivir con una guerra que no es aceptada ni siquiera por el bando que la promueve e invade, aun habiendo terminado el año 2007 con casi 4 000 soldados muertos.

La socióloga Ángeles Díez plantea de qué forma la ausencia de entornos de debate colectivo y ciudadano en las sociedades modernas ha permitido que las mentes estén más expuestas y vulnerables a los medios de comunicación:

A medida que la sociedad moderna se ha ido fragmentando y atomizando y han ido desapareciendo los espacios y tiempos de interacción social (los centros de trabajo, los sitios de reunión, etc.) la única fuente de información han pasado a ser los medios de masas. Solo ante el televisor, atrapado en el atasco oyendo la radio, leyendo el periódico mientras come, el individuo tiene un papel insignificante en la “construcción de la noticia” y sus significados. De este modo, la propaganda tiene mayores garantías de éxito. Por otro lado,

los medios consiguen multiplicar los efectos de la propaganda como nunca antes, ya que actúan sobre muchos individuos simultáneamente. Ningún mecanismo que contrarreste sus efectos tiene la misma capacidad.²

Pero el asunto puede percibirse con otra gravedad añadida. La preponderancia de los medios de comunicación no solo ha desplazado a los foros ciudadanos de debate y confrontación de ideas, sino que también está terminando con las instituciones. En noviembre de 2007 comprobé en la prensa regional cómo un grupo político en la oposición de un parlamento provincial convocó a una rueda de prensa para hacer determinada denuncia y a los pocos minutos el vicepresidente de esta institución convocó a otra para responder a las acusaciones. Es decir, la exposición de criterios y el correspondiente debate fue desplazado de su foro legítimo, el Pleno de la Diputación Provincial o la Comisión correspondiente, para irse detrás de las grabadoras y micrófonos de los medios de comunicación. De un plumazo desaparece el procedimiento democrático de debate y legislación para ser ocupado su espacio por el show. Ni contraste de pareceres, ni regulación por parte de presidente alguno, ni actas, ni ningún otro elemento que, mediante una larga trayectoria legislativa, haya ido conformando el funcionamiento de una institución.

En realidad, la culpa, a mi entender, no es de los políticos, sino del modelo informativo dominante que hace tiempo abandonó la cobertura informativa de las instituciones, y por tanto el derecho ciudadano a estar informado de lo que allí sucede, para imponer su propio formato de ruedas de prensa y declaraciones. Todos sabemos que en el desarrollo de los plenos de la mayoría de las administraciones no hay medios de comunicación recogiendo lo que allí se debate y decide.

Algo similar sucedió al día siguiente en Madrid, el entonces presidente de la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), Francisco

² Ángeles Díez. "Los cuentos de la guerra. Medios de comunicación en los conflictos armados", en Colectivo de Autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. Ediciones La Torre. Madrid 2007.

José Alcaraz, declaró en la Audiencia Nacional acusado de un delito de injurias y calumnias graves contra el presidente del gobierno. Su comparecencia ante el juez fue breve y se negó a declarar ante el abogado de los querellantes, sin embargo sí lo hizo ante los periodistas que le preguntaron a la salida del tribunal y durante más tiempo del que dedicó al juez. Es ahora el poder judicial quien también se ve suplantado por el poder de los medios.

Si a eso añadimos que prácticamente todos los poderes de la sociedad tienen su correspondiente contrapoder más o menos eficaz –frente al gobierno, la oposición; frente al empresario, el sindicato; frente a las empresas, las asociaciones de consumidores, etcétera...–, solo nos queda constatar que no hay contrapeso alguno que sirva de control democrático a los medios de comunicación. Los códigos de autorregulación no están siendo cumplidos, el control sobre la veracidad de los contenidos no existe y la pluralidad no cuenta con ningún reglamento que la garantice.

El 10 de julio de 2007 se supo que en tan solo 14 semanas, las televisiones españolas infringieron 9 000 veces el código de autorregulación referente a la infancia, según un estudio de la Universidad Rey Juan Carlos. Se emiten series de adultos en horario infantil restringido, existen contenidos inapropiados en los dibujos animados, aparecen *trailers* y promocionales con “infracciones de comportamiento social, temática conflictiva y violencia”, “una mayoría de comentarios son soeces o inadecuados” o no se cumplen en los informativos los criterios mínimos sobre violencia. También denunciaba el informe la presencia abusiva de “imágenes de cadáveres y heridos graves” o “la crudeza” con que se trata la violencia de género en ellos. Y todo esto, recordemos, atendiendo a criterios de regulación elaborados por los propios medios y aún así no los respetan. Y lo que es peor, no existe forma de conseguir que lo hagan.

Quizás este panorama puede ayudar a explicar que en países como Bolivia o Venezuela grupos indignados de ciudadanos descarguen su ira contra las sedes de televisiones y periódicos hartos de su modo

de operar; son el mismo pueblo que pedía la cabeza de los monarcas absolutistas en Francia. Y tenían razón.

Para promover y convencer de la guerra y la violencia, los medios deben actuar en varios frentes simultáneos: la legitimación, frivolidad y trivialización de la violencia y de la guerra; la parálisis provocada por el terror que esos mismos medios logran inculcar; la desinformación premeditada y continuada de las claves que permiten comprender la política internacional para lograr interiorizar la ausencia absoluta de responsabilidad, influencia y capacidad de intervención del ciudadano; y el poder para silenciar a las voces y organizaciones que puedan dejar en evidencia su plan de dominio colectivo.

Es escalofriante cómo pueden convivir de forma tan dramática la ausencia de restricciones importantes a la libertad de expresión y el alcance y la eficacia de los métodos utilizados para reprimir la libertad de pensamiento y acción. Es el sistema que Noam Chomsky denomina “lavado de cerebro con libertad”: “La censura literal apenas existe en Estados Unidos, pero el control del pensamiento es una industria próspera, ciertamente indispensable en una sociedad libre basada en el principio de decisión de la élite y en el respaldo o pasividad del público.”³ Las democracias representativas occidentales están logrando dominar las mentes e inmovilizar los cuerpos y para ello el papel y la función de los medios de comunicación están siendo fundamentales.

Por último, no podemos obviar la forma en que está afectando la irrupción de Internet. Es evidente que ha abierto el espectro ideológico recuperando voces y colectivos laminados por el panorama mediático, pero también la red puede colaborar en el aislamiento del individuo encerrado en su casa frente al ordenador. Paradójicamente, el aumento de la oferta informativa podría ayudar a la desmovilización, puesto

³ Noam Chomsky. Piratas y emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy. Ediciones B. Barcelona 2003

que la pérdida del espacio común de encuentro más allá del virtual no deja de avanzar. Incluso el ciberespacio está ofreciendo propuestas falsas de activismo social. Nos preguntamos ¿qué sentido tienen esas campañas de recogida de firmas virtuales si no van acompañadas de más acciones sociales y políticas?, ¿no pueden intentar crear la falsa sensación de compromiso político que ayuda a tranquilizar conciencias?, ¿puede cambiar políticas el simple hecho de que mil, 10.000 ó 100 mil internautas firmen un comunicado a favor o en contra de determinada decisión gubernamental?

No nos quieren informar

A pesar del aparente desarrollo y multiplicación de los medios de comunicación, de las facilidades para el movimiento de la información y del momento histórico que vivimos, de un mundo globalizado donde las decisiones, relaciones y los acontecimientos internacionales tienen interacciones e influencias en la otra punta del globo, los medios realizan cada vez menos esfuerzo para abordar la información internacional.

Ya en 1999 Ryszard Kapuscinski señalaba que solo el cinco por ciento de los telediarios de las cadenas estadounidenses estaba dedicado a noticias del extranjero; e incluso numerosas ediciones ignoran este apartado. En 1987, la edición estadounidense del semanario *Time* dedicó 11 portadas a temas internacionales; diez años más tarde, en 1997, solamente una.

En 1997, un estudio de la Universidad de Harvard reveló que la cobertura de noticias internacionales en las cadenas de televisión estadounidenses se había reducido en un 70 por ciento entre 1970 y 1995. Años después, el informe Tyndall indicaba que esa proyección iba en aumento, y que la cobertura se redujo en un 65 por ciento entre 1989 y 2001.

Los atentados del 11-S y la guerra contra el terrorismo no variaron la tendencia. Un informe publicado en enero de 2007 por la misma Universidad destacaba que la cifra de corresponsales de prensa que los Estados Unidos tiene en el extranjero había pasado de 188 en 2002 a 141 en 2006. Y es que, según un estudio sobre hábitos en el consumo de información realizado por el Centro de Periodismo Cívico

Pew, con sede en Washington, el porcentaje de estadounidenses que dicen seguir las noticias internacionales “muy de cerca” cayó al 17 por ciento en 2006, frente al 24 por ciento de 2004. Medios como *The Boston Globe* anunciaron a principios de 2007 que cerraban todas sus delegaciones en el extranjero para concentrarse en temas locales. El periodista Danny Schechter lo explica de forma clara en un texto que vale la pena reproducir:

Las razones que explican esta falta de información hay que buscarlas en la estructura y orientación de nuestros medios de comunicación y su abandono de las noticias internacionales. Este tipo de periodismo ha alimentado dos culturas, claramente separadas la una de la otra. Una cultura representa a una pequeña élite que funciona a partir de “una necesidad de conocimiento”. La segunda incluye a la mayoría de la gente, a la que se dice que no “necesita saber”. En esta era de la globalización, las noticias mundiales están en declive, y no solamente en Estados Unidos. Quizás esto se deba a que a medida que el poder pasa a manos de los gobiernos de las multinacionales, la gente normal tiene un papel cada vez menor en la toma de decisiones (...) de ahí que el consumismo prevalezca sobre la ciudadanía (...) de ahí el mantra que los medios transmiten a las masas: “Cállate y compra.”⁴ Esta línea de pensamiento se alimenta de la idea convencional de que a nadie le importa lo que ocurre.

Se ha producido otro cambio que también nos mantiene desinformados. Como apuntó David Shaw en *Los Angeles Times*: “La cobertura de las noticias internacionales en los medios de comunicación norteamericanos ha bajado de forma significativa en los últimos años como consecuencia de la demanda empresarial de unos mayores beneficios y de un público cada vez más fragmentado. Después de haber

4 Recordemos que uno de los mensajes de normalidad que transmitió George Bush a los ciudadanos tras los atentados del 11-S fue que salieran de compras tranquilamente.

decidido que los lectores y telespectadores de Norteamérica posguerra fría se interesan más por las celebridades, los escándalos y las noticias, locales, los directores de los periódicos y los productores de noticias televisivas han reducido el espacio y el tiempo dedicado a las noticias sobre el extranjero entre un 70 por ciento y un 80 por ciento a lo largo de los últimos quince o veinte años.”⁵

Pero además está el formato de brevedad e inmediatez en el que han derivado los medios, algo que analizaremos en varias ocasiones a lo largo de esta obra. Noam Chomsky, en una entrevista para la televisión explicaba el perverso funcionamiento de los medios de comunicación.⁶ Señalaba que, por ejemplo, en un programa de 22 minutos, donde ya necesitas algunos para sentarte en el estudio, más el tiempo reservado a las preguntas del entrevistador, debes exponer tus argumentos en dos minutos entre anuncio y anuncio. En ese lapso solo caben afirmaciones convencionales del tipo Gaddafi es un terrorista, Jomeini es un asesino o los rusos invadieron Afganistán. No se necesitan pruebas, son expresiones habituales. Pero si se dice algo controvertido, por ejemplo, que las mayores operaciones terroristas internacionales han salido de los Estados Unidos, que los considerados mejores líderes políticos son los vagos y los corruptos, o que si se aplicasen las leyes de Nuremberg, todos los presidentes de los Estados Unidos desde la guerra de Vietnam deberían ser ahorcados, la gente pensaría: “¿por qué ha dicho eso?, nunca lo habíamos oído antes”. Si se dice esto –afirmaba Chomsky–, hay que tener muchas pruebas, porque es un comentario alarmante. Pero no puedes aportar esas pruebas si estás limitado por la concisión del formato del medio de comunicación. Ese es el ingenio de esa limitación estructural. De forma que en los medios nunca se podrán presentar con la suficiente argumentación y reflexión afirmaciones irreverentes, porque el diseño informativo solo está planificado para decir lo obvio y lo convencional.

5 David Schechter. Las noticias en tiempos de guerra. Medios de comunicación: ¿Información o propaganda? Paidós. Barcelona 2004.

6 Se puede ver el vídeo en Youtube <http://www.youtube.com/watch?v=0GhRLBdcto>.

Recuerdo un par de debates en las televisiones españolas sobre Venezuela, uno de ellos era sobre la reforma constitucional. Un ingenuo profesor de ciencias políticas quería explicar esta reforma, que afectaba a 69 artículos. Nunca pudo porque la dinámica del debate, con once participantes y una duración de 20 minutos, lo impedía. Es decir, era imposible explicar la reforma constitucional venezolana en un debate sobre esa reforma constitucional. Solo había lugar para afirmaciones simples, acusaciones burdas y estereotipos establecidos.

La imagen contra la razón

El predominio de la imagen también ha colaborado en erradicar de la información, los antecedentes, el contexto y el razonamiento. Las cadenas de televisión envían hoy a un periodista a los Juegos Olímpicos, mañana ese mismo profesional informa *in situ* de unas elecciones en Liberia y pasado de una cumbre de la OPEP o de una boda real en Europa. Es imposible que ese profesional maneje todas las claves de la noticia porque, además, debe comenzar a informar a las pocas horas de su llegada al lugar de los hechos. La teoría de las televisiones es que basta con llevar nuestros ojos al sitio de la noticia y recoger con el micrófono el testimonio de un tipo que pasa por allí para comprender los acontecimientos. Confunden ser testigo ocular con la interpretación de la realidad: “el objetivo no es hacernos comprender una situación, sino hacernos asistir a un acontecimiento.”⁷

Ese maestro de periodistas que fue Ryszard Kapuscinski comentó una anécdota sucedida en México, donde se encontraba con uno de sus amigos que trabajaba para las cadenas de televisión estadounidenses. Estaba a punto de filmar enfrentamientos entre estudiantes y policías: “¿Qué ocurre, John?”, le preguntó Kapuscinski. –“No tengo la menor idea– respondió sin dejar de filmar –no hago más que grabar, me contento con tomar las imágenes; después, las envío a la cadena que hace lo que quiere con este material”.

7 Ignacio Ramonet. La tiranía de la comunicación. Debate. Madrid. 2008

El maestro polaco recordaba en un discurso en Estocolmo, durante la ceremonia de entrega de los premios de periodismo Stora Journalstpriset, lo siguiente:

La ignorancia de los enviados especiales sobre los acontecimientos que están encargados de describir es, a veces, sorprendente. Cuando las huelgas de Gdansk, en agosto de 1981, que dieron nacimiento al sindicato Solidarnosc, la mitad de los periodistas extranjeros llegados a Polonia a cubrir el acontecimiento no podía situar Gdansk (el antiguo Dantzig) en un mapa. Aún sabían menos sobre Ruanda cuando las masacres de 1994: la mayor parte de ellos pisaba por primera vez el continente africano y había desembarcado directamente en el aeropuerto de Kigali, en aviones fletados por la ONU, sabiendo apenas dónde se encontraban. Casi todos ignoraban las causas y las razones del conflicto. Pero el defecto no es culpa de los reporteros. Ellos son las primeras víctimas de la arrogancia de sus patronos, de los grupos mediáticos y de las grandes redes de televisión. “¿Qué más me pueden exigir? me decía recientemente el camarógrafo del equipo de una gran cadena de televisión estadounidense. En una semana he tenido que filmar en cinco países de tres continentes distintos.”⁸

Y es que no basta con llevar una cámara a captar la caída del Muro de Berlín o el derribo de la estatua de Sadam Hussein en Bagdad para interpretar ese momento histórico. Quizás por trabajar con ese método y esos principios podamos explicar por qué en las redacciones de televisión nunca encontramos libros donde se analicen las coyunturas internacionales. No se necesitan, su misión es solo llevar cámaras de televisión a los lugares y grabar para que el telespectador se sienta informado solo por ser testigo. De ahí esa absurda tendencia de buscar la participación de la audiencia invitándole

⁸ Ryszard Kapuscinski. «¿Reflejan los medios la realidad del mundo?» Discurso pronunciado durante la ceremonia de entrega de los premios de periodismo Stora Journalstpriset en Estocolmo. Fue publicado en Le Monde Diplomatique, julio-agosto de 1999.

a ser periodista mediante el envío de fotografías y vídeos tomados en acontecimientos con los que se haya tropezado. No quieren ni análisis, ni interpretaciones, ni opiniones, ni explicaciones, solo la imagen de lo sucedido.

Todo ello desemboca inevitablemente en el nihilismo que Santiago Alba nos explica así:

los medios de comunicación son en gran parte responsables de eso que he llamado el *nihilismo espontáneo de la percepción*, en cuyo seno se borran las diferencias entre una guerra y una olimpiada, entre las torturas de Abu Ghraib y un parque temático, entre la información y la publicidad. Las ediciones digitales de los periódicos ofrecen todos los días, uno al lado del otro, titulares como estos: “Vea los últimos instantes de Sadam Hussein”, “Vea las imágenes de la pasarela Cibeles”, “Vea el tercer gol de Ronaldinho”, contribuyendo de esta manera a la “monumentalización” rutinaria y tranquilizadora del horror más abyecto.⁹

El culto a la imagen puede llevar a programas al estilo del estadounidense *The World in a Minute* (El mundo en un minuto), que consiste en la estupidez de pasar secuencias cortas de imágenes de actualidad que solo presentan caos al más puro estilo video clip y con las que nadie puede comprender nada de lo que sucede en el mundo. Pero además, la dependencia del vídeo supone eliminar de la agenda noticias por la única razón de no disponer de imágenes espectaculares. O al contrario, incorporar al noticiero contenidos cuyo único mérito es disponer de una imagen sugerente y espectacular. De esta forma la protesta de un individuo quemándose a lo bonzo ante las escaleras del Capitolio solo será noticia si es recogida por una cámara de televisión, cuando el hecho noticioso es el mismo, estén o no estén las imágenes. Mi experiencia en Telesur me ha permitido comprobar la tragedia de pretender informar en televisión de los acontecimientos

⁹ Santiago Alba. *Vendrá la realidad y nos encontrará dormidos*. Hiru. Hondarribia 2006.

que los grandes medios ignoran. Si Internet nos permitió conocer de forma instantánea y gratuita el asesinato de, por ejemplo, un defensor de derechos humanos en una aldea de Colombia y así poder informarlo por escrito en pocos minutos, la televisión expulsa esos tipos de información al no disponer de imágenes para ilustrar el hecho. Proponer que una televisión incluya en su informativo una movilización de indígenas mapuches que protestan porque una multinacional contamina su río en una región recóndita de Chile, es un objetivo inútil porque allí no hay ninguna cámara de televisión recogiendo las imágenes y, por tanto, esa noticia ya no podrá existir. De forma que los contenidos audiovisuales no solamente dependen de la agenda establecida por el propio medio, sino también de las grandes agencias que son las que tienen la capacidad económica y logística para enviar cámaras y fotógrafos.

En unas jornadas de fotoperiodismo a las que asistí en Barcelona en octubre de 2007, los fotógrafos se congratulaban de su capacidad de captar la realidad mediante sus objetivos, pero todos reconocían que no era económicamente viable para ellos ir a cubrir un conflicto como *free-lance*, debían ser enviados por algún medio. De este modo, las fotografías que, según ellos, hacían y reflejaban la realidad, correspondían a los escenarios que los directivos de los medios habían considerado merecedores de la cobertura. Como resultado, solo tenemos en nuestros medios los muertos del conflicto y del bando que quieren que conozcamos, por muy honestos que los fotógrafos o cámaras quieran ser en su trabajo.

La explotación mediática de las imágenes de los atentados de las Torres Gemelas es un ejemplo del paroxismo audiovisual. Ahí se materializó una clara conciencia de la guerra como un espectáculo de noticias que complace a varios tipos de audiencia: al enemigo, a los estadounidenses que están en casa y a cualquiera que esté pensando en causar problemas y conflictos. Cuando los vídeos de estos ataques se pasan en tiempo real por la CNN, el impacto positivo en el apoyo a la coalición y el negativo en el apoyo a la amenaza potencial pueden ser decisivos.¹⁰

El primer obstáculo al que se enfrenta el raciocinio es lograr que las audiencias sean capaces de diferenciar entre la elaboración de la realidad que muestran los medios y el reflejo de la realidad o una ventana abierta al mundo, es decir, distinguir entre realidad y ficción. El impacto que la imagen produce en el individuo anula todo razonamiento sobre lo que está viendo debido a su carga emotiva. Según afirma el profesor del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid, Jenaro Fernández Baena:

...el lenguaje audiovisual compuesto por imágenes y sonidos, articulados por el montaje y los efectos visuales y sonoros, es en sí mismo portador de emociones primarias que no necesitan pasar antes por el intelecto [...]. Por tanto, si se consigue esquivar el mecanismo intelectual que se interpone entre emoción y razón, el espectador puede sentirse tan confortablemente recompensado que renuncie, consciente o inconscientemente, a la activación de su motor mental. Esta situación en la que se encuentra a menudo el espectador televisivo es la idónea para manipular sus emociones a través del lenguaje audiovisual.¹¹

Según Ignacio Ramonet:

Si esa emoción que sentimos viendo el telediario es verdadera, la información es verdadera. Es decir, se establece otra sencilla ecuación entre el sentimiento emocional y la creencia de verdad. La imagen en movimiento sobre un hecho noticioso consiste en que el espectador crea la noticia y la asuma como verdad, sin que pueda llegar a diferenciar entre realidad y construcción de la realidad. El medio televisivo tiene

10 Naomi Klein. *La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós. Barcelona 2007.

11 Jenaro Fernández Baena. «Los informativos en televisión: de sus debilidades informativas a su manipulación», en la obra de varios autores *Manipulación y medios en la sociedad de la información*. La Torre. Madrid 2007.

la facultad de convertir en verdad lo que muestra en imágenes a través de la emoción. Sin embargo, solo el cerebro puede comprender a través del razonamiento y la inteligencia.¹²

El resultado

Es evidente que esa situación facilita la manipulación de una opinión pública ignorante de los acontecimientos globales, esto nos permite comprender que los ciudadanos estadounidenses no sepan calibrar tragedias directamente relacionadas con la política exterior de su gobierno, como la de Iraq. Y no digamos en otros países más alejados de la agenda informativa como la República Democrática del Congo, Pakistán o Senegal.

Basta recordar que el 51 por ciento de los estadounidenses creía poco antes de la invasión a Iraq que Sadam Hussein había participado “personalmente” en los atentados del 11-S contra los Estados Unidos, según reveló un sondeo de la cadena de televisión CNN y el periódico *USA Today* de marzo de 2003. Y meses después de empezada la guerra todavía quedaba quien creía que existían armas de destrucción masiva en el país árabe. Por todos es conocido también la incapacidad de esos ciudadanos y de los estudiantes para localizar en un mapa países como Afganistán o Iraq.¹³

Como ha afirmado el especialista en medios de comunicación Danny Schechter: “tenemos más medios de comunicación pero menos herramientas para la comprensión”. Es indiscutible que hoy, más que

12 Ignacio Ramonet. La tiranía de la comunicación, citado por Jenaro Fernández Baena. “Los informativos en televisión: de sus debilidades informativas a su manipulación”, en la obra de varios autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. La Torre. Madrid 2007.

13 Vale la pena ver el reportaje de la CNN: “¿Son los americanos estúpidos?” “Les piden que digan un país que empiece por U y responden Utha o Utopía, creen que ganaron la guerra de Vietnam y afirman que la moneda del Reino Unido es el dólar americano. El periodista pregunta a los estadounidenses en la calle cuál debe ser el próximo país para invadir en su lucha contra el terrorismo y comienzan a decir países sin conocimiento de lo que sucede allí: China, Rusia, Sri Lanka, Irán, Italia, Francia...”. Disponible en Youtube <http://www.youtube.com/watch?v=QVbobbL3yi0>.

nunca, tenemos más acceso a la información, pero mediante la saturación de información y la incapacidad de discernir la valiosa de la prescindible han conseguido que estemos peor informados. A una persona se le puede impedir comunicarse por correo postal con un amigo lejano de dos formas diferentes: interceptando las cartas que reciba del amigo o mezclándolas con otras 100 mil que no van dirigidas a él. El sistema actual está utilizando este segundo modo. Nos están llenando el buzón de publicidad y no encontramos la carta del amigo. Es como ese juego de niños en el que toda la muchachada se pone a hablar para impedir que uno de ellos pueda decirle algo a su compañero, no le están tapando la boca ni impidiéndole hablar, pero logran que no puedan comunicarse. Los ciudadanos normales, mediante los grandes medios de comunicación, están viviendo ajenos a los debates internacionales complejos porque no acceden a trabajos de investigación que contemplen los diferentes puntos de vista necesarios para conocer las realidades.

Lógicamente, esa falta de conocimiento acerca de la realidad internacional, en el caso de la sociedad norteamericana, les impide encontrar respuesta a esa pregunta de “¿por qué nos odian?”, en referencia a las agresiones que su país estaba sufriendo por parte de tantos grupos armados.

La siguiente deducción que nos podemos plantear es qué valor tiene un sistema político si su ciudadanía no posee la información necesaria acerca de la política exterior de su gobierno. Por otro lado, no deja de formar parte de un modelo de pensamiento egoísta estar interesado solo por las cuestiones cercanas e ignorar las coyunturas internacionales, más todavía si nuestros gobiernos tienen importantes responsabilidades en esas situaciones. Sin duda, los medios colaboran en ese desinterés por la política internacional. Lo que es evidente es que los medios de comunicación son directamente responsables en la conformación de esa estructura mental. Como afirma Roland Schatz, del observatorio internacional de medios Media Tenor: “...las noticias sobre el extranjero [en los Estados Unidos] tienden a reducir los asuntos del mundo al terrorismo, las catástrofes naturales

y las fotos hechas a la carrera a personajes saludando desde sus limusinas oficiales.”¹⁴

Mucho me temo que los españoles, con la ayuda de sus medios de comunicación, no están teniendo una evolución muy diferente a la estadounidense en cuanto a la falta de interés por la comunidad internacional, lo que provoca que nos desentendamos de las responsabilidades de nuestro gobierno en política exterior, algo muy grave tratándose de la octava potencia económica mundial.

Un ejemplo de esa preocupante ignorancia es el resultado de *Barómetro anual del Real Instituto Elcano*,¹⁵ publicado en diciembre de 2006. En él se observa que el 60 por ciento de los encuestados apoya la presencia de tropas de las Fuerzas Armadas españolas en misiones en el extranjero, pero un 75 por ciento de esos mismos encuestados no sabe o no contesta a la pregunta de dónde hay tropas de nuestro país trabajando en esas misiones. Y de los que afirman conocerlo, un 14,7 por ciento cree todavía que hay militares españoles en Iraq e, incluso, un 7,1 por ciento opina que también en Irán, país en el que no hay ningún tipo de presencia militar internacional en estos momentos.

En la nueva edición del *Barómetro del Real Instituto Elcano* de 2007, difundida también en diciembre, volvemos a descubrir el nivel de desinformación de los españoles. El apartado X del documento refleja el resultado de las preguntas realizadas a los encuestados para sondear su conocimiento de política exterior. Descubrimos que un 64 por ciento afirma que España pertenece al Consejo de Seguridad de la ONU, a pesar de que la última vez que formó parte de ese Consejo fue en los años 2003 y 2004.

También un 39 por ciento de los encuestados cree que Polonia no es miembro de la Unión Europea y lo es desde el 1 de mayo de 2004. En política interior tampoco están muy duchos los entrevistados

14 Danny Schechter. Las noticias en tiempos de guerra. Paidós. Barcelona 2004

15 Se puede consultar en <http://www.realinstitutoelcano.org>.

españoles, un 46 por ciento piensa que nuestro país destina el 0,7 por ciento a la cooperación con el Tercer Mundo, algo que no es cierto, nunca se ha alcanzado ese porcentaje. Un 23 por ciento de los españoles encuestados aún no sabe que España no tiene armas atómicas y un 47 por ciento desconoce que no hay tropas españolas en Iraq, a pesar de que su retirada fue una de las principales diferencias del gobierno de Zapatero respecto al de Aznar. Aunque los españoles no saben donde hay tropas de su país, nada les impide que el 95 por ciento se pronuncie valorando la presencia de éstas en Afganistán, Líbano, Bosnia, Kosovo y Congo. Incluso el 95 por ciento se atreve a cuantificar el peligro de las tropas españolas en Afganistán o el Líbano, lo que no deja de ser un atrevimiento si el 47 por ciento ni sabía que ya no había tropas en Iraq.

Siguiendo con la encuesta, descubrimos que solo el 49 por ciento acierta señalando como falso que España esté en el G-8. También la mitad dicen estar convencidos de que España es el primer inversor en América Latina, y tampoco es así.

Del mismo modo, cuando a los españoles les preguntan si el acuerdo de los gobiernos europeos sobre el Tratado de Lisboa se parece al Tratado Constitucional que se votó en referéndum en España, o no, el 45 por ciento “no sabe no contesta.” Es decir, o no saben lo que se votó en España o no saben lo que se aprobó en Lisboa.

Con ese nivel de desconocimiento es fácil descubrir que el 72 por ciento también pensaba que el programa de investigación nuclear iraní perseguía fines militares, algo que hasta los servicios de inteligencia estadounidenses han desmentido. Por eso, con el mismo fundamento, dos de cada tres españoles están convencidos de que el programa de investigación nuclear venezolano también tiene un objetivo militar, aunque ese programa solo es una insinuación del presidente venezolano Hugo Chávez.

A pesar de esos espectaculares y noticiosos resultados, los medios se limitaron a difundir solo el detalle del informe que revela que Chávez

era el líder mundial peor valorado por los españoles. Efectivamente fue así, los españoles daban a Chávez una nota de un 1,4 por ciento por debajo de Fidel Castro (1,9 por ciento) y de George Bush (2,2 por ciento) en una tabla en la que el más valorado es el Alto Representante de Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea, Javier Solana, con un 6,2 por ciento.

Lo peculiar de las respuestas fue que los ciudadanos no tenían dudas en su valoración del presidente venezolano. Dijeron que era "autoritario" un 91 por ciento y "violento" un 88 por ciento, solo un cinco por ciento y un seis por ciento, respectivamente, respondieron "no sabe, no contesta" al pedirles la opinión sobre Chávez o Castro. Un nivel de pronunciamiento que contrasta con el de aquella pregunta sobre el Tratado Constitucional Europeo, donde el 45 por ciento respondió "no sabe no contesta". Era lógico, los medios habían destinado más espacio y tiempo a satanizar a Chávez que a explicar la Constitución Europea, tanto la votada en España como la aprobada en Lisboa, que nadie conoce. Habían, por tanto, cumplido con su objetivo, lograron convencer a los españoles de que Chávez era violento y autoritario, aunque para ello dejaran olvidado informar sobre la Carta Magna Europea.

Volviendo a la presencia de tropas españolas en el extranjero, debemos pensar que las personas que sufran o disfruten, según se vea, la presencia de nuestras tropas en su país, considerarán, con razón, que los españoles somos responsables de las acciones de esos contingentes, lo cual es razonable en un sistema democrático. Lo que nos convierte a cada uno de nosotros, con absoluto fundamento, en aliados o enemigos para unos o para otros, puesto que con nuestro voto y nuestro dinero se está interviniendo militarmente en su país. Y es que la elección de nuestro gobierno nos hace corresponsables de la política exterior de este.

Pretender despreocuparnos para centrarnos en nuestra vida cotidiana es de una bajeza moral que no nos debemos permitir si no queremos que algún día, como les sucede a los estadounidenses, nos veamos preguntándonos por qué nos odian.

El lenguaje

El lenguaje juega un papel fundamental a la hora de presentar la tragedia de la violencia y la guerra.¹⁶ Así lo recordaba el catedrático de comunicación Vicente Romano:

El lenguaje sigue siendo uno de los principales instrumentos de la violencia simbólica. Las palabras y los conceptos se utilizan conscientemente para violentar la capacidad cognitiva de las grandes masas de la población, para confundir las mentes, y en última instancia para imponer significados que se contradicen con la realidad. Piénsese, por ejemplo, en el empleo de la “represión” utilizada por el gobierno de Israel contra los palestinos y justificada como “prevención”. Las lista de ejemplos podría extenderse *ad nauseam*.¹⁷

Santiago Alba llega a plantear que el uso del lenguaje para ocultar, legitimar o trivializar la guerra puede llegar a recurrir a los mismos recursos que la poesía:

Lo que permite la propaganda es lo mismo que permite la poesía y no por casualidad ambas –propaganda y poesía– movilizan los mismos recursos: el eufemismo (“efectos colaterales”, “contratistas”), la sinécdoque (“comunidad internacional”), la sinestesia (“fuego amigo”), la metáfora (“uvas de la ira”) o el hipérbaton (“diez palestinos mueren a causa de un bombardeo”). Pero la autonomía del lenguaje es limitada y su capacidad de resistencia acaba por sucumbir a *los medios de destrucción* que se sirven de ella para legitimarse en público.¹⁸

16 De gran importancia para profundizar en este tema es el libro *Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra*. Eds. J. Collins y R. Glover. Páginas de Espuma. Madrid 2003.

17 Vicente Romano. *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*. El Viejo Topo. Barcelona 2007.

18 Santiago Alba. *Vendrá la realidad y nos encontrará dormidos*. Hiru. Hondarribia 2006

De forma que ya va siendo habitual encontrar en nuestros medios el abuso del término “daño colateral” para referirse a los muertos provocados por la acción armada del bando amigo, o la expresión “ejército humanitario” o “intervención humanitaria” –que más adelante trataremos– cuando se quiere legitimar una presencia militar. En algunas ocasiones el eufemismo deja de serlo para convertirse en un término falso con tal de servir al objetivo deseado. Por ejemplo, cuando el bando “malo” logra capturar a un enemigo los medios lo denominan “secuestro”, pero si el bando es “amigo” es una “retención”, aunque dure varios años. Del mismo modo una invasión es denominada por el ocupante “liberación”. El cinismo puede llevar a utilizar la expresión “ataque quirúrgico”, se adueñan de un término curativo para referirse a un bombardeo.

Se da también el hecho contrario, recurrir a la terminología bélica para expresar acontecimientos o situaciones que no lo son. Veamos estos ejemplos recogidos por Eric Hazan:

Dentro del mismo registro bélico podemos clasificar [...] el “secuestro” de los usuarios del tren de cercanías por los huelguistas, el “golpe de mano” de Bolloré sobre Havas, la “punta de lanza” de la economía, la “guardia de confianza” de tal o cual oligarca, la «ofensiva» de precios con “operaciones contundentes” (*Le Figaro Économie*, 30 de agosto de 2004). Los ministros “saltan a la palestra” para defender el sí en el referéndum sobre la Constitución europea. “En Bercy (sede del gobierno francés) ya se contempla un “ángulo de tiro” en caso de victoria del sí” (*Le Monde*, 18 de mayo de 2005).¹⁹

De esa forma se logra el mismo objetivo que con el uso de eufemismos o metáforas cuando se informa de la guerra, es decir, convertir en irrelevante e intrascendente la violencia a través del abuso de su terminología en entornos que nada tienen que ver con ella, es decir, el uso perverso de la lengua a que se refería Vicente Romano.

19 Eric Hazan. LQR. La propaganda de cada día. La Oveja Roja. Madrid 2007

El lenguaje también se corrompe para definir a cada bando según sea amigo o enemigo. Para ello, algunas veces se recurre a algo tan sutil como sumergirnos en el inconsciente condicionado por la historia. La Segunda Guerra Mundial acuñó dos términos que hemos heredado con su correspondiente connotación positiva o negativa. El positivo sería los “aliados”, que fue el bloque de países que se enfrentaron al fascismo, y el negativo, el “eje”, referido a las potencias Alemania, Italia y Japón. De ahí que la terminología generalizada entre nuestros medios y políticos sea la de referirse como “aliados” a los ocupantes de Iraq o Afganistán. No existe justificación periodística para el término porque todos los bandos tienen aliados, hasta Osama Bin Laden tiene aliados. En cuanto al término negativo de “eje”, ya de todos es conocida la expresión de “eje del mal”, referida a los países satanizados por los Estados Unidos. Semánticamente también podrían ser un eje Europa y los los Estados Unidos enfrentados a Iraq.

En los últimos años, el uso y abuso del término “terrorismo” en los medios merece que nos detengamos a analizarlo.

Para empezar, se trata de una expresión que no cumple el principio periodístico de la neutralidad. Dirigirnos a una persona o grupo como “terrorista” es aplicarle una calificación impropia del periodismo informativo.

El diario *Star Tribune* explicaba por qué se niega al uso del término “terrorismo” en sus informaciones, así lo señalaba el miembro de ejecutiva Roger Buen en un ejemplo de deontología periodística no muy generalizado:

Nuestro trabajo no consiste en valorar a los protagonistas de nuestros artículos, sino en describir sus actos, sus entornos y sus identidades de la manera más completa posible, dejando que los lectores lleguen a sus propias conclusiones sobre los individuos y las organizaciones.

En el caso del término “terrorista”, otras palabras –“hombre armado”, “separatista” o “rebeldé”, por ejemplo– pueden

resultar más precisas y menos subjetivas. Por eso solemos preferir estas palabras más específicas.

También prestamos una atención especial para evitar el uso del término “terrorista” en los artículos sobre el conflicto palestino-israelí debido a la naturaleza emocional y acalorada de la disputa.²⁰

Los medios utilizan el término terrorista para dirigirse a grupos no gubernamentales que han sido así calificados por determinados gobiernos, que son quienes han elaborado los listados para definir quién es terrorista y quién no. Para empezar, eso supone perder la independencia periodística, en la medida en que los medios hacen suya una clasificación gubernamental. No resulta periodístico que hoy un grupo sea llamado terrorista en la prensa y mañana, cuando el gobierno de turno lo recalifique, deje de serlo en la redacción de las noticias. Desde el patrón dominante, un portavoz del grupo llamado *Minnesotans Against Terrorism (MAT)*, donde existen altos cargos gubernamentales estadounidenses, criticaba la posición que estamos argumentando y señalaba que “llamar a la matanza de civiles inocentes cualquier cosa que terrorismo es una actitud del todo irresponsable.”²¹

Si aplicáramos ese criterio se debería incluir el terrorismo de Estado; el ejército de los Estados Unidos es responsable de muchas matanzas de inocentes en Iraq y Afganistán, y el de Israel en Palestina. ¿Deberíamos llamar terroristas a esos gobiernos? ¿Acaso si los servicios de inteligencia de un país planean y ejecutan el derribo de un avión civil no sería terrorista? ¿Llamarían los medios sistemáticamente a partir de ese momento terrorista a ese gobierno? Probablemente la mayor matanza de civiles inocentes por una acción armada en la historia moderna fue en Hiroshima. Allí no había ningún objetivo militar, la acción fue premeditada y las víctimas resultaron civiles. Ningún atentado de los que los medios no dudan en llamar

20 Roger Buoen, citado por Danny Schechter en Las noticias en tiempos de guerra. Paidós. Barcelona 2004

21 Danny Schechter. Las noticias en tiempos de guerra. Paidós. Barcelona 2004

terrorista ha sido tan mortífero como esa bomba atómica. Los medios deberían dejar de utilizar el término con la arbitrariedad y doble rasero con lo que lo hacen, y limitarse a describir las acciones de esos grupos para que las audiencias decidan por sí mismas y con su propio criterio qué calificativos y consideraciones quieren darle. De otra forma, los medios estarán presentando como información una división entre buenos y malos: terroristas y antiterroristas. Esos valores absolutos, a la hora de abordar un conflicto, no solo suponen un sesgo informativo, sino que bloquean cualquier salida de diálogo ante el imaginario ciudadano. Tras reducir a un bando a mero terrorismo, sin más elementos de análisis, la opción de la violencia y la guerra es la única salida que se presenta a las audiencias. Es el mensaje preferido por el sector belicista de cada grupo en conflicto y al que se dejan arrastrar habitualmente los medios.

Qué ganan los medios con apoyar la guerra

El lector se puede plantear una pregunta lógica: ¿qué ganan los medios de comunicación con sus llamamientos a la guerra y al conflicto?, ¿por qué deberían hacerlo?

Existen varias razones. En primer lugar, la que les hace menos culpables, que sería el uso que realizan de los medios las partes en conflicto para conseguir que sirvan a sus intereses ideológicos –ocultar información o difundir falsa– –buscar apoyos– o militares. Es indiscutible que los medios son instrumentos de propaganda y manipulación, de mayor envergadura, cuanto más desarrollado está el sistema mediático de un país o una región. De ahí que las potencias militares los tengan en cuenta en sus planes.²² Todo ello lo veremos a lo largo de esta obra con más detalle.

Por otro lado, nadie puede negar que atender diligentemente los requerimientos de un gobierno puede ser muy rentable para un grupo empresarial de comunicación; pues ello le reporta publicidad institucional, legislación beneficiosa, licencias de emisión, mejor régimen fiscal, contratos para otras empresas del *holding*, etc. Sirva como ejemplo que durante la primera Guerra del Golfo, la gubernamental Comisión Federal sobre Comunicaciones (FCC) de los Estados Unidos debatía la legislación que establecía el límite de cadenas televisivas

22 "El Pentágono estudia un plan de propaganda que incluye el pago a periodistas europeos". El País, 17-12-2002.

que una empresa podía tener. No era el momento para que los grupos de comunicación se enfrentaran al gobierno estadounidense por unos cuantos iraquíes. Menos aún si el presidente de la FCC, Michael Powell, era el hijo del secretario de Estado, Collin Powell.

Existe otra responsabilidad de los medios, quizás más infame todavía, y es que el espectáculo de la violencia vende. Es recurrente la anécdota del magnate Randolph Hearst, propietario del *The New York Journal* e inspirador del personaje que Orson Welles inmortaliza en la película *Ciudadano Kane*, y su corresponsal enviado a La Habana a cubrir la guerra hispanoamericana. Cuando este le insinuó volver a la redacción porque no había guerra, Hearst le respondió: “le ruego que se quede, proporcione ilustraciones que yo proporcionaré la guerra”. El empresario sabía que estaba ante una oportunidad económica magnífica que no podía desaprovechar. Entonces se produce la explosión accidental del acorazado *Maine* en el puerto de La Habana, los Estados Unidos acusa a España de agresión y le declara la guerra.

La socióloga Ángeles Díez nos recuerda el interés que pueden tener los medios en las guerras:

Los medios de comunicación forman parte del selecto club de los beneficiarios de las guerras en un doble sentido: a) por la posibilidad de elaboración de mercancías (las noticias de guerra) con gran potencial de audiencia, por lo tanto con potencialidad económica, b) por la reafirmación de su poder como creadores de opinión pública, es decir, como agentes privilegiados de la construcción del consenso, potencial que puede reportarles pingües beneficios directos e indirectos.²³

Nadie discutirá que la guerra y la devastación disparan las audiencias y, por tanto, la publicidad y su facturación. Es también un momento oportuno para el despliegue de altas tecnologías no solo militares,

23 Ángeles Díez. “Los cuentos de la guerra. Medios de comunicación en los conflictos armados”, en Colectivo de autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. La Torre. Madrid 2007

sino también de comunicación: conexiones por satélite para coberturas en vivo desde los hoteles, tecnologías de Internet para transmisión de voz y vídeo en tiempo real, sistemas microondas de envío de imágenes, equipos de enviados especiales con teléfonos satelitales, cámaras de alta precisión, sistemas de iluminación nocturna por infrarrojos, últimas tecnologías en animaciones en tercera dimensión para gráficos y simuladores... y, aunque resulte dramático, es la gran oportunidad de éxito para muchos periodistas. Son varios los que han alcanzado la consagración profesional gracias a las guerras. Aunque resulte estremecedor, el sistema mediático ve en los conflictos más una oportunidad que una tragedia.

Díez también plantea el papel destacado de los medios privados con respecto a los públicos:

La propaganda ha sido históricamente un arma fundamental de la guerra psicológica de los Estados por la mente de sus ciudadanos para conducirles a la guerra, pero con el tiempo y la experiencia estos han comprobado su mayor efectividad en el ámbito de los medios de comunicación privados, que han asumido, probablemente sin mucha presión, la tarea de ponerse al servicio de los ideales del “mundo libre”. La propaganda se ha hecho más eficaz en manos de las empresas privadas porque han podido ocultar más fácilmente sus intereses particulares bajo la consigna de la libertad.²⁴

Resultan muy curiosas las palabras que le dirige en la película *Leones por corderos*, el senador Jasper Irving (Tom Cruise) a la periodista Janine Roth (Meryl Streep) cuando se enfrentan al desastre militar de la ocupación en Afganistán:

Ustedes no apoyaron la guerra, la vendieron. Su cadena nos secundó sin mostrar ningún tipo de rumores críticos. Ambos pusimos en peligro a nuestros soldados. Yo ya he reconocido

3 *Ibidem*.

mis errores, ¿y usted? Estamos en el mismo equipo, compartimos la responsabilidad. Ya vendieron la guerra, ahora les pido que me ayuden a vender la solución.

A las armas

Como señalamos anteriormente, el objetivo de esta obra no es tanto presentar cómo se condiciona la información en entornos de guerra, como reflejar la preparación de un estado de opinión entre la ciudadanía que siente las bases adecuadas de odio y agresividad necesarias para iniciar la confrontación.

Pareciera que muchos periodistas son como músicos que solo se dedican a las cuatro notas que tiene un clarín, el instrumento musical de viento utilizado por las unidades montadas para llamar al ataque. Aprendieron y saben escribir –y tocar– muchos estilos periodísticos –e instrumentos–, pero solo practican la llamada a rebato, el clarín.

Veamos algunos casos en los que se promueve y explota ese estado de hostilidad hacia el objetivo marcado.

Mahoma, las caricaturas

A principio del año 2006 asistimos a un apasionante debate sobre la ilicitud o no de la divulgación de unas caricaturas sobre Mahoma en una publicación danesa. Se discutió si aquello era libertad de expresión o insulto a una cultura y una creencia religiosa. En cualquier caso, la realidad es que esa comunicación generó violencia. Podríamos debatir si esa violencia fue fruto de la intolerancia de un grupo social hacia ese mensaje o si ese elemento comunicado era el provocador de la violencia. Aún así, creo que estaríamos simplificando el debate, porque detrás de las consecuencias habían muchos elementos ocultos que no se explicaron. Y también muchos intereses que han intentado rentabilizar el conflicto.

No vamos a entrar a analizarlos porque no es el objeto de esta obra, pero sí es importante que el ejemplo sirva para reflexionar sobre la

complejidad de la cuestión de los límites de la libertad de expresión. Mienten quienes dicen que no los debe haber, porque esos mismos no se replantean el encarcelamiento de un ultraderechista francés que niega el holocausto o la clausura de una librería nazi que distribuye obras de Hitler e iconografía del III Reich. Seamos realistas, la ciudadanía, con razón o sin razón, puede reaccionar con virulencia hacia determinados mensajes. No debería ser justificable desde el punto de vista de la libertad de expresión defender su difusión ignorando el rechazo que puede generar. Otra cosa es cuando algunos poderes se escudan en ese sentir público para impedir la libertad de expresión.

Lo que resulta evidente es que, en muchas ocasiones, más que hacer uso de la libertad de expresar algo, lo que se pretende es generar un conflicto social violento, que es diferente de generar un debate. Las caricaturas no buscaban el debate, sino un choque de civilizaciones al gusto de Huntington, el ideólogo neoconservador estadounidense que en su obra *El choque de civilizaciones*, defendió la tesis de que existe una guerra ideológica entre Occidente y el Islam.²⁵ No olvidemos que George W. Bush utilizó el término “cruzada” para su declaración de guerra tras los atentados del 11-S y que Tony Blair afirmó que se había vivido no solo un ataque contra los Estados Unidos, sino contra el conjunto del mundo civilizado. La extensión en el tiempo de ese ideario por parte de los medios lleva a plantear en esos términos muchos de los análisis geopolíticos.

Ruanda, la sentencia

La labor incendiaria de promoción de la violencia por los medios de comunicación ha sido reconocida y condenada incluso por el Tribunal Penal Internacional en el caso de la guerra de los Grandes Lagos en 1994.²⁶ Esta corte internacional condenó en el año 2004 a tres directivos

25 Samuel Huntington. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós. Barcelona 2005.

26 Sobre este tema se recomienda el libro *The media and the Rwanda Genocida*, compilación de Allan Thompson. Pluto Press. London 2007. Disponible en Internet en <http://www.idrc.ca/openebooks/338-0/>.

de empresas periodísticas a cadena perpetua o largos años de prisión, por incitación pública y conspiración al genocidio en el enfrentamiento entre hutus y tutsis en África. Fue una sentencia, que no admitió apelación, procedente de un cuerpo integrado por juristas de distintos países.

Los condenados no fueron simples redactores, sino directivos y propietarios de empresas de comunicaciones y, paralelamente, con otros intereses económicos. Es decir, que no utilizaban su influencia comunicativa como un medio cultural e imparcial, sino criminalmente, en defensa de beneficios y privilegios propios y de minorías poderosas.

La guerra de los Grandes Lagos, que implicó a Ruanda, Uganda, la República Democrática del Congo y a Burundi, provocó la muerte de más de medio millón de personas y más de dos millones de exiliados que huyeron a países vecinos perseguidos por hordas asesinas que cometieron todo tipo de atrocidades.

Ferdinand Nahimana, de 53 años, uno de los condenados a perpetuidad, al cometer sus delitos era director del grupo Radio y Televisión Mil Colinas (RTLM); Assan Ngeze, de 42 años, también con cadena perpetua, era jefe de redacción de la revista *Kangura*; Jean Bosco Barayagwiza, de 50, condenado a 35 años de prisión, fue fundador de la mencionada empresa, RTLM. Los cargos de los tres sentenciados fueron “genocidio e incitación pública a cometerlo, conspiración para cometer genocidio y crímenes contra la humanidad en las modalidades de persecución y exterminación.”

Entre los argumentos de la sentencia se destacó que “sabían del poder que tenían las palabras y en lugar de usar medios legítimos para defender su patriotismo, optaron por el genocidio.” Los jueces recordaron que no se “respetó la responsabilidad que conlleva la libertad de expresión y envenenaron las mentes de sus lectores y audiencias.”²⁷

27 “Efe condena a periodistas por las matanzas de Ruanda”. El País, 4-12-2003.

Aunque ninguno se puso personalmente al micrófono, en el veredicto se afirmó que Nahimana era el número uno de la emisora y Barayagwiza el segundo, y que ambos eran “responsables del contenido que salía en antena.”

La emisora “hizo llamamientos expresos para exterminar a los tutsis”, la etnia minoritaria en Ruanda. “Levantaos para exterminar al enemigo. Fijaos en su nariz y si es fina y pequeña, rompedla,” dijo un presentador en referencia a uno de los rasgos físicos distintivos de la etnia tutsi. También, alegando una mejora de la seguridad, la RTLM difundió mensajes animando a los tutsis a volver a sus casas, y muchos de los que siguieron el consejo fueron asesinados inmediatamente.

Como prueba del poder de la emisora, en el veredicto se señaló que “cuando la radio solicitó que no hubiera más ataques contra la fuerza de paz de la ONU, estos cesaron.” Los medios “prepararon el terreno para el genocidio,” dijo la jueza, quien recordó que la radio era “el medio de comunicación que llegaba a más gente en Ruanda.”

Por su parte, la revista *Kangura* publicó en 1990 los “diez mandamientos hutu,” que preconizaban, entre otras cosas, “dejar de tener piedad con los tutsis.”²⁸

Podemos observar cómo, al tratarse de un tribunal internacional que afrontaba las responsabilidades indiscutibles de un genocidio de medio millón de personas, no surgieron las habituales voces que les acusaran de atentar contra la libertad de expresión. Por tanto, se creó un valioso precedente que determinó la existencia de responsabilidades muy graves por parte de los medios de comunicación en un caso de extrema violencia.

Yugoslavia, la cizaña

Otra guerra que requirió la creación de un tribunal internacional *ad hoc* fue la de Yugoslavia, donde también los medios desempeñaron un papel fundamental colaborando en el enfrentamiento étnico.

28 *Ibidem*.

Tanto el número 72 de la revista *El Viejo Topo*, editada en Barcelona, España, como el número 51 de la revista pacifista *Mambrú* analizaron el papel de los medios en la guerra de los Balcanes.

Llegaron a la conclusión de que todos los bandos manipularon el subconsciente colectivo hasta crear condiciones “objetivas” para declarar la guerra. Según afirman los analistas de estos trabajos, “la primera batalla de la guerra de los Balcanes se libró en los medios de comunicación de masas, más bien medios de manipulación de masas.”

Montse Armengol, en su trabajo titulado “Cómo se construye una guerra,”²⁹ publicado en la revista *El Viejo Topo*, pone de manifiesto que la guerra comenzó antes de 1991, por mucho que nuestros medios se empeñen en lo contrario. Aunque la primera bala se disparó en 1991 en Eslovenia, “la guerra en la antigua Yugoslavia empezó en 1982.” Luego vendría Croacia, Bosnia-Herzegovina y Kosovo.

Muchos analistas han afirmado que sin medios de comunicación, concretamente sin televisión, hubiera sido muy difícil que hubiese estallado la guerra en Bosnia. La connivencia de los medios de comunicación con los nacionalismos más extremos (salvo honrosas excepciones) sentaron las bases para el conflicto bélico. Los medios de comunicación han instigado deliberadamente el odio,³⁰ afirmó Zlatko Dizdarevic, redactor jefe del mítico periódico *Oslobodenje* de Sarajevo.

Armengou recuerda que en el verano de 1992, una misión de la Organización Internacional de Periodistas que visitó las distintas repúblicas yugoslavas regresó con conclusiones espeluznantes. La manipulación campaba a sus anchas en los medios de comunicación, tanto serbios como croatas, hasta el punto que se habla de crímenes de guerra mediáticos a los que se les podría exigir su Nüremberg correspondiente.

29 Montse Armengou. “Cómo se construye una guerra.” *El Viejo Topo*, no. 72. Barcelona. España.

30 *Ibidem*.

Algunos de los periodistas que habían sido más críticos con el sistema comunista desde posiciones progresistas se convirtieron en vectores complacientes de la propaganda nacionalista xenófoba. Los medios impusieron la idea nacionalista-xenófoba. Pero veamos ejemplos.

Medios en Serbia

Ya antes de que subiera al poder serbio Slobodan Milosevic se empezó a preparar una estrategia de tensión, una escalada progresiva de la propaganda, en la que la televisión se convirtió en una máquina de guerra, afirmó Petar Lukovic, redactor jefe del semanario *Vreme*, uno de los pocos medios independientes serbios.

En el antiguo sistema federal todas las repúblicas tenían radio, prensa y televisión propias y un organismo estatal, la JRT, se encargaba de coordinar el intercambio de programas.

Los medios asumen las tesis nacionalistas y dinamitan la JRT y con ella un elemento mediático aglutinador de las distintas etnias, realidades y culturas que conformaban Yugoslavia. Ahora, cada federación tiene su autonomía mediática y su línea de enfrentamiento.

Un nuevo peldaño en esta escalada de tensión es el cambio que experimentan el lenguaje y el discurso televisivo. En el bando serbio, todas las repúblicas son malas menos Serbia, que está “explotada por las demás.” El nacionalismo serbio se alimenta de autoconmiseración, al describirse como “la víctima de los nacionalismos de los otros.”

Para acabar de revestir toda esta atmósfera xenófoba aparece el “Memorándum de la Academia de las Ciencias y de las Artes Serbia,” en el que una serie de destacados intelectuales orgánicos sienta las bases teóricas de la futura limpieza étnica.

El lenguaje, la forma de designar al otro, al enemigo, se empieza a embrutecer: todos los eslovenos son fascistas, los croatas unos

ustachis, aliados de los nazis que atacan a los serbios... De hecho, la explotación de los antiguos miedos derivados de la II Guerra Mundial actúa como una mancha de aceite, como un veneno que todo lo contamina. La televisión emite cada día documentales sobre las matanzas y atrocidades que cometieron las milicias o *ustachis*. El clima para intervenir contra Croacia está servido.

Paralelamente, durante estos años –recuerda un trabajo de Armengol– se va preparando la futura intervención en Bosnia. Los bosnios pasan a ser denominados “musulmanes,” luego “fundamentalistas,” más tarde “turcos” y “moros,” para acabar siendo simplemente “cerdos.”

Un año antes del comienzo oficial de la guerra, hay un hecho que muchos coinciden en señalar como el inicio real del conflicto bélico. El día que el Partido Serbio de Bosnia-Herzegovina ocupó el transmisor de TV Sarajevo en Banja Luka y cambió la señal por la de TV Belgrado, el discurso belicista panserbio quedó instalado en Bosnia. Buena parte de la población serbia de Bosnia, sobre todo de las zonas rurales, donde el acceso a la información depende casi exclusivamente de la televisión, empezó a recelar de sus vecinos musulmanes sin importarles que hasta el momento hubieran sido sus mejores amigos o que los matrimonios mixtos fuesen un hecho común.

Así pues, tras la guerra en los medios de comunicación empieza la guerra de las armas. Después del ensayo de Eslovenia y Croacia para lanzarse a otra guerra, la de Bosnia, solo hace falta un poco más de perfeccionamiento en la mentira, la manipulación y la exageración sistemáticas.

Medios en Croacia

Aunque desde una perspectiva completamente antagónica, Belgrado y Zagreb coinciden en la utilización mediática de la propaganda como instigadora del odio y la venganza que desemboca en guerra. Coinciden en el lenguaje: mientras para los medios serbios todos los croatas

son *ustachis* que participan de un complot vaticano-alemán, para los croatas los serbios son *chetniks* que quieren restaurar la vieja Yugoslavia comunista.

Coinciden también en poner al frente de los principales medios de comunicación a periodistas comisarios políticos que actúan como correa de transmisión del poder. Armengou pone algunos ejemplos de acumulación de cargos que resultan ejemplares: Antun Vrdoljak, director general de la radiotelevisión es, a la vez, vicepresidente de la (HDZ) Comunidad Democrática Croata, el grupo de Tudjman, miembro del Consejo Nacional de Defensa, presidente del Comité Olímpico Croata, presidente de la Compañía Aérea Croata, presidente de la compañía que construye la autopista Zagreb-Split... y así abundan los casos. Tanto en Serbia como en Croacia existe una guardia pretoriana mediática al servicio de sus respectivos gobiernos; uno, el de Milosevic, y el otro, el de Tudjman, pasado por el catolicismo ortodoxo.

Precisamente el día después de la victoria de Tudjman y de su HDZ, en mayo de 1990, empieza la exaltación ideológica de los medios como arma de guerra. La constitución de 1990 garantiza la libertad de expresión, de prensa, prohíbe la censura y advierte en su artículo 39 que “toda incitación a la guerra, a la violencia, al odio nacional, racial o religioso y toda forma de intolerancia serán prohibidos y castigados.” Nada más lejos de esta ley que la realidad.

En medio de esta pesadilla de censura y presiones, según los autores de la investigación, se puede establecer una macabra diferencia entre el control de los medios serbios y los croatas. Los primeros dicen muchas más mentiras, mientras que los segundos dejan de informar más a menudo de lo que no les conviene. De hecho, cuesta más encontrar algún *media* independiente en Croacia que en Serbia.

La lección

Los políticos demócratas, centenares de periodistas independientes, intelectuales que no se han puesto al servicio del poder y buena parte

de la sociedad civil en la antigua Yugoslavia creen que lo que ha pasado en Bosnia es un ejemplo de cómo los medios de comunicación han sido el instrumento a través del cual los políticos ultranacionalistas, no importa el signo del que provengan, arrastraron a su pueblo a una guerra que no quería. En la antigua Yugoslavia, la manipulación de los medios ha contribuido decisivamente a romper la convivencia de una sociedad multiétnica, pluricultural y plurireligiosa. En la década de la guerra como espectáculo, la guerra de Bosnia puso en evidencia que, a menudo, los medios no explican los conflictos, sino que los refuerzan.

En un universo de fanatismo e histeria colectiva como el que se desató en los Balcanes, los medios de comunicación tienen su parte de responsabilidad. Por ello, solo es posible acabar con la guerra si se acaba con la guerra de propaganda.

Venezuela, el golpe

Y nos vamos acercando en el tiempo. En Venezuela, en abril del año 2002, los medios opositores llevaban semanas convocando a una manifestación masiva contra el gobierno. Esta se autorizó como tantas otras, puesto que los organizadores la presentaron como pacífica. Durante la manifestación, tanto en el lugar como desde las televisiones opositoras, se hizo un llamamiento para que los manifestantes se desviarán de su recorrido y se dirigiesen hacia el palacio presidencial de Miraflores en Caracas para enfrentarse a la guardia que lo protegía.³¹ El titular en ediciones extraordinarias de la prensa repartida entre los manifestantes era: “Todos a Miraflores.” Era una frase que no cesaba de repetirse en las televisiones. Incluso ya se tenían preparadas las declaraciones de los opositores acusando a Chávez de los manifestantes muertos antes de que los hubiera.³²

31 Los acontecimientos de esos días están magníficamente recogidos en el documental *La revolución no será transmitida*, de Kim Bartley y Donnacha O'Briain, 2003.

32 Pascual Serrano. “Chávez revela que las declaraciones televisadas de los líderes golpistas fueron grabadas por algunos medios el día anterior al golpe.” *Rebelión*, 20-05-2002.

Esos medios, cuando lograron que un grupo de militares secuestraran al presidente, informaron que había renunciado voluntariamente.

El documental *La revolución no será transmitida*, de Kim Bartley y Donnacha O'Briain, recoge con precisión absoluta aquellos acontecimientos. El 10 de abril, el general Néstor González González apareció en televisión diciendo: "Señor presidente, váyase, el alto mando tendrá que asumir esa posición", lo que suponía un llamamiento explícito al golpe de Estado militar. Los medios manifestaron que "las declaraciones del general González González vienen a confirmar que Hugo Chávez es agente al servicio de Fidel Castro y de la guerrilla colombiana." De esta forma las televisiones se alinean con el golpe. Al día siguiente, 11 de abril, comenzó la marcha que desoyó la convocatoria original para dirigirse hacia el Palacio Presidencial y provocar la desestabilización y el enfrentamiento. Los medios continuaron con su convocatoria al golpe con este llamamiento: "Coroneles de la Fuerzas Armadas ustedes están en los cuarteles viendo la televisión para saber qué hacer, tomen la decisión correcta."

Una vez tomado el control del palacio presidencial por los golpistas y secuestrado el presidente Chávez, los medios amanecen el 12 abril con este mensaje del presentador: "Buenos días, tenemos nuevo presidente." En el estudio comienza un conversatorio alegre y desenfadado entre representantes de los medios y militares. Dicen: "Gracias Venevisión, gracias RCTV." Otro presentador responde: "Nosotros debemos decir, tanto Venevisión como RCTV, gracias Televen, gracias Globovisión." Continúa otro de los presentes: "Gracias medios de comunicación."

Riéndose revelan que el pronunciamiento a la insurrección del militar González González fue desde la residencia personal de los directivos de la televisión: "hicimos un vídeo desde la casa de Napoleón. Cuando nosotros decidimos que el general saliera a la luz pública, era porque Chávez se iba a Costa Rica y nosotros teníamos que tener a Chávez en Venezuela, y entonces el pronunciamiento del general hace que Chávez no vaya a Costa Rica, se quede en Venezuela y ahí es cuando

nosotros activamos el plan definitivo.” “¿Cuál era el plan?” pregunta uno de los asistentes. “El plan original era pasar al empleo de las Fuerzas Armadas,” responde un militar que está en el estudio.

El odio que generó la campaña mediática con el objeto de derrocar un gobierno se demostró irrefrenable, hasta el punto de que los grupos antichavistas comenzaron la caza de líderes y responsables gubernamentales del gobierno derrocado. Cientos de personas rodearon la embajada cubana indignados por la supuesta influencia que, se suponía, tenía ese país en la política de Chávez y cortaron el suministro eléctrico y el de agua a golpes contra las instalaciones, lanzaban objetos al edificio que se vio asediado por esos grupos violentos en lo que suponía una flagrante violación de las normas internacionales.³³

Cuando comenzaron a bajar de los cerros y suburbios los manifestantes que reclamaban la vuelta del presidente, los medios empezaron emitir dibujos animados como única programación. Al recuperarse el palacio presidencial por los ministros de Chávez, el 13 de abril, los medios no informaban. La CNN emitía las declaraciones telefónicas del golpista Pedro Carmona, ya huido, diciendo que el control y la normalidad eran totales. Mientras no se recuperó la emisión del canal estatal, los venezolanos no pudieron saber la verdad.

La virulencia y el odio de los medios de ese país contra el gobierno era, y sigue siendo, espectacular. Recuerdo a un comentarista político describiendo cómo el presidente cada día que pasaba se le iba conformando la cara hasta parecerse a un hombre de *cromagnon*: “observen sus pómulos cada vez más pronunciados, su mandíbula agrandada,” decía el “analista.” Era un discurso xenófobo que buscaba despertar el odio entre la audiencia.

Del mismo modo, en aquellos disturbios del 11 de abril las cámaras captaron a tres partidarios de Chávez disparando desde un céntrico

33 Ver documental de Ángel Palacios *Asedio a una embajada*, 2002.

puente de Caracas, Puente Llaguno. La versión opositora es que disparaban contra una pacífica marcha de manifestantes. Finalmente, en el juicio se demostró que se defendían de policías metropolitanos que les atacaban desde un edificio cercano, y que actuaban bajo el mando de un alcalde opositor a Chávez. Debajo del puente no había llegado manifestación alguna. Durante el año que tardó en dictarse la sentencia, los medios opositores estuvieron emitiendo todos los días, aproximadamente tres veces, las imágenes de los partidarios de Chávez disparando sus armas cortas con una voz en *off* que decía: “obsérvese a los pistoleros, a los asesinos, cómo descargan la pistola y la vuelven a cargar, sobre la marcha indefensa.”³⁴

En la conmemoración del año de aquellos sucesos, en abril de 2003, de nuevo la oposición convocó a movilizaciones y concentración en el trágico Puente Llaguno. Desde un mes antes, un slogan televisivo se repetía en las televisiones venezolanas: “Vamos a por ellos.” Tuve la oportunidad de estar presente en ese país por aquellos días. Algunos partidarios de Chávez también se dirigieron al lugar mientras la mayoría esperaba expectante en sus barrios esperando instrucciones. No se movilizó ningún venezolano a la convocatoria opositora. No funcionó el llamado a la violencia. El pueblo había tomado nota de lo sucedido el año anterior, pero los medios no. Quizás porque los primeros sabían que tenían algo que perder, la vida; y los segundos, con su habitual impunidad, no se jugaban nada.

Haití, la violencia

La utilización de los medios de comunicación como amenaza es constante en numerosos ejemplos internacionales. En diciembre del año 2005, antes de las elecciones presidenciales en Haití, la burguesía y la elite económica local convocaron a una huelga general para pedir a las tropas de la misión de paz de la ONU destinadas en el país, que intervinieran militarmente en los barrios pobres donde se encontraban los partidarios del candidato progresista René Preval.

34 Ver el documental de Ángel Palacios Puente Llaguno. Historia de una masacre, 2004.

El corresponsal en Haití de Telesur, Reed Lindsay, me contaba que, en su campaña, esto grupos económicos emitían un anuncio en televisión que decía: “El próximo día X yo no dejaría que mi hijo saliese a la calle.” Se trataba de un mensaje que buscaba paralizar al país mediante la amenaza de violencia contra los niños.

La misión de paz de la ONU desplegada en Haití, Minustah, debería pensar que tan importante como intervenir para impedir un tiroteo es asumir que los medios no realicen incitaciones de ese tipo a la violencia.

India, el odio

En muchas ocasiones, gobiernos y medios de comunicación azuzan conflictos religiosos y étnicos con el único objeto de dejar en un segundo plano otros elementos más molestos para el poder. Así, en la India se está sembrando el enfrentamiento entre hindúes y musulmanes. El Movimiento Islámico de Estudiantes de India (SIMI), ilegalizado por el gobierno, ha rechazado en numerosas ocasiones su implicación en atentados de grupos islamistas y acusado a los grupos hindúes de criminalizar sin razones a su organización. La escritora Arundhati Roy recuerda que el gobierno fomenta el odio entre las comunidades y plantea la prohibición de las escuelas musulmanas y otros lugares de encuentro de esta religión en lugar de permitir que se expresen los problemas verdaderos de los ciudadanos. En Gujarat, en 2002, se calcula que 2.000 musulmanes fueron asesinados y 150 mil sacados de sus hogares, 287 personas fueron acusadas bajo la Ley de Prevención del Terrorismo (POTA):

Cada vez que hay un llamado ataque terrorista, el gobierno se apura a intervenir, entusiasmado en asignar culpas, tras poca o ninguna investigación. El incendio del tren expreso Sabarmati, en Godhra, el 13 de diciembre de 2001, el ataque al edificio del parlamento, o la masacre de los sikhs perpetrada por los llamados terroristas en Chittisinghpura, en marzo de 2000, son unos cuantos publicitados ejemplos. (Los llamados terroristas, que después fueron asesinados por las fuerzas

de seguridad, resultaron ser inocentes aldeanos. Más tarde, el gobierno estatal admitió que sus muestras de sangre sometidas a un examen de ADN eran falsas.) En cada uno de estos casos, la evidencia que eventualmente salió a la luz pública planteó preguntas realmente inquietantes, así que inmediatamente fue congelada. Tomemos el caso de Godhra: en cuanto sucedió, el ministro del Interior anunció que era un complot del ISI (Servicios de Inteligencia de Pakistán, N. de la T.). El VHP (Vishwa Hindu Parishad. La organización integrista Consejo Mundial Hindú, N. de la T.) dice que fue obra de una muchedumbre musulmana que arrojó bombas de gasolina. Las preguntas serias permanecen sin respuesta. Las conjeturas no tienen fin. Todos creen en lo que quieren creer, pero el incidente es usado cínica y sistemáticamente para despertar un frenesí comunal.³⁵

La autora se pregunta:

¿Y por qué mientras a los musulmanes –que son social, cultural y económicamente una parte inalienable de la India– se les llama forasteros e invasores, y cruelmente se hace de ellos un blanco, el gobierno está ocupado firmando acuerdos empresariales y contratos de apoyo al desarrollo con un gobierno que nos colonizó durante décadas?³⁶

El periodista y profesor adjunto de la Universidad Nacional de Periodismo y Comunicación de Makhanlal Chaturvedi en la India, Sutanu Guru, ha denunciado que los medios de comunicación de su país etiquetan peligrosamente con frecuencia a las diferentes comunidades: “los fundamentalistas hindús del BJP (Bharatiya Janata Party o Partido Popular Indio)” frente a “los terroristas islámicos talibanes.” De esta forma, afirma el académico, alimentan el odio.³⁷

35 Texto leído por Arundhati Roy el 6 de abril de 2004 en Aligarh Muslim University, India. Publicado por *La Jornada*, México, 30-5-2004.

36 *Ibidem*.

37 Sutanu Guru. “La cobertura mediática vista desde la India,” en Danny Schechter. *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós Barcelona 2004.

Por ello, Arundhati Roy plantea que los responsables de los medios de comunicación deberían impedir que los artículos de sus periódicos y los anuncios de sus emisoras de televisión en las horas de máxima audiencia sean secuestrados por las espurias pasiones y la retórica teatralmente preparada de los agitadores profesionales, las cuales tienen como objeto distraer la atención de cualquier otro problema.³⁸

Chile, cómplices de Pinochet

A finales del mes de marzo de 2006, el Tribunal de Ética y Disciplina del Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas condenó a los principales diarios chilenos por su complicidad con los crímenes de la dictadura.³⁹

La sentencia de culpabilidad recayó sobre ex directores de *El Mercurio*, *La Segunda*, *Las Últimas Noticias*, *La Tercera* y una periodista, por falta a la ética y no cumplimiento con el deber “de entregar la verdad a la ciudadanía” en las publicaciones que esos medios realizaron en los primeros años de la dictadura, acerca del secuestro y desaparición de 119 prisioneros políticos, en el montaje conocido como Operación Colombo.

Ese operativo del régimen militar intentó convencer a la ciudadanía chilena e internacional de que las denuncias de familiares sobre desapariciones eran falsas. A través de la Operación Colombo se hizo aparecer algunos cadáveres calcinados en Buenos Aires, a los que identificaron como militantes chilenos de izquierda, con un letrero que decía: “por traidor.” La versión de la dictadura, recogida por los medios, que agregaron titulares injuriosos, fue que los supuestos desaparecidos se estaban matando entre ellos en Argentina o caían en enfrentamientos. En el montaje se incluyeron dos publicaciones de breve y escasa circulación en Argentina y Brasil, donde se entregó una lista de 119 personas que en Chile se denunciaban desaparecidas

38 Arundhati. Roy. *Retórica bélica*. Anagrama. Madrid 2005.

39 Jorge Escalante. “La DINA mediática.” *La Nación*, abril de 2006, Chile.

y que habrían muerto en Argentina en ajustes de cuentas o enfrentamientos.

Los medios dieron por buena la versión, sin ninguna confirmación ni fuente reconocida, y la difundieron a pesar del daño que hacía a la honorabilidad y memoria de las víctimas. De esta forma, la prensa participó y fue cómplice del sistema de violencia y represión de la dictadura chilena.

En este ejemplo encontramos unos medios de comunicación que, aunque por las condiciones de la dictadura no hubieran podido cumplir su derecho a la información, aceptaron servir de herramienta del poder difundiendo las noticias que diseñaba el régimen de Pinochet, aunque eso supusiese atentar contra la honorabilidad e imagen de las personas.

El precedente sancionador creado es razonable, si se acusa a un militar por cómplice de un régimen represivo, ¿por qué no se debe señalar a un periodista como cómplice también de un régimen de mentira, engaño e injuria contra personas y grupos sociales? Es un elemento a tener en cuenta, pero apenas ningún medio de comunicación de los que se desenvuelven con normalidad en una dictadura tienen después mayores problemas legales ni morales cuando sobreviene la democracia.

Apuntar al malo

Los medios desempeñan un papel importante para criminalizar a los grupos sociales cuyo único delito en muchos casos es la disidencia política pacífica: ecologistas, grupos alterglobalización, movimiento okupa, nacionalismos no violentos, etc. Para lograr sus objetivos, o bien alinean a estos grupos con organizaciones armadas o los estigmatizan constantemente para que sean asociados con el terrorismo y la violencia. Lo anterior se complementa con un discurso que legitima las acciones represivas sobre ellos. Un ejemplo de este último caso es una noticia de *El País*⁴⁰ del 14 de enero de 2007. Se titula: “La protesta de los sin techo fracasa en Barcelona.” Al leer el texto descubrimos que “...un nutrido grupo de agentes de la Guardia Urbana y los Mossos de Escuadra (la policía autonómica) les prohibió colocar las tiendas de campaña” a los miembros de la ONG que querían expresar su protesta. No fracasó ninguna protesta, fue prohibida y reprimida por fuerzas del orden aunque era pacífica, solo pretendían colocar tiendas de campaña. Las ideas transmitidas con esta noticia son: que el movimiento tiene poca implantación ciudadana (fracasó según el titular), y la actuación policial fue lícita, ya que el movimiento pretendía hacer una acción ilegal merecedora de una prohibición.

La estigmatización llega a cualquier colectivo que moleste al orden imperante. En un amplio reportaje sobre la movilización en Francia

⁴⁰ Siempre que citemos al periódico *El País* o *El Mundo*, nos referiremos a los diarios españoles. Igualmente cuando no se especifica la nacionalidad de un medio se sobreentenderá que es español.

en apoyo a los “sin techo”, y en referencia a la ONG que organizó las protestas, “Los Hijos de Don Quijote”, un sumario de *El País* del 6 de enero dice: “El Gobierno francés, sabe que este grupo, aun siendo pequeño, puede hacer daño.” A movilizarse denunciando que entre 80.000 y 100 mil personas viven en Francia en la calle le llaman “hacer daño.” La protesta social “hace daño”, según los valores editoriales promovidos por nuestros medios de comunicación.

La criminalización de los grupos contestatarios permite que se vea como normal el detalle publicado en *El País* el 4 de marzo de 2007, en el cual se afirma que un grupo de “ocupas” de Copenhague ha sido desalojado por “fuerzas antiterroristas.” Parece que ese era el terrorismo contra el que había que luchar, jóvenes que “ocupan” viviendas vacías. Y para terminar el reportaje, este párrafo, muy imparcial para explicar los enfrentamientos entre quienes reclamaban su derecho a vivienda y la policía, expresa: “El fenómeno de *turismo de algarada* es conocido en Alemania, en cuya capital se reúne tradicionalmente cada primero de mayo la flor y nata de los ‘alborotadores del mundo’, o al menos de Alemania.”

“Y seguimos con el movimiento ocupa.” Así titulaba *El País* el 11 de septiembre de 2007: «Desarticulada una red de tráfico de drogas que suministraba al movimiento ‘okupa’. Es evidente el intento de criminalización de la causa okupa. Pero lo único que les relaciona con el narcotráfico es que en la furgoneta donde estaba la droga había “propaganda relacionada con el movimiento ocupa.” Es como si hubiesen llevado un adhesivo de publicidad de Coca Cola y la policía y el diario afirmaran que suministraban a la multinacional Coca Cola.

El antifascista

Hubo un tiempo en que para la opinión pública y los medios de comunicación libres, el término “antifascista” era sinónimo de luchador por la libertad. Sirva como ejemplo la Alianza de Intelectuales Antifascistas, creada al estallar la guerra civil española. Su objetivo era alertar y denunciar el avance del fascismo en España y en ella

estaban figuras como María Zambrano, Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Miguel Hernández, José Bergamín, Rosa Chacel, Luis Buñuel y Luis Cernuda. Desde fuera de España se incorporarían Pablo Neruda, Nicolás Guillén y Ernest Hemingway, entre otros. Sin embargo, ahora reivindicar el antifascismo parece incómodo para los medios de comunicación. Por eso cuando el 11 de noviembre de 2007 un neonazi asesinó a puñaladas a un antifascista de dieciséis años desarmado en el metro de Madrid, la agencia Efe, los diarios *ABC*, *El Mundo* y *El País*, aunque este último luego rectificó, titularon: “Un joven muerto y varios heridos tras un enfrentamiento entre bandas en Madrid.” Si los medios hubieran aplicado en la II Guerra Mundial ese criterio de igualar como “bandas” a neonazis y antifascistas, publicarían que aquella confrontación fue un choque entre bandas de nazis y de aliados, que provocó la muerte de 60 millones de personas. O que lo que sucedió el 11-S en Nueva York fue también otro enfrentamiento entre bandas, Al Qaeda y neoyorquinos que estaban en las Torres Gemelas. Y, al parecer, también hubo bandas de blancos contra bandas de negros durante el régimen de apartheid en Sudáfrica.

Tras el asesinato de este joven antifascista se convocó a una manifestación de protesta. La cadena de televisión española *Antena 3*, el domingo 25 de noviembre, justificaba la criminalización del antifascismo, afirmando en su informativo que “la marcha tuvo que ser disuelta en varias ocasiones por la policía.” Obsérvese el “tuvo que ser” como necesidad, no como decisión política y policial. A continuación, ese mismo informativo califica de “radicales” y “antisistema” a los que se manifestaban frente a una librería donde se celebraba un acto con un líder del Ku-Klux-Klan en Barcelona. Movilizarse contra el KKK ahora es ser radical y antisistema, como hace siglo y medio en los Estados Unidos.

Euskadi

Lograr consolidar la satanización del objetivo –sea persona, grupo social o movimiento político– permite posteriormente mentir en los medios con impunidad contra él. En una tertulia al mediodía en *Tele*

5 el 8 de enero de 2007, el político socialista José Bono afirmó que Arnaldo Otegi, líder de la ilegalizada Batasuna, es un secuestrador y si no “que le pregunten a Gabriel Cisneros y a Javier Ruipérez.” Ambos tienen cargos en el Partido Popular, el primero sufrió un intento de secuestro en 1979 y el segundo fue secuestrado por ETA el mismo año. Pero Otegi fue juzgado por ambos delitos y absuelto. Y los que son absueltos de un juicio de secuestro, no son secuestradores. Bono se podía permitir llamar secuestrador a alguien que había sido absuelto de esa acusación porque la satanización mediática ya se había previamente conseguido. Lógicamente, contra un secuestrador las medidas policíacas y penales están justificadas, el terreno se va preparando así.

Sigamos con Euskadi. Una foto del 7 de enero de 2007, publicada en el *ABC*, muestra un careo entre un agente antidisturbios con casco, botas, escudo y porra en la mano, frente a un manifestante abertzale que le señala con el dedo índice. El pie de foto reza: “La Ertzaintza tuvo que usar material antidisturbios ante la actitud amenazante de los congregados.” Recordemos que lo que llama el periódico “actitud amenazante” que requiere “material antidisturbios” es el dedo índice de un manifestante, no un grupo armado independentista. La obsesión por presentar como amenaza al independentismo vasco lleva a que el diario *ABC* del 5 de mayo de 2007, afirme en un titular: “ANV ⁴¹ amenaza a los medios por ser responsables del ‘sabotaje’ de las listas (electorales).” Cuando leemos la noticia observamos que la única referencia a los medios de comunicación es decir en un comunicado que “acusan a los medios de comunicación de haber asumido “el papel de juez y fiscal”, haber “condenado” al partido y haberse convertido en ‘verdugos.’ ¿Y la amenaza?

La satanización puede llevar a legitimar la vulneración de libertades públicas y criminalizar a quienes las quieren ejercer. En el informativo

41 Acción Nacionalista Vasca (EAE-ANV), Eusko Abertzale Ekintza en euskera, es un partido nacionalista e independentista vasco. Estuvo integrado en la coalición Batasuna por lo que fue ilegalizado en mayo de 2007 por la fiscalía española en cumplimiento de la Ley española de partidos.

del 10 de septiembre de 2007 de *Tele 5*, ante la prohibición de una manifestación en San Sebastián, el presentador afirmó que “la izquierda abertzale tenía la consigna de desafiar la prohibición de manifestarse.” Llamaron así a hacer uso del derecho de manifestación: “consigna de desafiar la prohibición de manifestarse.”

Observemos hasta donde pueden llegar los medios. El 15 de diciembre de 2007, las organizaciones opuestas al tren de alta velocidad en Euskadi se manifestaron en Mondragón (Guipúzcoa), por considerarlo dañino para el medio ambiente. Se dieron cita desde el sindicato ELA y Ezker Batua hasta movimientos ecologistas y grupos vinculados al mundo de Batasuna. Título de *ABC* al día siguiente: “Los proetarras se vuelven a manifestar contra el tren de alta velocidad.” De forma que el vasco que fue a manifestarse porque piensa que ese tren atenta contra el medio ambiente se enteró al día siguiente de que es un proetarra.

El musulmán

El surgimiento de un fundamentalismo islámico violento ha generado un clima de satanización contra el Islam al que los medios no son ajenos. En lugar de colaborar en evitar el enfrentamiento religioso entre culturas, los medios de comunicación se han unido en el enfoque de sus noticias, en la terminología utilizada y en el mal uso de los antecedentes y los contextos necesarios, a la siembra de un estado de opinión en Occidente que criminaliza, sin diferencia, a todo el Islam y a sus seguidores. Una de las primeras confusiones creadas por los medios es considerar sistemáticamente al musulmán como islamista. Islamista es quien pertenece a un movimiento político de esa ideología, mientras que musulmán es un seguidor de la religión que no necesariamente tiene por qué pretender unir su religión a la política. De esta forma, cuando el periódico *La Razón* titula, ante la inminencia de la guerra de Iraq: “Se teme la reacción de 1.200 millones de islamistas,” está considerando erróneamente que todos los musulmanes son activistas políticos islámicos. La siguiente escalada de confusión es homologar al islamista con el terrorista. Con este

proceso, tenemos a un musulmán que han convertido en islamista primero y después en sospechoso de terrorismo.

Analicemos cómo se promueve, desde los medios de comunicación, o desde algunas instituciones, esa estigmatización, en este caso no sobre un colectivo islámico, pero sí sobre un grupo nacional de fuertes raíces musulmanas. El 16 de julio de 2006, el diario *El País* informaba sobre la amenaza terrorista, relacionándola de un modo irresponsable con toda una comunidad nacional, la paquistaní. Transcribo un párrafo íntegro de la noticia principal de portada:

A la vez, la policía recalca “el incremento de la actividad entre la población paquistaní, con cierto apoyo y cobertura, de la financiación del terrorismo, observada en las distintas investigaciones que se mantienen activas.” Y agrega que eso “no hace sino constatar la amenaza y riesgo latente que dicha comunidad representa para el mundo occidental y, por lo tanto, para España.”

Se trata de una afirmación xenófoba que, con absoluta naturalidad, acusa a toda una comunidad nacional de terroristas, amenaza y riesgo para el país. Sustituyamos la palabra paquistaní por judía e imaginémoslo en Alemania en 1933.

El recurso de echar la culpa a fundamentalistas islámicos de todo lo malo que hacen otros puede llegar a límites insultantes. En enero de 2007, el régimen marroquí encarceló a dos periodistas. La presentadora del informativo de la noche de TVE 2 del 16 de enero señaló que se debía a la presión de los fundamentalistas. Pero en Marruecos estos no gobiernan ni tienen influencia alguna sobre los jueces, el rey Mohamed VI es claramente pro occidental, no pueden echarles la culpa a los islamistas de toda la represión de los países musulmanes.

Seguimos con la imagen que presentan nuestros medios del islamismo. En el diario *ABC* del 3 de abril de 2007, se publicó un dibujo del

humorista Mingote al gusto de las guerras de civilizaciones. Aparecían dos tipos con barba y turbante, a los que se supone musulmanes. Uno de ellos decía: “cuando reconquistemos Al-Ándalus, y en prueba de nuestra tolerancia, declararemos opcional la ablación del clítoris.” Y el otro contestaba: “por el momento.” Se ha de saber que la ablación del clítoris es tan islámica como cristiana. Se trata de una costumbre extendida en una amplia región de África, donde es practicada indistintamente por musulmanes, cristianos y animistas. Adjudicarles solo a los islamistas esa bárbara tradición forma parte de la desinformación diseñada para la criminalización del Islam.

Continuamos con la estigmatización de esta religión. El diario venezolano *El Universal* publicaba este titular el 28 de agosto de 2007: “Elección de islamita Gül como presidente preocupa a Turquía.” Una vez más los medios quieren hacernos creer que sus temores son los de los ciudadanos. La relación entre el partido vencedor en Turquía y el islamismo es la que tiene en Occidente la democracia cristiana con el catolicismo y nadie se alarma. Es imposible, además, que les preocupe a los turcos la elección de esa persona, puesto que es el candidato propuesto por el partido al que han votado mayoritariamente. Nadie apoya a un partido y luego le preocupa que el presidente sea de ese partido. El titular tiene como objetivo asociar preocupación con islamismo.

Los medios ya homologan la palabra islamista con la de terrorista con total naturalidad. Un cable de *Reuters* del 26 de junio de 2007 titulaba: “Detenidos dos presuntos islamistas en Barcelona” al referirse a dos acusados de pertenencia a Al Qaeda. Y un titular de portada del diario *Ideal de Granada*, el 13 de octubre señalaba: “La Policía tiene 150 confidentes para controlar a los islamistas en Granada.” En la medida en que asimilan islamista con terrorista o delincuente, ven lógico que deban ser controlados por la policía. Nos hubiera indignado que la policía destinara confidentes a controlar a los budistas, protestantes o católicos.

Formatos informativos como estos son los que provocan, por ejemplo, que el día 28 de septiembre de 2006, los pasajeros de un avión en

España obligaran al comandante a que registrara, interrogara y retirase el teléfono móvil y el equipaje de mano a otro pasajero, un profesor universitario, solo porque llevaba una barba desarreglada y les pareció un “terrorista musulmán.”

El posicionamiento de alguna prensa provoca la complacencia hacia acciones represivas de determinados gobiernos, siempre y cuando estos sean buenos amigos de los intereses occidentales, y los reprimidos sean del grupo a demonizar. De esta forma se puede utilizar el bondadoso titular que apareció en *El País* el 26 de febrero de 2007: “Egipto estrecha el cerco sobre los Hermanos Musulmanes” para referirse a la detención en ese país de 260 militantes del partido Hermanos Musulmanes, una organización ilegalizada, cuyos 88 diputados deben presentarse como independientes, y que cuenta con la simpatía del 20 por ciento de la población. La mayoría de los encarcelados eran ex candidatos, los jueces no encontraron motivos para su detención, pero el presidente ordenó la captura, basándose en una ley de emergencia de hace veinticinco años. No parece que esa razia se pueda zanjar con la expresión “estrechar el cerco.”

El inmigrante

Los inmigrantes no son ajenos a la ola de criminalización del diferente que domina en nuestros medios de comunicación. El 5 de septiembre de 2007, en *Tele 5* presentaron un reportaje sobre la delincuencia común en Barcelona. Los periodistas van “empotrados” con una patrulla policial que persigue a unas muchachas rumanas que, según el reportero, se dedican a robar carteras al descuido. La policía las registra delante de las cámaras, a cara descubierta de las jóvenes. No les encuentran ningún objeto robado, pero dice el periodista que “el día anterior sí.” Después, siguen acompañando a los policías que ahora buscan a unos marroquíes que también “han robado a unos viandantes”, dice el periodista que los ladrones “se han escapado en bicicleta”, lo que parece que demuestra la gran envergadura de esta banda internacional de delincuentes, de modo que la policía termina

cacheando y registrando a otros magrebíes. Total, son todos emigrantes africanos, qué más da que sean esos los ladrones.

Gobernantes no deseados

Uno de los formatos de información internacional que encontramos es la aparición súbita de críticas a un determinado gobierno, con la presencia de un inesperado interés por los derechos humanos en un país (Birmania), el apoyo a reivindicaciones nacionalistas (Tibet), o la defensa de una minoría indígena, que nunca habíamos oído hablar de ellos (misquitos, en Nicaragua). En algunos casos, esas injustas condiciones pueden tener parte de verdad, lo curioso es la oportunidad de comenzar a aparecer de modo tan sincronizado en los medios internacionales. Pero también, en otras ocasiones, simplemente no son realidad, y las denuncias forman parte de una campaña de desprestigio dirigida a un determinado gobierno.

En su libro *Overthrow*, publicado en 2006, Stephen Kinzer –antiguo corresponsal de *The New York Times*– desentraña el método mediante el cual se gesta la preparación en los Estados Unidos de una intervención en un país extranjero, hasta el punto de ordenar y orquestrar un golpe de Estado.⁴² Kinzer señala que casi siempre se repite un proceso en tres fases.⁴³ En primer lugar, una o varias multinacionales con sede en los Estados Unidos se enfrentan a un contratiempo financiero por culpa de un gobierno extranjero: aumento de impuestos, mejora de los derechos laborales, exigencias medioambientales. En segundo lugar, los políticos estadounidenses se enteran, y lo reinterpretan como un ataque contra los Estados Unidos: transforman la motivación económica en política o geoestratégica. Dan por sentado que cualquier régimen que moleste o acose a una empresa norteamericana debe ser antiamericano,

42 Citado por Naomi Klein. *La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós. Barcelona 2007.

43 Es interesante la entrevista que realiza al autor la periodista Amy Goodman en *Democracy Now*, 21-4-2006, http://www.democracynow.org/2006/4/21/overthrow_americas_century_of_regime_change.

represivo, dictatorial y, probablemente, la herramienta de algún poder o interés extranjero que pretende debilitar a los Estados Unidos.

Yo iría más lejos, y añadiría que presentan ante los ciudadanos del país de origen de la multinacional –que en nada les incumbe el futuro de una empresa que solo beneficia a sus acciones– y ante la comunidad internacional, al gobierno del país extranjero como violador de los derechos humanos, represor de la oposición y que atenta contra las libertades. La tercera fase se produce cuando deben “vender” a la opinión pública, la estadounidense y también, cada vez más, al resto del mundo, la necesidad de la intervención. Es fundamental presentarlo como una lucha del bien contra el mal: una oportunidad de liberar a una pobre nación oprimida de la brutalidad de un régimen que creemos dictatorial, porque ¿qué otro tipo de régimen importaría a una empresa norteamericana?

Como remata Naomi Klein: “...gran parte de la política exterior de los Estados Unidos es un ejercicio de proyección en el que una reducidísima élite con intereses propios identifica sus necesidades y sus deseos con los del mundo entero.”⁴⁴

Cuando los medios deciden estigmatizar y criminalizar a un gobernante, el primer paso es convertirle en noticia constante. Descubrimos así la política informativa que yo denominaría silencio/portada, y que consiste en mantener en la agenda al no deseado y silenciar al gobernante dócil, aunque en realidad, lo que se silencia son sus políticas y cualquier movilización o crítica que haya contra ellas por parte de los ciudadanos de ese país. Basta pensar que nunca los españoles han recibido tanta información y reconocido con tanta normalidad a un presidente venezolano o boliviano, como ahora sucede con Hugo Chávez o Evo Morales.

El resultado de esa política informativa se refleja en el Latinobarómetro de 2007, que elabora cada año el Instituto Elcano. En este estudio

⁴⁴ Naomi Klein. La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós. Barcelona 2007.

se entrevistó a 1.200 españoles y, entre otras preguntas, se les pedía su opinión sobre varios presidentes latinoamericanos: Bachelet, Lula, Chávez, Castro, Evo Morales, Daniel Ortega, Alvaro Uribe y Felipe Calderón. Sobre Chávez y Castro casi todos los encuestados tenían formada una opinión (respondieron el 95 por ciento y 94 por ciento respectivamente). En cambio, sobre Lula opinó el 71 por ciento; de Evo Morales, el 65 por ciento; sobre Bachelet, el 61 por ciento y sobre Ortega, el 59 por ciento. Aunque también se les preguntó por otros dos presidentes de derecha, Uribe y Calderón, apenas opinaron. De hecho, leyendo el informe íntegro, estos dos presidentes, insistimos, los únicos de derecha, no aparecen en el ranking, a pesar de que, según señalan en el enunciado de la pregunta, estaban en el listado a valorar por el encuestado. Una de dos, o la valoración se ha silenciado premeditadamente, lo que no parece razonable, o el porcentaje de españoles que tenía una opinión creada sobre ellos fue mínimo. Se había cumplido el objetivo de los medios: lograr que pasen desapercibidos los presidentes de derecha, apartarlos de la actualidad para no molestarles y dejarles aplicar su política con tranquilidad, mientras que a los de izquierda se les mantiene constantemente en el candilero. De ahí que los ciudadanos no tengan una opinión creada de los primeros y sí la tengan de los segundos.

El racismo y la criminalización hacia gobernantes progresistas y molestos pueden llevar a textos como este fragmento de una columna de opinión en el periódico regional *La Tribuna* del 13 de septiembre, donde se hace referencia a Néstor Kirchner, Cristina Kirchner, Hugo Chávez, Daniel Ortega, Evo Morales y Rafael Correa: “el Dioni de la Pampa y su esbelta esposa, el “gorila rojo de Caracas”, el incestuoso de Managua y los nuevos incas de Bolivia y Ecuador.”

Para que la estigmatización sea constante en el caso de gobernantes díscolos o no deseados por los medios, es necesario presentar una sociedad movilizadora y amotinada contra ese presidente, aunque no sea verdad. Veamos el caso del presidente de Bolivia, Evo Morales. En los informativos de *Tele 5* y de *Cuatro*, el 10 de enero de 2007 la presentadora afirmaba en los titulares que el presidente boliviano se

enfrenta a protestas de campesinos y aparecen imágenes de disturbios. Posteriormente, cuando se desarrolla la noticia, vemos que los campesinos son partidarios de Morales y contra quien protestan es contra un gobernador opositor que quiere proclamar su independencia frente al gobierno central.

Algo parecido pudimos comprobar el 28 de noviembre de 2007 en el diario *El País*. Titulaba: “Partidarios de Morales aprueban leyes pese a los opositores congregados frente al Parlamento.” La noticia se acompañaba con una fotografía de la agencia *Reuters* cuyo pie rezaba: “Cientos de opositores al gobierno de Evo Morales se congregan en la plaza Murillo de La Paz, en Sucre.” En su galería de fotografías de la página web vuelven a difundir la misma foto con igual pie. Sin embargo, se trata de bolivianos indígenas partidarios de Evo Morales, concentrados frente al Parlamento y la casa de gobierno de la capital, tal y como correctamente lo afirmaban otros medios el mismo día, por ejemplo, la *BBC*: “El presidente de Bolivia, Evo Morales, defendió este miércoles la Constitución y dos polémicas leyes impulsadas por el oficialismo, al hablar ante miles de simpatizantes congregados en la Plaza Murillo de La Paz, frente a la Casa de Gobierno.”

Y seguimos con el presidente boliviano. *El Mundo*, del 27 de julio de 2007, titulaba así un teletipo de *Efe*: “Evo Morales asegura que volverá a cultivar coca cuando deje la presidencia.” De esta forma se hacía eco del comentario del presidente de Bolivia sobre su vuelta a trabajar la tierra como siempre hizo. Sin embargo, la expresión resonaba más a dedicarse a una actividad ilegal, de forma que insistían en relacionar al presidente de Bolivia, una vez más, con el narcotráfico. En cambio, no recogieron los medios españoles su propuesta en estos mismos días para acabar con los paraísos fiscales y el secreto bancario para controlar el narcotráfico.

La coca da mucho juego para la estigmatización del díscolo. En enero de 2008, el presidente venezolano Hugo Chávez alabó públicamente las propiedades de la coca, se sobreentiende que de la hoja de coca, no la cocaína. Sin embargo, la oposición se escandalizó pidiendo

pruebas analíticas que demostraran que no era un drogodependiente. El debate alcanzó su cenit cuando, pocos días después, presentando en televisión un proyecto de distribuidora de leche en polvo, derramó una pequeña cantidad de esta leche en la mesa desde donde explicaba la propuesta. La televisión privada Globovisión asoció esas imágenes de Hugo Chávez frente a una pequeña cantidad de polvo blanco en la mesa, a sus acusaciones de cocainómano.

Si las manifestaciones antifascistas en Madrid, según el presentador del noticiero español, “tuvieron que ser disueltas” por la policía, las de opositores en Bolivia son reprimidas, aunque estos “se manifiesten” con cartuchos de dinamita y los policías allí fueran desarmados. El 25 de noviembre de 2007, *Antena 3* informaba de esas manifestaciones contra Evo Morales, acompañadas solamente del testimonio de cuatro de los manifestantes contra el gobierno y la opinión de un político opositor. Ningún comentario de nadie del entorno gubernamental ni de los diputados del partido gobernante, tampoco se emitieron las declaraciones del presidente Evo Morales llamando a la calma, solo a través de *Cubavisión* se pudo ver en España al presidente boliviano. El presentador de *Antena 3* dijo que los opositores acusaban al presidente Evo Morales de querer perpetuarse en el poder mediante la nueva Constitución aprobada en la Asamblea, pero no ofreció ninguna información sobre el contenido de esa ley, de este modo, los medios hacen suyos los argumentos de la oposición para satanizar al gobernante no deseado.

Vender la guerra

Convencer a la ciudadanía de un país para iniciar una guerra no debería ser tarea fácil. Si además se trata de un país del Primer Mundo, donde se presupone un aceptable nivel de vida, se complica aún más. Para hacerlo, ayuda que los ejércitos no estén conformados mediante reclutamiento forzoso, sino por soldados profesionales y remunerados. Pero la política de comunicación, los razonamientos con los que se justifique la intervención, y el grado de disposición a la causa que presenten los medios es fundamental. Todo ello requiere un periodo progresivo de trabajo ideológico previo al primer disparo. Como dijo Michel Collon, las guerras no comienzan con los primeros disparos, sino antes, en los medios de comunicación.

La socióloga Ángeles Díez explica el inicio de una agresión militar de un país a otro de la siguiente forma:

La estrategia de conquista y dominación de los Estados suele recorrer la siguiente trayectoria: aislar, demonizar, invadir, aislar. En cada una de estas fases, los medios de comunicación cumplen una función primordial, en el primer caso doblegándose y omitiendo informaciones relevantes para entender los conflictos, ocultando descaradamente cada información, en el segundo momento es cuando aparecen la caricaturización de la nación "target", la personalización del enemigo en los líderes de la nación a ser atacada (en general un solo líder), la simplificación y el estereotipo traducido siempre al par "amigo-enemigo;" después suele producirse la invasión, es entonces el momento de los

empotrados, de los corresponsales destacados cubriendo la noticia desde el ángulo correcto, el momento de las operaciones de cirugía, de las bombas que no matan ni destrozan cuerpos, de los cuerpos que no sangran, de los civiles que nunca mueren o si lo hacen se convierten en errores (sin mala intención) o daños colaterales; finalmente, se da por concluida la guerra poco a poco, pasito a pasito las columnas informativas caminan hacia las últimas páginas de la sección, ya no hay grandes titulares, a veces ni siquiera pequeños, y si la fuerza de los hechos los hace llegar a las primeras páginas de nuevo –de forma coyuntural–, entonces todo queda descontextualizado ¿qué sentido tienen si ya la guerra terminó?⁴⁵

Es verdad que la última fase de esta secuencia no se está dando en las invasiones de Afganistán e Iraq, debido a la irreductible y sangrienta resistencia que los ciudadanos de esos países están enfrentando a los ejércitos ocupantes. Pero sí tenemos numerosos ejemplos en los que se ha cumplido al milímetro la tesis de Díez: la invasión de Kosovo por la OTAN en 1999, violando la soberanía de Yugoslavia; la intervención de los Estados Unidos en Haití en 2004, desalojando de la presidencia a Jean Bertrand Aristide, legítimo presidente del país; la invasión del Líbano por Israel en julio de 2006 o la de Somalia en diciembre de ese mismo año por Etiopía con la participación de los Estados Unidos. En todas ellas el proceso fue el de aislar, demonizar, invadir y de nuevo aislar, aplicando los medios el silencio informativo sobre esos países.

Para “vender la guerra” el discurso mediático se alinea con el político para intentar presentar la agresión como una cruzada en la defensa de ideales. Se inició la primera guerra del Golfo para “liberar” a Kuwait de la invasión iraquí, la de Yugoslavia para frenar una limpieza étnica y la de Afganistán para acabar con la lapidación de mujeres y el burka.

45 Angeles Díez. «Los cuentos de la guerra. Medios de comunicación en los conflictos armados», en Colectivo de autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. La Torre. Madrid 2007.

Sin embargo, ya nadie se está preguntando cuál es la situación de los derechos humanos en la petromonarquía kuwaití, qué está sucediendo con las minorías serbias y romaníes en Kosovo⁴⁶ y cómo sobreviven las mujeres hoy en Afganistán.

Diez mandamientos de Ponsoby

El libro *Principios elementales de la propaganda de guerra*, de Anne Morelli,⁴⁷ nos explica los mecanismos que utilizan líderes y gobiernos para convencer a los ciudadanos de la necesidad de una guerra.

La estructura de este ensayo se basa en los diez “mandamientos” que Arthur Ponsoby, un aristócrata pacifista y librepensador británico, publicó en 1928 y que venían a ser los mecanismos básicos de la propaganda de guerra. Anne Morelli repasa cada uno de esos mandamientos convertidos en capítulos. Es entonces cuando se puede comprobar la vigencia de aquel discurso, y cómo, además, es idéntico para los dos bandos, independiente de cuál sea el supuesto bueno y cuál, el supuesto malo. Entre esos mandamientos se encuentran: la rotunda afirmación previa de que no se desea la guerra, la adjudicación al adversario de la única responsabilidad en la guerra, la demonización del enemigo, el enmascaramiento de los fines reales presentándolos como nobles causas, la descripción de las atrocidades del enemigo frente a los errores involuntarios propios, la acusación del uso de armas no autorizadas por el adversario, el anuncio de pocas bajas propias frente a enormes del enemigo, el recurso del apoyo de artistas e intelectuales a la causa, el carácter sagrado de esta o la acusación de traidores a quienes pone en duda la propaganda de guerra. Seguramente nos resultan muy familiares todos esos argumentos.

Morelli repasa cómo se “trabajaron” cada uno de estos “mandamientos” en las dos guerras mundiales anteriormente y en la de Yugoslavia,

46 De este tema se ocupa de forma tan elocuente como silenciada por los medios el brillante documental de Michel Collon y Vanesa Stojilkovic, *Los condenados de Kosovo*.

47 Anne Morelli. Principios elementales de la propaganda de guerra. Hiru. Hondarribia 2001.

posteriormente. Siempre, por los dos bandos. Descubrimos cómo, los dirigentes de cualquiera de los dos frentes, en todas las guerras, manejan los mismos argumentos y las mismas falsedades para arrastrar a la población a la locura y la muerte. Todas estas justificaciones enunciadas fueron utilizadas, por ejemplo, por los aliados para enfrentar a Hitler, pero también por Hitler para legitimar sus invasiones.

Sirvan como prueba de familiaridad estas palabras de un discurso de Hitler al Reichstag para justificar la invasión a Polonia: *“Hemos comprobado un recrudecimiento del terrorismo. Así que me he decidido a hablarle a Polonia con su mismo lenguaje.”*⁴⁸

Patriotismo

Michael Parenti, en su libro *Más patriotas que nadie*,⁴⁹ explica cómo la apelación al patriotismo puede despertar la más miserable de las reacciones humanas, la guerra. El caso del uso de este recurso por parte del gobierno de Bush es analizado profundamente en esta obra. Para ello nos trae las elocuentes palabras del líder nazi Hermann Goering, durante el juicio por los crímenes de guerra en Nüremberg:

Porque desde luego el pueblo no quiere la guerra: ¿Por qué debería querer un pobre sujeto que trabaja arriesgar su vida en una guerra, cuando lo más que puede conseguir en ella es volver a su granja de una pieza? Naturalmente la gente corriente no quiere una guerra; ni en Rusia ni en Inglaterra ni en América, ni por supuesto en Alemania. Eso se entiende. Pero son los líderes los que determinan la política y siempre es un asunto fácil arrastrar a la gente (...). El pueblo puede ser atraído por el mandato de los líderes. Eso es fácil. Todo lo que hay que hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por su falta de patriotismo y por

48 Citado por Anne Morelli. Principios elementales de la propaganda de guerra. Hiru. Hondarribia 2001.

49 Michael Parenti. Más patriotas que nadie. Hiru. Hondarribia 2004

exponer al país al peligro. Funciona del mismo modo en cualquier país.⁵⁰

Es decir, se puede convencer para la guerra sin problema, la estrategia es que cualquier crítica en los medios a la política militarista debe ser condenada por antipatriota. El discurso patriota también recurre a otros elementos pasionales como el deporte o la religión. Eso se refleja en la información olímpica, en los Estados Unidos no se suelen mencionar a los ganadores de medallas si no son norteamericanos. Ya en 1992 Parenti escribía que después de bastantes días, meses y años consumiendo los medios de entretenimiento y diversión norteamericanos “podemos estar dispuestos a votar a los candidatos autoritarios con la ley y el orden, apoyar la pena de muerte, incrementar el gasto militar, bombardear Iraq, comprar una pistola y disparar a cualquiera que pise nuestro césped después del anochecer.” Y es que “la gente asustada que necesita protección no desea dirigentes que sean escrupulosos con los métodos que utilizan. Prefieren los que no se paran ante tonterías como las leyes internacionales y la justicia.”⁵¹

El patriotismo de los medios les lleva a sumarse al apoyo incondicional al ejército de su país, lo que supone perder el rigor periodístico. Basta recordar la anécdota del momento en que el portavoz de la Casa Blanca informó en rueda de prensa de la captura del ex presidente iraquí Sadam Hussein e inmediatamente todos los periodistas se pusieron a aplaudir y a gritar. ¿Alguien piensa que esa gente podría ofrecer una cobertura rigurosa y equilibrada del conflicto?

En los momentos posteriores al 11-S, el presentador de la CBS Dan Rather abrazó la bandera norteamericana y dijo en un programa nocturno de su cadena que estaba esperando a que el presidente le dijera qué tenía que hacer.

En los albores de la invasión a Afganistán, el presidente de la Comisión Federal de Comunicaciones, Michael Powell, hijo del entonces

50 *Ibidem.*

51 *Ibidem.*

secretario de Estado Colin Powell, marcaba así la pauta informativa para los medios estadounidenses:

Nuestra reacción debe ser un desafío a estos actos ruines, y no debemos ni agachar la cabeza ni regir nuestras responsabilidades: para nuestras familias, para nuestros amigos y para los habitantes de nuestro país. La llama de los ideales norteamericanos puede parpadear, pero nunca se apagará. Así que aquí estamos. Cumpliremos con nuestro deber y seguiremos adelante con nuestra profesión, con solemnidad y resolución.⁵²

Lo triste es que aunque pueda parecer una arenga a las tropas, sus palabras iban dirigidas a los periodistas.

El País del 26 de febrero de 2007 analizaba el debate político sobre la concesión de la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo a una soldado española que murió en Afganistán por la explosión de una mina. El artículo se posiciona a favor de conceder la citada medalla, una condecoración que tiene entre los requisitos que el galardonado haya puesto de manifiesto “dotes significadas de mando, serenidad o iniciativa frente a fuerzas hostiles.” Es evidente que haber muerto por una mina no ha dejado en evidencia ninguna dote de mando, ni serenidad, ni iniciativa frente a una fuerza hostil, los medios solo buscan aplaudir y fomentar el apoyo ciudadano a la presencia militar española en Afganistán, en lugar de analizar las razones de esa presencia, el coste en vidas humanas o los motivos que llevan al otro bando a querer matar a nuestras tropas.

Veamos otro ejemplo de cómo los medios siembran el patriotismo. En una noticia del 27 de junio de 2007 en la *BBC*, se abordan las reacciones tras la muerte en el Líbano de unos soldados de origen latinoamericano que pertenecían al ejército español. Estas fueron las declaraciones de Marco Antonio Lamino Tupiña, soldado nacido en

52 Citado por Danny Schechter. *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

Ecuador, alistado en la Brigada de Paracaidistas del ejército español: “Me da de comer y me mantiene, estoy dispuesto a dar la vida por España.” El mensaje es que en nuestros ejércitos solo por la comida vale la pena jugarse la vida.

Del vídeo de FAES a Fitna

Las instituciones que trabajan en crear una estructura mental que legitime la violencia y la guerra son numerosas y de diferentes cataduras. En España, el Partido Popular creó la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), presidida por José María Aznar. Con motivo del XV aniversario de la caída del muro de Berlín, esta fundación realizó el documental *La revolución de la libertad*, en el que explica su versión de la historia y desarrolla su modelo de afrontar las crisis internacionales.⁵³

Cito algunos fragmentos de la voz en *off* del documento:

La libertad hay que conquistarla y merecerla. Cuanto Hitler tomó el poder, políticos de derecha y de izquierda dijeron que se podía evitar dialogando. En 1934, millones de ingleses pedían paz mediante el diálogo. En 1938, la opinión pública francesa también pedía diálogo. La respuesta al diálogo fue inmediata. La invasión nazi de media Europa. Dialogar con quien puede asesinar nuestra libertad nunca funciona, ni entonces ni ahora.

Y continúa más adelante:

Las heridas de la guerra de Vietnam debilitaron a Norteamérica y a los países de Occidente. La crisis económica de 1973 introdujo un nuevo lenguaje político: la distensión. Dialogar y apaciguar a la Unión Soviética. La respuesta al diálogo no

53 Se puede descargar libremente de la web oficial de la Fundación: <http://documentos.fundacionfaes.info/es/multimedia/show/M00003-00>.

se hizo esperar: el totalitarismo comunista siguió rearmándose y expandiéndose por el mundo.

Sigue:

La lucha por la libertad no es fácil, los políticos débiles abogaban por el diálogo. El apaciguamiento nunca funciona, ni entonces ni ahora. No hay diálogo posible con el totalitarismo.

El discurso pretende propugnar, sin decirlo, la guerra como método de resolución frente al diálogo, y el ejemplo con el que pretende ilustrar la idoneidad de su propuesta es el modo en que se desarrolló la Segunda Guerra Mundial.

En referencia a la caída del muro de Berlín y del comunismo, el documental termina diciendo: “La pesadilla ha terminado.” A continuación se sucede una imagen negra simulando el final del documental y, al puro estilo cinematográfico de esas películas de terror que sugieren una segunda parte cuando ya parece que se ha terminado, surgen sin sonido las imágenes de las torres gemelas ardiendo y derrumbándose. Se trata de un mensaje subliminal de que la guerra continúa y de que el discurso de no al diálogo y no al apaciguamiento sigue vigente, es decir, que la película tiene una segunda parte.

Nos encontramos ante un método técnicamente impecable y muy refinado de apología a la resolución del conflicto mediante la violencia. La idea es establecer paralelismos inquietantes entre la escalada de agresiones del nazismo y los momentos actuales (atentado a las Torres Gemelas). Del mismo modo, entre las posiciones dialogantes, que presenta como inútiles en la guerra fría, y las dialogantes actuales.

El testimonio del mensaje xenófobo y de criminalización del Islam lo recoge el documental *Fitna*, del diputado ultraderechista holandés Geert Wilders. Difundido en marzo de 2008 comienza, casualmente, con

las mismas imágenes de los atentados de Nueva York con las que terminó el vídeo de FAES. Tanto el mensaje como la producción están destinados a la emotividad sin ningún elemento argumental, contexto, antecedentes o testimonio que aporte ningún atisbo de razonamiento. El formato consiste en alternar imágenes de atentados con versículos del Corán y arengas de fundamentalistas que no están identificados para que se asocie: libro sagrado del Islam-líder islamista llamando a la violencia-atentado sangriento. Las declaraciones de los yihadistas son del tipo: “Allah es feliz cuando los que no son musulmanes son asesinados” o “Allah, cuéntalos y mátalos hasta que no quede ni uno», aderezadas con cuerpos despedazados, decapitaciones o degüellos. Se recurre al uso abusivo de niños: armados por sus padres islamistas, rindiendo culto a la violencia yihadista o diciendo, como una niña de tres años, que ‘los judíos son unos monos y unos cerdos.’”

En la segunda parte comienza a presentar las estadísticas de musulmanes en Europa para generar la alarma de invasión islamista, declaraciones de algunos fundamentalistas criticando que se tolere el adulterio o la homosexualidad (como si variaran mucho de los discursos católicos). Y termina con estas tres afirmaciones sobreimpresas: “El gobierno insiste en que respetemos el Islam, pero el Islam no te tiene respeto. El Islam quiere gobernar, someter y busca destruir nuestra civilización occidental. En 1945 el nazismo fue derrotado en Europa, en 1989 el comunismo fue derrotado en Europa, ahora la ideología islamista debe ser derrotada. Pon fin a la islamización, defiende nuestra libertad.”

El discurso fue magistralmente criticado por Iñigo Sáenz de Ugarte en el diario *Público*: “La yihad de los xenófobos.”⁵⁴ Efectivamente, se trata de un llamamiento a la guerra santa, pero contra los islamistas. Sáenz de Ugarte los denuncia duramente señalando:

Los Wilders europeos son un regalo para estas dictaduras.
Su retórica xenófoba ayuda a alimentar en Oriente Próximo

54 Iñigo Sáenz de Ugarte. «La yihad de los xenófobos». *Público*, 6 de abril de 2008.

la idea de que la libertad es un invento occidental con el que controlar a los pueblos del Tercer Mundo. Y en Europa es un gran incentivo para los que quieren poner coto a la inmigración, justificar las aventuras imperiales norteamericanas y reservar el monopolio de la construcción de centros de culto a la Iglesia católica.

Y termina afirmando oportunamente:

Siempre habrá fanáticos dispuestos a enarbolar el arma de la fe para extender el odio. El grito de “Dios lo quiere” lleva siglos resonando por el planeta. Los grupos yihadistas manipulan a su gusto el Corán e intentan así blanquear sus crímenes. La *Fitna* de Wilders es su reflejo, otra forma de husmear en un texto religioso escrito en tiempos de guerra. El fin es trasladar esa discordia y traerla a nuestras calles. Solo tendrá éxito cuando aceptemos su premisa de que estamos en guerra contra los ciudadanos que no comparten nuestra fe o nuestra falta de fe. Ya se ha hecho en Europa y no será la última vez que se intente.

El paralelismo entre los documentales *La revolución de la libertad*, de FAES, y *Fitna*, de Geert Wilders, es impresionante. Ambos buscan llamar a la guerra y a la confrontación entre culturas. Como dice Sáenz de Ugarte, son la mejor herramienta para la xenofobia en Europa, pero también para la consolidación de la yihad entre los fundamentalistas islámicos.

Incubadoras kuwaitíes

Desgraciadamente, los últimos años nos han ofrecido varios ejemplos de cómo se ha preparado mediáticamente el terreno para justificar una guerra. La productora *The Fifth State*, perteneciente a la cadena canadiense *CBC*, elaboró el elocuente documental *Vender la guerra* que fue emitido en España por *TVE-2* el 10 de febrero de 1995, pasando absolutamente desapercibido. Es un trabajo de investigación

escalofriante que vale la pena conocer. Este documental relata la historia de la noticia de la muerte de 312 bebés del hospital kuwaití d'Addan, al ser robadas las incubadoras por las tropas iraquíes cuando invadieron este país en 1991. Una adolescente de quince años declaró como testigo de los hechos en el Comité de Derechos Humanos del Congreso de los Estados Unidos. Afirmó que vio “soldados iraquíes que entraron al hospital con sus fusiles, sacaron a los bebés de las incubadoras y los dejaron morir en el suelo.” Fue noticia en todos los medios, el hecho provocó el apoyo de los congresistas estadounidenses a la invasión. Bush citó esta historia seis veces en uno de sus discursos. Se trató también en un foro internacional de la ONU, dos días después esta organización aprobó la intervención militar. El crimen de los bebés de las incubadoras fue denunciado también por Amnistía Internacional, en el documental aparece un testigo que explica cómo amortajó a 14 niños.

Cuando los iraquíes abandonaron Kuwait, un protésico de la Organización Mundial de la Salud llegó al hospital y vio que apenas tenía daños y que las incubadoras estaban todas en su sitio. El guía kuwaití le explicó que esa historia de los bebés muertos no se produjo nunca. Un observador de una ONG de Derechos Humanos fue enviado al lugar y llegó a la conclusión de que la cifra de niños muertos tras sacarlos de las incubadoras le parecía excesiva. Amnistía Internacional terminó corrigiendo su denuncia y negando la historia. Una docena de médicos de diferentes nacionalidades que estuvieron en Kuwait durante la invasión también lo negaron. Otra ONG reveló que en todo el país solo faltaron una o dos incubadoras. No se encontró a nadie en todo Kuwait que hubiese visto la muerte de los niños prematuros.

El documental *Vender la guerra* explica cómo se crea la campaña *Free Kuwait*, financiada por una ONG que se llama Ciudadanos por un Kuwait Libre, que aporta 10 millones de dólares a una empresa de publicidad denominada *Hill & Nowton*. Aparece el ejecutivo de la empresa en el documental y dice ante la cámara que como la ciudadanía norteamericana no reaccionaba se preguntaron: “¿qué podíamos hacer para convencer a los norteamericanos de la necesidad

de una intervención?, había que convencerles de que Sadam era un loco peligroso que había que parar.” Reconocen que organizaron el cuento de las incubadoras y llevaron como testigo estrella a una adolescente que después se descubre que es la hija del embajador kuwaití en Estados Unidos, algo que ni los congresistas sabían.

“Para vender la guerra, la mayor sociedad de relaciones públicas de América del Norte invadió la sociedad de la información,” se dice en el documental. Este termina con la siguiente afirmación del ejecutivo de la empresa de publicidad: “Con el paso del tiempo verán ustedes que las cosas que se quedan grabadas en la memoria son esas fotos, esa imagen, esas historias. Al final, el conflicto tuvo exactamente el desenlace que nosotros queríamos.”

Resulta estremecedor pensar en el potencial de la información para arrastrar a un país a una guerra. En tiempos medievales un pueblo iba al combate por el capricho de un monarca o un señor feudal. Ahora va a golpe de un talonario de 10 millones de dólares gestionados por una empresa de publicidad.

En la película *Leones por corderos*, el senador republicano estadounidense Jasper Irving le dice a la periodista Janine Roth, a quien intenta convencer para lograr su apoyo a una nueva estrategia militar para Afganistán: “Tenemos todo para vencer al enemigo menos la voluntad de la gente. Para eso la necesito a usted.”

A por Milosevic

Ya vimos el papel de los medios locales en las guerras de Yugoslavia, pero también es importante destacar la demonización que se hizo en Occidente del líder serbio Slobodan Milosevic, quien personificaba todas las maldades de la ex federación y de la población serbia. Su delito, no aceptar la propuesta internacional de disgregar Yugoslavia. Los medios se han referido constantemente a Milosevic como dictador, a pesar de que fueron frecuentes sus victorias electorales en un país en el que habían legalizados 21 partidos políticos. El analista de *The*

Guardian y *El País*, Timothy Garton, llegó a afirmar en el diario británico en el año 2006, que los eslovenos en 1991 “intentaron romper con la Yugoslavia de Slobodan Milosevic,” cuando, en aquella época, el líder de la federación era el croata Ante Markovic. En la crisis de Kosovo, los medios se posicionaron a favor del grupo independentista más radical, el Ejército de Liberación de Kosovo (UCK) con el objetivo de embestir contra Milosevic, a pesar de que hasta entonces esa organización kosovar había sido catalogada como terrorista por el propio Departamento de Estado norteamericano.

Tras la muerte de Milosevic en prisión, pendiente del final del juicio al que se enfrentaba por crímenes de guerra ante un tribunal internacional, el diario *El Mundo* preparó el 12 de marzo de 2006 un amplio especial que incluyó una información neutral sobre la noticia, otra sobre el desarrollo del juicio, otra sobre las consecuencias, una opinión bajo el titular: “El carnicero ha muerto,” y dos reacciones: una positiva sobre la figura de Milosevic y otra negativa. De ese modo aparentaban una cobertura más o menos plural. Eso sí, cada uno de los textos llevaba una cabecera toda en mayúsculas que decía: “Muere el ideólogo de la limpieza étnica.” Precisamente ese fue el término y el argumento para que la OTAN invadiera Yugoslavia. Y para lo que estaba pendiente en La Haya, *El Mundo* ya tenía la sentencia.

Fue curioso observar la cobertura de los medios a la hora de cuantificar la presencia de sus partidarios en las exequias de Milosevic. Abundaban los descalificativos hacia los asistentes: “jubilados, nostálgicos de viejos regímenes y marginales”, “predominan los pensionistas y las gentes de campo, pero también se advierten adolescentes desorientados o desmemoriados.” La realidad es que lo que denominaron “cientos,” terminó siendo la cifra de 20.000 personas en su ciudad natal de 60.000 habitantes, y entre 50.000 y 100 mil personas de todas las edades, la décima parte de la población en Belgrado, las que durante dos días desfilaron en colas de más de un kilómetro para despedir al ex presidente serbio.⁵⁵

55 Pascual Serrano. “Las exequias de Milosevic y el número de serbios asistentes.” Perlas 2. Patrañas, disparates y trapacerías en los medios de comunicación. El Viejo Topo. Barcelona 2007.

La satanización del ex presidente yugoslavo llevó a afirmar en una información del 30 de marzo de 2006 de *El País* que “Taylor, una figura similar a la de Slobodan Milosevic en los Balcanes, ha sido el gran agitador y responsable de los conflictos en la región: Sierra Leona, Costa de Marfil, Guinea Conakry y Liberia, en los que amasó una fortuna con el tráfico de diamantes y de armas.” Lo de similar es más que discutible, porque aún no había ninguna sentencia contra Milosevic ni constaba fortuna alguna del ex presidente yugoslavo, ni por tráfico de diamantes ni de armas.

¿Por qué no en la India?

En la India, desde 1989, más de 80.000 personas (unas 6.000 al año como promedio), en su mayoría musulmanes, han sido asesinadas en Cachemira, fundamentalmente por las fuerzas de seguridad indias. En febrero de 2002, más de 2.000 musulmanes fueron asesinados en las calles de Gujarat, muchas mujeres (a menudo después de ser violadas en serie) y muchos niños fueron quemados vivos. Ciento cincuenta mil personas tuvieron que huir de sus casas, mientras la policía y la administración contemplaban las matanzas con los brazos cruzados cuando no participaban en ellas. El hecho es que nadie ha sido castigado por ello, ni el gobierno indio ha tenido que soportar acusaciones internacionales por la complicidad en esas masacres y esa limpieza étnica. ¿Cuál es mi conclusión? Si los poderosos hubieran encargado a sus medios difundir la imagen de un gobierno indio genocida y terrorista, que legitimara una intervención internacional como hicieron con Sadam Hussein o Slobodan Milosevic, la opinión pública podría haber estado preparada perfectamente para una intervención militar. Sin dicha campaña, y con el silencio de los medios sobre las violaciones de derechos humanos en la India, esa opción ahora resulta descabellada.

Misiones de paz

Vivimos en tiempos dominados por la era de la comunicación y de la persuasión. Todo se puede conseguir de la gente, pero todo se debe

lograr mediante la persuasión, nada sin ella. Y las guerras y los ejércitos precisan de esas acciones necesarias de convencimiento previo.

De esta forma, la defensa de la carrera armamentística puede llevar a un político a hacer afirmaciones tan paradójicas como las del ministro de Defensa brasileño en el periódico *Público* el 17 de noviembre de 2007, cuando señaló que “quien no tiene unas Fuerzas Armadas bien equipadas no tiene condiciones de ser protagonista para trabajar por la paz mundial.” Con ese planteamiento, un acuerdo de desarme es un retroceso en el camino hacia la paz.

Como es de percepción unánime, ante la situación de injusticia internacional que atravesamos, las violaciones constantes de derechos humanos en numerosas partes del mundo y la existencia de sistemas políticos despóticos y represores que salpican la geografía mundial, ha sido sencillo lograr la sensación general de la importancia de las denominadas misiones de paz. Es decir, ejércitos que van a realizar operaciones en otros países. En lugar de establecer mecanismos que ayuden a terminar con las injusticias entre el Norte y el Sur, que explican la existencia de muchos conflictos; trabajar en el desarrollo de instituciones internacionales más democráticas y con mayor capacidad de actuación; y la creación de tribunales y legislaciones que velen por el cumplimiento de los derechos humanos, lo que nos han convencido es de las bondades de ejércitos de intervención militar. Se propone la policía cuando todavía no tenemos las leyes para saber qué normas hay que cumplir, ni los jueces que establezcan quién y qué normas han incumplido.

Y este proceso, como he señalado al principio, lleva asociado un modelo comunicacional para lograr el consenso social, del mismo modo que hace mucho decidieron llamar a todo lo relacionado con la guerra “defensa”. Uno no podía entender cómo todos los gobiernos necesitaban un ejército para la defensa, si nadie disponía de uno para el ataque.

A pesar de que en el mundo solo hay ejércitos defensivos y ninguno ofensivo, hay guerras que se pretenden resolver con “intervenciones humanitarias” de carácter militar.

De modo que las mismas personas, uniformadas, entrenadas y armadas para la guerra, de la noche a la mañana se han convertido en “ejércitos humanitarios” que se dedican a “intervenciones humanitarias.” Eso sí, perfectamente pertrechados de sus fusiles humanitarios, sus bombarderos y sus lanzagranadas. Esos militares guatemaltecos, marroquíes o sudaneses que no tienen muy buena fama de respeto a los derechos humanos, terminan paradójicamente con un casco azul defendiendo los derechos humanos en la otra punta del mundo.⁵⁶

Desde hace varios años, los gobiernos han encontrado en el término “humanitario” la piedra filosofal con la que seducir a los ciudadanos. Como dice Alberto Piris, general de artillería español en la reserva:

...las misiones calificadas de humanitarias (...) han sido exaltadas hasta extremos exagerados, no deben hacer olvidar la cuestión fundamental: que los ejércitos tienen como misión básica ser capaces de hacer la guerra y ganarla. En caso contrario resultarían inútiles y podrían ser reemplazados por otras instituciones menos costosas y más adecuadas a las tareas de ayuda a reconstrucción de los pueblos devastados por la guerra o calamidades.⁵⁷

En septiembre de 1999, el presidente Clinton afirmaba: “Lamentablemente, no podemos responder a todas las crisis humanitarias que se producen en el mundo.”⁵⁸ La respuesta del escritor Eduardo Galeano a ese comentario no pudo ser más lúcida: “Menos mal.”⁵⁹

La confusión y manipulación sobre el papel de los ejércitos en las intervenciones humanitarias es tan controvertido que genera situaciones como las siguientes:

56 Colectivo Gasteizkoak. La abominable cara oculta de los ejércitos humanitarios. Zap Ateneo. 2003

57 Alberto Piris. «Violencia en los cuarteles». El Mundo, 21-5-1997.

58 Eduardo Galeano. «Crisis ¿humani... qué?». El Mundo, 11-3-2000.

59 *Ibidem*.

Uno de los elementos que necesita la ciudadanía para valorar a su gobierno es conocer la política que está aplicando en todos los ámbitos. Si una de esas decisiones es enviar soldados a una determinada región, parece lógico que los votantes sepan a qué han ido esas tropas para valorar si ha sido acertado o no haberlo hecho.

Sin embargo, en España, como en cualquier otro país que participa en misiones internacionales con soldados reclutados por la fuerza o por dinero, no se puede saber si las tropas han ido a Afganistán a hacer la guerra o a hacer la paz. Y, lo que es peor, los medios no tienen ningún interés en descubrirlo.

En agosto de 2005 murieron en Afganistán 17 soldados españoles que se encontraban patrullando en un helicóptero militar. Se generó un duro debate entre el PSOE en el gobierno y el Partido Popular (PP), en la oposición. Como es sabido, el PP gobernó en España cuando se inició la invasión a Iraq, y bajo la presidencia de José María Aznar el apoyo a la administración Bush fue absoluto. Una vez perdidas las elecciones y con el PSOE en el poder, el nuevo presidente, José Luis Rodríguez Zapatero, retiró las tropas españolas de Iraq, si bien mantuvo las destinadas a Afganistán. El Partido Popular tenía entonces como estrategia defender la tesis –no tan descabellada– de afirmar que la misión de Afganistán era igual de peligrosa y belicosa que la de Iraq para dejar en evidencia la contradicción del nuevo gobierno español. Así, tras las muertes de los soldados españoles en Afganistán, el portavoz de Defensa del PP, Arsenio Fernández, afirmó el 20 de agosto que el ejército español se encontraba allí en “misiones de guerra.” Según la responsable de Política Internacional del partido socialista, Trinidad Jiménez, en declaraciones del mismo día, era “una misión de paz” en la que “también hay riesgos.”

Yo creo que no sería difícil diferenciar una misión de otra –estaría bueno que se confundiera la guerra con la paz–, bastaría con explicarnos qué hacen a lo largo del día los soldados, cuáles son sus funciones y qué órdenes han recibido. La manipulación del lenguaje es tal que el entonces ministro de Defensa, José Bono, dijo que “nuestros

soldados están en Afganistán para luchar contra el terrorismo, dar seguridad al pueblo afgano y propiciar la libertad, la democracia y el progreso.” La presencia española se realiza –continuó Bono– en el marco de una “misión de paz” según la “calificación de las Naciones Unidas” que han autorizado la intervención.

Es evidente que luchar contra el terrorismo no puede ser una misión de paz. Se podrá estar de acuerdo con esa causa, pero no se le puede llamar misión de paz.

Al día siguiente, el diario español *El Mundo* publicó un amplio reportaje anunciando el testimonio de “cómo es la vida en la base a la que pertenecían los 17 soldados muertos en el helicóptero.” Pensé que leerlo me aclararía bastante sobre cuál era su misión, pero tras terminar las dos páginas que ocupa el texto sé lo que comen, cómo son sus letrinas y los bichos que hay en el desierto, pero sigo sin saber a qué se dedican los soldados españoles en Afganistán.

La prueba de la vocación de transparencia de nuestras autoridades son las siguientes respuestas de un oficial tras la muerte de aquellos soldados. Se trata del teniente Navarro, que viajaba en un segundo helicóptero y que también resultó accidentado en el mismo suceso, aunque no hubo heridos en su aeronave, fue entrevistado por el diario *El País* el 20 de agosto. A la pregunta “¿Qué misión estaban realizando ustedes cuando se produjo el siniestro?,” responde: “era una misión dentro de un ejercicio. Como las que realizábamos cada día, nada diferente.” Nos quedamos sin saber qué hacen allí nuestros soldados.

También le preguntan sobre el accidente:

“¿Piensa que el otro helicóptero ha sido atacado?”

Respuesta:

“Pienso que ha pasado algo.”

Insiste el periodista:

“Por lo que vio entonces y ha sabido luego, ¿cree que el helicóptero fue atacado o se estrelló accidentalmente?”

Respuesta:

“Lo único que pienso es que se ha creado una comisión de investigación, formada por muy buenos profesionales, que han recogido todo tipo de evidencias sobre el terreno. Ellos le darán la respuesta a esa pregunta.”

Es decir, quien sabe lo que ha pasado es el gobierno, no los que estaban allí.

El caso afgano es similar al de Haití o al de Bosnia o Kosovo, donde también España tiene tropas. El panorama es tan preocupante que hemos llegado a una situación en la que los gobiernos mandan a sus ejércitos a misiones y destinos sin que la ciudadanía sepa qué acciones militares se llevan a cabo con su dinero y en su nombre. Hoy, pocos españoles sabrían enumerar en qué países hay presencia de tropas españolas, con qué función, al mando de quién y con qué objetivo y resultados, como pudimos observar anteriormente en el informe del Instituto Elcano.

Y lo grave de esta situación es que, como hemos podido apreciar en estas informaciones de prensa citadas, desde los medios no surge ningún comentario sobre el papel del ejército y asumen el silencio gubernamental. Desde el derecho a la información de los ciudadanos, los medios deben exigir saber qué hacen los soldados en las operaciones humanitarias, pero si observamos, no existen reportajes rigurosos que sigan las funciones de esas tropas. En diciembre de 2005, los medios españoles comienzan a informar que desde el 4 de abril hasta el 21 de mayo del año anterior, el ejército de este país participó en 40 acciones de combate. Debió pasar más de un año y un cambio de gobierno para que comenzase a saberse que las tropas

españolas protagonizaron un número importante de enfrentamientos durante su presencia en Iraq. El ejército de un país es enviado a una guerra, se dice que es una acción de paz o humanitaria y ningún medio se encarga de informar, ni pedir acompañarles, ni denunciar que no se puede entrevistar con los que vuelven. Ese silencio los convierte en cómplices.

Levantamiento militar en España

Los medios, en numerosas ocasiones promueven o permiten pronunciamientos que solo buscan el derrocamiento violento de un gobierno legítimo. Y algunas veces incluso en la estable y avanzada Europa. El 30 de marzo del año 2005, el periodista de la COPE y columnista del diario *El Mundo*, Federico Jiménez Losantos, respondió a una pregunta en el foro de la página web que lidera, *Libertad Digital*, que como ultimísimo recurso en España se podría recurrir a los militares ante el actual panorama político español. He aquí la pregunta que le plantean y su respuesta: "Tal y como está el panorama político español, ¿estaría justificado un golpe de Estado como en el 36, para recobrar la cordura en el reino de España?," respuesta: "¿Quién iba a dar el golpe? ¿Y contra quién? No: en la sociedad moderna hay que luchar en los medios de comunicación y en la calle, apelar al pueblo y, si se pierde, resistirse con uñas y dientes. En última instancia, el levantamiento popular. Lo ultimísimo, los militares."⁶⁰

Obsérvese que el mecanismo institucional de ganar elecciones nunca es el propuesto. El procedimiento es: el golpe mediático, la desestabilización y el golpe militar.

Somalia, un falso desarme

Entre el 25 y 26 de diciembre de 2006, el ejército etíope, apoyado por los Estados Unidos y varios señores de la guerra hostiles al

60 "Diálogo con Federico Jiménez Losantos". *Libertad Digital*, 30-3-2005.

gobierno, emprendieron un ataque contra el gobernante Consejo de Cortes Islámicas de Somalia, provocando más de mil muertos entre los combatientes islamistas. La excusa para promover una nueva violación de la soberanía de Somalia era que las denominadas cortes islámicas estaban bajo control de fundamentalistas relacionados con Al Qaeda. Todos los medios se apuntaron a esta tesis legitimando así la invasión de un país por parte de un ejército extranjero. Cuando el derrocamiento del gobierno se había consolidado, el 12 de enero de 2007, la agencia *AFP* distribuyó un cable ampliamente replicado, con el título: “Los jefes de guerra somalíes aceptan desarmarse y unirse al gobierno,” para presentar una imagen de pacificación del país. Se trata de una interpretación falsa, los señores de la guerra no se desarman, simplemente, como han tomado el poder al unirse al ejército etíope y a los Estados Unidos ahora se convierten en el ejército regular. De este modo los medios apoyan una invasión y la presentan como un desarme.

Igualmente, los medios se refieren constantemente a la invasión etíope como la “restauración del gobierno de transición.” “Las tropas del Gobierno de transición somalí entran en la capital del país,” titulaban las agencias el 28 de diciembre de 2006. Lo que denominan gobierno de transición, dándoles una pátina de legitimidad, es la Alianza para la Restauración de la Paz y contra el Terrorismo (ARPCT),⁶¹ una alianza creada en Etiopía por diversos señores de la guerra, empresarios y terratenientes financiados por los Estados Unidos y la CIA.

Invadir a Cuba

A estas alturas ya no nos debe extrañar que en la prensa de Miami se pida la invasión a Cuba. Bajo el elocuente título de “¿Por qué no Cuba?,” el columnista Manuel Cereijo pidió el 22 de octubre de 2006

61 Ver en wikipedia “Alliance for the Restoration of Peace and Counter-Terrorism”, http://en.wikipedia.org/wiki/Alliance_for_the_Restoration_of_Peace_and_Counter-Terrorism y Amina Mire. “El retorno de los señores de la guerra. Muerte y destrucción para los somalíes”, Rebelión 9-1-2007.

en *El Nuevo Herald* que los Estados Unidos invada a Cuba al igual que lo ha hecho con Iraq:

Irak representó una amenaza para la estabilidad del Medio Oriente y para la seguridad de los EE.UU., pero este riesgo fue menos severo que la amenaza que Cuba representa para la estabilidad de América Latina y la seguridad de los Estados Unidos. El gobierno de Cuba debe ser derrocado. Es una necesidad para la seguridad de los Estados Unidos.

Y continúa Cereijo:

Aquí debemos tener presente los mismos conceptos de libertad y justicia hacia este gobierno terrorista, que ha invadido y subvertido a más países que Irak subvertió (sic) o invadió. Un gobierno que en 1962 trató de forzar a la Unión Soviética a que lanzara un ataque nuclear contra los Estados Unidos. Entonces, ¿por qué no Cuba?

Durante el mes de agosto de 2006, al producirse la enfermedad del presidente cubano Fidel Castro, quedaron en evidencia nuevos elementos de agresividad e intervención militar contra Cuba. El 2 de agosto, la mayoría de los medios de comunicación se hacía eco de un teletipo de *Efe* que recogía el llamamiento de sectores de Miami que pedían con total impunidad un golpe militar: "El exilio cubano pide al Ejército cubano que forme un gobierno 'cívico-militar' de transición." Quienes llevaban décadas acusando a Cuba de ser una dictadura militar, ahora apelan en un comunicado de la junta directiva de la (FNCA) Fundación Nacional Cubano Americana a que "los militares tienen la oportunidad de prestar un generoso servicio a la patria estableciendo una autoridad transitoria cívico-militar." Según el cable de la agencia, el representante de este grupo afirmó que los militares deben unirse a los esfuerzos de los opositores de la Isla para buscar una solución pacífica. A la pregunta de si estaba planteando un alzamiento militar, respondió que "eso es una alternativa que tienen las personas, tanto militares como civiles." En realidad, los civiles no

pueden realizar alzamientos militares, son, como su nombre indica, los militares. No piden que la gente salga a las calles, ni que se manifieste, ni que se movilice pacíficamente contra el gobierno socialista, quizás porque no están muy seguros de su éxito, por ello prefieren el atajo militar que tan empleado ha sido en América Latina.

Por su parte, la revista también anticastrista *Encuentro*, con sede en España, reprodujo el 2 de agosto de 2006 un teletipo de la agencia *AFP*, según el cual “el gobernador de Florida pide prepararse para una eventual emigración masiva desde la Isla,” lo que no deja de parecer una insinuación del hermano menor de Bush.

Algunos estaban empeñados en presentar una imagen de caos y desestabilización que solo existía en su imaginación. El diputado federal cubanoestadunidense, Lincoln Diaz-Balart, afirmó en *The Miami Herald*, el 20 de agosto de 2006, que «es hora de que los militares no disparen contra aquellos que montan protestas pacíficas». Pero no había protestas en Cuba, ni pacíficas ni violentas, ni los militares han disparado nunca, incluso cuando las hubo en agosto del año 1994. También afirmó que “disidentes dentro de Cuba han apelado al exilio en Florida para dar voz a los que desean promover resistencia pasiva.” Pero no dijo quién, es más, todas las figuras anticastristas del interior de Cuba se han expresado libremente en los medios y ninguno dijo nada parecido.

Y sobre quiénes son los que celebraban en Miami la enfermedad del presidente Fidel Castro, la periodista de *El País*, Angels Barceló, nos dio alguna clave buceando en su crónica del día 3 de agosto:

Entre los presentes, un hombre, ya de una cierta edad, con un megáfono, un sombrero y un llamativo anillo en su mano izquierda, un anillo con la efigie de un indio. ¿Quién era ese personaje tan peculiar? Uno de mis acompañantes, gran conocedor de Cuba, nos resuelve la incógnita. Nos cuenta que uno de los símbolos que distinguía a la guardia personal del anterior dictador cubano Fulgencio Batista era

precisamente un anillo con la cara de un indio. Ese hombre había sido, por tanto, un ex policía de Batista.⁶²

Los medios, en cambio, presentaban a todos esos grupos violentos que clamaban por una intervención militar como pobres exiliados que se alegraban del fin de un gobierno que detestaban. Incluso se les dio carta de credibilidad para informar de lo que pasaba en La Habana. El diario *El Mundo* afirmó en un reportaje del día 4 de agosto, referente a la situación en Cuba, que “el régimen ya ha aumentado la represión. Según ha podido saber *El Mundo* de fuentes del exilio en Miami, grupos de voluntarios se están manifestando frente al domicilio del disidente Oswaldo Payá.”⁶³ Lo peculiar de la información es que no la envía el corresponsal de La Habana, que lo tienen, y que es quien podría saber esa noticia o confirmarla, sino el de Miami citando fuentes de esa ciudad estadounidense. De hecho, se trata de una represión de la que no ha dado testimonio ningún corresponsal desde la capital de Cuba; son los grupos violentos de Miami quienes dicen lo que sucede en Cuba y a quienes publican. El criterio es sencillo, si la situación es de normalidad en La Habana, lo que hay que hacer es contar lo que dicen los de Miami que está pasando. Nada importa que sean grupos que llevan décadas promoviendo acciones terroristas contra Cuba y que han reconocido su intervención en atentados con bombas contra instalaciones civiles de la Isla. Algo similar difundió *Europa Press* el día ocho. Sin cuestionarse lo que dice su corresponsal en La Habana, difunden la versión de los anticastristas en Madrid de que en Cuba hay “ley marcial,” que el suministro y el abastecimiento se han recortado “todavía más” y que “el pueblo está pasando mucha hambre.” Pero la realidad de lo que está sucediendo en Cuba, insistimos, no la debe recoger una agencia internacional con lo que le dicen unos activistas de Madrid, sino desde las fuentes periodísticas de Cuba.

Como se puede apreciar, son discursos que reivindican la violencia y la guerra, y que no solo no provocan la indignación en los medios,

62 Angels Barceló. “De esta semana no pasa. Los clientes del café Versailles, en la pequeña Habana de Miami, esperan un cambio inminente”. *El País*, Miami, 3-8-2006.

63 Pablo Pardo. “Miami. La oposición busca una transición a la española desde dentro de Cuba”, *El Mundo*, 4-8-2006.

sino que se les da prioridad informativa para exponer lo que está pasando en la Isla. Del mismo modo, todos los medios recogieron el discurso del presidente de los Estados Unidos del 24 de octubre de 2007, en el que hace un llamamiento a los jefes militares cubanos para que se subleven: "Hay un espacio para ustedes en una Cuba libre," les dijo.

Posada Carriles

El 6 de octubre de 1976, un atentado terrorista provocó la explosión en pleno vuelo de un avión civil de Cubana de Aviación, murieron las 73 personas que integraban el pasaje y la tripulación. El autor intelectual fue el agente de la CIA de origen cubano Luis Posada Carriles. Condenado por la justicia en Venezuela, se fugó de una prisión de ese país mientras se esperaba la resolución de un recurso judicial. Se refugió en Centroamérica, donde traficó con armas y trabajó para la contra nicaragüense a las órdenes de Oliver North desde territorio hondureño, en el escándalo que se conoció como *Irangate*. Fue, desde asesor de los más derechistas gobiernos centroamericanos como el del guatemalteco Vinicio Cerezo, hasta estrecho colaborador de varios ministros salvadoreños bajo las presidencias de Calderón Sol y Francisco Flores.

En noviembre de 1994, según reconocería el propio Posada Carriles, lograron introducir armamento en la IV Cumbre Latinoamericana de Jefes de Estado en Cartagena de Indias (Colombia) para atentar contra el presidente cubano, sin lograrlo.

En 1997 La Habana sufrió una cadena de atentados con bombas en diferentes instalaciones turísticas, que llegaron a provocar la muerte de un ciudadano italiano. En septiembre y octubre de ese año fueron detenidos los autores de los atentados, quienes reconocieron estar a las órdenes de Posada Carriles.

También intentó, en agosto de 1998, en República Dominicana, atentar contra Fidel Castro en la Cumbre de Cariforum.

Posada no cesó de reconocer en diversos medios de comunicación su implicación en estas acciones terroristas. Afirmó en el diario *The New York Times*, en noviembre de 1994, su objetivo de atentar contra Fidel Castro en Cartagena de Indias. En noviembre de 1996 confirmó en el *Canal 23* de la televisión de Miami sus intenciones de continuar las acciones armadas contra Cuba. En julio de 1998, declaró también en *The New York Times*, haber organizado los atentados del año anterior en instalaciones turísticas de La Habana, que provocaron la muerte del turista italiano Fabio di Celmo. Con gran cinismo, Posada declaró públicamente que Fabio di Celmo había muerto por estar “en el lugar equivocado en el momento equivocado.”

Para los medios occidentales, esas acciones terroristas contra Cuba no merecen mayor atención e incluso ni se consideran terrorismo. El 9 de febrero de 2006, en las noticias de las 14h30 de la cadena de televisión regional *Telemadrid* informan de un acto público en La Habana frente de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos. Según afirmaron, este acto se realizaba “para homenajear a lo que el régimen de Castro llama víctimas del terrorismo.” Para esta televisión, esos muertos solo son víctimas de terrorismo a los ojos de Fidel Castro. En abril de 2007, en el informativo de la cadena *Ser* de las 08h00 denominan a Posada Carrilles “activista cubano, acusado de terrorismo, imputado en un accidente de aviación.” Cuando se trata de un anticastrista quien pone una bomba es un “activista” y la explosión del avión civil por esa bomba provocando la muerte de 73 personas es un “accidente.”

Mantener la guerra en Colombia

Una vía de intento de instaurar el diálogo y un mínimo avance en la búsqueda de la paz en Colombia es el clamor por un canje humanitario que permita la liberación de los rehenes que tiene en su poder la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y los presos de este grupo armado que se encuentran en las prisiones colombianas. Sindicatos, organizaciones de derechos humanos, la iglesia y, por supuesto, familiares de retenidos y presos no cejan en

sus llamamientos a favor de ese canje. Sin embargo, en los medios de comunicación no se observa ningún apoyo a esa propuesta, incluso los intentos de boicotearla son constantes.

Tras la fuga de un ministro colombiano retenido por la guerrilla de las FARC, en los primeros días de enero de 2007, una crónica de la corresponsal de *El País* del día 6 de ese mes termina diciendo que "...el canje de prisioneros quedó suspendido por el Gobierno del presidente Uribe tras el atentado con coche bomba perpetrado por las FARC en Bogotá el pasado 20 de octubre." Ese atentado no solo no fue reivindicado por la guerrilla, sino que, incluso, fue desmentido y se abrieron procesos judiciales contra policías y militares por realizar atentados de ese tipo que tenían solo como intención dinamitar esas negociaciones. Esa información es conocida sobradamente por la corresponsalía de *El País*. El razonamiento de la noticia busca presentar ante los lectores falsas dificultades que impiden que el gobierno colombiano pueda afrontar ese acuerdo humanitario.

Sigamos observando cómo tratan los medios el posible canje en Colombia. El 6 de julio de 2007, en los informativos de *Tele 5* recogen la noticia de manifestaciones en Colombia, según afirma el periodista: "exigiendo a las FARC la inmediata liberación de los secuestrados." Sin embargo, en las imágenes aparecen manifestantes con pancartas que dicen: "Sí al acuerdo humanitario," que es precisamente lo que propone la guerrilla para la liberación y a lo que se opone el presidente Uribe. Una vez más, los medios se sitúan en la defensa de uno de los bandos en conflicto, casualmente el que se niega a poner en marcha el intercambio de prisioneros.

Si al acuerdo humanitario se suma el presidente venezolano, el boicot de los medios es absoluto. Así presentan, en el informativo de *Antena 3 TV* del 16 de septiembre de 2007, la disposición del presidente venezolano a mediar entre el gobierno de Colombia y las FARC para llegar a un canje de prisioneros: "...en la guerra de Colombia se presenta ahora una dificultad adicional por la mediación de Chávez y su intención de entrevistarse con el capo de la guerrilla."

El periódico *El Mundo*, el día 29 de diciembre del mismo año, titulaba así el operativo del gobierno de Venezuela con la Cruz Roja y los representantes internacionales para la liberación de algunos rehenes de la guerrilla colombiana de las FARC: "Chávez organiza fiestas y desfiles para capitalizar la liberación de los rehenes." Leyendo el texto se puede comprobar que no hay nada que se parezca a una fiesta o a un desfile, solo delegados humanitarios, miembros de la Cruz Roja, personal sanitario, prensa y la infraestructura necesaria para transportarlos. Y en lugar de celebrar la liberación de dos rehenes de la guerrilla el 10 de enero, el informativo de *Tele 5* del día siguiente comenzaba así: "Hugo Chávez se ha salido con la suya."

Para mantener el conflicto colombiano se necesita silenciar y criminalizar a todos los que no se ajusten al patrón informativo. Es lo que le sucedió al corresponsal de *Telesur* Fredy Muñoz, encarcelado por la fiscalía colombiana acusado de rebelión y terrorismo, mediante una serie de pruebas falsas que no soportaron la verdad, por lo que hubo que liberarlo. El diario venezolano *El Nacional*, publicaba el día 10 de enero de 2007 la noticia de la liberación y reproducía una información procedente del colombiano *El Tiempo*. En ella se decía que, según los testimonios de algunos guerrilleros arrepentidos tras protagonizar algunos atentados, "el periodista recibió heridas en varias partes del cuerpo, las cuales son evidentes." *El Tiempo* añadió esta última consideración de evidencia a modo de prueba irrefutable, a pesar de que no cita la fuente, el peritaje o el informe forense que confirme esa «evidencia» que, como luego se pudo saber, fue falsa, nunca se comprobaron las heridas en el cuerpo de Fredy Muñoz.

El doble rasero también se observa en el tratamiento del conflicto colombiano. Mientras para los grupos guerrilleros de izquierda solo hay referencias criminales y de narcotráfico, el diario *El País* publicó el 30 de diciembre de 2006 una información titulada: "Los paramilitares colombianos denuncian su exterminio." En el texto descubrimos que "el exterminio" es porque han asesinado a cuatro de estos hombres de extrema derecha tras haberse desmovilizado, según dicen, 31.000

combatientes. Basta recordar el asesinato de 3.000 militantes no armados del partido de izquierda Unión Patriótica a manos de estos paramilitares, información fundamental para contextualizar una noticia que quiera tratar los exterminios políticos. El lector saldrá con la percepción de que los verdugos ahora son víctimas.

El caso venezolano

Sin duda Venezuela merece un análisis específico. Sobre Hugo Chávez se ha desencadenado una obsesión mediática que no tiene precedentes en la historia de los medios de comunicación. Aunque muchas de las campañas sobre ese país han girado en torno a la mentira sobre la política del presidente y la ocultación del apoyo popular que tiene entre los ciudadanos, nosotros solo nos vamos a detener en los elementos informativos que se han caracterizado por presentar una Venezuela en crisis, al borde de la guerra civil o amenazante y peligrosa para la estabilidad regional. Mediante la implantación de esas dos imágenes en la mentalidad de las audiencias, se consigue sentar las bases de aceptación de una intervención extranjera y sembrar el odio y el temor entre los países vecinos ante la política gubernamental venezolana, elemento que también genera apoyo a una intervención en nombre de la paz regional.

Peligro militar

La *Red Globo* de televisión, en Brasil, en su edición del 16 de diciembre de 2007 emitió en su programa de mayor audiencia un reportaje con el título: “¿Brasil está preparado para una guerra contra Venezuela?” El trabajo fue exhaustivamente promocionado de manera sensacionalista en los días anteriores a su emisión, con reiterados anuncios, en los cuales se preguntaba: “¿Cómo reaccionarían los brasileños a una invasión de Venezuela a nuestro país?”

El programa, en clave de humor, entrevistaba a brasileños en la frontera y les hacían entender que Venezuela tenía intenciones de invadir su país para lo cual se estaba rearmando. Les preguntaron a los habitantes rurales de la región si lucharían para defender a Brasil ante la

inminencia de la agresión venezolana. Llegaron al punto de recorrer, en un carro decorado con los colores nacionales de Brasil, la principal vía de Pacaraima (Estado de Roraima), promoviendo una “convocatoria de emergencia,” incitando a la población a “alistarse para la guerra contra Venezuela.” Esto se realizó precisamente en la frontera entre los dos países amigos, fomentando un clima de hostilidad y agresividad entre vecinos que allí, mucho más que en otros rincones, tienen una intensa interacción familiar, cultural, social y económica. El programa trató de ridiculizar, satanizar y estereotipar al presidente de Venezuela a través de imágenes que lo presentaban como agresor de Brasil. Además intentaron ridiculizar a las Fuerzas Armadas brasileñas. Mientras el ejército venezolano es calificado como “la mayor fuerza bélica de América Latina” –lo cual es falso–,⁶⁴ las brasileñas son caracterizadas como ineficientes con equipos obsoletos. En ese *desiderátum*, no faltan escenas grotescas y patéticas, como los locutores entrenando a brasileños para que se defiendan con piedras. El objetivo es sin duda fomentar una campaña para instar el gobierno brasileño a reforzar su frontera con Venezuela y armarse con el objetivo de “enfrentar al país agresor.”

En un determinado momento del programa, un actor, haciéndose pasar por el presidente Hugo Chávez, pasó incólume por la frontera, de tres maneras: a pie, en bicicleta y a caballo. El bloque termina con la afirmación categórica y solemne del locutor: “Está probado: cuando Chávez quiera, invade Brasil.”

El programa es una provocadora y clara apología a la guerra entre el pueblo brasileño y el venezolano, donde los locutores revelan sus intenciones, en frases repugnantes y sórdidas como estas: “Y si la situación se complica entre Brasil y Venezuela: ¿será que estamos preparados?”

64 Según la Red de Seguridad y Defensa de América Latina, Venezuela destina a gastos militares el 1,39 por ciento del PIB (1,867 millones de dólares), el gasto de Brasil es mayor que el de Venezuela, 1,74 por ciento (13,692 millones de dólares). Solo dos países gastan en defensa menos que Venezuela, ellos son Paraguay y Argentina. La media regional es el 1,9 por ciento del PIB.

A continuación insinúan que el peligro no se limita al norte, en la frontera con Venezuela, sino que la “invasión” puede venir también del sur, por la frontera con Bolivia. El programa aprovecha para ridiculizar al presidente boliviano Evo Morales, mostrándolo como sumiso al venezolano. El locutor se dirige al público: “Ahora veamos como está la frontera sur” y entra una caricatura animada de Evo Morales proponiendo a Chávez para presidente de Bolivia.

El programa fue emitido precisamente en el momento en el que el presidente Luís Inácio Lula da Silva estaba de visita en Venezuela y Bolivia, por lo que, según denunció el Partido Comunista de Brasil, formaba parte de “una insidiosa y contumaz campaña de manipulación destinada a crear un ambiente de confrontación entre los países de la región.”

En esa misma línea, el diario *El Mundo* del 26 de febrero de 2007 titulaba: “Chávez realizará la mayor inversión con fines bélicos de los últimos dos años en Latinoamérica.” Cuando leemos el texto de la noticia descubrimos que se basa en “un informe divulgado por el Centro de Estudios para la Nueva Mayoría (CENM), con sede en Buenos Aires,” según el cual “Chávez le pidió al Estado Mayor de la Marina que realizara un estudio para decidir cuál es el navío más apropiado para enfrentar los peligros a los que se vería expuesta Venezuela en aguas del Caribe.” Es decir, no existe ninguna confirmación de “inversión con fines bélicos,” solo unos tipos de Buenos Aires que dicen que Chávez ha pedido un estudio. Pero es que, además, lo que denominan “fines bélicos” son unos submarinos para proteger sus aguas. El titular no obedece en absoluto ni a la realidad ni al contenido del texto. Con esta intencionalidad de presentar a un Hugo Chávez rearmado y peligroso, en los informativos de *Antena 3* del 6 de julio de 2007, y con motivo de un reportaje sobre el histórico fusil Kalashnikov al que asocian a guerrillas y movimientos insurgentes, el periodista termina diciendo que Rusia “acaba de venderle a Venezuela 100 mil unidades” de esos fusiles y aparecen imágenes de Chávez esgrimiéndolos. En realidad, esa compra se anunció en mayo de 2005 y los fusiles llegaron a Venezuela en junio de 2006. O sea que no

“acaba de venderle,” pero el caso es seguir diciéndolo durante mucho tiempo para que parezca que todos los años Chávez compra 100 mil fusiles.

El intento de consolidar la imagen de un Hugo Chávez hostil a la comunidad internacional hace que el diario *El Mundo*, del 2 de julio de 2007, difunda una noticia de su corresponsal en Moscú sobre la gira del presidente venezolano, en la que comienza titulado: “El líder venezolano culmina en Teherán su gira antiamericana,” y dentro del texto utiliza de nuevo las frases: “gira antiamericana,” “antiamericanismo más visceral” y “soflama más antiamericana.” El periodista olvida que Chávez y su país, Venezuela, son americanos, no pueden dedicarse al antiamericanismo. Confunde a los Estados Unidos con toda América. Además, en el mismo texto afirma el periodista que “Chávez es uno de los contados mandatarios que apoya los planes nucleares de Irán.” Como ya comentaremos cuando tratemos el caso iraní, hay que aclarar que en la cumbre de países No Alineados de septiembre del año 2006, las 117 naciones que se reunieron en La Habana manifestaron su apoyo al programa nuclear iraní.⁶⁵ Teniendo en cuenta que a la ONU la integran 192 países, a lo que el periodista llama “contados mandatarios” son más de la mitad del mundo.

Un ejemplo de hasta donde pueden llegar los medios para consolidar la imagen de un Chávez peligroso fue la portada de la revista brasileña *Época* una de las semanas del mes de noviembre de 2007. La ocupa una foto de Chávez, y hace falta entrar en el blog de la publicación en Internet para leer el comentario del director de arte Marcos Marque, que escribe lo siguiente:

Para realizar la portada de esta semana fue hecha una búsqueda de imagen muy específica. El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, tendría que estar con cara amenazadora. Fue muy difícil, él tiene una cara gorda y simpática, no da miedo a nadie. La imagen que más se acercó

65 “Mnoal defiende en Cuba el derecho de Irán a usar energía nuclear”. Irna, 11-9-2006.

al objetivo fue en la que él está con boina roja mirando hacia el lado izquierdo. Para dejar la imagen todavía más fuerte, nuestro ilustrador Nilson Cardoso hizo un trabajo de manipulación en la imagen original, hasta llegar a este resultado final.⁶⁶

Es decir, se manipuló la foto de Chávez para que pareciera más fiero y peligroso y aunque lo explicaran en un blog, quienes vieron la portada en los comercios no pudieron saber que les estaban engañando con un fotografía falsa.

Derechos humanos

Los medios no cesan de presentar a Venezuela como un país donde no se respetan los derechos humanos. El 7 de junio de 2007, los estudiantes venezolanos que se oponían a la decisión del gobierno de no renovar la licencia de un canal de televisión fueron invitados a un debate en el Parlamento o Asamblea Nacional junto a otros estudiantes que defendían la medida. El acto fue difundido por todos los medios de comunicación públicos y privados de Venezuela por instrucción gubernamental. Los opositores no esperaron al debate, y tras exponer su posición decidieron abandonar la Asamblea. Fuera del edificio se encontraban movilizados numerosos estudiantes partidarios de uno u otro bando, la salida de este grupo podría generar algún problema de seguridad, por lo que los servicios del orden les brindaron la posibilidad de salir protegidos dentro de un vehículo policial, lo que aceptaron gustosos al comprender la situación. Ello no impidió que siguieran esgrimiendo por la ventana del vehículo sus reivindicaciones.

La salida de los estudiantes protegidos por este coche policial blindado, al que, recordemos, se subieron voluntariamente, fue recogida y difundida mediante una fotografía de la agencia *Efe* en la que se apreciaba a estos estudiantes enseñando por las ventanas

66 Evelin Guilherme, Isabel Clemente y Matheus Leitao. "O Brasil deve ter medo dele?" *Epoca*, no. 493, 26-10-2007

del vehículo policial unos folios en los que reivindicaban la libertad de expresión.

Esa foto fue ampliamente utilizada por la prensa venezolana al día siguiente, el 8 de julio. Así, el diario *El Nacional* recurrió a ella con este ambiguo pie: "El debate se fue en jaula de la PM (policía metropolitana)." Por su parte, *El Universal* la publicaba con estas palabras: "Y así se fueron los muchachos," sin explicar que iban voluntariamente y protegidos.

El más asombroso fue el diario colombiano *El Tiempo*. En él también la publicaron el mismo día con el siguiente título y texto a modo de pie de foto: "Protestas estudiantiles en Venezuela. Estudiantes venezolanos fueron detenidos por la Policía frente al Palacio Legislativo, en Caracas, por protestar a favor de la libertad de expresión."

En conclusión: un gobierno invita a estudiantes opositores a exponer sus posiciones en el Parlamento, ordena difundir su discurso por todos los medios de comunicación, los escoltan policialmente a la salida, y lo que publica la prensa es que fueron detenidos por la Policía. De este modo presentaban falsamente la imagen de un gobierno represor.

La obsesión sobre Venezuela puede rozar la paranoia con el objetivo de sembrar el pánico entre los ciudadanos. El 20 de octubre de 2007, en el canal de televisión venezolano *Globovisión* entrevistan al líder del partido Acción Democrática Henry Ramos. El político expresó su indignación porque Chávez planteó disminuir la mayoría de edad a los 16 años. Según este opositor, eso provocará que los muchachos vayan al ejército a esa edad y a la guerra a luchar en Irán, "a morir a un país islámico donde no se les ha perdido nada." Es el mundo al revés, porque los únicos muchachos que van a morir a un país islámico en el que no se les ha perdido nada son los estadounidenses y latinoamericanos que se encuentran en Iraq y Afganistán en las filas del ejército de los Estados Unidos, cuyo gobierno es el que más apoya a los opositores de Chávez.

Veamos cómo han sido tratados algunos hechos violentos sucedidos en Venezuela en noviembre de 2007, vísperas del referéndum para la reforma constitucional. Los medios introducían así un teletipo de *Efe* para contar los acontecimientos con un sensacionalismo que solo buscaba proyectar una imagen de caos y represión:

Mientras decenas de miles de estudiantes toman las calles de Venezuela en protesta por la reforma constitucional del “Gorila rojo,” que no es más que una pseudo-consulta para perpetuarse en el poder, la situación política y social va caldeándose. Tanto así que la refriega de ayer tuvo como resultado trágico dos muertos asesinados por los brigadistas chavistas y decenas de heridos. Venezuela es un polvorín a punto de estallar.⁶⁷

El 8 de noviembre de 2007 los medios difundieron que unos pistoleros chavistas habían disparado contra estudiantes opositores en la Universidad Central de Venezuela. *El País* del 9 de noviembre afirmó que “Las protestas contra la reforma constitucional del presidente Hugo Chávez se agravaron en la madrugada del miércoles, cuando un grupo de pistoleros enmascarados disparó contra estudiantes opositores en el campus de la Universidad Central de Venezuela, la más grande del país.” Sin embargo en el canal *Telesur* pudimos ver a un estudiante antichavista, que forma parte de un grupo que tiene asediados a varios estudiantes partidarios de Chávez y de la reforma constitucional, y que dice: “de aquí no nos vamos hasta que no salga por lo menos uno, que los torturemos para sacarlos a todos, ¿oyeron? porque aquí necesitamos paz y libertad, no esa reforma que a nadie le gusta, justicia por favor.” Eso decían quienes los medios consideraban las víctimas.

Pocos días después, el 26 de noviembre, unos manifestantes contra la reforma constitucional propuesta por el presidente venezolano protestaban desde primeras horas provocando disturbios y cortando

⁶⁷ Paul Monzón: “Ex presidente de Bolivia dice que Chávez avanza hacia una tiranía constitucional.” *Periodista Digital*, 4-11-2007.

el tráfico de acceso a la urbanización en el municipio Guacara, en el Estado venezolano de Carabobo. En ese momento se encuentran con unos trabajadores de la empresa estatal Petrocasa que intentaban llegar a su lugar de trabajo, los operarios llevaban camisetas rojas alusivas al nombre de la empresa y a la identificación del proyecto cooperativo de construcción de 400 casas. En Venezuela llevar una camiseta roja es un signo claro de simpatizar con el chavismo. Los manifestantes opositores, al descubrir a ese grupo ideológicamente opuesto les disparan con armas de fuego y matan al trabajador José Oliveros Yepez, de 19 años, que fue alcanzado en el antebrazo y en la espalda.

La noticia de un muerto partidario de Chávez a manos de manifestantes opositores no se ajustaba bien a la matriz que los medios desean crear sobre Venezuela, donde los violentos son los progubernamentales y las víctimas, inocentes ciudadanos opositores. Por ello, *El País* directamente la ignora y *El Mundo* la cuenta del siguiente modo mediante un texto firmado por *Efe* y *Reuters*: “Un venezolano muere de un disparo durante unas protestas contra Hugo Chávez.” Se observa que con el título no logramos saber quién ha disparado ni de qué bando es el fallecido, dato importante sin duda. Incluso la lectura del titular sugiere que el muerto es antichavista, puesto que pierde la vida en una protesta contra Chávez.

Primer párrafo: “Un hombre murió asesinado a consecuencia de un disparo durante las protestas contra el presidente venezolano Hugo Chávez, que pretende reformar la Constitución para poder ejercer un mandato ilimitado en el país, en un referéndum que se celebrará el próximo domingo.”

Seguimos sin saber si el asesinado es opositor o defensor de la reforma ni quién le ha disparado, eso sí, nos recuerdan por enésima vez que Chávez se enfrenta a la protesta por querer reformar la Constitución para “ejercer un mandato ilimitado,” lo cual no es del todo exacto, el proyecto consta de 69 reformas del articulado y lo que llaman “mandato ilimitado” es la reforma del artículo 230 que queda textualmente así:

“Artículo 230. El período presidencial es de siete años. El Presidente o Presidenta de la República puede ser reelegido o reelegida.”

Segundo párrafo: “José Oliveros Yépez, de 19 años, fue disparado en el antebrazo y en la espalda mientras intentaba conducir su camión en las inmediaciones de un lugar bloqueado por los manifestantes contrarios a Chávez, en el Estado de Carabobo.”

Parece que la víctima no era manifestante, pero seguimos sin descubrir si murió por estar filiado a algún bando (como sucedió), ni quien le disparó.

Tercer párrafo: “El vicepresidente, Jorge Rodríguez, señaló que unas 80 personas han sido detenidas en ‘actos de violencia’ en diferentes zonas de este Estado y en poblaciones colindantes. Rodríguez prefirió no dar más información.”

Logramos saber que la policía detiene a manifestantes a los que el gobierno acusa de “actos de violencia.” Nada más.

Cuarto párrafo: “El suceso ocurrió esta mañana en el barrio Ciudad Alianza, en Guacara, cuando trabajadores de la empresa estatal Petrocasa intentaban llegar a su lugar de trabajo y chocaron con grupos opositores que obstruían el paso en la zona para rechazar la reforma, según datos de la prensa local.”

Ya saben los lectores españoles el barrio, la ciudad, y el Estado de Venezuela donde sucede. También que la víctima trabajaba para una empresa estatal y que “chocó con grupos opositores.” Lo que faltó decir es que chocó concretamente con las balas disparadas por el grupo opositor.

El resto de la noticia son declaraciones del vicepresidente Jorge Rodríguez y del presidente Hugo Chávez, no hay más información sobre el suceso. Los lectores se quedarán sin saber con seguridad la filiación de la víctima y la autoría de los disparos.

Vale la pena recordar un último caso. El 3 de noviembre, *El País* titulaba: “Al menos dos estudiantes mueren durante una protesta entre chavistas y antichavistas en Venezuela.” En aquella ocasión los grupos partidarios del gobierno ni fueron responsables de las muertes ni se encontraban en el conflicto. Los dos fallecidos eran opositores al gobierno y murieron en un enfrentamiento entre miembros del partido Un Nuevo Tiempo (del gobernador del Zulia, Manuel Rosales) y Copei (partido socialcristiano que gobernó en dos oportunidades y que se ha rebautizado como “Partido Popular” por sus relaciones con el PP español).

Como se puede comprobar, tanto si los muertos son partidarios de Chávez, como si quienes disparan son opositores, los medios terminan colgándole el *sanbenito* al gobierno venezolano.

Ahora a por Chávez

Ya tenemos presentado a través de los medios a un gobierno peligroso y rearmado, que viola los derechos humanos en su país y reprime y asesina a opositores. El siguiente paso es comenzar a insinuar la intervención internacional para liberar a ese pueblo de la dictadura y al mundo de la amenaza.

En julio de 2007, en su suplemento de ocio EP3, el diario *El País* promocionó un videojuego para ordenador personal denominado “Mercenaries 2.” En la página promocional se explica así el juego:

Un grupo de soldados de fortuna pone sus botas en mitad de la selva con el fin último de derrocar al gobierno de un tirano que se ha hecho poderoso sentado sobre miles de barriles de petróleo. Amparados en el caos de un país sumido en la violencia, este retén de mercenarios llegará hasta la capital para doblegar a un dictador descontrolado y peligroso.

Según el diario, “el país en el que se desarrolla el juego es Venezuela y las semejanzas son más que evidentes...” insinuando así que Hugo

Chávez es un “tirano que se ha hecho poderoso sentado sobre miles de barriles de petróleo.”

El País incluye también en su web un vídeo promocional de un minuto y 40 segundos del juego que sitúa, mediante el texto “Welcome to Venezuela,” la invasión en esta nación. Incluso algunas imágenes resultan semejantes a Caracas.

Aunque la empresa diseñadora del videojuego ha explicado que ellos no tienen ningún vínculo con el gobierno norteamericano, en su última nota de prensa afirmaron que “pese a que un conflicto no necesariamente tiene que estar pasando, es lo suficientemente realista para creer que eventualmente podría pasar.”

De esta forma, *El País* se une a la promoción del videojuego que compara al presidente de Venezuela con un dictador, y en el que los jugadores tienen como misión derrocarlo violentamente mediante comandos de mercenarios.

Vale la pena recordar que, a principios de octubre de 2001, justo cuando iba a comenzar la invasión de Afganistán, la cadena de noticias ABC presentaba un videojuego donde aparecía un simulacro de bombardeo sobre la topografía marrón y rocosa de lo que se suponía que era Afganistán.

Los medios no regatean adjetivos para el satanizado. Basta ver el titular del “Perfil político de Hugo Chávez,” publicado por *El Mundo* el 1 de diciembre de 2007: “Una ‘bestia negra’ imbatible.” A partir de ese título, podemos hacernos una idea de la neutralidad del perfil que nos presentarán del presidente venezolano.

En marzo de 2005, en un programa de *Canal 22* de Miami (por cable), el actor venezolano Orlando Urdaneta llamó a asesinar a Chávez “con un fusil de mira telescópica.” Y días después, en el mismo programa, el ex agente de la CIA, Félix Rodríguez, el mismo que cortó las manos del Che Guevara tras ser capturado en Bolivia, propuso acabar con

la vida de Chávez. “Lo pueden hacer en un ataque militar con un avión.”⁶⁸ dijo.

El demonio iraní

En la agenda informativa actual se encuentra la crisis internacional entre los Estados Unidos y Europa con Irán. Si bien la retórica guerrerista no ha llegado a los niveles previos de la invasión a Iraq, es evidente la existencia de un discurso mediático que pretende inculcar una determinada visión de la situación a los ciudadanos. Por supuesto, no se trata por nuestra parte de defender a un régimen teocrático que lapida adúlteros y ahorca homosexuales, pero sí de exponer cómo se intenta preparar mediáticamente una agresión militar que no está motivada, ni mucho menos, por los deseos de democratizar y defender los derechos humanos de los iraníes.

Este discurso contra Irán está dominado por varios elementos. El primero es la denominación de la cuestión como: la “crisis de Irán” en referencia a la decisión iraní de apostar por el desarrollo nuclear civil como fuente de energía. Pero en ese país no se vive ninguna crisis, deberíamos decir la crisis de las relaciones de Irán con los Estados Unidos y con la Unión Europea. También intentan presentarla como un conflicto entre Irán y el “resto del mundo”, o entre Irán y Occidente. Algo que tampoco es verdadero, países tan representativos de la población mundial como China o la India no tienen ningún enfrentamiento con Irán y otros tan occidentales como Canadá, no han expresado ninguna opinión. Tampoco es verdad que haya unanimidad con respecto a Irán, las discrepancias de China y Rusia con los Estados Unidos y la Unión Europea (UE) siempre se llevan a un segundo plano en las informaciones. Los informativos de *Antena 3* del 30 de abril de 2006 divulgaban que “Irán sigue desafiando a todo el mundo.” Repiten así las afirmaciones de Bush publicadas el 29 de abril de ese mismo año en *El País*, donde recalca que “el mundo está unido y preocupado ante el deseo de Irán de construir armas nucleares.” Los medios intentan hacernos confundir al mundo

68 José Steinsleger. “De la libertad de expresión y otros cuentos”. La Jornada, 23-5-2007.

con los Estados Unidos y Europa. Hay más “mundo,” es decir población, en China, India o América Latina y esos no tienen ninguna discusión con Irán.

El intento iraní de desarrollar la energía nuclear civil es respondido por los Estados Unidos y Europa con el argumento de que crearán armamento atómico y armas de destrucción masiva. La primera curiosidad que observamos es que cuando hace años la construcción de centrales nucleares era objeto de enfrentamiento entre los gobiernos europeos y las organizaciones ecologistas, los medios acuñaron el término “nuclear” frente al “atómico,” que quedó relegado, con el objetivo de que la audiencia no asociase ese tipo de energía a la bomba atómica, de tan infausto recuerdo. Ahora, al tratarse de Irán, vuelve a recuperarse el desechado término.

Los siguientes argumentos han sido recogidos en la mayoría de los medios, que afirman que Irán colabora con organizaciones terroristas, desde la libanesa Hezbollah a Al Qaeda, y que es una amenaza para Israel como lo muestran las declaraciones del presidente iraní, que amenazó con borrar a este país del mapa y negar el holocausto.

En cambio, los medios ocultan algunos datos fundamentales que deben conocer los ciudadanos. Por ejemplo, que las condiciones que establece la comunidad internacional para que un país desarrolle energía nuclear es la firma del Tratado de No Proliferación (TNP), y la aceptación de las inspecciones de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, condiciones totalmente cumplidas por Irán. Los medios no dicen que quienes tienen armas nucleares y aún no han firmado el TNP son Pakistán, India, Israel y Corea del Norte. Ni que es Israel quien está violando la resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU que estableció tras la Guerra del Golfo, en 1991, que todo Oriente Medio fuese una “zona libre de armas nucleares y de destrucción masiva.”

Sobre el apoyo al terrorismo, se oculta que el grupo libanés Hezbollah no está considerado terrorista por la Unión Europea, es un partido

legal en el Líbano, que se presenta a las elecciones y que tiene un aplastante apoyo en el sur del país. Es verdad que posee milicias armadas que hostigan a Israel, pero nunca actúan fuera de su país, entendiendo por su país las tierras ocupadas ilegalmente por Israel según resolución de las Naciones Unidas. Por otro lado, el islamismo iraní, chiíta, no tiene la mínima relación con la rama wahabí de Al Qaeda ni con los sunitas de la insurgencia iraquí. El propio gobierno de Teherán facilitó información sobre las identidades de los talibanes que se refugiaron en Irán durante la invasión estadounidense a Afganistán.

Y si analizamos las afirmaciones del presidente Ahmadineyad⁶⁹ sobre Israel, observamos que donde los medios, en su estrategia de satanización, anunciaban que el líder iraní afirmó que iba a borrar a Israel del mapa, lo que dijo, traduciendo sus palabras textuales, fue: "Nuestro querido Imán (refiriéndose a Jomeini) dijo que el régimen de ocupación debía ser borrado del mapa." No plantea acabar con un Estado, sino con un determinado régimen político.

La otra declaración que escandalizó y repitieron los medios hasta la saciedad fue que Ahmadineyad había negado el Holocausto. La traducción literal de sus palabras fue: "...algunos han creado un mito sobre el Holocausto y lo sostienen aún más alto que la misma fe en la religión y en los profetas."⁷⁰ El diccionario de la Real Academia dice que mitificar (crear un mito) es "rodear de extraordinaria estima determinadas teorías, personas, sucesos, etc." Evidentemente, acusar a alguien de crear un mito, no es lo mismo que negar el acontecimiento que genera el mito.

Tenemos también otros elementos que son sistemáticamente negados de las informaciones. Muy pocas personas saben que existe una agencia oficial de noticias iraní, Irna, que dispone de una página web, que se actualiza diariamente y que tiene una versión en castellano

69 Anneliese Fikentscher y Andreas Neumann. "Un análisis de la retórica en los medios de comunicación orientada hacia la guerra contra Irán. ¿Quiere el presidente de Irán borrar del mapa a Israel y niega el Holocausto?" *Rebelión*, 28-04-2006.

70 *Ibidem*.

(además de otros siete idiomas). Y no lo saben porque los medios nunca recurren a ella, les basta con la información del otro bando para formar su composición de la noticia.

En la agencia Irna podemos descubrir noticias curiosas como una del 21 de abril de 2007 donde se informaba que “Se celebra en Teherán la conferencia ‘Historia de la formación de rezos judíos,’ en la que, lógicamente, participarán creyentes y representantes judíos. Según la noticia de la agencia iraní: “...posterior a la revolución islámica, la sociedad iraní se inclinó más a la religión y se piensa que este efecto determinó más la fe de los judíos residentes en el país. Actualmente más de 30.000 judíos viven en Irán, y según la Constitución tienen libertad de culto.”

No parece que estén muy perseguidos por Ahmadineyad. Y es que las denuncias de Irán son contra el gobierno israelí, lo cual no tiene nada que ver con el judaísmo como religión.

Tampoco se dice que la necesidad de energía de Irán es una realidad a pesar de que disponga de mucho petróleo, porque no posee refinerías, es más, debe importar la gasolina y la energía del exterior. Algo que es doblemente complejo para Irán, porque desde 1979 sufre sanciones de los Estados Unidos en forma de bloqueo, de modo que las empresas que inviertan en el país persa ya no podrán exportar o comprar nada a los Estados Unidos, ni recibir préstamos de este país. Y, por último, tampoco se informa que el deseo de Irán de disponer de energía nuclear no es una obsesión del actual presidente, tiene el apoyo de los sectores más moderados del país e incluso se remonta a 1974, cuando bajo el gobierno dictatorial pro occidental de Mohammad Reza Pahlevi, se reconocía que Irán necesitaba dotarse de energía nuclear para abastecerse de electricidad.⁷¹

Estamos asistiendo a una operación mediática que, aunque todavía no está definiendo la opción militar como la adecuada contra Irán, bien

71 Ver el libro de Nazanín Amirian y Marha Zein. Irak, Afganistán e Irán. 40 respuestas al conflicto en Oriente Próximo. Lengua de Trapo. Madrid 2007.

porque no existe consenso entre las propias oligarquías mundiales o bien porque no se atreven a plantearlo a sabiendas de que todavía no puede ser digerida por la opinión pública internacional, sí están trabajando en la creación de una matriz de opinión sobre lo que quieren denominar la crisis de Irán. Para ello presentan constantemente al gobierno iraní como agresivo, desestabilizador y hostil a la comunidad internacional. El 25 de abril de 2006, una noticia de *El Mundo* firmada por *Reuters* decía: “El presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, dio ayer un nuevo paso en su estrategia de confrontación. En una conferencia de prensa celebrada en Teherán, Ahmadineyad aseguró que ya no hay necesidad de establecer con los Estados Unidos ninguna discusión sobre el proceso de transición iraquí.”

Parece que no aceptar la autoridad de los Estados Unidos en la política de Iraq es “confrontación” para nuestros medios.

La presentadora de informativos de *TVE1* informó el 8 de marzo de 2006 sobre Irán y su iniciativa de desarrollo nuclear y afirmó textualmente: “Irán amenaza con defenderse.” Parece que algunos hasta cuando dicen que se van a defender, están amenazando.

El primer fin de semana de 2008 fue noticia internacional un incidente en el Estrecho de Ormuz entre unas barcas iraníes y destructores estadounidenses. Según la versión estadounidense, sus naves fueron hostigadas por las iraníes y poco después difundieron un vídeo que, según ellos, lo demostraba.⁷² Se aprecia en una grabación dada a conocer por el Pentágono, realizada desde el puente de mando de un destructor *Hopper* estadounidense, que unas lanchas iraníes se colocaron alrededor de buques estadounidenses. Desde allí, un tripulante de la Armada norteamericana dice por la radio: “Este es un buque de guerra de la coalición. Estoy realizando un tránsito de acuerdo con el derecho internacional. No tengo intención de causar daño.” Frente a esta expresión conciliadora, se oye posteriormente otra, según dicen, desde las lanchas iraníes que afirma en inglés: “Voy hacia

72 Se puede ver en Youtube <http://www.youtube.com/watch?v=Bg-iSIEdSIA>

ustedes... Explotarán después de un par de minutos.” Los Estados Unidos explicó que las lanchas iraníes tiraron por la borda unas **pequeñas cajas blancas** que obligaron a la fragata, al destructor y al crucero a “realizar maniobras para esquivarlas.” Estos elementos son los que, según el portavoz de los Estados Unidos, confirman el hostigamiento iraní. El diario *El Mundo* titulaba el 7 de enero: “El Pentágono acusa a lanchas rápidas iraníes de amenazar a barcos de EE.UU. en el Golfo.” “Las lanchas iraníes iban a estrellarse contra la flota de EEUU, según el Pentágono,” dicen otras agencias. Por su parte, *Efe* titulaba: “Los barcos iraníes ignoraron en varias ocasiones las advertencias estadounidenses,” y *Dpa*: “Irán realiza maniobras hostiles contra buques de guerra de EE.UU.” Como se puede apreciar, todos los medios dan por válido y riguroso el vídeo y la versión del Pentágono, y a ninguno le parece desproporcionado que el ejército estadounidense denuncie que un par de barcas creen un problema de seguridad y agresión a dos destructores y un portaviones. El gobierno estadounidense consideró lo ocurrido como un “acto de provocación” de Irán y presentó una protesta formal ante ese país, además de la denuncia internacional ampliamente recogida por los medios internacionales.

Sin embargo, apenas dos días después, es Irán quien difunde su vídeo de lo sucedido.⁷³ En él se observa que las embarcaciones iraníes se limitaron a aproximarse a los buques estadounidenses para examinar sus números de registro, una labor de reconocimiento que desde Teherán se calificó de “rutinaria.” El vídeo muestra a un oficial naval iraní que desde un pequeño barco se dirige por radio al destructor estadounidense diciendo, en inglés pero con acento iraní: “Barco de guerra 73 de la coalición, este es un barco patrullero de la Marina iraní.” “Este es el barco de guerra 73 de la coalición. Te leo alto y claro,” responde una persona con acento norteamericano. El vídeo difundido no muestra ninguna amenaza iraní a los barcos de guerra estadounidenses. Los medios ahora, en cambio, se distancian escépticos de la versión iraní titulado: “Irán difunde su propio vídeo

73 Disponible en Youtube <http://www.youtube.com/watch?v=m1ZufNtViWc>

del incidente con EEUU en el Golfo,” a pesar de que no dijeron, mediante el mismo formato, que los Estados Unidos difundía su propio vídeo.

Pero los iraníes afirmaron también que el vídeo del Pentágono estaba manipulado. Según señalaron, las imágenes publicadas por la Armada Estadounidense fueron compiladas mediante vídeo de archivo, y el audio había sido manipulado. La realidad es que, si se observa el vídeo del Pentágono, en el minuto 3:50 aparece un sonido de amenaza de explosión y de ataque iraní mediante la expresión: “Voy hacia ustedes... Explotarán después de... minutos.” Se trata de unas palabras que se insertan en la grabación de forma tan burda que interrumpe la imagen quedando en negro y se escucha un voz metálica robotizada que impide detectar si el acento es iraní. Los expertos afirmaron además que el mensaje no recoge los ruidos propios de una transmisión desde una lancha.

Con esa escena se pretendía convencer a la opinión pública internacional de las intenciones agresivas de la Armada iraní, todos los medios de comunicación aceptaron como válido el vídeo a pesar de la sospechosa producción audiovisual y ninguno contrastó con el gobierno iraní para recoger su versión de lo sucedido.

Al final, los estadounidenses tuvieron que salir al paso con una justificación ridícula. Según el comandante de uno de los destructores, Jeffrey James, no se había determinado todavía el origen del mensaje amenazante. Otra comandante, Lydia Robertson, portavoz de la Quinta Flota en Bahrein, reconoció que la Marina no sabe “exactamente de dónde salió el mensaje.” De acuerdo con el diario *Navy Times*, varios oficiales de la Marina han afirmado que es difícil averiguar el origen de la voz. Reconocen que esta es diferente a la del oficial iraní que se dirigió durante el incidente al crucero *Port Royal* de la Marina de los Estados Unidos, para pedir que se identificara y cambiara de frecuencia y poder hablar sin interrupciones, según muestra el vídeo publicado el 10 de enero por las autoridades de Teherán. Lo más ridículo es que varios marinos citados por el *Navy Times* han

comenzado a dudar de si el contenido fue obra de los iraníes o de un bromista, identificado genéricamente como “Mono filipino.”

Según afirmaron, en los últimos años, barcos estadounidenses que operaban en Oriente Medio tuvieron que tratar con el “Mono filipino,” una o varias personas que escuchan las comunicaciones radiofónicas entre los barcos para luego intervenir con insultos o amenazas. Según dicen, muchos marinos citados por la publicación han sido víctimas del «Mono filipino.”

“Durante 25 años este mítico tipo ha estado allí fuera gritando, hora tras hora, obscenidades y amenazas,” dijo Rick Hoffman, un capitán retirado que pasó 17 años en aguas del Golfo.

“Solía hablar toda la noche. Este tipo está loco,” afirmó Hoffman. “¿Quién sabe cuántos monos habrá allí fuera?,” se preguntó. “Por supuesto que el mensaje puede ser falso,” agregó. El comandante Jeff Davis, portavoz de la Marina en el Pentágono, no pudo decir si la voz pertenece al “Mono filipino.” “Es un circuito (radiofónico) internacional y hay muchos barcos y estaciones en la zona,” dijo.⁷⁴

La escritora exiliada iraní Nazanin Amirian recordó⁷⁵ cómo ya el 3 de agosto de 1964 el presidente de los Estados Unidos, Lyndon Johnson, informó de un inexistente ataque de las patrulleras vietnamitas al destructor *USS Maddox* en el Golfo de Tonkin, y consiguió la autorización del Congreso para lanzar masivos ataques contra el gobierno de Hanoi. Un mecanismo de engaño similar fue usado también por los Estados Unidos para provocar la guerra con España por Cuba en 1898. El hundimiento por una explosión accidental en el puerto de La Habana del acorazado estadounidense *Maine* fue titulado por la prensa estadounidense: “El barco de guerra Maine partido por la mitad por

74 “Una broma pudo causar el enfrentamiento entre navíos de Irán y EE.UU”, Efe, 15-01-2008.

75 Nazanin Amirian. “Del Golfo de Tonkin al Golfo Pérsico”. Rebelión, 11-01-2008.

una artefacto infernal secreto del enemigo.” La guerra con España comenzaba.

Es evidente que las técnicas de engaño del gobierno de los Estados Unidos siguen sin variar 40 años después. Lo preocupante es la irresponsabilidad de los medios para unirse de forma acrítica y sin contrastar la versión belicista del Pentágono.

Oriente Medio

El conflicto entre Israel y el mundo musulmán también es tratado mediante elementos que justifican la violencia de una de las partes, la del Estado de Israel. Durante la guerra que enfrentó, entre los meses de julio y agosto de 2006, al grupo libanés Hezbollah y al ejército de Israel, pudimos comprobar, por ejemplo, como la presentadora del informativo del canal español *Tele 5*, el día 20 de julio afirmaba que el ejército de Israel ya había entrado en territorio libanés y se estaban produciendo enfrentamientos cuerpo a cuerpo entre “los soldados israelíes y los terroristas de Hezbollah.” Para la presentadora, Hezbollah es terrorista, calificación que no es contemplada ni por la ONU ni por la Unión Europea y quienes habían invadido a un país soberano eran solo soldados israelíes.

Pocos días después, concretamente el 25 de julio, todos los medios distribuían sin inmutarse ni escandalizarse las declaraciones del jefe del Estado Mayor israelí, Dan Haloutz, quien ordenó a la aviación “destruir diez inmuebles o edificios libaneses por cada cohete de Hezbollah que alcance la ciudad de Haifa.” No es difícil asociar a los diez civiles que ordenaban matar los oficiales ocupantes nazis por cada soldado alemán que moría a manos de la resistencia.

En los días previos a la invasión del Líbano por el ejército israelí, muchos medios intentaban ignorar la propuesta diplomática para poder sembrar la imagen de que la guerra y el conflicto son inevitables. El diario español *ABC*, en su portada del día 10 de agosto de 2006 afirmaba: “Israel lanzará la guerra total contra Hezbollah con 40.000

soldados. La ofensiva para ocupar el Líbano comenzará cuando fracase el frente diplomático.” La expresión es bastante ilustrativa del respeto y confianza que les merecen las negociaciones diplomáticas para evitar la guerra.

El 12 de julio de 2007 el diario *El País* publicaba una entrevista al líder de Hamas, Ismail Haniya. Se trataba de la traducción de la aparecida el día anterior en *Le Monde*, con quien el periódico español tiene un acuerdo, y realizada por el corresponsal del diario francés Michel Bôle-Richard. Observando ambas versiones, descubrimos que en *El País* añaden una entradilla que no existe en la versión original:

El Movimiento de Resistencia Islámica (Hamas) se hizo con el poder en Gaza el pasado 15 de junio, rompiendo el precario Gobierno de unidad palestino. En su feudo de la franja, Ismail Haniya, ex primer ministro destituido por el presidente palestino, Mahmud Abbas, critica “la ceguera” de Europa, que se niega a apoyar a la organización fundamentalista.

Podemos comprobar los elementos subjetivos que incluye el diario español, ajenos al periodista que realizó la entrevista y a la versión del diario francés *Le Monde*. La democrática y legítima victoria electoral de Hamas la presenta como “El Movimiento de Resistencia Islámica (Hamas) se hizo con el poder en Gaza el pasado 15 de junio,” a lo que añade: “rompiendo el precario Gobierno de unidad palestino.” Para *El País* no es que los palestinos quisieran que gobernara Hamas, tal y como se debería deducir de unas elecciones, es que Hamas se hace con el poder y rompe el gobierno de unidad palestino.

A la zona donde un líder tiene su apoyo *El País* la denomina feudo, término peyorativo porque, como es sabido, y aunque se utiliza con frecuencia en los medios, es el vocablo medieval que hace referencia a una propiedad. No tiene mucha equiparación a región donde un líder político tiene un apoyo mayoritario, que es el caso que nos ocupa. Para terminar, la entradilla vuelve a tildar a Hamas de “fundamentalista,”

a pesar de que precisamente una de las respuestas del entrevistado es que no pretenden crear un Estado islámico.

El objetivo del medio español es criminalizar a Hamas hasta el punto que añaden en su redacción y de su propia cosecha una entrada que no figuraba en la entrevista original. A partir de esas premisas, las agresiones, encarcelamientos y asesinatos contra Hamas pueden ser bien recibidos por la opinión pública.

Crear el miedo

Además de satanizar al rebelde, fomentar el odio y legitimar guerras, los medios deben colaborar para que los ciudadanos se sientan inseguros y en peligro. Hay que despertar en el individuo la necesidad de sentirse protegido mediante métodos y cuerpos que operan con la violencia.

María del Carmen Gascón, de la Fundación Seminario de Investigación para la Paz, de Zaragoza, lo explica así:

El visionado frecuente de violencia en las pantallas esboza en muchos receptores el síndrome del Mundo Miserable, un mundo lleno de gente egoísta, peligrosa, que trata a los demás como medios para conseguir sus objetivos; van cultivándose así en la vida real sentimientos de miedo, inseguridad, necesidad de uso de armas, desconfianza, miedo a salir de casa, deseo de disponer de armas protectoras, sentimiento de enajenación y también de dependencia, abatimiento, victimización (...).

Cabe preguntarse también qué grupos sociales son mostrados también como víctimas en los distintos medios de comunicación, porque los televidentes que ven que los miembros de su propio grupo corren más peligro que los de otros grupos parecen desarrollar sentimientos más fuertes de temor y desconfianza; se sienten más vulnerables y

aumenta quizá la dependencia de las mujeres y las minorías.¹

Es importante convencer a la ciudadanía de la idoneidad de que los recursos se destinen a policías y militares, en lugar, por ejemplo, de hospitales y escuelas. De que en un pueblecito de Castilla es mejor tener un cuartel de la Guardia Civil funcionando 24 horas al día antes que un ambulatorio médico. Que es bueno para los ciudadanos que los intercepten en un control antiterrorista cuando vayan con su coche o que deban facilitar los datos a la policía cuando se alojan en un hotel. Que el ciudadano se sienta seguro y feliz viendo numerosos guardas de seguridad en la estación de trenes o en un supermercado, aunque luego falte personal en las ventanillas o en las cajas de cobro. Y así tendremos dos o tres agentes armados en una estación ferroviaria para vigilar el paso por el escáner del bolso de una anciana, pero ningún empleado para ayudarle a subir al tren.

Es verdad que en democracia la única violencia legítima es la del Estado y que es este el que posee el monopolio legal de la violencia. Ese es un elemento que no vamos a replantear ahora. Pero sí a analizar cómo los medios recurren a estrategias de comunicación para incrementar esa sensación de dependencia de los cuerpos de seguridad. De ese modo, se desplazan de la psicología del individuo otras necesidades o deficiencias no resueltas, se aceptan limitaciones de la libertad en aras de la seguridad y este se convierte en más conformista en la medida en que adopta la psicología de animal amenazado y atemorizado.

El uso mediático del terrorismo es el ejemplo más claro de simplificación de los conflictos y de patrón informativo que logra generar miedo y sumisión. Para empezar, se olvida reconocer que los ataques terroristas son el reflejo de la voluntad de un determinado público y grupo social, no la mera maldad patológica de unos individuos, que es el modo infantil en que nos lo interpretan

76 María del Carmen Gascón. *Comunicando Paz. Otros Medios de Comunicación desde el mismo Laberinto*. Popular. Madrid 2008.

los medios. El periodista indio Sutanu Guru⁷⁷ ha criticado el modo simplista con el que los medios nos presentan una guerra entre el “patriótico, amante de la libertad y resuelto” tejano George Bush y el “demoníaco, bárbaro y fanático” árabe Osama Bin Laden. Según Guru, los medios, en su información sobre el terrorismo, adolecen de cuatro males: histeria, paranoia, miopía y amnesia. La histeria se comprobó en la forma obsesiva y compulsiva en que repitieron los atentados de las Torres Gemelas hasta el punto de que con esas imágenes comenzaban el noticiero todos los días.

La paranoia en numerosos medios de comunicación provocó la cadena de ataques contra las minorías de aspecto árabe o de aspecto musulmán en los Estados Unidos, Australia, Canadá y otras muchas “democracias.” Como ejemplo, los 200 ataques contra la comunidad sij solo en los Estados Unidos. El asunto fue presentado como un choque de civilizaciones entre una cristiandad tolerante y democrática y un islam feudal e intolerante, de nuevo la teoría de Huntington, tan a gusto de los neoconservadores.

Seguimos con la miopía o esa incapacidad para ver más allá de un entorno cerrado. Así los medios de comunicación mundiales se muestran incapaces de ver la existencia del terrorismo más allá de los Estados Unidos, Europa o sus intereses en otros países, ignorando atentados suicidas y ataques armados en lugares como Cachemira, Indonesia o Nigeria.

Por último, está la amnesia. De los medios han desaparecido expresiones como “militantes”, “guerrillas”, “rebeldes”, “separatistas”, etc. Todo se ha englobado bajo la definición de terrorismo. Ya tratamos esto en el apartado dedicado al lenguaje.

La denominada guerra contra el terror está teniendo una gran trascendencia económica. La mayoría de nosotros ha oído hablar del potencial financiero y económico de la industria de armamento, la del

⁷⁷ Sutanu Guru. “La cobertura mediática vista desde la India”, en Danny Schechter. Las noticias en tiempos de guerra. Paidós. Barcelona 2004.

ocio, o de la prostitución y el juego de azar. Sin embargo, es extraño haber leído cuál ha sido la mayor industria que ha crecido en los Estados Unidos en los últimos años y que supera notablemente al negocio de Hollywood o al de la música. Se trata de la industria de la seguridad nacional, que apenas existía antes del 11-S. Naomi Klein señala:

Cuanto más sumidas están nuestras sociedades en el pánico, convencidas de que hay terroristas al acecho en las mezquitas, más aparatos de detección de explosivos e identificaciones basadas en la biometría vende el complejo del capitalismo del desastre y más vallas de alta tecnología construye.⁷⁸

Afirma que Klein que:

Lo más sorprendente es lo poco que se analiza y se discute el boom de la seguridad como economía, como una convergencia sin precedentes de poderes policiales sin obstáculos y capitalismo sin obstáculos, una fusión entre el centro comercial y la cárcel secreta.⁷⁹

De ahí que los directivos generales de los 34 contratistas de defensa más importantes de los Estados Unidos hayan visto subir sus sueldos en un 108 por ciento entre 2001 y 2005.⁸⁰ Si los grandes medios explicaran mejor cómo se ha disparado el negocio de la seguridad, quizás muchos ciudadanos podrían comprender por qué la guerra contra el terror no tiene prevista fecha de finalización y existen tantos intereses en que su presencia en los medios sea constante.

78 Gary Stoller. "Homeland Security Generates Multibillion Dollar Business". USA Today, 10-10-2006, citado por Naomi Klein. La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós. Barcelona 2007.

79 *Ibidem*.

80 Sarah Anderson, John Cavanagh, Chuck Collins y Eric Benjamín. "Executive Excess 2006: Defense and Oil Executives Cash in on Conflict". www.faireconomy.org 30-8-2006, citado por Naomi Klein. La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós. Barcelona 2007.

La guerra contra el terrorismo en los Estados Unidos

El ejemplo más elocuente es la guerra contra el terrorismo que los Estados Unidos está viviendo dentro de sus fronteras. Michael Moore lo ha denunciado de forma irónica:

Dicen que es una guerra contra el terrorismo. ¿Cómo se puede declarar una guerra contra un sustantivo? Las guerras se declaran contra países, religiones y pueblos, no contra sustantivos o problemas, y siempre que el gobierno lo ha intentado –¿os acordáis de la guerra contra las drogas o la guerra contra la pobreza?– ha fracasado.⁸¹

Es evidente que, como señala Moore, cuando se dice “guerra contra la pobreza” se quiere decir aplicar una política destinada a acabar con la pobreza, como si se dijera guerra contra la sequía antes de emprender una política de construcciones de embalses, es una forma publicitaria de hablar. El problema es que cuando Bush dice guerra contra el terrorismo, es guerra de verdad. Moore recuerda que:

... en el año 2000 las probabilidades de que un estadounidense muriese en un atentado terrorista en los Estados Unidos eran exactamente cero. En 2002 esas probabilidades fueron, de nuevo, cero (...). Incluso en el trágico año 2001, la posibilidad de que un estadounidense cayese víctima de un atentado terrorista en este país fue de 1 entre 100 mil.

... En 2001 fallecieron más norteamericanos a causa de la gripe o de la neumonía (1 de cada 4.500), el suicidio (1 de cada 9.200), un homicidio (1 de cada 14.000) o un accidente de coche (1 de cada 6.500). Sin embargo, nadie se sentía aterrorizado cada vez que se ponía delante de su peligroso coche para ir a comprar un donut que provoca enfermedades

81 Michael Moore. *¿Qué han hecho con mi país?* Ediciones B. Barcelona 2004

cardíacas. El índice de suicidios implica que TÚ supones un mayor peligro para ti mismo que cualquier terrorista.⁸²

Menos de un año después de los atentados del 11-S, Roland Shatz, del observatorio de medios Media Tenor, ya advertía que en los Estados Unidos:

...la cobertura informativa promovió la idea según la cual los Estados Unidos superaría los terribles acontecimientos encontrando a “los malos” y haciendo los ajustes necesarios para que no se pudieran volver a producir ataques similares en el futuro. Se apartó de las noticias cualquier comentario acerca de la responsabilidad del gobierno por fomentar el odio en el extranjero, una cuestión que podría haber ayudado a responder al “¿por qué?” que se planteaban los ciudadanos y contribuir al entendimiento intercultural.⁸³

El analista Danny Schechter afirmaba en abril de 2003:

Las noticias acerca del terror resultaron en muchas ocasiones distantes y aterradoras, con reportajes alarmistas por parte de un tipo de periodismo a menudo insustancial (cuando no engañoso), que dio como resultado una respuesta llena de pánico por parte de millones de estadounidenses que se declaraban dispuestos a sacrificar sus libertades a cambio de seguridad. En muchos casos, las historias dominantes y “noticias de última hora” que pronosticaban nuevos ataques fueron desmentidas. Se basaban en pruebas superficiales o en ninguna prueba en absoluto.⁸⁴

El objetivo de la psicosis terrorista es meter el miedo en el cuerpo para que aplaudamos todas esas medidas que buscan legitimar y

82 *Ibidem*.

83 Danny Schechter. *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

84 *Ibidem*.

convertir en imprescindibles las fuerzas del orden, las propuestas militares y la violencia institucional a costa de la pérdida de derechos y libertades. Esta psicosis requiere constantemente mantenerse con el mayor nivel de actualidad, esgrimiendo informaciones que nadie puede contrastar ni confirmar. El gobierno norteamericano, en febrero de 2005, informó que había interceptado una comunicación entre Bin Laden y Al Zarkawi, en la que el primero le decía al segundo que había que provocar un atentado en territorio norteamericano. Todos los medios lo reprodujeron sin más contraste de la noticia ni existencia de otras fuentes. Los vídeos de Bin Laden se emiten alegremente con sus párrafos amenazantes y dementes, pero no sucede lo mismo con las declaraciones de la resistencia iraquí explicando sus reivindicaciones o propuestas de paz.

En los Estados Unidos anunciaron en 2003 que los aeromodelos podían llevar explosivos o gas sarín. En octubre de 2002, el FBI informaba que habían personas merodeando por las vías de los trenes para hacerlos descarrilar, también esta agencia alarmaba con que se podían ocultar explosivos indetectables en los zapatos. Más tarde, de nuevo el FBI alertaba que Al Qaeda planeaba provocar incendios forestales en el oeste de los Estados Unidos. Y no digamos de la psicosis de los polvos de ántrax. Existe gente que vive en provincias en España que no quiere ir a Madrid por el peligro de sufrir un atentado. Conozco a un amigo que no entra en los supermercados de El Corte Inglés porque está convencido de que pondrán una bomba cualquier día.

Esa psicosis la generan los propios medios, y es la que provoca que, como decía antes, sea para nosotros una tranquilidad ver un cuartel militar en lugar de un ambulatorio o un colegio. A pesar de que es más fácil que necesitemos una consulta médica o un aula para nuestro hijo que un soldado con un fusil de asalto. Logran así que seamos comprensivos con una legislación que nos intercepta el correo electrónico a la búsqueda de un terrorista, o que nos parezca oportuno que un policía nos pida la documentación un sábado por la noche en lugar de estar regulando el tráfico.

No nos volvamos locos, no nos va a asesinar un terrorista. Estamos perdiendo la perspectiva.

Existe una dependencia del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos –la Oficina de Valoración de los Activos Extranjeros– cuya misión es investigar las transacciones financieras sospechosas. Parece una acción razonable para luchar contra el terrorismo. Esa oficina dispone de unos 120 funcionarios de los que, según se informó en abril de 2004 al Congreso estadounidense, cuatro estaban dedicados a investigar las finanzas de Osama Bin Laden y una veintena aplicados a vigilar el bloqueo económico contra Cuba (¡dos años y medio después de los atentados del 11-S!). A ellos no les preocupa el terrorismo, les preocupa sembrar la preocupación por el terrorismo.

La escritora Naomi Klein señala que la característica principal de la guerra contra el terrorismo es que, si bien desde una perspectiva militar su perfil disperso e indefinido la convierte en una propuesta inalcanzable, “desde una perspectiva económica se trata de un objetivo inmejorable: no es una guerra pasajera con perspectivas de victoria, sino un mecanismo nuevo y permanente de la arquitectura económica global.”⁸⁵ Por tanto, no pueden los medios de comunicación situarse al margen de un proyecto de tal envergadura, deben participar en la operación tal y como están haciendo.

El 16 de octubre de 2007 publicaba el diario *El País* un reportaje sobre Internet, Al Qaeda y la yihad. En él se incluía un suelto sobre el caso de Samir Khan, un joven saudí de 21 años residente en Carolina del Norte, Estados Unidos. El periódico lo califica de “peón de la yihad mediática de Al Qaeda, una red terrorista que confía casi exclusivamente en Internet para la propaganda.” ¿Y qué es lo que hace Samir para que lo consideren terrorista de Al Qaeda al servicio de la yihad mediática? Para poder desentrañarlo encontramos en la información dos declaraciones textuales suyas, al parecer, extraídas de una entrevista concedida a *The New York Times*: “América necesita

⁸⁵ Naomi Klein. La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós. Barcelona 2007.

escuchar al jeque Osama con mucho cuidado» y «haré lo que esté en mi mano para revelar la verdad.» No parece que sean dos objetivos tan descabellados, el hombre solo sugiere escuchar a Osama –algo con lo que coincide la mayoría de las televisiones internacionales que no dudan en emitir sus mensajes– y dedicarse a difundir lo que este activista de Internet considera la verdad. Es lo que hacemos muchos y se llama libertad de expresión. No debería ser eso considerado terrorismo precisamente.

La información también añade, a modo de confirmación de su vinculación terrorista, que “entre los contenidos de su blog se encuentra un tratado sobre las razones de la yihad y enlaces a vídeos con las imágenes más sangrientas en Irak.” Insistimos en el mismo planteamiento, esas imágenes seguro se emiten o se han emitido también en nuestras televisiones y en Internet están alojadas en servidores occidentales. E intentar explicar las razones de quienes luchan en nombre de Alá forma parte de una necesidad informativa e intelectual de cualquier persona que quiera entender la situación mundial actual.⁸⁶ A mí personalmente me interesa conocer lo que ellos denominan “razones” de la yihad.

Visto lo anterior, no deja de ser preocupante que solo por dedicarse a esas actividades en Internet alguien pueda ser considerado y presentado como un terrorista de Al Qaeda por los medios occidentales. Con ese nivel de criminalización se comprende que la paranoia que une terrorismo e Internet lleve a ABC a titular el 27 de enero de 2008: “Al Qaida se sirve de 5.600 sitios web para alimentar su actividad terrorista.”

Una prueba de cómo se recurre a la excusa de la lucha contra el terrorismo para condicionar las noticias es lo que reveló la televisión alternativa estadounidense *Democracy Now* el 7 de marzo de 2007. Según explicaron, el diario *Los Angeles Times* eliminó de su previsión

86 En España, y de la misma forma en la mayoría de los países occidentales, importantes editoriales (Debate, Akal, Popular) han publicado libros que recogen el pensamiento de Bin Laden y nadie piensa que son yihadistas por ello.

una noticia sobre el espionaje ilegal del gobierno a petición del director de Inteligencia Nacional, John Negroponte, y del entonces director General de la Agencia de Seguridad Nacional, Michael Hayden. En las dictaduras eso se denomina censura previa, pero en los Estados Unidos es “aceptar una petición de la CIA.”

Si los medios analizasen con más profundidad el origen de la violencia y el terrorismo, quizás podrían encontrar elementos como los que se pueden entrever en esta noticia de *Público* del 16 de diciembre, y que deberían servir mucho a los servicios de inteligencia occidentales para detectar cómo acabar con el terrorismo. Se refiere al autor de un reciente atentado de Argel el 11 de diciembre de 2007, que provocó la muerte a 41 personas, entre ellas 17 funcionarios de la ONU. Se llamaba Rabeh Bechla, tenía 63 años, y, según declararon sus hijos, en su desesperación “se unió a los integristas cuando no pudo obtener una licencia de taxi,” y porque “había solicitado al Gobierno una parcela de terreno para cultivar, que le fue denegada.” Quizás en eso debería consistir la guerra contra el terrorismo, en conseguir que la gente pudiese tener trabajo y tierra para sembrar.

Pero la “guerra contra el terrorismo” también ha prestado sus buenos servicios políticos en clave informativa. A finales de 2001, *The New York Times* publicó el amplio artículo “Headlines from the Cutting Room Floor” (Titulares descartados en la sala de edición), donde se detallaban “noticias clave que fueron ignoradas y que podrían haber destacado si el mundo no hubiese estado obsesionado con el terrorismo.” Ahí se encontraban temas como las controvertidas elecciones presidenciales en Florida. El propio periódico reconocía ahora que el asunto del terrorismo consiguió abandonar el debate de “¿Quién ganó?” para plantear “¿A quien le importa?”⁸⁷ Nada menos que las elecciones más disputadas de la historia del país fueron desechadas de la agenda informativa. Se trató de un ejemplo claro de golpe de Estado mediático, derrocar el debate sobre un resultado electoral para imponer la paranoia antiterrorista.

87 Citado por Danny Schechter en *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

En realidad, el desarrollo de los acontecimientos no tenía nada de novedoso. Naomi Klein nos recuerda que ya sucedió igual en Rusia en 1999:

En septiembre de 1999, el país se vio sacudido por una serie de atentados terroristas de una crueldad extrema: de forma aparentemente inesperada, alguien voló por los aires cuatro bloques de viviendas en plena noche y mató a 300 personas. En una sucesión de hechos que a los estadounidenses les acabaría resultando muy familiar tras el 11 de septiembre de 2001, todos los demás temas fueron expulsados del mapa político por la entrada en escena de la única fuerza capaz de hacer algo así.⁸⁸

La periodista rusa Yevgenia Albats explicó el resultado que tuvo sobre la agenda política de su país la paranoia terrorista, en los mismos términos que después se repetiría en los Estados Unidos: “Fue una especie de miedo primario (...). De repente, parecía que todos esos debates y explicaciones sobre la democracia y los oligarcas no tuvieran ninguna importancia comparados con el temor a morir en el interior de nuestras propias viviendas.”⁸⁹

En Europa

Sería una ingenuidad pensar que el retroceso en derechos y libertades tras los atentados del 11-S se ha limitado a los Estados Unidos y no ha afectado a Europa.

En el Reino Unido se aprobó en diciembre de 2001 una nueva ley antiterrorista que permitía practicar detenciones sobre la base de “pruebas secretas”, en el caso de ciudadanos extranjeros supuestamente peligrosos. Amnistía Internacional consideró que creaba un “sistema de justicia criminal fantasma, en el que los

88 Naomi Klein. La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre. Paidós. Barcelona 2007.

89 *Ibidem*.

derechos a la libertad y un proceso equitativo dejan de protegerse.” Leyes similares se aprobaron en Francia en 2003. En Alemania se establecieron numerosas medidas de fortalecimiento de la policía, ampliación de los servicios de información, endurecimiento de las condiciones de entrada en el país y agilización de la expulsión rápida de personas sospechosas de vinculación o simpatía con “grupos terroristas.” En Italia se iniciaron proyectos de leyes que permiten a la policía escuchas y registros domiciliarios sin control judicial. En Grecia la detención preventiva puede prolongarse nada menos que durante año y medio, en un magma de irregularidades policiales y legales como las pudimos conocer con la detención de los siete activistas antiglobalización detenidos en Salónica en junio de 2003. En España se han ilegalizado fuerzas políticas y criminalizado a muchos colectivos sociales.

Todo esto se ha hecho con poca oposición social porque previamente se cultivó la psicosis terrorista. Volvemos a insistir, en nuestros sistemas, desde el poder se puede conseguir hacer casi todo, pero siempre se necesita preparar la sumisión de la ciudadanía mediante la complicidad de los medios de comunicación.

Un ejemplo de cómo operan los medios lo podemos encontrar en la información difundida por el diario británico *The Guardian* a mediados de agosto de 2006. En ella se afirmaba que “los servicios secretos británicos habían observado durante largo tiempo cómo algunos parques del país habían sido utilizados como campos de entrenamiento por terroristas.” Resulta peculiar que los servicios secretos afirmen que los “habían observado durante largo tiempo.” Es decir, que los comandos terroristas entrenaban a la vista de todo el mundo en los parques del país y a los servicios de inteligencia no les molestaban. El objetivo es sembrar la psicosis entre los ciudadanos de que hasta en el lugar más inocente de una ciudad, un parque, puede estar una célula terrorista entrenándose, por absurda que sea la idea.

Solo en esa línea de fomentar la paranoia se explica que el 22 de marzo de 2007, en *Tele 5*, cuando se informó de la detención de ocho

personas, supuestamente miembros de ETA, se incluyen un inserto o cintillo con el texto: "Ofensiva etarra." Hasta cuando hay detenciones intenta inculcar el miedo calificando lo sucedido de una ofensiva de los ilegales.

Existe el dicho de que en democracia cada pueblo tiene los gobernantes y las políticas que se merece; probablemente podríamos actualizar la expresión y señalar que cada pueblo tiene las políticas que los medios han logrado convencerles que necesitan y merecen.

Miedo al emigrante y control de fronteras

La emigración también está siendo utilizada para generar miedos e inseguridades. El resultado es enormemente preocupante, se sientan las bases de la xenofobia y el racismo, se desarrolla el nacionalismo excluyente frente a otros pueblos y naciones y se justifica que las fuerzas de seguridad puedan cometer abusos contra esos colectivos. Irene Maeso recoge algunas afirmaciones del diario *El Día*, de Tenerife, el tercer periódico más leído del archipiélago canario, donde se refleja la xenofobia y el intento de inocular el rechazo al inmigrante:

"Canarias sufre una invasión de africanos de raza negra pura -salvo caso de sida o enfermedades contagiosas-, la cual, como todo el mundo sabe, prima sobre la blanca en caso de mezclarse" (*El Día*, 20-5-2006). "Nadie puede saber hoy si dentro de unos años en Santa Cruz y en Tenerife seremos étnicamente europeos, africanos o sudamericanos" (*El Día*, 20-5-2006). "Se está poniendo en peligro el bienestar de la población mayoritaria del archipiélago, es decir, la raza blanca y origen europeo" (*El Día*, 20-5-2006).⁹⁰

Esa línea xenófoba continuaba en este mismo periódico el 4 de abril de 2008. En la sección de Cultura se reproducía el siguiente poema

⁹⁰Citado por Irene Maeso Fernández. "Desinformación y miedo a lo desconocido", en *Periodismo preventivo. Otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales*. La Catarata. Madrid 2007.

de Arquímedes García Gotera, que comenzaba con una referencia a la vicepresidenta española. Todo un alarde de racismo:

*María Teresa de la Vega
mujer grandiosa y portentosa,
testaruda y muy poderosa,
nos quiere dejar sin bandera.
De moros siete u ocho pateras
llenar a Canarias entera
de nuevos pobladores,
extranjeros a montones
paseando por la carretera
y nosotros que nos vayamos pa'fuera.*

*De moros ya tenemos una jartera
viviendo en plazas, parques y cuevas,
en playas, valles y laderas
ya está Canarias llena.*

*Yo no sé si esto será cosa buena.
esta oleada negra,
la cosa se pone bastante fea
esto lo ve cualquiera,
que tenemos que dejar nuestra tierra
y nosotros emigrar pa'fuera.*

*Como canarios vamos a defendernos
de esta oleada de cigarrones,
que nos están llegando a montones
y yo voy están llegando a montes
y yo voy hacer el primero.*

*Compraremos mosquetones
pistolas, fusiles y cañones,
y hasta un barco cañonero
con ellos dispararemos,*

*y estos intrusos invasores
que regresen por donde vinieron.*

*Me despido con un abrazo
a María Teresa y al Zapatero,
por ser los dos tan buenos
de perder el pueblo canario.*

*Lo digo con este agravio
por sus actitudes irresponsables,
que ya todo el mundo lo sabe
que no tiene nada de humanos,
ya todos lo aseguramos
que seremos moros en vez de cristianos.*

Una de las líneas informativas se desarrolla para revertir la percepción del ciudadano respecto al control de las fronteras de los países ricos. La realidad es que los países del Norte –Europa o los Estados Unidos– desarrollan todo tipo de impedimentos y controles fronterizos con el objeto de impedir que los empobrecidos del Sur puedan entrar. Esto provoca que los inmigrantes deban recurrir a vías de acceso o entrada a los países ricos que suponen un gran peligro y, en muchos casos, la pérdida de la vida de miles de personas que solo buscan mejorar su situación económica y la de su familia.

Sin embargo, los medios buscan presentar a las fuerzas de seguridad, que tienen como objetivo impedir el acceso de inmigrantes a nuestros países, como salvadores de esas mismas personas. Por ello siempre utilizan verbos como “rescatar”, “ayudar” o “atender” cuando se dirigen a la acción policial de control de nuestras fronteras para impedir la entrada de emigrantes. Son frecuentes los titulares y noticias que hacen referencia a que las patrulleras marítimas “han rescatado” a africanos que se dirigían a Europa. En primer lugar incluyen como rescatados los que han sido interceptados y se les ha impedido llegar al continente. Por otro lado, si no les prohibieran venir ni existieran esas patrulleras, no habría que rescatarlos de ningún peligro.

De esta forma, en la portada del suplemento de *La Gaceta de Canarias* del diario *El Mundo* del 7 de enero de 2007, se puede leer el siguiente titular: "La Armada recibe grandes elogios por su labor de control de los flujos emigratorios." Olvidan que gracias a ese control al menos 2.000 africanos se ahogaron en el año 2006 intentando llegar a las costas canarias sin ser descubiertos.

Los medios intentan presentar en muchas ocasiones la emigración como un fenómeno que atenta contra nuestra cultura y atropella nuestras libertades. Un titular del *ABC* del 10 de abril de 2007 afirmaba: "Unos 75.000 rumanos, búlgaros y polacos podrán elegir alcalde el 27-M", con lo que se crea la alarma social de que esos emigrantes decidirán nuestras elecciones.

El titular es tergiversador por varias razones. Primero, porque esos emigrantes no van a elegir alcalde, van a votar concejales, al igual que el resto de los electores. Y, segundo, si se observa el recuadro de electores que se adjunta en la noticia se comprueba que los extranjeros que más van a votar no serán esos emigrantes del Este, sino 84.018 turistas británicos que se han instalado en España, esos no molestan y por ello no se anuncia como alarmante su derecho al voto.

La emigración la trataremos de nuevo más adelante, cuando analicemos las temáticas que los medios quieren ignorar o desviar de ellos la atención.

Aplaudir a las armas

Una adecuada cultura y educación para la paz incluiría, obviamente, el rechazo a las armas y a los ejércitos. Pero no es esa línea editorial la que encontramos en los medios de comunicación. Al contrario, su objetivo es frivolar y banalizar las herramientas con las que se siembra la muerte, cuando no existe pura apología.

En una campaña de publicidad en prensa del Ministerio de Defensa español en el año 2004, el slogan es la enumeración de todos estos verbos: “Ayudar, colaborar, proteger, recuperar, celebrar.” Leyendo eso uno piensa en Teresa de Calcuta, no en un F16 lanzando bombas de uranio empobrecido que es lo que hicieron esos aviones en Yugoslavia.

En julio del año 2003, la Guardia Civil y la Policía Nacional española organizaron un simulacro de asalto al Ayuntamiento de un remoto y pequeño pueblecito de la provincia de Palencia, Carrión de los Condes, que se suponía estaba secuestrado por un comando terrorista que amenazaba con un ataque de gas sarín. Los vecinos, fuera, estaban encantados y aplaudiendo después del simulacro que había sido un éxito. Solo faltaba que no hubieran detenido al comando si era un teatro. Creo que nadie puede pensar con racionalidad que existía una posibilidad fundamentada de que ese pueblo de Palencia y sus fuerzas de seguridad estuviesen bajo la amenaza de un atentado con gas sarín y fuese necesario entrenarse para ello. El objetivo es transmitir, comunicar, infundir sensación de protección gracias a los cuerpos de seguridad.

También es necesario reaccionar mediáticamente con diligencia en momentos en que existen informaciones que deterioran la imagen de esas fuerzas. Cuando en agosto del año 2005 en España era objeto informativo la muerte de un agricultor a manos de la guardia civil en el cuartel de Roquetas, en la provincia andaluza de Almería, un medio de comunicación dijo: “se tiene que investigar sin que afecte a la imagen de la Guardia Civil.” Se deberá investigar y que afecte lo que tenga que afectar a la imagen de la Guardia Civil si ha actuado indebidamente. También se dijo entonces cuando salieron a la luz los hechos que “la Guardia Civil al principio se sintió desprotegida.” ¿De quién o de qué había que protegerla?, ¿de la verdad?

Observemos esta secuencia de noticias en los informativos del canal español *Tele 5* del 16 de septiembre de 2006: Una pelea entre grupos latinoamericanos que provoca dos jóvenes muertos en Madrid y las declaraciones policiales sobre estos colectivos violentos, los problemas de orden que tiene que afrontar la policía municipal para desalojar por la noche en la playa catalana de la Barceloneta a parejas, grupos de jóvenes que consumen alcohol al aire libre y turistas que duermen en la arena; y los operativos policiales en la línea 130 de autobús municipal de Madrid donde viajan los heroinómanos hacia los núcleos de chabolas para buscar su suministro. El mensaje es claro, los ciudadanos estamos cercados por latinos emigrantes violentos, jóvenes borrachos en las playas y drogadictos que se adueñan de los autobuses. Menos mal que tenemos a la policía.

El mensaje de heroicidad de las fuerzas del orden es constante, los medios saben que si se logra santificar a un estamento social es muy difícil posteriormente que puedan hacer mella en él acusaciones o desprestigios, o dicho de otra manera, pueden lograr la impunidad para posteriores acciones por abominables que sean. El 31 de enero de 2007, el diario *El País* titulaba: “La policía evita que un joven se suicide tras fallar en un juego *on-line*.” Comienza el artículo afirmando que “La Policía Nacional ha evitado que un joven de 19 años residente en León se suicide tras no conseguir el objetivo deseado

en un juego de Internet en el que llevaba participando durante catorce horas.” A continuación relata que, el administrador del juego, desde una empresa de Francia, advirtió de las intenciones del joven a la policía. Los agentes españoles localizaron la llamada y se presentaron en casa del muchacho. Allí, según el texto, “tras contactar con el titular del inmueble, este les dijo que, efectivamente, su hijo de diecinueve años era quien había estado jugando a través de Internet y había amenazado con suicidarse y que por fortuna se encontraba bien.” O sea que la policía ni evitó ni impidió ningún suicidio, cuando llegaron ya se le había pasado el berrinche al muchacho. Y, a pesar de eso, termina la crónica con la proeza policial: “Tan solo tres horas después de la primera llamada recibida desde Francia, los investigadores lograron identificar el lugar donde se podía encontrar el joven en peligro y evitar que cumpliera sus amenazas.” Insisto, no evitaron nada, su intervención fue irrelevante.

A nivel internacional es importante sembrar la sensación de que vienen tiempos preocupantes y, además, dejar claro quiénes son los responsables de esos malos tiempos. Una noticia de *El País* del 10 de abril se ocupa de un informe británico de Defensa que hace una predicción del mundo para los próximos 30 años. Afirman que «los Estados Unidos va a seguir siendo el poder económico y militar preeminente y garante del sistema de reglas internacionales,» consolidando la imagen de unos Estados Unidos todopoderosos guardianes de nuestro bienestar, algo irónico tratándose de quienes secuestran personas por todo el mundo, tienen cárceles clandestinas en Europa y mantienen campos de concentración en Guantánamo. El diario añade también que “vienen tiempos de ‘extremismo político’, quizás incluso el retorno del marxismo.” No se comprende por qué el marxismo es “extremismo” ni “retorno.” Se es extremista según respecto a qué y más retorno será el liberalismo que comenzó a practicarse antes que el marxismo.

Del mismo modo que se hipertrofia la necesidad de los cuerpos de seguridad en nuestra sociedad, en los medios se relativizan y banalizan las guerras en las que nuestras tropas están implicadas.

Todos recordamos las imágenes de la primera guerra del Golfo repleta de fuegos artificiales de los misiles. También eran asombrosas algunas entrevistas emitidas en nuestros medios con especialistas que nos relataban las cualidades técnicas de un tanque o un bombardero con absoluta impasibilidad. Es como si un electricista explicase cómo ha mejorado el funcionamiento de la silla eléctrica, lo que nos parecería tremendamente frívolo.

Asimismo, las televisoras españolas difundieron la anécdota de la grabación de un vídeo musical protagonizado por los militares británicos destacados en Iraq. No se ha informado de cuáles son sus actividades diarias en ese país, pero emiten un vídeo que han hecho donde bailan y cantan con sus fusiles y sus tanques.

El 15 de marzo del año 2005, el diario *ABC* publicaba un reportaje futurista de dos páginas sobre los últimos avances tecnológicos en uniformes militares. El del ejército español costará entre “12.000 y 18.000 euros” cada unidad, y el del norteamericano, 32.000 dólares. Dice el reportaje que ese gasto “tiene una justificación: el equipo salvará vidas.” Es evidente que ese dinero en vacunas salvaría más vidas.

Los medios trivializan el peligro de las guerras e idealizan las tecnologías de protección para los soldados. El titular del diario *Ideal de Granada* del 26 de junio de 2007, tras la muerte de seis soldados españoles en el Líbano, fue: “Los militares españoles operan sin sistema anti-bombas en la región más inestable del mundo.” Existen dos términos en ese titular que desvían el contexto de lo sucedido. El primero recurrir al eufemismo “operar”, como si fueran cirujanos, para referirse a lo que hacen unos soldados armados en una zona de conflicto. Y segundo, utilizar la expresión “sistema anti-bombas” para trivializar el inevitable peligro que supone participar en una guerra. El sistema en cuestión es un inhibidor de frecuencias que intercepta la activación a distancia de una bomba, por supuesto, no impide una granada de mano, una bomba de fragmentación, un misil, un proyectil, un bombardeo, una bomba detonada por cable, una mina, un coche-

bomba no teledirigido, o un hombre-bomba habitual en la actualidad. O sea, ni operan los soldados ni el sistema evita las bombas.

En las páginas de Economía del diario *El País*, el domingo 9 de abril de 2006 se publicó una larga entrevista a Fabrice Brégier, presidente de Eurocopter, la filial del grupo público europeo EADS. Al preguntársele por su producción civil y militar, afirmó:

...actualmente estamos en un equilibrio al 50 por ciento entre actividades civiles y militares, pero creo que vamos a evolucionar hacia un 60 por ciento militar y 40 por ciento civil, porque con nuestros nuevos programas va a ser más fuerte el crecimiento del mercado militar. Creo que es una buena proporción, porque el mercado civil está más disperso que el militar.

Todo normalidad. Una empresa pública se congratula con toda naturalidad de pasar de producir vehículos de transporte civil a helicópteros de combate. De hecho, parece que las guerras de los Estados Unidos no solo están beneficiando a las empresas de armas de ese país. *El País* del día 2 julio de 2006 informaba que “Eurocopter vende 352 helicópteros a los Estados Unidos por 2.400 millones.” Se trata de la anteriormente citada empresa europea pública de defensa. Quizás sirva para explicar la connivencia de la Unión Europea con las guerras de los Estados Unidos en Iraq y Afganistán, y su seguidismo en la ONU. El modo neutral y frío con el que se nos presentan las cifras del negocio de la muerte forma parte de la función de los medios para inmunizarnos ante el terror de la guerra. Para que, parafraseando a León Gieco, la guerra nos deje indiferentes.

La frivolidad de la guerra y de la muerte requiere que solo se consideren víctimas a las procedentes de los países ricos y poderosos. El magazine dominical del periódico catalán *La Vanguardia* del 20 de agosto de 2006, distribuido también por varios periódicos regionales en España, informa del ataque a la base española de Nayaf en Iraq el 4 de abril de 2004, y la consiguiente respuesta española

que causó 20 muertos iraquíes. La información publicada decía: "...lo que empezó como una misión en dos tranquilas provincias iraquíes (...) se tornó de la noche a la mañana en un infierno del que, por suerte, se salió sin pérdidas humanas."

Evidentemente por "pérdidas humanas" entienden soldados españoles, los 20 iraquíes no merecen esa consideración. Se diría que volvemos al siglo xv cuando para los españoles los indios muertos en América no se contabilizaban por no tener alma.

Mientras las autoridades suelen alardear de su educación para la paz, promueven constantemente el culto a la guerra y al armamento sofisticado. Los medios les siguen el juego con diligencia. El 1 de octubre de 2006, la OTAN celebró en la Base Aérea de Albacete el evento "NATO Tiger Meet 2006," puesto que en esa provincia tiene su sede el Ala 14 del 142 Escuadrón de Combate de la fuerza aérea española, un elemento clave en la estructura aérea de la organización militar. El diario local *La Tribuna* escribía así la crónica de la jornada al día siguiente:

Ya a las 11:00 horas de la mañana, fecha de inicio de la jornada, el acceso a la Base Aérea de Albacete era un hervidero de coches y personas, que llegaban a la Base dispuestos a pasar una divertida mañana de domingo (...). Niños, grandes y pequeños no quisieron perderse este espectáculo, siendo muchos los que llevaban sus cámaras de vídeo o de fotos para inmortalizar el momento junto con algún espectacular avión o helicóptero de combate de la Alianza Atlántica.

No siendo suficiente terminaba:

También por toda la pista había distribuidos pequeños puestos o chiringuitos instalados por los Escuadrones participantes con todo tipo de material y *souvenirs* del evento a la venta: desde gorras, camisetas, llaveros, bolígrafos, pañuelos, etcétera.

El objetivo era ignorar que esos aviones eran los mismos que lanzaron bombas de fragmentación y fósforo blanco en Iraq y Afganistán. Casualmente, al día siguiente se supo que las tropas españolas en Iraq habían dado muerte a 100 personas durante el período en que participaron en la ocupación de ese país. Eso, por supuesto, no salió en la crónica de *La Tribuna*.

La misma connivencia con la presencia militar española y su trivialización es la que lleva a *RNE Radio 5 Todo Noticias*, a afirmar el 28 de noviembre de 2007 que “el ejército español incentivará la práctica del deporte gracias a una inversión de 31.000 euros en balones, camisetas y equipamientos deportivos que llevarán nuestras tropas en el extranjero.” Es como si quisieran convencer de que se mandan fuerzas armadas fuera de nuestras fronteras para repartir pelotas y camisetas de fútbol.

La condescendencia de los medios hacia los ejércitos los lleva a elaborar noticias como la de *Efe* publicada en *El Mundo* el 3 de octubre de 2007. En ella se explica que el edificio de una empresa de porcelana de Zaragoza recibió tres impactos de bala procedentes de un campo de tiro militar según una inspección de la Guardia Civil. Una primera investigación advierte “defectos estructurales en la galería donde se realizan prácticas de tiro” y los militares también lo consideran probable reconociendo los defectos de su campo de tiro. Pero el diario titula: “Los militares pagan los platos rotos,” a pesar de que los militares no están pagando nada y son los que han roto los platos.

Este rosario de anécdotas puede parecer intrascendente, pero el goteo constante y diario familiariza y normaliza al ciudadano con la cultura de la muerte y la guerra. Una verdadera información para la paz y la convivencia debe huir de la presentación amable y cordial de las armas, los ejércitos y las intervenciones militares. La violencia y la guerra no deben ser un elemento normalizado, sino una situación excepcional, repudiable y condenada cada vez que se presente.

Mirar para otro lado

Otra perversión de los medios y de sus informaciones es desviar la atención de los temas o elementos informativos que no les interesan. El periodista italiano Giulietto Chiesa recuerda cómo mientras se bombardeaba Afganistán, en Italia los medios estaban copados de la historia del denominado crimen de Cogne, el caso de una madre que, al parecer, había matado a su hijo.

...el acontecimiento más comentado, analizado y discutido por los medios de información durante los primeros meses del años 2002, y como resultado, también por el público (...). Lo que está en juego salta a la vista inmediatamente: al ocupar las primeras páginas de la prensa durante todo un mes, la madre de Cogne (en esto, inocente) ha eclipsado el resto del planeta. El mundo entero ha desaparecido bajo ese sudario, incluidos los bombardeos estratégicos estadounidenses que ametrallaban por entonces los valles de Afganistán.⁹¹

Existen dramas espeluznantes que no son recogidos en su justa medida, como la emigración o la pena de muerte, y conflictos en cuya información omiten elementos históricos y de contexto fundamentales para que puedan ser comprendidos por las audiencias.

91 Palabras en la conferencia realizada en el Círculo de Agora de Pisa, 21-3-2002. Tomado de Red Voltaire, 15-1-2008.

Emigración

La tragedia y la muerte en torno a la emigración suelen estar relegadas en las informaciones de nuestros medios. Por ejemplo, ¿qué país del mundo establece en su legislación el encarcelamiento de una niña de once años por el delito de vivir con su madre e ir al colegio del barrio donde reside desde hace dos años? Pues por ejemplo, en Bélgica, en julio de 2007 fue noticia discretísima el intento de deportación de la ecuatoriana Ana Cajamarca y su hija Angélica, de once años, que llevaban ya un mes en un centro de detención por no tener sus papeles en regla, a pesar de que hacía cuatro años que vivían en el país. Fue en la prensa ecuatoriana donde más se habló del caso.

Mientras, en Francia, un niño ruso de doce años se encontraba, el 10 de agosto de 2007, en estado grave con daños cerebrales tras caerse desde un cuarto piso al intentar eludir a la policía. Su delito: encontrarse en situación irregular en Francia. La familia del menor vivía en ese país desde 2003 y su petición de asilo fue rechazada. Todo ello apenas se pudo conocer en la letra pequeña de algunos periódicos.

En Massachussets (Estados Unidos), el brasileño Edmar Alves Araujo, de 34 años, moría el 7 de agosto de ese mismo año en una comisaría, al no habersele proporcionado la medicación que necesitaba, según denunció la hermana del fallecido. Se encontraba a disposición del servicio de Inmigración y Aduanas (ICE) tras ser detenido al comprobarse que pesaba sobre él una orden de deportación a su país. La hermana aseguró que la policía se negó a recibir la medicación, aduciendo que era el detenido quien debía solicitar dichos medicamentos. Cuando un amigo de la familia trató de entregar las medicinas al día siguiente por la mañana, Araujo ya había fallecido. Solo los medios alternativos estadounidenses recogieron la información. Y a todos estos casos queda añadir los que no tienen siquiera nombre y apellidos. Son los 217 muertos de un mes cualquiera como el de julio de 2007, cuya única culpa era querer llegar a Europa y que no

fueron recogidos en los medios de comunicación: 79 ahogados en el Canal de Sicilia, al menos 98 en la ruta hacia las Canarias, muertos deshidratados en el desierto del Sahara entre Níger y Libia, tres jóvenes hallados asfixiados en Mestre (Italia) dentro de un camión que se dirigía hacia Alemania, dos muertos bajo el fuego de la policía de frontera marroquí durante un intento de embarque en El Aaiun y una chica atropellada en Calais (Francia), mientras huía de la policía. El año 2007 cerró con no menos de 1.861 muertos en el intento de llegar a Europa. El año anterior fueron 2.088. Son datos de la ONG Fortresseurope que no fueron recogidos por los medios de comunicación.⁹²

A ellos hay que sumar las muertes en el intento de entrar a los Estados Unidos desde México. La Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) de México las contabilizan en 426 personas en 2006. De ese total, 203 fallecieron en la desértica frontera del Estado de Arizona; 140, en Texas; 66, en la zona del sur de California; y 17, en Nuevo México. En 2005 fueron 443 los fallecidos, 369 en 2004 y 431 en 2003. Algunos de esos muertos, como el mexicano José Alejandro Ortiz Castillo, de 23 de edad, fue tiroteado por un agente de la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos, en la zona limítrofe de El Paso, Texas

Ante todo ello, el discurso de los medios sigue siendo el de presentar a los países ricos como víctimas. Con motivo de la nueva oleada de inmigrantes a las costas canarias, el 15 de mayo de 2006 en *Radio Nacional de España* el secretario general del Partido Popular, Ángel Acebes, afirmaba que “están desprotegidas nuestras fronteras.” A continuación, el ministro de Exteriores, Miguel Ángel Moratinos declaró, en referencia a la emigración hacia España desde África, que ha sentido “toda la solidaridad de los países de la UE.” Es inquietante que ante la llegada de hombres, mujeres y niños, harapientos y desnutridos a nuestras costas se utilicen los términos “desprotección” para las fronteras y “solidaridad” para con nosotros.

92 Gabriele del Grande. Informe de diciembre de 2007 de Fortaleza Europa. “Balance de un año trágico: 1.861 emigrantes muertos en las fronteras”. Tomado de Rebelión.org, 14-01-2008.

El diario *El Mundo* del 8 de septiembre de 2007 difundió las declaraciones del presidente del Gobierno de Canarias, Paulino Rivero, tras la muerte de varios marroquíes cuando intentaban alcanzar la costa. Afirmó que “la tragedia de hoy, pone de relieve, una vez más, la enorme vulnerabilidad de nuestras aguas.” Se ahogan unos desgraciados inmigrantes en el océano y el vulnerable es el océano.

En otros casos, el cinismo es insultante. Los informativos de *TVE1* del 3 de julio de 2006 afirmaban que para evitar los accidentes en las vallas de la frontera de Ceuta y Melilla, el gobierno instaló cámaras y elevó la altura de estas vallas. Pues no, eso se hizo para que no pudieran entrar los emigrantes, no para evitar accidentes, si hubiera sido ese el objetivo lo mejor era quitar la valla o eliminar las espinas.

Silencios

Muchas veces los silencios de los medios, ante las voces que hacen un llamamiento a la reconciliación, son escandalosos cuando no resultan de su gusto. En julio de 2006, dos premios Nóbel de Literatura, José Saramago y Harold Pinter, y otros dos escritores de prestigio internacional, John Berger y Noam Chomsky, hacían público un manifiesto titulado: “En defensa del pueblo palestino.” El conflicto se encontraba en toda su crudeza y actualidad informativa, estaba involucrando a varios países de la región, era objeto de debate en el Consejo de Seguridad de la ONU, y cientos de miles de ciudadanos se estaban manifestando por todo el mundo. Sin embargo, el manifiesto apenas se quedó en una carta al director en la edición del 21 de julio del diario *El País*. Y hemos recogido el ejemplo de este periódico porque fue el que, en el año 2003, cuando Saramago escribió unas breves líneas criticando unas condenas a muerte en Cuba, le concedió un privilegiado espacio en portada como artículo de opinión. Fue recogido además en todos los medios y agencias. Ahora no, solo una carta al director para dos premios Nobel y dos reconocidos escritores, como la de esa señora que escribe

al periódico para quejarse de los ruidos nocturnos del camión municipal de recogida de la basura.

Otras veces descubrimos escondidas o en medios alternativos informaciones impresionantes que han sido silenciadas por los medios de comunicación. Solo la casualidad nos permitió conocer el 25 de junio de 2007 por *RNE Radio 5 Todo Noticias* que Israel tiene encarcelados por el delito de manifestarse a menores y ancianos. Fue porque la noticia era la decisión israelí de liberar algunos prisioneros. Nos comenta el reportero en la zona que “también se habla de la posible liberación de mujeres, ancianos e incluso menores arrestados en manifestaciones.”

Aunque los Estados Unidos está presente constantemente en nuestros medios de comunicación, hay hechos espeluznantes de ese país absolutamente desconocidos y silenciados. Con motivo del debate de una ley sobre la homofobia nos pudimos enterar en noviembre de 2007 que en 31 de 52 estados de ese país es legal despedir a alguien por su preferencia sexual. Por medios alternativos estadounidenses logramos saber que hay 30.000 personas encarceladas sin haber cometido ningún delito, solo por ser inmigrantes. Ya en diciembre del 2006, la organización *Texanos Unidos por la Familia (Texans United for Family)* denunció que entre ellos se encontraban 300 menores, algunos de tan solo tres años. Además se trata de un jugoso negocio para las empresas privadas encargadas de mantener detenidos en las prisiones. Nunca leímos nada de eso en los medios españoles.

Tampoco se alarmaron cuando el 13 de noviembre de 2007, *The Washington Post* informaba sobre el programa militar de “ataque mundial inmediato,” incluido en el proyecto de ley de asignaciones militares dotado de 460 mil millones de dólares. Según ese programa, el ejército de los Estados Unidos podrá disparar misiles de precisión de seis toneladas contra cualquier lugar del mundo en un tiempo máximo de dos horas. Según el diario, esta cabeza de misil sería lanzada al espacio en un cohete, volaría sola hasta el blanco,

liberaría su carga y luego regresaría a la Tierra. Mientras sucede eso, los medios pretenden alarmarnos por un programa energético iraní o por la compra de lanchas patrulleras por Venezuela.

Clasismo

Nuestros medios tampoco son ajenos al clasismo. En los informativos del 20 de septiembre de 2007 de *Tele 5* pudimos escuchar la noticia del asesinato de una mujer que “ha conmocionado a la localidad porque se trataba de una familia adinerada.” Y es que hasta ahí podíamos llegar, que mataran también a los ricos.

Borrar la historia y la memoria

Para garantizar la impunidad y el olvido de guerras, intervenciones, genocidios o dictaduras los medios deben colobarar echando tierra sobre el pasado. Por eso los días 2 y 3 de diciembre de 2006 la *CNN* se refería al dictador chileno Augusto Pinochet como “general retirado” o “ex gobernante,” corriendo un tupido velo sobre los 3.000 opositores que hizo desaparecer.

¿Cómo se inició la desestabilización de Haití? ¿Por qué hay allí tropas de la ONU? ¿Por qué comenzó la invasión de Israel al Líbano en julio de 2006? ¿Qué está sucediendo ahora con las minorías étnicas en Kosovo? Los medios se encargan de enterrar todos esos antecedentes, no es posible por tanto comprender los conflictos, lo que los convierte en inevitables para los ciudadanos. En una noticia del canal internacional *Telesur* del 1 de agosto de 2007, con motivo de una visita del secretario general de la Organización de Naciones Unidas a Haití, se afirma que los cascos azules llegaron a ese país “luego de una revuelta en la que cayó el ex presidente Jean-Bertrand Aristide en el 2004.” Lo que llaman revuelta que le hizo caer fue la entrada al país de miles de marines estadounidenses desde la frontera República Dominicana y el encañonamiento por esos marines al presidente haitiano para llevarlo en un avión militar a la República Centroafricana.

Los medios ahora nos inundan con contenidos pero nos engañan con el contexto, de esta forma, por ejemplo, los enfrentamientos armados se convierten en meros partes de guerra que no sirven para comprender nada: hoy dos muertos, ayer cinco heridos, anteayer tres bombas.

Orígenes de los conflictos

Las guerras son presentadas habitualmente sin contexto, antecedentes ni explicación de los intereses en conflicto. De esta forma, el lector nunca se considera parte implicada, aunque su país tenga tropas en la región, sus empresas financien a uno de los bandos, consuman productos de firmas involucradas en la guerra y su gobierno participe en la toma de decisiones referentes al conflicto en organismos internacionales. Los medios, como hemos visto en varios ejemplos a lo largo de esta obra, simplifican la crisis convirtiéndola en un enfrentamiento de buenos contra malos. Arundhati Roy recoge en *The Guardian* las palabras de un presentador estadounidense tras los ataques del 11 de septiembre: "...el bien y el mal rara vez se manifiestan de manera tan clara como lo hicieron el martes pasado. Gente que no conocemos masacró a gente que conocemos. Y lo hicieron con júbilo despectivo."³

Repasemos cómo es desviada la atención sobre las verdaderas razones de algunos conflictos o se silencian elementos de contexto, con lo que los convierten en incomprensibles.

Iraq

No pudiendo obviar la catástrofe y el drama de la invasión a Iraq, el objetivo es presentar la violencia en este país como resultado de odios étnicos, terrorismos malvados o delincuencia común. Por supuesto, ningún gobierno se hace responsable de las mentiras por las que se justificó la invasión. Se obvia a la resistencia que tiene como objetivo

93 Citado por Angeles Díez. "Los cuentos de la guerra. Medios de comunicación en los conflictos armados", en Colectivo de autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. La Torre. Madrid 2007.

político la recuperación de la soberanía de su país, la expulsión de tropas ocupantes y que dispone de propuestas de diálogo, negociación y paz.

El 13 de febrero de 2007 RNE *Radio 5 Todo Noticias* informaba sobre la nueva prohibición de llevar armas en Iraq: “una prohibición que se hace difícil de cumplir en un país dominado por la violencia sectaria y de los insurgentes,” informaba el periodista. De esta forma se insinúa que el origen de la violencia está solo en los grupos étnicos y la resistencia, obviando la violencia de la propia ocupación del país. *El País* del 3 de febrero continúa en la misma línea difundiendo un informe de los servicios de inteligencia estadounidenses, según el cual, la violencia en Iraq tiene origen “étnico, terrorista y delictivo.” De nuevo no existe la violencia del ejército ocupante, en realidad ni parece que existe ocupación extranjera. Por ello las televisiones españolas recogen el comentario de una representante de la Cruz Roja Internacional el día 11 de abril, que afirma que el «problema de Iraq no es político, ni militar, ni geoestratégico, es humanitario». O sea, que se resuelve con mucha humanidad. La invasión de los Estados Unidos no tiene nada que ver, simplemente ha coincidido con un problema humanitario. Los medios no dejan de intentar presentar avances en las guerras cuyos orígenes quieren obviar, aunque aquellos solo existan en su imaginario. En *RNE Radio 5 Todo Noticias*, escuchamos el 8 de julio de 2007 que “sigue la violencia en Irak a pesar de los planes y medidas de seguridad desplegadas.” No quieren reconocer que la violencia es el resultado de los “planes” y las “medidas de seguridad” establecidas por quienes han invadido a ese país.

Afganistán

La invasión a Afganistán se justificó con la búsqueda de Bin Laden y el derrocamiento de un régimen talibán que violaba sistemáticamente los derechos humanos, en especial los de las mujeres.

Hoy los medios no nos explican si se han restaurado esos derechos humanos, si las mujeres pobres pueden ir al colegio o tienen sanidad

que es la razón por la que se inició, dijeron, esa guerra. La ciudadanía no comprende por qué siguen teniendo apoyo los talibanes y donde consiguen armamento para continuar la guerra. Los medios están silenciando la corrupción del gobierno actual, de los organismos internacionales y de la mayoría de las ONGs que operan en la zona. De la misma forma que silenciaron el fraude que supuso las elecciones, unas elecciones en un país donde la gran mayoría de los ciudadanos no sabe leer ni escribir, solo el seis por ciento tiene suministro eléctrico, estaban censados más votantes que habitantes, una tarjeta electoral se vendía por 80 euros y la policía y el ejército solo dieron protección a los partidos que estaban a favor de la ocupación. ¿Dónde están las escuelas y las clínicas que decían iban a construir en Afganistán mientras 600 niños mueren al día y el 70 por ciento está desnutrido? ¿Por qué no las encuentra ningún periodista ni pregunta por ellas? ¿Qué están haciendo y cuánto dinero están gastando nada menos que 2.300 ONGs que hay activas en el país? ¿Por qué no han contado que una de ellas distribuyó 65.800 iPod en la campaña electoral? ⁹⁴ ¿Por qué no encontramos reportajes sobre las jornadas de trabajo diarias de nueve a 15 horas que hacen los niños afganos? ¿Por qué no distribuyen los medios las fotos de las mansiones de los altos cargos del gobierno afgano construidas sobre las ruinas de las viviendas de los pobres demolidas por la policía?⁹⁵ ¿Por qué no informan que la cuarta parte de los reclutas del ejército afgano entrenado por los Estados Unidos ha desertado? ¿Por qué silenciaron los medios españoles que los jueces afganos condenaron a muerte a un periodista en enero de 2007 por el sacrilegio de cuestionar por qué los hombres pueden tener cuatro esposas, pero las mujeres no pueden tener múltiples maridos? Lo más grave fue que el Parlamento, ese que aplaudió Occidente como resultado de la democracia implantada tras desalojar a los talibanes, alabó la sentencia y condenó la “interferencia internacional” de las organizaciones de derechos humanos que habían pedido la anulación.

94 Fariba Nawa. “Afganistán Contracts: Pink iPods for Democracy”. CorpWatch. org, 18-03-2006, citado por Marc W. Herold en Afganistán como un espacio vacío. Foca. Madrid 2007.

95 Denunciado por la Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán (RAWA), aportando fotografías y datos que ningún medio ha difundido.

“A nosotros lo que nos cuentan con entusiasmo y alegría es que, mediante nuestra labor humanitaria y de reconstrucción, nuestro ejército patrocinará y financiará la construcción de un cuartel incluido el armamento, pasando por los vehículos o los uniformes de una unidad del ejército afgano que ‘limpiará’ de talibanes la provincia de Badghis.” Así lo leímos en *El País* del día 12 de agosto. Suponemos que si Bin Laden financia el armamento de otra compañía de talibanes para limpiar alguna provincia afgana de españoles, será también una labor humanitaria de reconstrucción.

Los intentos por no querer comprender los orígenes de los conflictos, y más aún por no querer esclarecerlos a los ciudadanos, logran informaciones como la de *RNE Radio 5 Todo Noticias* el 10 de agosto de 2007, con motivo de un ataque en Afganistán a tropas colaboracionistas apoyadas por tropas españolas. Dice la locutora que por el momento “se ignora el móvil.” A estas alturas aún quieren hacer creer al público que no se sabe por qué las milicias atacan a las tropas ocupantes y al ejército que los apoya. El objetivo es que la opinión pública no se plantee que quizás lo que quieren los grupos rebeldes es que se vaya el ejército ocupante, que ese móvil que el periodista ignora sea que no les parece bien el 70 por ciento de malnutrición infantil, que 2.300 ONGs vivan en Afganistán pero no se estén construyendo las escuelas y hospitales que les prometieron, o que les derriben las casas para construir mansiones para los gobernantes y altos cargos.

El conflicto árabe-israelí

¿Cuándo, por qué y con qué aval internacional se creó Israel? ¿quién vivía en esa tierra antes de que se creara ese Estado? ¿cuál es la diferencia entre sionismo y semitismo? ¿tienen los mismo derechos todos los israelíes? ¿cuáles son las fronteras de Israel según la ONU? ¿cuántos palestinos viven fuera de su tierra? ¿qué dicen las resoluciones del Consejo de Seguridad respecto al conflicto árabe-israelí? ¿cumple Israel esas resoluciones? Todas estas son preguntas básicas que se necesitan para comprender mínimamente el conflicto

palestino-israelí y a las que no se encontrará respuesta en los medios de comunicación a pesar de que todos los días hay noticias sobre esa región. Ayer supimos que hubo una reunión de líderes, hoy que mataron a dos palestinos, mañana que un suicida se explosiona en un autobús. ¿Sirven esas noticias para comprender algo? Y lo que es peor, ¿quieren que entendamos algo? Son informaciones que tienen como objeto narcotizar, es decir, eliminar cualquier sensibilidad hacia el dolor y la tragedia en esa región. Cuando se lleva años consumiendo ese tipo de información y solo ese tipo, hay una reacción posible del ciudadano, la de responder: “menos mal que no estoy allí,” es imposible que llegue a otra conclusión racional.

El 26 de junio de 2007 fue noticia esporádica en *El País* la difusión de una grabación del soldado israelí capturado por Hamas un año antes. Así pudimos desempolvar, olvidada casi por los medios, la detención que provocó que el ejército israelí destrozara las infraestructuras de Gaza y matara a 400 palestinos, la mitad civiles. También ese mismo día el periódico recordó la existencia de aquellos dos reservistas iraelés capturados por Hezbolláh en el Líbano, por la que Israel invadió el sur del país vecino y asesinó a un millar de libaneses. Los soldados iraelés siguen detenidos y nadie se acuerda, incluido su gobierno. ¿Cómo van a explicar el conflicto si hasta ignoran qué ha pasado con el incidente de un año antes que originó una invasión con mil muertos?

La confusión que transmiten los medios hace imposible a las audiencias entender las diferentes posiciones de los actores en conflicto. En una misma noticia de *El País* del día 14 de junio de 2007 se puede leer como titular referente a Gaza: “Abbas ordena a sus fuerzas que combatan a Hamás.” Y dentro del texto: “Abbas ha apelado a sus dirigentes para que cesen la ofensiva, que ha calificado de ‘locura.’” ¿Alguien logrará saber leyendo la noticia cuál es la posición del presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmud Abbas?

Indonesia

El 27 de enero de 2008 moría, a los 86 años, el ex dictador de Indonesia, Haji Mohammad Suharto. Este militar llegó al poder tras

un golpe de Estado en 1966 bajo el apoyo de la CIA, con la excusa del asesinato de seis generales derechistas anti-comunistas. El resultado fue una represión posterior en la que se asesinó una suma que varía según los analistas, entre medio millón y un millón de militantes comunistas, en lo que se convirtió en uno de los más grandes genocidios del siglo xx. Depuró el parlamento y el gobierno de miembros leales a Sukarno –el anterior presidente, líder de la independencia de Indonesia, que ni siquiera era comunista–, encarceló y persiguió mediante escuadrones de la muerte a todo tipo de opositores, eliminó los sindicatos independientes y estableció la censura en la prensa.

En 1975 las tropas indonesias invadieron Timor Este por orden de Suharto tras la salida de Portugal, su antigua metrópoli, masacrando a un tercio de la población, 200 mil personas.

Además, según la Red de Acción para Indonesia y Timor Oriental, asesinó a 100 mil inocentes para reprimir el movimiento separatista papuano en la antigua Irian Jaya, y decenas de miles perdieron la vida en su represión de la insurgencia en Aceh y otras zonas del archipiélago.

Suharto fue el Pinochet de Asia, el dictador aupado por los Estados Unidos con la misión de aplicar a sangre y fuego la doctrina económica ultraliberal de la Escuela de Chicago. De acuerdo con analistas, su familia amasó hasta 400 millones de dólares del erario público, sin embargo sus abogados pudieron evitar el juicio debido a su avanzada edad y su delicado estado de salud.

A pesar de esta trayectoria, veamos lo que dijo la prensa el día de su muerte. Un teletipo de la agencia AP, el 27 de enero de 2008 se iniciaba así: “Los líderes de Asia y Oceanía recordaron las cualidades del ex dictador indonesio Suharto, y lo elogiaron el domingo, horas después de su fallecimiento, por modernizar su país y promover la unidad regional pese a sus actos ‘controversiales’ en materia de derechos humanos.”

El diario venezolano *El Universal* comenzaba así su noticia el 28 de enero de 2008, y no citaba en ningún momento ni el millón de opositores asesinados ni el genocidio de Timor: “Indonesios de toda condición social y económica lloraban la muerte del ex presidente Suharto.”

El Mercurio de Chile afirmó ese mismo día:

Gobernó durante tres décadas en una “democracia vigilada” que permitió un progreso económico notable gracias a la privatización de los recursos naturales, el apoyo a las multinacionales y el respaldo de las potencias occidentales. Así, el general de sonrisa constante pasó a ser llamado “Bapak Pembangunan” (padre desarrollo).

Efe subtuló con la diplomática expresión: “...dirigió con mano de hierro Indonesia durante 30 años.” El golpe de Estado lo explican así: “...aparta a Sukarno del poder y, en 1967, la Asamblea Nacional le nombra presidente de la nación y da comienzo la era del Nuevo Orden: estabilidad, crecimiento, desarrollo y orden.”

La agencia tiene el cinismo de llamar a la dictadura “democracia vigilada” y al dictador “general de sonrisa constante, voz clara y fuerte, y de hablar pausado.” “La ‘democracia vigilada’ permite un progreso económico notable y el general de sonrisa constante, voz clara y fuerte, y de hablar pausado, pasa a convertirse entre su pueblo en Bapak Pembangunan (padre desarrollo).” Y cuando debe dimitir acusado de corrupción después de una dictadura de 30 años lo presentan como un acto de generosidad: “anuncia su dimisión por el bien de la nación.” La invasión a Timor y el asesinato de la tercera parte de la población es un detalle del que se olvida la agencia *Efe* en la biografía de Suharto.

Incluso la web de *Telesur*, arrastrada por la línea informativa de las grandes agencias, afirma que “relegó al presidente Sukarno, a quien sucedió en 1966” y que “en 1975 ordenó la invasión de Timor Este, en un marco de represiones violentas que provocaron la intervención de una fuerza de paz enviada por las Naciones Unidas, por las cuales

fue acusado de genocidio.” Denominan con el eufemismo “marco de represiones” al asesinato de un tercio de la población.

La cobertura sobre la muerte de Suharto fue un ejemplo claro de desinformación destinada a olvidar la historia de un país y lograr la impunidad en la memoria de las audiencias. Suharto no logró solo evitar la justicia de los tribunales, los medios de comunicación también le ofrecieron la impunidad ante los ojos de la opinión pública.

Ruanda

Probablemente África es la región donde menos contextos y antecedentes se ofrecen para que los lectores comprendan los conflictos de esa región. *El País Semanal* del 4 de abril de 2007 publicó un amplísimo reportaje sobre madres de Ruanda que fueron violadas durante la guerra de 2004. El principio no tiene desperdicio: “El genocidio de Ruanda fue como un tornado o un tsunami. Un tsunami de sangre. Vino y se fue, como un ciego arrebatado de la naturaleza. Empezó a principios de abril de 1994, murieron 800 mil personas y, a mediados de julio, se acabó.”

Observando ese texto como ejemplo de la cobertura informativa de África se aprecia que asesinan a casi un millón de personas y nadie tiene ninguna culpa, ni los señores de la guerra, ni quienes vendieron las armas, ni los medios que azuzaron el conflicto, ni las potencias que querían controlar los diamantes y minerales de la región. Fue un tsunami, una maldición de la naturaleza que mañana podría producirse en Castellón, por ejemplo.

Kosovo

Los orígenes de las guerras de los Balcanes han sido obviados en los medios de comunicación. Nadie parece querer recordar que la OTAN bombardeó a un país soberano, Yugoslavia, en lo que fue denominada la guerra de Kosovo. De esa forma el diario *Público*, el 8 de diciembre de 2007, se limita a afirmar que Kosovo “quedó bajo

protección de Naciones Unidas y de la OTAN desde 1999, tras la expulsión del Ejército serbio, en virtud de la Resolución 1.244” y que “cerca de 100 mil serbios huyeron de la zona durante la guerra civil de la ex Yugoslavia a finales de la década de los noventa.”

Sin embargo, lo más impresionante de este conflicto es que, a pesar de que el ideario que justificó la invasión fue la existencia de una limpieza étnica o un enfrentamiento entre serbios y albanokosovares, nadie ahora informa qué ha pasado con esa convivencia que las bombas de la OTAN fueron a conseguir.

Ningún medio se ha ido a buscar la versión de los cientos de miles de serbios que residían en Kosovo, huyeron y están refugiados en Serbia. No informan de la persecución en la que viven las minorías romaníes, turcas o rumanas. Y todo eso en las narices de las tropas de “pacificación” de la ONU y la OTAN. Para conocer eso se necesita ir a lugares como Mondialisation.ca, el sitio web del Centro Canadiense de Investigación sobre la Globalización, no nos lo dirán los medios.

Para conocer la realidad de Kosovo tras los bombardeos de la OTAN hace falta acceder a un documental como el de Michel Collon y Vanesa Stojilkovic,⁹⁶ una pareja de periodistas belgas independientes que viajaron por su cuenta a la región el año 2000 para escuchar y recoger los testimonios de unos habitantes a los que ningún medio de comunicación ha querido darles la voz ni escucharles. El documental *Los condenados de Kosovo* no fue emitido por ninguna televisión comercial, solo lo hizo el canal multinacional *Telesur*. En él, serbios, turcos, gitanos, musulmanes, egipcios, gorans y toda una lista de grupos nacionales y étnicos minoritarios dan fe de la persecución y limpieza étnica que están viviendo hoy en Kosovo. Solo así podremos conocer hechos que nunca se cuentan en los medios, como la desaparición de 1.200 serbios a manos de la UCK, delante de 45.000 soldados internacionales que no han encontrado ni a uno solo de estos

96 Michel Collon y Vanesa Stojilkovic. *Los condenados de Kosovo*.

desaparecidos. O el asesinato de 3.000 gitanos tras la ocupación, que fueron contabilizados como musulmanes debido a sus apellidos. La limpieza étnica en Kosovo tras la ocupación de la OTAN ha sido atroz, solo los egipcios pasaron de ser 100 mil a 35.000 que ahora viven en ghettos.

En el trabajo de Collon y Stojilkovic escuchamos a los portavoces de todas esas minorías explicar cómo fueron respetados en la antigua Yugoslavia, y cómo la retirada del ejército y la policía serbia abrió la veda para ser perseguidos por albaneses llegados del exterior. El actor Lajos Balog relata como, tras los bombardeos, al intentar ir al Teatro Popular de Pristina encontró un cartel en la puerta donde decía: "Se prohíbe la entrada a actores serbios." En la fachada seguía el antiguo nombre del teatro en las dos lenguas, serbio y albanés, del mismo modo que convivían antes de la llegada de la OTAN. Los medios no nos explican lo que ha sucedido con los niños y sus colegios, hace falta este documental silenciado para escuchar a Miodrag Mikaric, director de una escuela de niños serbios en Kosovo. Él nos relata cómo los maestros y niños serbios debieron irse a una casa ante la falta de escuelas, no disponen de recursos y los niños deben hacer turnos porque no caben todos en la habitación acondicionada como aula. Mikaric afirma rotundamente que la versión difundida por los medios occidentales de que antes de la guerra los serbios habían prohibido las clases en albanés era mentira: "es triste que eso se propague en Occidente. Desde 1945 los albaneses estudiaban su lengua materna. Está documentado en los registros de los colegios que están redactados en albanés para los albaneses. Los alumnos albaneses tenían dos horas a la semana de lengua serbia y los alumnos serbios, dos horas semanales en lengua albanesa." Ahora los albaneses han cambiado el programa y expulsado de los colegios a los niños serbios.

Todo ello es confirmado por la portavoz de una organización humanitaria, ella reconoce que ahora los serbios no pueden desplazarse por las carreteras principales ni salir de sus ghettos, que les es imposible acudir al hospital de Priscina aunque sea el más cercano a sus comunidades. Los medios que denunciaban la limpieza

étnica que justificaría los bombardeos y la invasión de Kosovo, ya no están allí para difundir la nueva “convivencia” creada bajo la ocupación militar de la OTAN.

El analista Neil Clark recordó en enero de 2008 que:

Mientras la atención masiva de los medios se focalizaba en las hostilidades de baja intensidad de tipo “ojo por ojo y diente por diente” entre las fuerzas armadas yugoslavas y el UCK en 1998 y 1999, apenas mencionaron la “Operación Tormenta» –en la que se estima que unos 200 mil serbios fueron expulsados de Croacia gracias al apoyo logístico y técnico de los EE.UU.

Tampoco hubo ninguna publicidad sobre algunas masacres como la matanza de 49 serbios en el pueblo de Kravice, no lejos de Srebrenica, el día de la Navidad ortodoxa de 1993. Recientemente, esta ciudad organizó una ceremonia de conmemoración del 15 aniversario de esta tragedia: ni un solo miembro de la “comunidad internacional” estuvo presente.

...Por un lado se da mucha importancia a los malos tratos inflingidos por las fuerzas yugoslavas a los albaneses de Kosovo en 1998 y 1999. Por el otro, se evita hablar sobre la campaña de intimidación del UCK que condujo al éxodo de, según las estimaciones, unos 200 mil serbios, gitanos, bosnios, judíos y otras minorías de la zona tras la intervención de la “comunidad internacional.”⁹⁷

Neil Clark también recoge el informe del Grupo Pro-Derechos de las Minorías en relación al Kosovo “liberado”, un documento silenciado en los medios:

En ningún otro lugar de Europa hay tanta segregación como en Kosovo (...). En ningún otro lugar existen tantas ciudades

97 Neil Clark. “It’s time to end Serb-bashing”. *The Guardian*, 14-01-2008. Disponible en español en Rebellion.org, 8-2-2008.

y pueblos “étnicamente puros” diseminados en una zona tan pequeña. En ningún lugar reina semejante nivel de temor por parte de tantas minorías de verse hostigadas simplemente por ser quienes son. Mientras siguen las discusiones sobre el futuro estatuto, los serbios y las otras minorías, que sufren la expulsión de sus hogares, las discriminaciones y las restricciones de hablar su propia lengua, temen que el modelo de violencia que han soportado durante tanto tiempo se convierta en ley en el nuevo Kosovo.

Pena de muerte

La relativización y la frivolidad no se limita a las guerras, se puede observar incluso en el tratamiento de la pena de muerte. El 15 de agosto de 2007 la *BBC* informaba que el Departamento de Justicia de los Estados Unidos estudiaba ejecutar a los condenados a muerte más rápido. El modo eufemístico que utilizan en la redacción de la noticia es “acortar el tiempo que pasan los presos en el llamado corredor de la muerte”, o sea que los matarán antes. Es como si dijéramos que la resistencia iraquí está ayudando también en “acortar el tiempo que muchos soldados estadounidenses pasan en Iraq.”

Ni los niños se libran de la trivialización de la pena de muerte. El 20 de junio de 2007 se podía encontrar, bajo el epígrafe “¿Sabías qué?”, esta curiosidad en la página web del canal de televisión infantil Discovery Chanel: “¿Sabías que la silla eléctrica fue originalmente inventada por un dentista norteamericano?” Al parecer lo consideraron una información muy pedagógica para los niños.

Un ejemplo divertido

Otras veces los medios banalizan violencias que no son necesariamente procedentes de guerras o penas de muerte. Puede parecer violencia intrascendente o anecdótica, pero la complacencia con la que es tratada supone un ejemplo preocupante y puede ayudar a que la sociedad no sancione moralmente esa agresividad.

En la sección de Deportes del informativo del 10 de septiembre de 2007 de *Tele 5*, en tono divertido y simpático, recogen las imágenes de cómo un enviado de televisión es burlado y humillado por *hinchas de rugby*, le ponen cuernos mientras envía la crónica, lo empujan y al final lo tiran al suelo y lo patean, todo ante las cámaras de sus compañeros. La noticia termina diciendo que así los aficionados hicieron honor al nombre de su equipo, “Los Broncos.”

Comienza el espectáculo

La violencia también se promueve mediante los sesgos informativos y la tendencia a explotar el espectáculo y el sensacionalismo. Los medios favorecen la agresividad de otras muchas formas además de las que hemos señalado que son, digamos, las premeditadas o directas. Por ejemplo mediante el abuso, en especial las televisiones de la espectacularidad y las imágenes impactantes. Ya Roland Schatz, del observatorio Media Tenor criticaba en 2002 que en los Estados Unidos «...las imágenes y descripciones de la violencia eclipsaron el debate o el análisis sobre los fundamentos del conflicto palestino o la compleja participación norteamericana».⁹⁸

Recuerdo como anécdota, que estando trabajando en Caracas en el canal *Telesur*, observé cómo los productores extranjeros que asesoraban al equipo de informativos no dudaron en recomendar que se incluyeran como imágenes más acertadas para un reportaje de Hamas, las de unos niños de pocos años vestidos ya con uniformes de milicianos y cinta de este grupo político en la cabeza. Se trataba de la imagen impactante, pero que en nada ayudaba a comprender el ideario o las propuestas de este grupo palestino, en todo caso, solo colaboraría en estigmatizarlo a los ojos de la audiencia occidental.

Sesgos informativos

Entendemos por sesgo informativo el mecanismo de informar de forma intencionalmente desequilibrada, ocultando una posición ideológica concreta en detrimento de una información plural y rigurosa.

⁹⁸ Citado por Danny Schechter. *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

El sesgo puede estar sutilmente incorporado en la redacción. En el siguiente caso, para legitimar un determinado armamento. En la versión digital del diario *El Mundo* del 26 de enero de 2007 se informaba sobre la prueba de una nueva arma estadounidense. Según parece, emite rayos que producen una intolerable sensación de calor en la piel y, afirma la noticia, “que podría ser usada para repeler enemigos o dispersar multitudes violentas.” Este último comentario posee el sesgo de dar por hecho que se va a utilizar contra violentos, con lo que presenta al arma como beneficiosa, pero es evidente que podrá ser utilizada contra violentos y contra no violentos.

Veamos un ejemplo de violencia presentada de forma eufemística. Se trata de un reportaje del diario *El Mundo* del 9 de enero de 2007 titulado: “Los excesos de la cruzada pro vida,” sobre los grupos antiabortistas. Cuando se lee íntegramente el texto descubrimos que lo que denominan “excesos” en el titular son ataques a clínicas, amenazas de muerte a médicos y también asesinatos promovidos por los grupos antiabortistas estadounidenses. Desde 1977 se contabilizan, en los Estados Unidos y Canadá, siete homicidios, 17 intentos de asesinato, tres secuestros, 41 atentados con bomba, 1.213 incidentes vandálicos y 100 ataques con ácido. Y para más inri, el periódico les sigue denominando “pro vida”, sin comillas en el titular.

Así comienza la presentadora en los informativos de *TVE* del 18 de agosto de 2007 una noticia sobre las maniobras militares de Rusia en esos días: “Vuelve la Guerra Fría. Rusia ha iniciado maniobras militares.” Sin embargo, no hicieron referencia a la Guerra Fría cuando se instalaron bases norteamericanas en Bulgaria y Rumania, con 5.000 soldados estacionados; cuando la OTAN avanzó sus unidades militares hacia las fronteras rusas; o cuando los Estados Unidos decidió instalar en Polonia y Chequia –países absorbidos para la OTAN– su escudo antimisiles (que no es precisamente un escudo porque son 10 silos de lanzamiento de cohetes en Polonia y un radar en la República Checa) mirando hacia Rusia. Parece que sí vuelve la Guerra Fría, pero en la forma de informar, echando siempre la culpa al otro.

En diciembre de 2001 se produjo una horrible matanza en la prisión de Mazar-I-Sharif, en el norte de Afganistán, allí fueron masacrados 600 presos a manos de los grupos armados afganos leales a los Estados Unidos, la Alianza del Norte, ayudados por los bombardeos de las fuerzas ocupantes. Meses después, en agosto del año siguiente, el *Washington Post* seguía hablando de “supuestas” muertes.

El veterano y honesto periodista británico Robert Fisk denunció el comportamiento de los medios:

Los periodistas televisivos, en su mayoría, han tenido un comportamiento vergonzoso al haber mostrado tan poco interés por estos crímenes horrendos. Estuvieron simpatizando con la Alianza del Norte y conversando con las tropas norteamericanas y, en sus reportajes, apenas mencionaron estos crímenes de guerra cometidos sobre prisioneros. ¿Adónde habrá ido a parar nuestro sentido de la moralidad desde el 11 de septiembre?⁹⁹

Tal y como vimos en los capítulos anteriores sobre la complicidad de los medios con la dictadura chilena, de nuevo encontramos a medios de comunicación que, con su silencio, se convierten en cómplices de crímenes de guerra. Ojalá dentro de unos años, tal y como sucedió en el caso chileno, haya instituciones que sancionen ese comportamiento en casos como el de la prisión de Mazar-I-Sharif.

Doble rasero

Probablemente los casos más abundantes que podemos encontrar en las estrategias informativas sean los dobles raseros según se trate de amigos o enemigos, socios o competencia. Ignacio Ramonet nos recuerda un caso histórico de cobertura informativa en 1989 de dos acontecimientos mundiales que coinciden en el tiempo: la revuelta que provocó la caída de Ceaucescu en Rumanía y la invasión estadounidense a Panamá.

99 *Ibidem*.

Mientras el mundo entero está entretenido viendo los hechos de Rumanía, los Estados Unidos, utilizando lo que se llama un “efecto biombo”, interviene en Panamá y sabe que, en realidad, aparte de los países hispanoamericanos, en el resto del mundo el efecto mediático será secundario.

Prácticamente no hay imágenes de lo que ocurrió en Panamá,¹⁰¹ y la versión estadounidense muestra al presidente Noriega como traficante de drogas, causante de todos los acontecimientos. Hoy en día sabemos que si los conflictos de Rumanía y Panamá hubiera que medirlos por el número de víctimas, los resultados serían los siguientes: en Rumanía los muertos no llegaron a mil mientras que en Panamá resultaron más de 4.000. Sin embargo, la cobertura mediática de Rumania fue infinitivamente más importante en número de horas de televisión.¹⁰¹

Pero la manipulación mediática fue mayor porque el detonante de los disturbios de Rumanía que llevaron al derrocamiento de Ceaucescu fue una de las más eficaces mentiras servidas al mundo, la del descubrimiento de las fosas comunes en Timisoara. Las televisiones mostraron fosas que contenían, a juzgar por las imágenes, centenares de cadáveres de personas a las que el régimen de Ceaucescu había torturado antes de morir. Muchas de las informaciones especulaban con la posibilidad de que fueran el resultado de enfrentamientos de los ciudadanos con la policía, de choques armados. El mundo se conmovió, y las protestas, la exigencia de responsabilidades, dieron la vuelta al planeta.

Las noticias creadas en Occidente llegaron también a Rumanía: la población rumana llegó a creer que en Timisoara se había producido una matanza de dimensiones inimaginables en Europa. Meses

100 Los Estados Unidos incluso asesinó al fotógrafo español Juanxo Rodríguez. Un soldado norteamericano le disparó cuando se disponía a hacer una instantánea en el popular barrio de Los Chorrillos.

101 Ignacio Ramonet. La tiranía de la comunicación. Debate. Madrid 1998.

después, cuando los objetivos políticos de la manipulación ya se habían conseguido, investigadores independientes comprobaron que en Timisoara no se había producido ninguna matanza, y que las imágenes mostradas eran las de personas desenterradas, muertas en accidentes, cuyos cuerpos mostraban las heridas de las autopsias que les habían practicado.¹⁰²

Sin duda el conflicto árabe-israelí es el que más sufre el fenómeno del doble rasero, ya lo vimos anteriormente. Noam Chomsky señala la diferente trascendencia mediática del asesinato de un minusválido norteamericano en el secuestro por un comando palestino del transatlántico Achille Lauro (en octubre 1985), que entró en los anales del terrorismo, frente a la muerte acribillado a balazos de un minusválido palestino cuando huía en su silla de ruedas con una bandera blanca en Yenín en el 2001, condenada al silencio.¹⁰³

Por ejemplo, la edición digital del diario *El Mundo* del 10 de junio de 2006 titulaba: "Hamás rompe la tregua y reivindica el lanzamiento de cohetes contra Israel." Cuando vamos al texto comprobamos que es la respuesta "al ataque naval del Ejército israelí que ayer acabó con la vida de siete civiles palestinos." En conclusión, Israel mata siete civiles, responde Hamás con siete cohetes que no provocan ni muertos ni heridos y quien ha roto la tregua, los que originan violencia, son los palestinos.

Apenas 20 días después, el 30 de junio, *El País* se ocupa de la crisis entre Israel y Palestina tras la captura de un soldado israelí. Mientras el ejército hebreo bombardea Gaza, por la parte de Israel se recoge esta declaración de la madre de un joven muerto a manos de milicianos palestinos: "Querido Eliyahu, recuerdo que eras bueno, espiritualmente fuerte. Siempre nos aconsejabas no juzgar a los demás en función del aspecto físico o de estereotipos. Has subido tormentosamente al cielo como Eliyahu el profeta." Y por la parte Palestina, estos

102 Higinio Polo. "Mentiras para antes (y después) de una guerra". Rebelión, 7-1-2003.

103 Noam Chomsky. Piratas y emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy. Ediciones B. Barcelona 2003.

comentarios de Abu Ahmed, líder del brazo militar de Hamas en Yabalia (norte de Gaza):

Estamos bien preparados. No vamos a esperarlos en la ciudad. Vamos a ir a por ellos antes de que lleguen a nuestras casas (...) tenemos armas nuevas que hemos desarrollado y que no habíamos empleado antes. Será la primera vez que las usamos. También utilizaremos nuevas tácticas. Los milicianos les van a atacar donde no esperan.

Es para que los lectores sepan quiénes son los buenos y quiénes, los malos.

El lenguaje utilizado también deja en evidencia el doble rasero. Un breve de *El País* del 16 de octubre de 2007 sobre unas negociaciones entre Hezbollah e Israel termina señalando: “el canje de soldados israelíes secuestrados por presos de Hizbolá.” Obsérvese que Hezbollah “secuestra” (delito penal), pero el ejército israelí “apresa” (acción policial legal).

El doble rasero de los medios se revela al máximo en el patriotismo que muestran cuando su país está implicado de alguna manera en el conflicto. El 18 de diciembre de 2006, en la televisión española *Tele 5* aparecieron imágenes que mostraban a la resistencia afgana fabricando bombas caseras. La locutora habló de “la capacidad de hacer daño” de esos grupos armados. La audiencia no habrá percibido ninguna intencionalidad especial, pero pensemos por un momento si la periodista utilizara la expresión “hacer daño” en el caso de que se hubiese visto una fábrica de armas española. Es muy probable que habrían detallado los puestos de trabajo o el aporte de ese armamento a las “operaciones de paz”, de manera que las únicas armas que “hacen daño” son las de los otros. No existe neutralidad ni imparcialidad en la información.

La lógica estigmatización por parte de los medios del histórico muro de Berlín, que dividía la Alemania capitalista de la socialista, no deja de resultar cínica cuando se compara con la complacencia u olvido

de los muros que existen hoy en el mundo. Muros que siguen provocando muerte y dolor, incluso mayor que el de Berlín. Se trata del muro en la frontera entre los Estados Unidos y México, la valla instalada por el gobierno español en las ciudades de Ceuta y Melilla o el muro construido por Israel en Jerusalén. En esa línea, el 9 de marzo de 2007 era noticia el derribo del muro que dividía la ciudad de Nicosia (Chipre) entre el sur griego y el norte turco. El diario *El Mundo* y la cadena *Ser* afirmaban que se trataba de “la última capital dividida que existía en el mundo con un muro de este tipo.” Se les olvidaba nada menos que el muro de Jerusalén, una ciudad y un conflicto que está todos los días de actualidad, pero que parecen no querer recordar cuando se trata de muros.

El doble rasero se puede comprobar en cómo valoran los medios el desarrollo de las campañas electorales. En septiembre de 2007 se celebraron elecciones presidenciales en Guatemala. Medios y autoridades se precipitaron en destacar de forma compulsiva cómo se desarrollaron. El corresponsal de *El País* recogía el 12 de septiembre las declaraciones del responsable de la misión de observadores de la UE, Wolfgang Kreissl-Dorfler: “La Unión Europea felicita al pueblo de Guatemala por unas elecciones marcadas por la alta participación y la manera pacífica y ordenada en que los ciudadanos acudieron a las urnas.”

Añadía que los comicios son un “ejemplo magnífico” para toda Latinoamérica, según el diario. La agencia *AFP* también se hacía eco: “Estoy positivamente sorprendido con este proceso tan excelente en Guatemala.” En términos similares lo recogía la agencia *Prensa Latina*: “Destacó Kreissl-Dorfler que la jornada del 9 de septiembre se desarrolló en un ambiente de calma y fiesta cívica, solo empañada tras el cierre de las urnas por algunos incidentes localizados en los departamentos de Santa Rosa, Jutiapa y Alta Verapaz.”

En cuanto a la asistencia, en el diario *El País* se destaca la “masiva participación en las urnas, que superó en más de medio millón de votantes a la registrada hace cuatro años.” Por su parte, el portavoz de la UE señaló la “amplia participación de mujeres y jóvenes” en los

comicios, lo que consideró “una muestra de que quieren participar en el desarrollo democrático del país.”

Veamos ahora la realidad de aquellas elecciones consideradas “un ejemplo magnífico.” En la campaña fueron asesinadas 46 personas entre candidatos, militantes y familiares de políticos. Eso sin contar los 2.857 asesinatos en el primer semestre de 2007, en su mayoría con armas de fuego, según datos oficiales. Se ha dado además la circunstancia de que casi todos los asesinatos han sido contra candidatos de la izquierda. La última semana preelectoral acribillaban a balazos a dos aspirantes del partido Encuentro por Guatemala (EG), el partido de Rigoberta Menchú. El viernes anterior a la cita electoral un grupo de desconocidos también asesinaba a balazos al hijo del general retirado Morris de León, ex vocero del ejército de Guatemala y activista de la izquierdista Alianza Nueva Misión (ANM). Gustavo de León fue encontrado muerto con varios impactos de bala en la cabeza y el tórax en la periferia norte de la capital, después de que supuestamente fuera secuestrado por un comando armado.

El director del Centro de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, Nery Rodenas, sostuvo en conversación con el diario progresista mexicano *La Jornada*, que cuenta con datos alarmantes y que “de enero a la fecha hemos registrado 68 atentados contra activistas políticos, de los cuales 46 han resultado en asesinatos.” Denunció que “de las investigaciones oficiales no se ha conocido mayor cosa, están estancadas, pero presumimos que en muchos de esos asesinatos pueden estar involucrados los intereses del narcotráfico y el crimen organizado.” En cuanto a los resultados, el sistema electoral y judicial permitió que el ex dictador Efraín Ríos Montt pueda lograr inmunidad legislativa al ser elegido diputado y burlar el pedido de extradición a España y los procesos que tiene abiertos por crímenes contra la humanidad.

La Unión Europea también celebra que, por primera vez en la historia del país, una mujer maya, Rigoberta Menchú, participara como candidata a la presidencia, aunque solo sea para lograr un tres por

ciento de votos en un país donde más de la mitad de la población es indígena. Pero esa es la situación que Europa y sus medios consideran ejemplar, que los indígenas se presenten y saquen el tres por ciento, no que ganen como en Bolivia, eso ya no resulta “ejemplar” para el continente.

Los medios que se felicitaron por la participación no explicaron que la abstención se situó en el 42,08 por ciento, mientras que la tasa de voto que llamaron “masiva” y “amplia” fue el 57,92 por ciento. Además, de los que fueron a las urnas el 3,52 por ciento lo hizo en blanco y otro 5,40 por ciento nulo.

En conclusión, la mitad no votan, matan a medio centenar de políticos en la campaña, un dictador logra la impunidad para sus delitos de genocidio y los candidatos indígenas se presentan y solo consiguen el tres por ciento. O sea, un “ejemplo magnífico” para América.

La Cumbre de Jefes de Estado de Africa y de la Unión Europea que se celebró en Lisboa a primeros de diciembre de 2007 nos ofreció en bandeja un claro ejemplo de doble rasero. Durante muchos años, Muanmmar el Gaddafi, presidente de Libia, era una auténtica bestia negra para Occidente y sus medios de comunicación. Le tildaban de dictador que no respetaba los derechos humanos, un loco excéntrico y peligroso que no atendía los requerimientos de la comunidad internacional. La CIA tenía un plan para asesinarle; Libia sufrió un ataque con misiles estadounidenses y el país estaba sancionado económicamente. La cobertura, por ejemplo, que hace *El País* el 8 de diciembre de la citada cumbre, nos permitió comprobar cómo cambia la vara de medir según los tiempos. Con foto, pie y llamada en portada y página dos completa, el diario nos da una lección de satanización del nuevo diablo y rehabilitación del viejo. El primero es Robert Mugabe, presidente de Zimbabwe, y el segundo, el citado Gaddafi.

“Europa recibe con desdén al dictador Mugabe,” señala el título del pie de foto de portada. “La presencia del dictador Robert Mugabe”, escriben a continuación. En el texto continúan con “octogenario dictador

en la ex colonia británica”, se refieren a “leerle la cartilla a Mugabe” y terminan con que la cumbre “no debe ser secuestrada por el dictador de Zimbabwe.” Sin embargo, a la hora de dirigirse a Gaddafi encontramos un pie de foto que reza: “El presidente libio, Muammar el Gaddafi, en la Universidad de Lisboa.” En la información de apoyo leemos: “la estrella del día fue el líder libio Muammar el Gaddafi,” o sencillamente “según Gaddafi.” Del mismo modo, en el informativo de *Antena 3 TV* de la noche del 8 de diciembre hablan del “dictador Mugabe y el prooccidental Gaddafi,” como si esos términos fueran incompatibles.

Nos preguntamos ¿acaso Gaddafi ahora es más democrático que hace 20 ó 30 años?, ¿respeto los derechos humanos más que Mugabe?, ¿era democrático el presidente de Zimbabwe en 1980 cuando llegó al poder y no se hablaba de él?

Gaddafi es ahora igual de democrático o no democrático y los derechos humanos en su país se respetan o se violan del mismo modo que en 1969 cuando llegó al poder, simplemente ya no apoya a movimientos revolucionarios árabes y ha demostrado su servilismo a los Estados Unidos y a Occidente. Y, sobre todo, ha firmado contratos de negocios por 10.000 millones de dólares con Francia, y eso sí que lo convierte en buen presidente africano. Sin embargo Mugabe, con la misma democracia y derechos humanos que no molestó antes a la comunidad internacional, en 1998 impulsó una reforma agraria para corregir el hecho de que una minoría blanca acaparase la mayoría de las tierras cultivables del país. Entonces se convirtió para Occidente en dictador y violador de derechos humanos y comenzó el bloqueo económico de los Estados Unidos y la Unión Europea. Por supuesto, de nada le sirvió lograr el 56,2 por ciento de los votos en las elecciones de 2002.

Gaddafi y Mugabe, y la forma en que son presentados hoy en los medios de comunicación, representan un claro ejemplo de doble rasero y de lo que nuestra prensa y nuestros gobernantes entienden por democracia y derechos humanos: sumisión y dinero.

Premiar la violencia

La tendencia al espectáculo que domina a los medios, en especial a los audiovisuales, favorece que el sujeto que desea promover una información, es decir, el que solo quiere recurrir a su legítimo derecho a expresarse, llegue a la conclusión de que mediante la violencia tiene más posibilidades de acceder a ese derecho.

De esta forma, una manifestación en Cuba con motivo del 1 de mayo a la que asisten un millón 300 mil cubanos no es noticia, pero un atentado con un muerto sí lo sería. Desde el punto de vista de la obligación de los medios de responder al derecho a la información y a la libertad de expresión, ese silenciamiento supone impedir el derecho de los ciudadanos del mundo a conocer esa noticia y también negar la expresión de la voluntad de un millón 300 mil personas que, manifestándose, estaban ejerciendo un derecho a expresarse que se ha visto neutralizado por el silencio de los medios.

Si en lugar de optar por esa manifestación pacífica, se tratase de una acción violenta, en Cuba o en cualquier lugar, hubiera tenido mucha más cobertura. Sucede en Euskadi, una manifestación independentista de 50.000 personas promovida por Batasuna es silenciada con el objetivo de desautorizar a quien se supone no condena la violencia. Si ETA pone una bomba se le da toda la cobertura. Es decir, se premia informativamente el espectáculo de la violencia y se silencia el de la manifestación pacífica cuando no interesa. Eso, sin duda, promueve la violencia. Lo dijo Arundhati Roy:

...siempre que, en cualquier lugar del mundo, gobiernos y medios de comunicación derrochan su tiempos, sus cuidados, su dinero, sus servicios e inteligencia y su espacio para tratar temas tan complejos como la guerra y el terrorismo, el mensaje que acaban transmitiendo es preocupantemente peligroso: si se quiere airear un agravio público y conseguir que sea remediado, la violencia es más efectiva que la resistencia pasiva.¹⁰⁴

Quiero recordar unas palabras del subcomandante Marcos, del EZLN, dirigidas a los periodistas nacionales e internacionales el 23 de febrero de 1994:

¿por qué es necesario matar y morir para ustedes, y que a través de ustedes, todo el mundo, escuche a Ramona –que está aquí– decir cosas tan terribles como que las mujeres indígenas quieren vivir, quieren estudiar, quieren hospitales, quieren medicinas, quieren escuelas, quieren alimento, quieren respeto, quieren justicia, quieren dignidad?

... ¿Por qué es necesario matar o morir para que pueda venir Ramona y puedan ustedes poner atención a lo que ella dice? ¿Por qué es necesario que Laura, Ana María, Irma, Elisa, Silvia y tantas mujeres indígenas hayan tenido que agarrar un arma, hacerse soldados, en lugar de hacerse doctoras, licenciadas, ingenieros, maestras?¹⁰⁵

En nuestros medios de comunicación, una manifestación de miles de trabajadores solo existe si hay enfrentamientos contra la policía, si no, se silencia. Es más, al final la noticia es el hecho violento, no los elementos contextuales que explican la violencia, las razones que generan el conflicto, las posiciones y propuestas de ambas partes o las vías de solución que plantean los mediadores. Todos recordamos las batallas campales entre agricultores de Corea del Sur y policías en una de las reuniones de la Organización Mundial de Comercio (OMC), pero pocos se pudieron enterar de cuáles eran los problemas de esos agricultores y que relación tenían esos problemas con la OMC.

La obsesión por el sensacionalismo y lograr ofrecer una noticia aunque no la haya puede llegar a situaciones como la que publicó el 21 de noviembre el diario *Ideal de Granada*, en una amplia cobertura fotográfica de lo que tituló: “Protesta antisistema por el 20-N.” Entre las numerosas fotografías aparece una donde se aprecia una sede

104 Roy Arundhati. Retórica bélica. Anagrama. Madrid 2005.

105 EZLN. Documentos y comunicados. Ediciones Era. México 2005.

del Partido Popular apedreada. Pero se trataba de una sede que lleva así desde el comienzo de la guerra de Iraq, hacía cuatro años, nada tenía que ver con las movilizaciones del 20-N. El periodista o el fotógrafo necesitaban imágenes como fueran para convencer de la violencia de la “protesta antisistema.”

En Nepal existía una cruel dictadura monárquica y un grupo armado que ha comenzado ya el proceso de reinserción e incorporación al gobierno. En abril de 2006, el grupo armado estableció una tregua para que el pueblo se movilizase y fuese el protagonista de las reivindicaciones, se manifestaron miles de personas, se detuvo a dos millares de ciudadanos, se convocó a una huelga general indefinida. Solo después de varias semanas empezaron a prestarle atención los grandes medios. Si la guerrilla maoísta hubiera puesto una bomba en la capital con media docena de muertos, hubieran conseguido más protagonismo informativo que con todo ese titánico esfuerzo de movilización ciudadana.

La opción, en mi opinión, no puede ser la planteada por parte de algunos gobiernos que abogaban por silenciar las acciones armadas como modo de pretender neutralizar el efecto supuestamente publicitario de quienes las realizaban. Ese criterio fue utilizado por el gobierno británico con los atentados del IRA. No se puede ignorar el derecho del ciudadano a ser informado sobre un atentado. No estamos proponiendo que no se informe, denunciamos que se silencie la movilización pacífica o, en el mejor de los casos, no se explique ni contextualice que viene a ser lo mismo. Con ese silenciamiento, el espacio mediático solo queda para el violento, y además, no se explica tampoco su reivindicación.

¿Iguales todas las violencias?

A pesar de todo lo que hemos estado exponiendo, las referencias a la paz son constantes en los medios de comunicación. Algunas de ellas no exentas de cinismo. En *El País* del 2 de julio de 2007 se informó sobre el concierto de homenaje a Diana de Gales en

Londres. Como en las intervenciones públicas lo que procede es guardar las formas y ser agradecido, el hijo de la princesa, presente en el acto, pero destinado como soldado en Iraq, mandó un saludo a sus compañeros “del Octavo Batallón, en medio del clamor de los asistentes.” Posteriormente, el artista de hip hop Pharrell William “hizo un llamamiento a la paz en el Reino Unido,” que despertó seguro un clamor similar de las mismas personas. Es decir, aplausos para la paz en su país y aplausos para sus soldados que llevan la guerra a Iraq.

Por último, no podemos rehuir un elemento fundamental en esta discusión. Es el debate sobre la violencia lícita o ilícita, ligado a los recursos informativos para justificarla o deslegitimarla. El uso demagógico de la negación de la violencia puede llegar a situaciones como las declaraciones de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega en *RNE Radio 5 Todo Noticias* el 25 de agosto del 2007, tras un atentado de ETA. Señala que no es capaz de comprender a “todo aquel que no condene este atentado así como toda forma de violencia.” El discurso de condena de toda forma de violencia es constante. Pero, ¿no son violentas las armas de nuestro ejército en Afganistán? ¿no es violenta la disolución de una manifestación por los policías antidisturbios? ¿no es violenta la detención de un emigrante sin papeles para subirlo contra su voluntad a un avión y expulsarlo del país? Hace tiempo intentaban explicar que existía una violencia legítima, la utilizada por el Estado para aplicar la ley, ahora parece que nos tienen en menos consideración intelectual como para pensar que nos pueden convencer de que solo es violencia la de quienes no les gustan y la otra, la de los “buenos”, no es violencia.

Y es aquí donde quiero recoger parte de las ideas del dramaturgo Alfonso Sastre, expuestas en su discurso en unas Jornadas de Filosofía en Galicia en el año 2003. En aquella exposición, Sastre desgranaba lo que él denominó los “Siete tópicos del ‘buen intelectual’ en el día de hoy.”¹⁰⁶ Yo me voy a detener en el más controvertido, pero es el

Alfonso Sastre. *La batalla de los intelectuales*. Hiru. Hondarribia 2004.

que tiene relación con la violencia que aquí abordamos. Es el tópico de que *El buen intelectual está en contra de toda violencia, venga de donde venga*. Y es que va muy ligado a la comunicación, porque la complicidad de la información con la violencia será lícita en la medida en que esa violencia lo pueda ser. Lógicamente, muchos asumirán el tópico que critica Alfonso Sastre y se preguntarán qué violencia puede ser la lícita. Por ello previamente tendremos que analizar qué es violencia.

Vuelvo de nuevo con una cita del subcomandante Marcos:

Puede que la muerte de niños por falta de atención médica y condiciones nos provoque horror, quizá solo lástima. En cambio el horror es que esos indígenas se levanten en armas. Parece que hay que condenar todas las violencias menos la que el sistema ejerce sobre esas gentes. Mientras no decíamos nada, la violencia no existía. Los indígenas la padecían, morían. A la hora en que deciden contestar a esa violencia y decir ¡basta! los intelectuales dicen: —¡No, esa violencia no!, la que yo represento, la violencia culta sí, no la violencia bárbara.¹⁰⁷

La violencia que hemos detallado anteriormente en los medios de comunicación es, utilizando la terminología de Marcos, la violencia culta, la institucional, la “no violencia.” No aparece la sangre, solo fuegos artificiales de misiles; no aparecen fusiles y cananas guerrilleras, son soldados que protegen en misiones de paz. Hoy no escuchamos hablar de violencia en países como Nicaragua, Brasil o Guatemala. Y pocas personas saben que hay más muertes de origen violento que cuando había guerra y dictaduras en esos países. Del mismo modo que solo se nos hablaba de limpieza étnica en la Yugoslavia de Milosevic y no en la India. Y solo se nos narraban las masacres de Sadam Hussein y no de los 3 000 militantes de la izquierda en Colombia a manos de paramilitares ligados al ejército.

107EZLN. Documentos y comunicados. Ediciones Era. México 2005.

El 4 de abril de 1967, un año antes de ser asesinado, Martín Luther King habló en la iglesia de Riverside del barrio de Harlem, en la ciudad de Nueva York. Aquella noche dijo: "Nunca volveré a alzar la voz en contra de la violencia de los oprimidos que viven en guetos, sin denunciar primero con toda claridad a la institución que es responsable de la mayor parte de la violencia que padece hoy día el mundo: mi propio gobierno."¹⁰⁸

Y vuelvo a Alfonso Sastre, quien denuncia que se considere igual el disparo de un sicario colombiano contra un sindicalista que la ráfaga de metrallera del Che Guevara contra unos militares de la dictadura de Batista. Y pregunto yo: ¿acaso es igual la violencia de la tortura de las prisiones de Pinochet que la violencia de los partisanos franceses o italianos contra los nazis ocupantes, o los guerrilleros españoles que luchaban contra Franco?

Hay una escena en la película de *La gran evasión*, del director John Sturges, que es muy elocuente. Uno de los huidos del campo de concentración alemán, interpretado por James Coburn, llega a una terraza en suelo francés ocupado. Se sienta en una mesa al lado de un grupo de oficiales nazis, el camarero francés le avisa que tiene una llamada telefónica, se desplaza a la barra y entonces le indica que se agache y se parapete detrás. En ese momento llega un vehículo conducido por miembros de la resistencia francesa y ametralla a los oficiales nazis sentados en la terraza. Al espectador le parece una buena acción justiciera ametrallar a cuatro tipos que están sentados en una terraza.

Y todo esto tiene mucho que ver con la comunicación, porque en el mundo actual las guerras se inician o no, y se ganan o se pierden, en la medida en que tienen a la opinión pública a su favor o en su contra. Y esa opinión pública se modula mediante técnicas de comunicación y de difusión. Los países se invaden cuando se ha logrado preparar a la opinión pública para ello, y los movimientos

108 Citado por Amy Goodman. "¿Hacia dónde vamos?" Democracy Now, 2-4-2008.

insurgentes se mantienen vivos mientras tienen apoyo popular en la región y en el resto del mundo.

Ángeles Díez nos sugiere la necesidad de que nos planteemos siempre la propiedad de cada medio de comunicación y los mecanismos mediante los cuales pretenden despertar nuestras emociones con sus contenidos:

Otra propuesta imprescindible es poner “los medios bajo sospecha:” preguntémonos siempre, cuando tratemos de interpretar una información o la gran aceptación que tiene una película, a qué corporación o empresa pertenece el medio y qué relación puede tener con el producto que nos vende, ¿qué me cuenta y qué me quieren contar? ¿por qué me emociono y qué imágenes, palabras o música me hacen emocionarme? ¿se trata de un hecho aislado o tienen en la sociedad el peso que se le da en la información? Tal vez y en alguna medida, pasar por el tamiz de nuestro cerebro las emociones que nos provocan los medios.¹⁰⁹

El ciudadano del siglo XXI debe comenzar a asumir una nueva forma de acercamiento a los medios de comunicación. El libro de Michel Collon, *¡Ojo con los media!*, nos ofrece importantes ideas a tener presentes. Propuestas que van desde cómo reconocer las artimañas de la manipulación hasta cómo tener una lectura activa que lleve a la denuncia de sus manipulaciones o plantear otra forma de informarse. Se trata de estrategias que salen del ámbito del trato de la violencia y la guerra en la información. Por ello, nosotros nos centraremos en los elementos que nos ayuden a replantearnos muchos prejuicios que nos llegan ya elaborados y que tengamos nuestros propios criterios en lo referente a las informaciones relacionadas con la violencia, la guerra y el odio:

¹⁰⁹Ángeles Díez. “Los cuentos de la guerra. Medios de comunicación en los conflictos armados”. Colectivo de autores. Manipulación y medios en la sociedad de la información. La Torre. Madrid 2007.

- Apliquemos las “odiosas comparaciones” ante las informaciones que denuncien a un determinado grupo político o gobierno. Es decir, si se acusa a un gobierno por violar los derechos humanos cotejemos ese caso de violación concreto con otros de otros países para valorarlo en su justa medida. Quizás encontremos que mientras se denuncia un maltrato policial en Cuba existen decenas de torturas en nuestro país o en otro país vecino de las que no se informa nada.
- Cuando se quiera presentar como una cruzada ideológica la agresión contra un país, busquemos cuál es la situación de su entorno. Si por ejemplo afirman que hay que actuar en una nación porque se violan los derechos de las mujeres, intentemos preguntarnos cómo se respetan esos mismos derechos en otras naciones de la región. Por supuesto, esa comparación no puede servir para justificar violaciones en ningún país, pero sí para saber si quienes propugnan la intervención lo hacen con buena intención o solo recurren a los derechos humanos como coartada. Quizás hasta descubriremos que los mismos gobiernos que ahora acusan fueron cómplices en otros tiempos de esas violaciones.
- Sospechemos de los silencios respecto a determinados gobiernos. Los silencios mediáticos suelen tener como objetivo dejar tranquilos a gobiernos sumisos para que apliquen políticas impopulares sin ser molestados por la comunidad internacional.
- Por muy malvado que sea el grupo político, social o gobierno en que hayan puesto su objetivo los medios es importante escuchar su versión, nunca se nos puede negar, si se hace debería ya despertar nuestras sospechas. Intentemos buscar ese punto de vista por nuestra propia cuenta si los grandes medios no lo ofrecen. “Un medio responsable debe otorgar tiempo y espacio similar a quienes celebran la sentencia de luchadores sociales a 67 años de cárcel, y a quienes sostienen que el proceso legal estuvo viciado.”¹¹⁰

110 José Steinsleger. “De la libertad de expresión y otros cuentos”. *La Jornada*, 23-5-2007.

- Reivindiquemos el concepto de violencia, tal y como señalaba Marcos. Las personas que pasan hambre y frío y mueren por enfermedades curables, están sufriendo violencia. Violencia por parte de los grupos dominantes o administradores públicos que no están atendiendo esos derechos.
- Los grupos sociales que no disponen de vías pacíficas para reclamar sus derechos o han visto invadidos sus países pueden estar legitimados para recurrir a vías violentas para reclamar y exigir su dignidad.
- Del mismo modo, las políticas y acciones comunicativas que trabajen en la defensa de esos derechos y reivindiquen y justifiquen esas vías son legítimas. Y las estrategias de comunicación que, aunque bajo un discurso de paz, favorezcan la imposición de la violencia del hambre, la injusticia y la desigualdad estarán cometiendo un delito criminal. Aunque los primeros parezcan que defienden la violencia y los segundos, la concordia. Nada más alejado de la realidad.
- Por ello, debemos desechar todas las interpretaciones que, desde sectores poderosos, quieran hacer de los términos “terrorismo,” “violencia,” “fuerzas de paz.” Las cosas no suelen ser como nos las presentan, el poder tiene una capacidad bárbara de distorsionar la realidad para sus intereses. Por eso hacen campañas internacionales contra las minas personales –que usan las guerrillas porque son baratas– y aplauden que en una región de España se creen muchos puestos de trabajo fabricando los helicópteros artillados de guerra Tigre.

Estamos en la era de la comunicación. Y los métodos se han desarrollado a mayor velocidad que nuestra capacidad para defendernos de ella. Y he dicho bien, defendernos. Nunca afirmaremos con suficiente contundencia que la primera reacción que debe generar el hecho comunicativo de masas en el individuo moderno es la desconfianza. Es el mismo método al que se ve obligado a recurrir

el buen salvaje frente al individuo procedente de a la “pérfida civilización” si no quiere estar perdido. Hoy los medios son la pérfida civilización, y los hombres y mujeres, el buen salvaje, armado con una lanza de madera con la que enfrentar al fusil de asalto de las técnicas comunicativas. Si eso es grave cuando se aborda la publicidad para el consumo o la industria del entretenimiento, mucho más lo es cuando se utiliza para maniobrar con las mentes en un asunto tan serio como la violencia y los valores a ella asociados.

¿Medios neutrales?

Es falso que los medios de comunicación se distancien de los intereses en conflicto y se dediquen a informar de las guerras de forma neutral. Basta con recordar cómo se desarrolló la rueda de prensa de la Casa Blanca cuando se hizo pública la captura de Saddam Hussein en Iraq. Tras dar la noticia el portavoz gubernamental, los corresponsales rompieron en aplausos y gritos de alegría, lo que nos permite hacernos una idea del distanciamiento político que pueden tener del gobierno estadounidense cuando informen de la guerra en Iraq. También vale la pena señalar la anécdota protagonizada en el año 2001 por el presentador estrella de la cadena de noticias norteamericana Fox News, Geraldo Rivera, cuando fue enviado a Afganistán. Armado con una pistola, afirmó que si se cruzaba con Osama Bin Laden no le iba a hacer ninguna pregunta, sino que le iba a “meter un par de tiros.”

Tras la muerte de un supuesto miembro de la cúpula de Al Qaeda, la periodista de la CNN Margaret Carlson habló de “otra razón para estar alegres.” En el programa *This Week* de la ABC, el presentador Cokie Roberts dijo que “tener que juzgar a Osama Bin Laden en los Estados Unidos sería una pesadilla. Con un poco de suerte, lo encontraremos muerto.” Por supuesto, esas personas son libres para tener su propia opinión y estado de ánimo sobre la evolución de Al Qaeda o Bin Laden, pero si se atreven a hacer esos comentarios y esas valoraciones ante millones de telespectadores es porque saben que no se necesita ni se les exige neutralidad, imparcialidad, ni objetividad para desarrollar el trabajo en sus medios.

Según un estudio de *Columbia Journalism Review*, al día siguiente del discurso de Colin Powell en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde trató de demostrar que Iraq tenía armas de destrucción masiva –algo que posteriormente se probó que era falso–, los seis principales diarios de los Estados Unidos respaldaron esa posición y opinaron que los argumentos eran irrefutables o dejaban pocas dudas. Ninguno, aparentemente, recurrió al jefe de inspectores de la ONU, Hans Blix, ni a otras fuentes que hubieran podido cuestionar esos planteamientos.¹¹¹

Veamos lo que afirmó la reportera Judith Miller, quien realizó la cobertura de las armas de destrucción masiva para *The New York Times*: “No es mi papel evaluar la información del Gobierno y ser analista independiente de inteligencia, sino transmitir a los lectores del periódico lo que piensa el Gobierno sobre el arsenal de Iraq.”¹¹²

El periodista Colman McCarthy analizó 430 artículos de opinión aparecidos en el *Washington Post* en junio, julio y agosto de 2001, 420 fueron escritos por gente de derecha o de centro. Solo 10 correspondían a autores que se podrían considerar columnistas de centroizquierda. No es de extrañar por tanto que, tras los atentados del 11-S, un estudio de la organización Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR) revelara que 44 columnas publicadas en el *The Washington Post* y en el *The New York Times* defendían una respuesta militar, mientras que solo dos sugerían una salida diplomática y respetuosa con las leyes internacionales.¹¹³

En España no es diferente. El 29 de julio de 2007 era noticia la detención en Madrid de un agente de inteligencia español que filtraba

111 Isabel Bustelo. “Mentiras para la guerra”, en Javier Bernabé (Ed.). *Periodismo preventivo. Otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales*. La Catarata. Madrid 2007.

112 *Ibidem*. Judith Miller se revelaría como un ejemplo emblemático de periodismo de intoxicación a favor de los sectores más belicistas del gobierno estadounidense. Ver Paul Labarique. “Judith Miller, periodista de desinformación masiva”. Red Voltaire. Miller se vería implicada en numerosos escándalos y conspiraciones de las que logró salir indemne.

113 Citado por Danny Schechter en *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

información para el gobierno ruso. El titular y el texto de la noticia de *El País* de ese día se refería a él como “traidor:” “El ex espía del CNI encarcelado por traidor guardaba la carta con la que se vendió a Rusia.” Sin embargo, a lo largo del texto citan en varias ocasiones a “un colaborador ruso del CNI” que desapareció sin dejar rastro o a “ciudadanos rusos que informaban a espías españoles en Rusia.” Esos rusos que vendían información de su país al espionaje español ni son espías ni se vendían, son “ciudadanos” o “colaboradores.”

Las campañas electorales, sobre todo en países extranjeros, dejan muchas veces en evidencia su falsa neutralidad. Veamos algunos ejemplos. Con esta imparcialidad informativa explica *El País*, el 19 de enero de 2008, las dos candidaturas a la presidencia serbia: “...en estos comicios se escoge entre dos modelos: una Serbia antieuropea, aislada y víctima de sus fantasmas históricos, y otra moderna y plenamente integrada en Unión Europea.”

Algunos analistas muestran sin tapujos su etnocentrismo occidental, lo pudimos comprobar en este artículo de opinión de John Carlin, publicado el 30 de diciembre de 2007 en *El País* sobre líderes sudafricanos:

Jacob Zuma, un polígamo zulú populista que no ha gozado de una educación formal, ha sucedido por mayoría como presidente del Congreso Nacional Africano (ANC) a Thabo Mbeki, un hombre culto, moderno y sofisticado que fácilmente podría haber optado por una vida académica tras el master en economía que obtuvo durante los años sesenta en la Universidad de Sussex, Inglaterra.

Y es que donde esté un master de una universidad británica, “culto, moderno y sofisticado,” que se quite un “zulú populista que no ha gozado de una educación formal.” Por supuesto, la argumentación fue recogida por el editorial del diario que terminó afirmando que si el zulú “llega a la presidencia del país, puede convertirse en un Chávez africano, que se sume al grupo de países de democracia populista donde crece el recelo hacia Estados Unidos.”

Ni la presunción de inocencia es respetada por los medios. Una información de *El País* del 16 de octubre de 2007, sobre el juicio a unos islamistas acusados de pretender atentar contra la Audiencia Nacional española, parece que tiene clara la culpabilidad de los procesados. Titulan señalando que uno de los acusados “niega hasta su nombre,” al parecer el periodista está más seguro de cuál es el nombre del islamista que él mismo. Su seguridad le lleva a afirmar más adelante que “los acusados que han declarado hasta el momento se han declarado inocentes, aunque los argumentos que han utilizado son poco convincentes.” Si no le han convencido al periodista es que con toda probabilidad son culpables.

Como ejemplo de sesgo veamos lo que escribía el presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, Fernando González Urbaneja, en la revista de este colectivo *Cuadernos de Periodistas*, a modo de introducción en un monográfico sobre Lenguaje periodístico y terrorismo. Afirmaba que en la información sobre el terrorismo “incurrimos en tres errores.” Recogeremos su explicación del segundo de ellos:

El segundo viene a cuento de la sobreexposición de los terroristas, de sus portavoces y de sus fechorías (...). El seguimiento de las innumerables comparencias (que no conferencias de prensa) de batasunos y demás ralea es desmedido, excesivo, inmerecido e insuficientemente informativo. No noticias convertidas en acontecimientos que solo sirven para importancia a los actores, que ven así reforzada su posición, por odiosa que sea.¹¹⁴

Es evidente que ninguna neutralidad, distanciamiento ni imparcialidad se puede esperar de quien escribe estas palabras. Pero lo más grave es el intento de querer con ellas marcar los principios y la deontología de la profesión. Denominar *a priori* a los miembros de Batasuna como portavoces de terroristas y ralea puede ser válido en

¹¹⁴ Fernando González Urbaneja. “Informar de terrorismo”. Cuaderno de Periodistas, no. 11, Julio 2007.

un artículo de opinión, pero no en un texto que desee ofrecer lecciones de periodismo. Generalizar como excesiva la presencia en los medios de Batasuna o ETA no es de ningún rigor, puesto que depende del hecho informativo, del medio que estudiemos, el periodo analizado y el ámbito geográfico en que se difunda, si se considera excesiva sin tener en cuenta esas variables es solo porque no se quiere su presencia en los medios, como lo confirma su tesis posterior cuando afirma que eso refuerza la posición de los armados. Creencia absurda que rompe cualquier principio de ética periodística, puesto que se basa en el burdo planteamiento de que a los que no nos gustan, no debemos darles nunca la palabra porque conseguirán convencer a la gente.

La capacidad de los medios para suplantar a los jueces y lograr inculcar entre los ciudadanos una sentencia de culpabilidad es tan importante que en los Estados Unidos, en abril de 2007, con motivo del juicio a José Padilla y otros dos acusados por presuntas actividades de apoyo al terrorismo islámico, “uno de los grandes problemas de la jueza está relacionado con la dificultad de seleccionar miembros del jurado que no hayan tenido conocimiento del caso a través de la prensa y se mantengan imparciales.”¹¹⁵ Este comentario de un periodista de la *BBC* es muy elocuente porque confirma el poder negativo de los medios de comunicación, los cuales, si bien pueden crear prejuicios inadecuados en los miembros de un jurado, también los crean en el resto de la sociedad. Es decir, se es más neutral y menos contaminado para conocer un conflicto y unas acusaciones si se han evitado los medios de comunicación que si se ha estado sometido a sus informaciones. Así lo piensa un juez, y muchos más también lo pensamos así.

115 Aparisi. “Padilla en el banquillo”. BBC, 17-04-2007

En busca del disidente

Los medios no solo toman partido, sino que presionan y sancionan al que no cumple la línea dominante. El 6 de febrero de 2007, el diario británico *The Times* publicaba una entrevista al etarra De Juana Chaos desde la cama del hospital donde se encontraba en huelga de hambre. Se ilustraba con una impactante fotografía que dejaba en evidencia su afectado estado de salud, y el periodista se dirigía a ETA simplemente como “grupo separatista.” Aquello indignó a la clase mediática española, y por supuesto a la política. El mismo día, la edición digital del diario *El Mundo* titulaba: “*The Times* recibe un aluvión de críticas por la exclusiva de De Juana Chaos.” En la noticia se hacían eco de las protestas enviadas al diario británico por haber llamado a ETA “grupo separatista” y “no banda terrorista.” Aunque el presidente de la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE), Fernando González Urbaneja, defendió que se publicase la entrevista y afirmó que “la única objeción que cabe hacer a *The Times* es que caiga en el error extendido en la prensa extranjera de definir a los terroristas de ETA como ‘separatistas vascos.’” “Tenemos que hacer un esfuerzo y más pedagogía para que esto no siga pasando,” señaló.¹¹⁶ El consenso mediático en España para definir a ETA como “banda terrorista” es absoluto, a pesar de que es un término claramente calificativo. No se tolera que la prensa internacional pueda recurrir a la expresión “separatistas vascos,” la cual no conlleva valoración alguna ni supone negar que sea un grupo terrorista, simplemente no se

116 “The Times recibe un aluvión de críticas por la exclusiva de De Juana Chaos”. *El Mundo*, 6-2-2007

pronuncia porque entiende que no es función del periodista decir quién es y quién no es terrorista.

En Alemania, algunos profesionales de la prensa y programas de televisión como Ulrich Wickert, del programa *Tagesthemn* de la cadena *ARD*, tuvo que pedir disculpas por haber dicho que George W. Bush y Osama Bin Laden tenían la misma “mentalidad,” tras las declaraciones del presidente estadounidense en las que instaba a los nacionales a estar con los Estados Unidos o se estarían situando contra ellos.¹¹⁷

La cadena norteamericana NBC dejó de contratar los trabajos del periodista *freelance* Jon Alpert, por haber traído imágenes que mostraban el dolor de los civiles iraquíes después de la operación Tormenta del Desierto (Guerra del Golfo de 1990-1991). Nunca se emitieron, por supuesto.

El cinismo de los medios puede llegar a considerar propaganda precisamente cuando el díscolo se permite el sacrilegio de dotarse también de medios de comunicación. El diario *El Mundo* del 3 de julio de 2007 titulaba un cable de *Efe*: “Irán lanza una nueva cadena internacional con fines propagandísticos.” Según las declaraciones de Ahmadineyad, la nueva televisión iraní tiene como objetivo “la rápida difusión de noticias correctas” y “ayudar a la opinión pública mundial a distinguir claramente entre la verdad y la mentira.” No sabemos si lo hará o no, pero acusarles ya de “fines propagandísticos” lo único que demuestra es el fin propagandístico de quien le acusa.

Al fin y al cabo, lo que hacen los medios es lo mismo que las autoridades. La criminalización puede llevar a la paradoja de que los únicos arrestados por los vuelos clandestinos de la CIA hayan sido los periodistas que informaron y los ciudadanos que los denunciaron. En Carolina del Norte (Estados Unidos), ocho personas fueron

¹¹⁷ Roland Schatz, citado por Danny Schechter en *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós. Barcelona 2004.

arrestadas el 10 de abril de 2007 por protestar contra la empresa Aero Contractors, la cual estuvo estrechamente vinculada al programa de secuestros de la CIA, y participó en el del ciudadano alemán Khaled El-Masri, quien después sería torturado. Los jueces alemanes habían emitido órdenes de arresto contra tres ejecutivos de Aero Contractors, pero la policía estadounidense ha considerado más oportuno detener a los estadounidenses que exigían que se cumpliera la petición de los jueces alemanes.

En Europa, concretamente en Suiza, las autoridades llevaron ante la justicia militar a tres periodistas que develaron información sobre las cárceles secretas de la CIA en Europa. Los periodistas Sandro Brotz, Beat Jost y Cristoph Grenacher, del periódico *Sonntags-Blick*, fueron juzgados el 17 de abril de 2007 ante un tribunal militar por publicar un documento de los servicios secretos suizos que puso en evidencia la existencia de prisiones secretas de la CIA en Europa y el traslado de prisioneros.

De forma que se secuestra clandestinamente a gente inocente, se les lleva a cárceles clandestinas y cuando se descubre todo eso, se detiene y encarcela, ahora ya legalmente, a quienes publican lo que pasó y exigen que se juzgue a los jefes de las empresas que colaboraron en los secuestros.

Buscando una salida

Tradicionalmente, la libertad de expresión fue un arma de lucha contra la opresión de los gobernantes. Si bien desde el poder también recurrían a la propaganda como forma de dominación, como claramente lo muestra el ejemplo de la Iglesia, los medios no gubernamentales solían asociarse a las luchas contra los abusos del poder y a la imparcialidad informativa.

La situación ha cambiado en varios aspectos. En primer lugar, el desarrollo desorbitado de las tecnologías de comunicación, y en segundo lugar, que los dominantes de esas tecnologías y esos poderes se presentan como no gubernamentales. Por lo que, de algún modo, heredan esa aureola de objetivos, imparciales y luchadores contra los despotismos que tuvieron en otras épocas los medios y los periodistas. De hecho, se sigue utilizando el término “independientes” para los medios privados. Denominación absolutamente capciosa, porque si un medio público es considerado dependiente de un Estado o de un gobierno en la medida en que es su propietario, un medio privado será igual de dependiente de los dueños y accionistas de la empresa propietaria. La diferencia es que en democracia se pueden tener medios públicos, es decir, que sean de los Estados, pero no necesariamente deben estar bajo el control absoluto de los gobiernos. Y que, incluso, sufriendo el control de los gobiernos, esos gobiernos se pueden sustituir por la voluntad popular, mientras que los propietarios de los privados nunca se pueden cambiar por vía democrática.

Véase el caso de Silvio Berlusconi en Italia. En la medida en que era primer ministro y un magnate de la televisión, controlaba el 85 por ciento de las emisiones televisivas del país. ¿Por qué eran medios independientes –utilizando la terminología habitual– los de su propiedad como *Canal 5* y no los del Estado, como la *RAI*? Como no podía ser de otra forma, en su campaña electoral le mostraron un apoyo más incondicional los de su propiedad que los públicos. También se han demostrado más independientes los públicos, puesto que han podido escaparse de su control tras un cambio de gobierno por voluntad popular.

Y volviendo al desarrollo tecnológico, hace ya mucho que el arma comunicacional no es la mera palabra, es la imagen, la tecnología de la comunicación, son la exclusividad de una licencia de emisión radioeléctrica, son las estructuras de distribución de la prensa, son los mecanismos sutiles y refinados de tergiversación y engaño. Es decir, su poder es enorme. Lo hemos podido ver en los ejemplos analizados hasta ahora.

Por tanto, y en esas claras condiciones de superioridad, ahora son las poderosas empresas quienes reivindican la libertad de expresión, que no es otra cosa que la impunidad para seguir disfrutando ellas del monopolio de la información, la manipulación y el engaño.

Debemos despertar de ese sueño progresista de otros tiempos de que la mejor ley de prensa es la que no existe. Es lo que se decía en los años sesenta en España cuando se sabía que esa ley la haría el franquismo. Pero ahora no. Ahora las leyes las deben hacer los pueblos, para defenderse de los poderosos que ganan con el vacío legal, que no es otra cosa que la impunidad.

Intentos legislativos

Por eso en Venezuela los grandes medios están indignados con la Ley de Responsabilidad Social de Radio y Televisión, que lo que exige es la veracidad de los contenidos y que si una televisión emite una manifestación esté obligada a indicar sobreimpreso en pantalla de

cuando son esas imágenes, porque antes se “informaba” de una manifestación de 100 personas con imágenes de miles procedentes de otra manifestación de tres meses antes.

En España, cuando se debatía el Estatuto del Periodista, las empresas de comunicación se rebelaban y declaraban que estaban en contra, argumentando que “en una sociedad democrática los periodistas deben quedar fuera de la regulación política”, porque en la ley se planteaba la creación de un consejo de información en el que estuvieran representados sindicatos y periodistas. Lo que proponían los grandes medios es que quedasen fuera del imperio de la ley, solo bajo el imperio de sus empresas.

Los dueños de las empresas de comunicación insisten en proponer códigos deontológicos o de autorregulación que, como vimos anteriormente en el caso español de la programación infantil, no se cumplen. Incluso pudimos escuchar a una ministra pidiendo a los medios de forma humillante que se cumpliera ese código, en un claro ejemplo de abandono de las competencias legislativas y ejecutivas por parte del Estado. También es falso pensar que el cumplimiento de esos códigos se limita a la responsabilidad del profesional; en un mercado liberalizado el profesional no elige su código ético porque es el dueño del medio quien decide si le contrata o despide y, por tanto, será quien defina qué código ético se cumple en el medio. Estará en vigor el código que apliquen los periodistas que él ha decidido que contratará. El filósofo Carlos Fernández Liria ha recordado en numerosas ocasiones lo absurda que es la afirmación de muchos periodistas o analistas de opinión que dicen que ellos pueden escribir o afirmar lo que consideran en los medios en los que trabajan con absoluta libertad. Y no se dan cuenta de que, en la medida en que son ellos los contratados y no otros, es porque dicen y escriben lo que el medio quiere. La libertad sería que pudiera escribir en ese medio con libertad alguien que no hubieran elegido previamente contratarlo.

Los códigos de autorregulación para los periodistas suponen el abandono y el desprecio de toda la comunidad ciudadana y de las

instituciones democráticamente elegidas, puesto que dejan a los directivos de los medios la absoluta competencia y autoridad para cumplir u obviar los principios de rigor, pluralidad, imparcialidad, respeto a las fuentes, acceso a los medios y derecho ciudadano a estar informado. En el ámbito internacional podrán incluso mentir con toda impunidad, como lo hacen sobre las políticas de gobiernos extranjeros o iniciativas de organizaciones sociales de otros países, puesto que no pueden estar presentando demandas contra el honor o por delitos de injurias todas las semanas en los juzgados españoles.

De la misma forma, todos los elementos que a lo largo de esta obra hemos denunciado de apoyo a la violencia, siembra del odio, legitimación de las guerras o criminalización de líderes sociales, terminan siendo impecables desde el punto de vista de la legalidad, sin que la ciudadanía pueda tener ninguna vía de protesta o intervención.

Es por ello que los Estados y la opinión pública deben superar ese prurito de una falsa interpretación de la libertad de expresión, que es utilizada por las empresas periodísticas para no someterse al imperio de la ley en la medida en que no hay legislación ni regulación que esté por encima de sus comportamientos por miserables que estos sean.

Periodismo preventivo

En 2007 nace en Madrid el Instituto de Periodismo Preventivo y Análisis Internacional (IPPAI). Se trata de una asociación integrada por periodistas, analistas del ámbito internacional y personas vinculadas a la formación universitaria. Su creación responde, en el contexto global actual, a la necesidad de practicar un estilo de periodismo diferente, proponiendo una manera novedosa de elaborar, ordenar y difundir la información relativa a conflictos y crisis internacionales. Sus objetivos, según declaran, es contribuir a la resolución pacífica de los mismos y encauzar los procesos de sensibilización necesarios que prevengan escenarios similares en un futuro.

Su teoría es que los medios, a la hora de informar sobre los conflictos, igual pueden incendiar y provocar, que ayuda a prevenir e incluso a reconciliar.¹¹⁸ Para esto último es fundamental el análisis, la identificación de los actores que busquen soluciones, la contextualización, el rigor y el contraste de fuentes. Elementos todos ellos que, como hemos estado analizando a lo largo de esta obra, son pocas veces utilizados. A las audiencias no se les ofrecen los elementos y antecedentes para comprender los conflictos, las propuestas de solución no suelen ser reflejadas porque no cumplen los criterios de espectacularidad, y el rigor y el contraste de fuentes no existe porque los medios sirven a intereses que están por encima de ellos. Así lo explica Javier Bernabé, presidente del equipo académico y de investigación del Instituto de Periodismo Preventivo y Análisis Internacional:

Los conflictos armados se cubren por parte de los medios de comunicación como acontecimientos repetitivos, con pautas tediosas y a la vez espectaculares, destacando en general el número de muertos, las acciones militares y el dantesco espectáculo de muchos periodistas que aparecen como protagonistas de las noticias bélicas, sobre todo en los canales de televisión.²

Los periodistas de esta asociación han señalado que temáticas como Irán, el conflicto palestino-israelí, la emigración y, en general, la guerra, son cubiertas por los medios ignorando los principios básicos de lo que se podría considerar un periodismo preventivo que analice las causas, ofrezca la suficiente información que permita al ciudadano comprender el conflicto y recoja las iniciativas y propuestas de paz. Comenzar a incorporar los principios del periodismo preventivo puede ser un avance para ir separando de nuestros medios el cultivo del odio y la defensa de la violencia y la guerra. La incertidumbre es si eso está en la mano del profesional o en la macroestructura empresarial

118 Javier Bernabé (Ed.). *Periodismo preventivo. Otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales*. La Catarata. Madrid 2007.

119 *Ibidem*.

y la cultura dominante del espectáculo, que impiden que esos cambios sean posibles al menos en los grandes medios.

El debate

Ante esta situación, tenemos la obligación moral de abrir un debate que incluya propuestas alternativas que intenten aportar salidas al panorama actual.

Derecho de acceso

Una de las figuras a considerar es el denominado derecho de acceso, contemplado a nivel constitucional en la legislación española y nunca puesto en práctica ni en la más mínima expresión. El artículo 20 de la Carta Magna española establece la garantía del acceso a los medios de comunicación social dependientes del Estado a “los grupos sociales y políticos significativos, respetando el pluralismo de la sociedad.” Esto es lo que se conoce como derecho de acceso y que supone “que los grupos sociales y políticos significativos tengan la oportunidad de dirigirse directamente a la audiencia sin la intervención de los intermediarios que habitualmente seleccionan, elaboran y presentan la información.” Aunque en los años 2006 y 2007, veintiocho años después de la aprobación en la Constitución, se ha comenzado a legislar sobre el derecho de acceso, sigue sin estar aplicándose.

Pero, además, en nuestra opinión, el derecho de acceso no solo debería ponerse en práctica en cualquier medio de propiedad pública, sino que debe vincular también a los medios privados. El derecho a que los grupos sociales y políticos tengan acceso a los medios y que ello garantice la pluralidad debe estar por encima del derecho empresarial a definir los contenidos de un medio de comunicación. La pluralidad y el acceso equitativo nunca podrá existir si se limita a los medios públicos, puesto que la línea de los privados terminará desequilibrando el resultado global. Es lo que ha sucedido en Venezuela, la unidireccionalidad antigubernamental es tal en los medios privados, que los públicos y comunitarios han debido situarse en la

unidireccionalidad gubernamental para intentar compensar, lo cual tampoco es deseable. La solución es crear las condiciones legislativas de pluralidad y acceso que impliquen e involucren a todos los medios de comunicación, públicos y privados.

Observatorios de medios

Desde varios colectivos y profesionales se ha propugnado la creación de los denominados observatorios de medios, órganos de seguimiento y vigilancia de los contenidos, que elaborarían informes y documentos con sus conclusiones respecto a la rigurosidad, pluralidad, etc. de los medios de comunicación. Estos trabajos han tenido especial valor y repercusión en el seguimiento de campañas electorales. El problema es que se han enfrentado a la total falta de apoyo de gobiernos e instituciones públicas, lo que les ha limitado su capacidad de trabajo por falta de recursos técnicos y humanos. Por otro lado, el mismo sistema mediático que silencia lo que no desea e impide la pluralidad, también ignorará posteriormente las conclusiones y trabajos de los observatorios.

La solución pasa por el apoyo público a estas iniciativas dotándolas de recursos para su funcionamiento, pero, además, las recomendaciones de estos observatorios deberían ser vinculantes para los medios, para lo cual el Estado debe crear las vías de intervención necesarias que garanticen que los observatorios no se queden en meros informes testimoniales.

Medios estatales y colectivos

Otro elemento a plantear es la propiedad pública y colectiva de los medios de comunicación y el control democrático del acceso a ellos. Hoy tiene más poder un columnista de prensa que un diputado nacional. Al primero lo ha elegido un gerente empresarial, al segundo cientos de miles de ciudadanos. Eso es una aberración de la democracia. El líder de una organización política a la que votan un millón de ciudadanos tiene que mendigar un espacio en un periódico para que se le oiga.

Es humillante leer en la prensa nacional un escrito de un ministro como Carta al director. En México, el candidato presidencial López Obrador, votado por casi 15 millones de mexicanos, debe pagar a los consorcios televisivos de su país 23.364 dólares para poder emitir media hora de programa semanal a la una de la madrugada. No nos engañemos, y que no nos engañen, la amenaza hoy no es el control de la comunicación por un gobierno. Es el control de la información por un oligopolio de empresas.

Es verdad que las experiencias de propiedad estatal no han estado a la altura de la pluralidad y participación adecuadas. Pero eso no debe desacreditar la propuesta de medios estatales, del mismo modo que las deficiencias de un sistema judicial no son argumento para dismantelar el ministerio de Justicia y privatizarlo.

Como ya hemos dicho anteriormente, un medio estatal parte de mejores condiciones para garantizar su democratización que uno privado, de ahí que lo necesario es buscar y exigir los elementos necesarios que garanticen esa democratización e impidan que los medios de comunicación del Estado se conviertan en meras correas de transmisión y apología del partido o líderes gobernantes. El derecho de acceso que hemos citado anteriormente es uno de los mecanismos, pero también la conformación de consejos editoriales plurales y representativos, así como el carácter vinculante de los observatorios de medios o la incorporación de comités de usuarios y profesionales con amplias funciones de intervención en los contenidos.

Además, los medios públicos deben erradicar de sus dinámicas elementos del mercado que los distorsionan como es la publicidad. ¿Pondríamos a nuestros policías de tráfico o a nuestros médicos como soporte publicitario de una empresa de refrescos?, ¿por qué debe entonces patrocinar la información de nuestro telediario sobre las decisiones del gobierno o un debate en el parlamento? Para ello, hay que superar de la mentalidad ciudadana ese prurito al gasto público en información. Hoy es motivo de escándalo en todo el espectro político destinar recursos públicos a una televisión o radio estatal. De forma

que dotar de un presupuesto alto a educación y sanidad es percibido desde los sectores con mayor sensibilidad social como un gasto necesario ligado a una política solidaria y progresista acertada, pero no aplican esos mismos principios cuando se destinan recursos a los medios de comunicación públicos.

En una campaña electoral, los diferentes partidos incluyen en sus programas promesas de mayor presupuesto para educación, sanidad, incluso obras públicas, pero ninguno plantea un mayor gasto para la televisión o la radio estatal, porque saben que sería un suicidio electoral. Es un craso error ciudadano, porque del mismo modo que todos estamos convencidos de que se necesitan fondos públicos para que exista una justa y equitativa asistencia sanitaria, educación de calidad para todos o atención jurídica para los desfavorecidos, y de que el mercado no va a atender a esos sectores, también hemos de aceptar que el mercado no va a dotar fácilmente a la comunidad de medios de comunicación plurales y neutrales.

Por otro lado, hemos de diferenciar entre medios de propiedad estatal y medios colectivos. No debemos entender como medios públicos exclusivamente los estatales gestionados por directivos públicos y desarrollados por funcionarios. Se debe comenzar a desarrollar una nueva figura de medios colectivos, puestos en marcha por organizaciones sociales que tengan como objetivo primordial la información. El desarrollo que han experimentado los medios alternativos está demostrando que esos colectivos ya están suficientemente consolidados y experimentados como para que abandonen su marginalidad y el Estado los atienda y los legitime como medios de comunicación que tienen mayor democracia y representatividad que los privados. El problema es que, en la medida en que operen fuera del mercado –y de ahí su valor ético y profesional–, no podrán nunca abandonar la marginación ni tener garantizada su viabilidad.

Por ello, el Estado debe asumir el compromiso de que esos proyectos puedan seguir desarrollándose y haciéndose un espacio propio en

el panorama informativo. Un compromiso que se debe reflejar no solo en su reconocimiento formal, mediante una legislación que los saque de la alegalidad en que se encuentran, sino también ayudándolos con los recursos técnicos y económicos necesarios. En ese aspecto, Venezuela está siendo un ejemplo a observar de cerca. En este país, el Ministerio de Comunicación e Información ha creado una Dirección General de Medios Alternativos. Desde ella se editan libros y materiales destinados a formar a los profesionales de los medios comunitarios y se otorgan becas, se destinan recursos técnicos a radios y televisiones alternativas y se ayuda en la distribución de medios escritos. Del mismo modo, los ministerios e instituciones públicas incluyen a estos medios en sus planes de publicidad institucional. Todo ello no impide su autogestión e independencia respecto al gobierno, los colectivos que integran esos medios tienen absoluta autonomía para definir sus parrillas o establecer sus contenidos en las reuniones editoriales y de redacción. En cambio, en España la evolución es todo lo contrario, cuando se legisla no es para legalizar a los medios alternativos a legales, sino para ilegalizarlos al no darles una concesión. Y en cuanto a las webs, la tendencia es a imponer medidas de control y seguimiento sobre el contenido: autorización para abrir una página, datos fiscales para darse de alta, responsabilidad legal del editor sobre los comentarios de los lectores, etc. Incluso los intentos legislativos españoles pretenden que una autoridad administrativa pueda cerrar una web en Internet, mientras que para actuar sobre un medio de comunicación hace falta una orden judicial.

Una propuesta a estudiar

Es interesante retomar una iniciativa que planteó el filósofo Carlos Fernández Liria en el libro colectivo *Periodismo y crimen*, que se editó en España tras el golpe de Estado en Venezuela en abril de 2002.¹²⁰ Él parte de la idea, como nosotros, de que libertad de expresión y prensa privada son incompatibles, y plantea una propuesta muy audaz, pero que vale la pena que se discuta. La iniciativa de Fernández Liria

120 Alegre (Ed.). *Periodismo y Crimen*. Hiru. Hondarribia 2002

para Venezuela, o para cualquier país, era que el gobierno nacionalizara los medios e indemnizara a sus propietarios. Después se convocaría a oposiciones entre, por ejemplo, los licenciados en periodismo del país, garantizando unos tribunales imparciales elegidos entre titulares y catedráticos de periodismo. Estos, por algún mecanismo como los ya existentes en la Administración, seleccionarían a los jefes de redacción y sección, mediante un claustro de periodistas elegidos democráticamente con representación de los lectores y televidentes. No se trata de que aplaudamos esta forma como idónea, sino de abrir esa discusión. Evidentemente, este sistema tiene muchas complicaciones, dificultades, deficiencias que garanticen su imparcialidad y democracia. Pero, ¿acaso –planteamos ahora– lo que existe en este momento con el control privado de los medios de comunicación es más democrático, más plural o más imparcial?

En nuestras sociedades existe un mecanismo público para elegir determinadas responsabilidades profesionales que se considera que tienen que estar sometidas al control de la comunidad. No es el mercado el que elige a los jueces, sino un método, probablemente deficiente, pero de control público. Tampoco es el mercado el que elige al catedrático de universidad o de instituto. Se buscan criterios profesionales y técnicos para hacerlo. También es la administración quien selecciona, por su trascendencia, al inspector médico que firma el informe para el pago de una pensión pública de invalidez; o el de trabajo, que dice si se cumple la legalidad en una empresa; o el inspector fiscal, que decide si una persona o empresa está cumpliendo con sus obligaciones fiscales. ¿Por qué entonces el medio de comunicación –que tiene la capacidad de proyectar en toda la ciudadanía la labor de esas personas, su apoyo o su crítica, o simplemente la verdad de lo que se está haciendo–, no está bajo ningún control colectivo?

Cito un ejemplo peculiar. Los jueces, en muchas legislaciones, tienen un elemento decisivo para decidir si un procesado o un convicto estará en prisión o no, y es el concepto de “alarma social.” Esa variable que aplica quizás con buen criterio el juez, quien puede conseguir que

exista o no son los medios de comunicación. Por tanto, también en esto, los medios tienen un poder que no les corresponde.

Quizás sea bueno estudiar la propuesta de Fernández Liria, que no es otra que lograr que los medios sean públicos, y al frente de ellos se pongan a personas elegidas con los criterios de profesionalidad, capacitación y consenso que se emplean para elegir jueces, catedráticos, médicos o maestros.

Conclusión

Las sociedades modernas se encuentran sometidas al mayor sistema de control global que ha existido en la historia de la humanidad. Una gigantesca y poderosa estructura que domina la información que se difunde, los valores que se propugnan y los liderazgos que se promueven. Esa estructura la conforman medios de comunicación, productoras de cine, mercados del ocio y toda una industria que ya ha conseguido convertir el planeta en un mismo zoco, donde toda esa operación ideológica ininterrumpida se encuentra idéntica y simultáneamente en cualquier lugar.

La capacidad de convencer al mundo de que un país o un líder es un enemigo a combatir es impresionante. De nosotros depende comenzar a crear a nivel global los sistemas de información, cooperación, asociacionismo y movilización que puedan enfrentar al monstruo. Aunque cueste creerlo, la buena noticia es que el tiempo corre en contra de este gigante, porque cada día que pasa las comunidades van avanzando en su incredulidad y desconfianza hacia ese sistema ideológico que nos persigue, al tiempo que se van desarrollando propuestas alternativas e iniciativas para enfrentarlo. Ninguno de nosotros puede permitirse el lujo de ser espectador, debemos incorporarnos a esa nueva esperanza de que otro sistema informativo es posible y necesario.

Como ha dicho el periodista Danny Schechter: “Estamos viviendo tiempos oscuros. Son tiempos de terror, de pesimismo político y, para mucho, de parálisis personal. Pero también son tiempos para buscar la luz.”

Epílogo

La guerra inmaterial o la construcción de la barbarie

Santiago Alba Rico

Introducción

A la cuestión muy enigmática de por qué las mayorías se someten (casi) siempre al imperio de las minorías -planteada por el filósofo inglés David Hume hace 250 años- respondía Gaetano Mosca en 1896 con esta desconcertante simplicidad: “En la práctica, es inevitable el predominio de una minoría organizada, que obedece a un único impulso, sobre la mayoría desorganizada. La fuerza de cualquier minoría es irresistible frente a cualquier individuo de la mayoría, que se encuentra solo ante la totalidad de la minoría organizada.”

El número sucumbe inevitablemente al orden y millones de voluntades deseosas de paz, justicia y democracia; si se mantienen aisladas y desunidas están condenadas a la derrota frente a un puñado de individuos guiados por una estrategia y un objetivo comunes, por muy perversos que nos parezcan: el así llamado “crimen organizado”, por ejemplo, puede imponer su ley a barrios y ciudades enteras solo porque su violencia forma parte de una “organización” capaz de anticipar y desbaratar cualquier respuesta individual.

Bajo el capitalismo, el mundo está dominado, como nunca antes, por violentas minorías organizadas frente a las cuales las mayorías

desparramadas en átomos desconectados poco pueden hacer. Cuando hablo de violentas minorías organizadas -sectas fanáticas, compactas y casi siempre impenetrables- no me estoy refiriendo, claro, a las células de Al-Qaeda ni a los escuadrones de la muerte chiíes en Iraq, salvo en la medida en que imitan, y a veces sirven, a minorías mucho más poderosas: a Hulliburton, Shell, Monsanto, Bayern, Roche, Repsol (por citar a algunas) y a los gobiernos que les fungen de muñidores y arietes en todos los rincones del planeta. Para alcanzar sus objetivos, estas minorías organizadas recurren a menudo a la violencia directa, destructiva y *destituyente*, a través de guerras olímpicas desde el aire o dictaduras sangrientas a ras de tierra.

Pero la violencia directa o destituyente, allí y cuando es necesaria, se ve siempre acompañada de otra violencia que podemos llamar *constituyente* porque constituye precisamente sujetos desconectados e indefensos o, lo que es lo mismo, mayorías desorganizadas incapaces de comprender y, llegado el caso, afrontar el peligro.

Hacia 1760, David Hume, tratando de responder al enigma, comprendió ya toda la eficacia de esta segunda forma de violencia (de las minorías sobre las mayorías) y la denominó Opinión; es decir, la imaginación de los gobernados, orientada de tal forma que presten espontáneamente adhesión a sus gobernantes. Como es sabido, bajo el capitalismo la Opinión es una industria y está en las mismas manos que el petróleo, las semillas o los fármacos contra el SIDA (y los propios gobiernos), de manera que podemos decir sin empacho que la mayor parte de los medios de comunicación del planeta, directa o indirectamente, se cuentan entre esas violentas minorías organizadas o sectas fanatizadas que gestionan la vida de las mayorías desorganizadas y pacíficas.

Su violencia constituyente -a través de medios tecnológicos sin precedentes- constituye al mismo tiempo los contenidos y los sujetos que los reciben, en una doble acción simultánea que elabora, manipula o inventa la información y estandariza la recepción; que moldea el lenguaje y la realidad y formatea -por así decirlo- las categorías mismas

de la percepción. De estos dos aspectos de la violencia de los medios de comunicación (de la construcción de la noticia y de la construcción del lector o espectador) me ocupo en las páginas que siguen.

Guerra de cifras

El dique

Una de las ataduras más banales y dolorosas (también la más preciosa) de la condición humana es ésta que nos obliga, una y otra vez, a expresar la cualidad a través de la cantidad, las experiencias más íntimas, las más inasibles, las más desmedidas, por medio de cosas pequeñas, mensurables, acabadas. Esta desproporción entre nuestros arrebatos y nuestros medios induce inevitablemente a eso que llamamos *exageración*.

El pescador que, en el calor del relato, abre en arco los brazos está tratando menos de establecer el tamaño del pez que el de la emoción que sintió al pescarlo. En cierto sentido puede parecernos que el barón Münchhausen no opone límites a su fantasía, pero en otro, mucho más esencial, lo que caracteriza propiamente al bravucón, al *exagerado*, es -al contrario- su voluntad de medición, de precisión, de delimitación de una experiencia excesiva. "Te juro que pesaba por lo menos *17 kilos*."

Sin esta voluntad de medir, aunque sea siempre al alza, sin esta obsesión por encerrar entre los brazos muy abiertos una cualidad imponderable, jamás nuestro interlocutor podría representarse el nervio de nuestra experiencia.

El hombre exagerado, mucho más que el *comedido*, está poseído por la manía de tallar -en su doble acepción castellana- la estatura de las fuerzas que nos dominan. El exagerado es, por así decirlo, un topógrafo con telescopio. Solo inventa para circunscribir y redimensionar su espíritu. El gigante no es más que una miniatura de nuestro coraje; el dragón es la réplica en pequeño de nuestra sensación de peligro. Esto es lo que viene a expresar de un modo transparente el sentido

original latino del verbo "exagerar": levantar un dique ante el ímpetu de las aguas, imponer unos límites (mediante la demarcación enérgica del terreno) a la desmesura de la riada, acumular obstáculos (amontonarlos y amontonarlos, como si se tratase de adjetivos o de tropos) frente a un caudal que amenaza con desbordar.

El exagerado, es verdad, se extralimita, pero solo porque hay que poner límites muy grandes a una fuerza descomunal, a una potencia que no los tiene. Por eso -dicho sea de paso- el trabajo del artista, y señeramente el del escultor, está hecho de exageraciones. Su tarea es exagerar; exagera siempre. Tiene que exagerar para hacer enorme lo que de otro modo sería inconmensurable. Chillida u Oteiza (o Rodin o Miguel Angel) reducen a dimensiones colosales la angustia del infinito, hacen retroceder la desmesura, la sin-medida (invisible o peligrosa), al tamaño de las montañas. La piedra o el hierro son en realidad los diques de la belleza que está siempre a punto de perderse en el océano.

El drama de nuestra época es que ya no es posible *exagerar*. ¿Qué pasa cuando la cantidad es más grande, más ilimitada, que cualquier cualidad? ¿Cuando los medios, y no las sacudidas del alma, se convierten en una riada? ¿Cuando aquello que habitualmente nos sirve para medir -para medimos- se vuelve inconmensurable? Mercancías, muertos, capitales, armas, imágenes, textos: la desmesura, la sin-medida, el descomedimiento de la realidad misma desarma a todos los Münchhausen que querrían encontrar en el mundo una regla muy grande para medir su coraje, su pasión o su pensamiento. Ahora tenemos que medir la propia regla, que ni se mide a sí misma ni sirve para medir nada. ¿Cómo lo haremos? ¿Con qué regla?

La diferencia entre militares y civiles, entre guerra y paz, entre bombardeo, accidente, catástrofe y atentado, entre acumulación y destrucción, ha quedado borrada, y con ella también la diferencia entre lo pequeño y lo grande, imprescindible para entender un cuento y para juzgar a un hombre: nuestro mundo tiene ahora las dimensiones de lo *apeirón*, esa angustia que los griegos localizaban en el Infierno,

amenaza y reverso de la *polis*, y con la que nombraban el inacabamiento, la falta de límites, el borroso ámbito sin fronteras en el que los hombres, como los animales del zoo, no tienen en común más que su recíproco aislamiento.

El problema del pescador es el de traducir la cualidad al lenguaje de la cantidad, el de reducir el arrebató o la emoción al formato de la finitud; el nuestro -al contrario- es el de traducir una cantidad infinita al código de la sensibilidad, de la imaginación, del pensamiento. ¿Cómo representarnos aquello mediante lo cual, hasta la fecha, nos lo representábamos todo? No debemos desdeñar la influencia de esta *desproporción de los medios* en eso que, no sin cierta autocomplacencia, llamamos la crisis "moral" o de "valores" de nuestro tiempo.

A cierta velocidad los objetos dejan de ser visibles; a una determinada escala, por encima de lo *muy grande* o lo *muy numeroso*, los objetos dejan de ser mensurables. Pero medir no es solo la condición de todo pensamiento; sin medir tampoco podemos sentir; sin medir -con los brazos o con el cincel- no podemos compartir. La conmensurabilidad es también la condición de toda comunidad. ¿Cuánto tendría el pescador que abrir los brazos, y de qué le serviría, si el río transportase infinitos peces e infinitamente grandes?

Con un mundo inconmensurable no podemos tener *ninguna relación*; no nos concierne; no compromete ninguna forma de responsabilidad. ¿Será una casualidad que, frente a la *fondue* de lo *apeirón*, reculemos hasta los lazos más infinitesimales y ciñamos todos nuestros compromisos a los límites más pequeños, los más duros, a los puntos más ciegos de resistencia: la propia casa, la propia familia, la propia tradición?

Cifras

Un orden desmedido, desmesurado, solo puede ser aferrado en cifras. Pero las cifras, que se inventaron para poder levantar varias criaturas de una sola vez, solo expresan ya la infinitud de los propios números.

El presupuesto anual de los Estados Unidos es de tres trillones de dólares. ¿Cómo apropiarnos esta cifra? ¿Qué hacer con ella? ¿Alguien *desearía* tener tres trillones de dólares? Una cifra que no es ni siquiera *codiciable* no puede hacernos tampoco ningún daño. Precisamente por eso las montañas de oro en las que chapotea el abyecto, nauseabundo tío Gilito constituyen una *exageración*: porque son tan grandes que aún nos caben en la cabeza; son tan enormes que reducen esa cifra infinita a un tamaño manejable.

Una fortuna *exagerada* es una invitación a la envidia o a la revolución; un dique que puede ser derribado; tres trillones de dólares, en cambio, pueden dar diez veces la vuelta al mundo, deshojar cien mil árboles, desnudar a cien millones de niños y pelar catorce países sin que se muevan siquiera las cortinas de nuestra habitación.

La única manera de defenderse de estas cifras *apeirón* es precisamente exagerarlas. De inabarcables que son, hay que volverlas enormes. El gasto militar del mundo es de 900 mil millones de dólares al año. ¿Nos dice algo? ¿Puede haber alguna relación entre esas infinitas esporas de papel verde y el niño despanzurrado en la República del Congo? "Con la milésima parte de esa cantidad" -piensa Jack el Destripador contrariado por tanto despilfarro- "podría comprarme 12.500 millones de cuchillos". Con la sexta parte de esa cantidad -nos dice la UNESCO- se resolverían *todos* los problemas alimenticios y sanitarios del planeta. ¿Y la riqueza de Bill Gates? Hay que exagerarla para poderla manejar: equivale, al parecer, al producto nacional bruto de los 27 países más pobres de la tierra. ¿Y los 225 mil millones del contrato que el gobierno norteamericano acaba de firmar con la Lockheed Martin? Exageremos. Repartidos entre seis mil millones de habitantes, tocaríamos a 35 millones de dólares por cabeza; cada uno de nosotros podría comprarse 140 chalets en la playa, 700 coches de lujo, 210 mil televisores y, mucho más sensato, 70.000 olivos o una piara de 400 mil cerdos. Todo eso se llevará por los aires en un pedacito del ala -la veinteva parte del aparato- cada uno de los cazabombarderos con los que los Estados Unidos, en el 2005, hará trizas los centros de la Cruz Roja de Colombia.

Las grandes cifras no significan nada a menos que las exageremos; a menos -es decir- que sean exactas. Hay cifras que no se pueden redondear sin descarnar las criaturas que cobijan. El genio de Rabelais explotó la potencia hilarante de la hipérbole bien medida, de la precisión al alza: en una sola comida, Pantagruel devora 387 mil 423 vacas. ¿Por qué no sencillamente 400 mil? Porque -digámoslo sin ambages- nadie puede comerse 400 mil vacas; en cambio, sí que es posible comerse 387 mil 423. También 400 mil una.

La diferencia entre una vaca más o menos es la diferencia entre que haya vacas o haya solamente una cifra; esa voluntad contable, ridículamente minuciosa, que hemos atribuido al hombre exagerado, es la que da vida a las vacas y, en consecuencia, las vuelve comestibles (para un apetito, claro, de gigante).

El mismo recurso, y con un propósito semejante, lo utiliza Lorenzo Da Ponte en el libreto del *Don Giovanni*, de Mozart, en el catálogo que el fiel Leporello hace de las conquistas de su amo: "En España son ya mil tres". Leporello se está dirigiendo a doña Elvira, despechada pero más enamorada que nunca, y esta puntualidad no busca ni la verosimilitud del recuento ni la disuasión de la desgraciada; se trata más bien de una maniobra sutilmente erótica para mantener a doña Elvira prendida en las redes del seductor.

Mil es un número infinito; 1.003, en cambio, es un número finito. Hace falta *rebajar* la cifra, de mil a 1.003, para que todas esas damas - "campesinas, camareras, condesas, gordas, flacas, morenas, pequeñitas"- se revelen en sus particularidades, como algo más que sumas de una estadística, y don Giovanni aparezca, en consecuencia, como irresistible. Si fuesen 1.000, doña Elvira estaría salvada, *querría* salvarse. Porque son 1.003 doña Elvira experimenta con vértigo delicuescente todo el placer y toda la fatalidad de su destino (y el propio Leporello se enardece, se exalta, se acalora por vía interpuesta).

Mediante la exageración medida, que rebaja la infinitud de las cifras al rango de la enormidad, recuperamos precisamente la finitud de las cosas. Es esta una magia pequeña, pero honrada. Las piedras del

mundo son quizás incontables, pero no infinitas. No digamos que son -por ejemplo- 400 mil millones. Eso no es decir nada. Digamos que son 399 mil 897 millones 433 mil 25. Si son 400 mil millones nada perdemos si perdemos una. Si son 399 mil 897 millones 433 mil 25 no sobra ninguna. Están *contadas*, como se dice de las cosas escasas, ajustadas estrictamente al grado de necesidad y al número de necesitados, y de las que no se puede descontar -o descartar o apartar- ni siquiera una sin destruir un irremplazable equilibrio.

Se dirá que las piedras no tienen importancia, pero no tienen importancia precisamente porque no las contamos o porque las encerramos en una cifra redonda e infinita. Basta, en efecto, que estén *contadas*, incluso -o sobre todo- en los límites de la exageración, para que se vuelvan imprescindibles. Un mundo en el que *solo* hay 399 mil 897 millones 433 mil 25 piedras es un mundo que requiere vigilancia, atención, cuidados; un mundo en el que *solo* hay 399 mil 897 millones 433 mil 25 piedras es un mundo en relación al cual contraemos de pronto una muy seria, muy grave responsabilidad.

Lo mismo ocurre con los muertos. Son tantos, bajan tan torrencialmente desde todas las esquinas del mundo, que su número no se puede exagerar. Una enciclopedia francesa calcula que, desde su aparición en el plioceno hace un millón 200 mil años, han muerto 80.000 millones de hombres. Otra cifra infinita. Frente a ella, no podemos ni siquiera sentir la miserable alegría de seguir vivos.

Durante siglos los hombres han vivido la muerte en casa, en la inmediatez de las calles, en guerras libradas codo a codo y puñal contra puñal; de las cifras se ocupaban Polibio, Apiano y Tito Livio, a los que nadie leía. Hoy, al contrario, no tenemos personalmente otra relación con la muerte que la de estos gargantuescos, inasibles, olímpicos balances. ¡Seis mil muertos! ¡Diez mil muertos! ¡Un millón de muertos! Dios ha muerto; la Muerte también.

Nunca más deberíamos decir que en Irak, como consecuencia del bloqueo estadounidense y de la ocupación, han muerto 700 mil niños.

700 mil es una cifra inmutable, eterna, un sumidero que absorbe sin cambiar todo lo que se le va echando dentro. Mueran los que mueran, a 700 mil no se puede sumar ni uno más. El niño de ayer, el de esta mañana, no altera esa cifra; desaparece en ella. ¡Renunciemos a 15, a 200, a 1.025! Pongamos un dique altísimo a la sin-medida de las víctimas, canalicemos este chorreo mortal. Exageremos. En Irak han muerto, como consecuencia del bloqueo norteamericano y la ocupación, 697 mil 823 niños. Esa es una cifra a la que se pueden sumar, unidad por unidad, otras; esa es una cifra que nos transmite toda la angustia de sumar; nos revela en un escalofrío la frontera tajante, imborrable, que existe entre un instante y otro, entre un número y otro, cuando de lo que se trata es de pasar de la vida a la muerte. En Irak han muerto 697 mil 823 niños, 697 mil 824... 697 mil 825... y, por cierto, el que morirá mañana (697 mil 826) se llama Tariq, tiene 13 años y un *pokemon* en la cartera, y sus padres, que lo maleducan, le acaban de comprar un último, baratísimo reloj.

En la guerra de cifras, la nuestra debe ser una guerra contra las cifras. Lo contrario del número es el nombre, en latín *nomen*, que uno siente la tentación de emparentar con *numen*, esa "voluntad superior que se afirma mediante una señal de la cabeza o un gesto del cuerpo" (Pierre Grimal). Una fuerza, una potencia limitada por una insustituible enormidad: el cuerpo. El nombre, en efecto, es la marca de nuestra finitud, a la que pertenecemos por entero; pronuncia las siglas de la única, la última oportunidad de nuestro cuerpo en este mundo. Hasta los cojos tienen nombre; hasta los que han nacido sin manos; hasta los tuertos y los tullidos. Y eso porque un hombre cojo no es una cojera; su cojera, más bien, es su única, su última oportunidad de estar de pie bajo la luna, de entrar a bañarse en el río, de huir a toda prisa de un incendio.

Si hay un derecho inalienable, universal, incuestionable, incluso entre los yurok y los iroqueses, que los tienen contados, es el derecho de los hombres a tener nombre. "Cuando el niño bororo parece haber superado los peligros de los primeros meses de vida, es decir, los seis o siete primeros meses, se lleva a cabo la ceremonia del nombre.

Antes de ese plazo, la muerte del bebé no contiene ningún tipo de implicación social: los padres entierran el cadáver en privado, como lo harían con animales domésticos. Pero, dotado de un nombre, el niño posee una personalidad social o, en lenguaje bororo, de un alma o **aroe** que constituye una identidad, de modo que si llega a morir se hacen necesarios funerales completos" (Christopher Crocker).

El que aún no tiene nombre, el que lo ha perdido, el que no merece más que medio o uno genérico, como los insectos (ese "Fatma", por ejemplo, con el que los colonos franceses en Argelia clasificaban a las mujeres árabes), está virtualmente muerto. Se le puede matar o, al menos, enterrar como a un animal doméstico. "En Europa sobran dos millones de vacas": las cifras infinitas son las tumbas sin lápida de los que, enterrados en ellas, revelan así cuán poco importaba que murieran o incluso hasta qué punto merecían, de algún modo, morir. Frente al número, el nombre (y con todos los apellidos).

Cuando el barón de Charlus, en la última fiesta de *El tiempo recobrado*, se encuentra con el narrador, que vuelve al mundo tras diez años de encierro, le hace sádicamente experimentar el paso del tiempo, como Leporello, mediante una lista: "¡Saint-Loup, muerto! ¡El duque de Guermantes, muerto! ¡Swann, muerto!...". Las listas de marineros naufragados en las costas de Nueva Inglaterra o la de las víctimas del fascismo en los muros de Italia, constituyen al mismo tiempo un homenaje y una advertencia y no pueden leerse sin un escalofrío. ¿No debería un imperativo moral obligar a todos los periódicos del mundo a publicar los nombres de todos los muertos de Iraq y Afganistán?

Lo contrario del nombre es el número. Para que nos entendamos bien: lo contrario de un jugador de fútbol, que lleva su nombre estampado en la camiseta, es un prisionero en un campo de concentración, que lleva un número mal cosido en la manga del uniforme. La idea de gasear a Raúl o a Figo nos parecería una monstruosidad, pues son dueños de un nombre propio (tan propio que sus cuatro letras excluyen de un vistazo incluso el riesgo de la homonimia); es mucho más fácil

gasear al preso número nueve, despojado de todo lo que no es "común", como el bebé bororo, y al que solo hay que empujar con el codo mirando hacia otro lado.

Mucha gente no del todo buena sentiría muy sinceramente la muerte de Figo o de Raúl; la gente mejor de la tierra es incapaz de sentir nada ante la muerte de (incluido ya el pobre Tariq) 697 mil 826 niños irakíes. No es por nada: es la diferencia entre los nombres y los números. Pero esa diferencia, por desgracia, cabalga y traduce otra más profunda, que es al mismo tiempo ideológica y económica y que distingue cada vez más, y de un modo más desigual, entre humanidad y pobreza, entre mercados y refugiados, entre privilegios y terrorismo.

Guerra de palabras

Palabras

A finales de los años 50, George Steiner denunciaba en un polémico artículo la corrupción de la lengua alemana a manos del nazismo: el confinamiento de toda una nación en la región de las metáforas zoológicas, de las afirmaciones vacías, de los embustes autistas, habría dejado inservible el alemán para la literatura y la verdad.

Steiner defendía su pobre peculio de escritor y concebía ingenuamente la lengua como un tesoro susceptible de malversación, al que habría que corromper desde "fuera", como el virus corrompe una lozanía. En esto se equivocaba.

El lenguaje tiene sin duda límites místicos, pero no ideológicos: su capacidad para extraviar el sentido es infinita. Sirve quizás, sobre todo, para eso. El rebato de declaraciones que siguieron al 11-S así lo prueba. "Un ataque contra nuestra civilización", "el terrorismo es la lacra de nuestro tiempo", "afirmar que a los terroristas no hay que matarlos es como afirmar que a los delincuentes no hay que detenerlos y condenarlos", "cuando el humanitarismo permite hacer progresos a

los ejércitos, yo me alegro", "los Estados Unidos tiene derecho a la venganza", "israelíes y palestinos siguen siendo una amenaza *los unos para los otros*"... ¿Cómo la lengua castellana -o la inglesa o la persa- *permite* decir eso? Al contrario que en un puzzle, donde las piezas solo son *expresivas* en *una* -y solo una- combinación, las palabras admiten encajes inagotables. Todo puede decirse. O mejor: no hay nada que no pueda decirse. Y no hay nada, por tanto, que no llegue a decirse. Los tristemente famosos libelos de la Fallaci demuestran hasta qué punto un descomedimiento encuentra siempre palabras con las que romperle la cara a la verdad -y oídos que se regocijan oyéndola gemir.

Ningún hombre estará completamente sometido mientras la libertad esté instalada en el corazón mismo del lenguaje: la libertad para mentir. Pero entonces la comunicación y, más allá, la verdad presupondrá el *acuerdo* espontáneo, aunque tal vez extralingüístico, mediante el cual dos hablantes se declaran mutuamente su intención de renunciar a la libertad mientras dure el acto comunicativo. No es que se dé por supuesto que el otro no va a mentir o que uno mismo no vaya a verse en la necesidad de hacerlo: se da por supuesto que el *marco de posibilidad* de la comunicación es la verdad.

Los malentendidos también se entienden, pero no son la *finalidad* de la conversación. Sobre el fondo de este *acuerdo*, dos hablantes pueden llegar a uno de signo contrario y, tras delimitar las condiciones espacio-temporales del juego, *jugar a mentir*, haciendo esto, se limitan a definir por antífrasis el *marco de posibilidad* de la comunicación, y a aceptar sus restricciones. Valga decir: la verdad es un *juego*. La mentira no. La verdad son *reglas*. La mentira no. Pero ocurre que de este juego y estas reglas no solo han nacido los poemas de Leopardi y de Hölderlin, el *Buey desollado* de Rembrandt y las matemáticas de Gödel, las novelas de Dostoiévski, de Flaubert, de Kafka; ese *juego* y esas *reglas* son la base, aún más que la separación de poderes, de esa forma jurídica cuyo nombre -debo confesarlo- siempre he pronunciado con mucho menos fervor que los que acostumbran a patearla desde dentro: Estado de Derecho, legalidad internacional, democracia.

Que el hombre más corrupto, el más abyecto, el más trapacero, aquel acostumbrado a obtener ventaja de la mentira y a sobornar las flaquezas de los otros, pregunte al pescadero "¿son frescos estos mejillones?", demuestra hasta qué punto la verdad es el principio de toda comunicación y prueba que un tal principio solo puede ser violado por la inalienable libertad de la mentira a condición de reconocer una y otra vez su autoridad.

Para mentir se necesita, pues, una cierta valentía. Hay que ser capaz. Frente al pescadero, el mentiroso restablece el acuerdo que ha violado mil veces devolviéndole su originalidad ultrajada: "A ver si eres capaz de mentirme". El mentiroso, como para iluminar la naturaleza heterónoma de su coraje, da por sentada con su pregunta *la cobardía* del pescadero; la presupone, por decirlo así, como se presupone el valor entre militares.

¿Están o no frescos los mejillones? La cuestión es que de unos mejillones que no están frescos (y que no lo están, se diga lo que se quiera, para la Ciencia) *se puede decir* que lo están, obteniendo tal vez ventaja con ello; y sin embargo el mentiroso, que ha ganado a su vez muchos millones con la mentira, espera que el pescadero no mienta, como sus víctimas lo esperaban de él. ¿Tendrá o no valor el pescadero? Si es un cobarde, como presupone el mentiroso, éste se llevará a casa unos buenos mejillones (o, si los mejillones -como siempre es de temer- no están frescos, comprará otra cosa).

Si el pescadero, por el contrario, es *capaz* de mentir, el mentiroso se consolará del torozón celebrando el carácter universal de la mentira y complaciéndose además, como otras veces con los más grandes, en su capacidad para corromper también a los más pequeños, pues ha sido su pregunta -después de todo- la que ha obligado al pescadero a la audacia de mentir. En todo caso, la pregunta del mentiroso es tan ingenua y espontánea como si la hubiese formulado san Francisco. No busca la corrupción de sus semejantes, busca mejillones frescos; y su espontaneidad demuestra que la verdad es la condición de toda comunicación y que incluso el más mentiroso espera siempre

la verdad de los otros, como los otros la esperan de él -pues de otro modo, por lo demás, de nada valdría mentir.

Aceptado por todos, trameado por todos diez veces al día en una transgresión que ilumina su autoridad, hay que ser muy *valiente* para ignorar este *acuerdo* y, como si no hubiese existido nunca un marco lingüísticamente *garantista*, devolver al lenguaje toda su criminal libertad.

Hay veces en que los hechos levantan un bosque de lanzas y hace falta arrojo para decir la verdad. Hay otras en que los hechos declaran explícitamente la verdad y entonces hace falta *arrojo para la mentira*. Sócrates, Spinoza, Zola hicieron gala de la primera clase de arrojo; mucho me temo que los políticos y sus medios de comunicación (y sus intelectuales esbirros) se sostienen desde hace ya mucho tiempo sobre la segunda.

Hace falta *arrojo* para destruir de un solo golpe, no una vida -o seis mil, o un millón-, sino *unas condiciones*. Pero cuando se ha hecho -y se hace *de un solo golpe*-, el lenguaje es ya puro extravío; y en él uno siente la misma impunidad psicológica que los personajes de Conrad en la jungla. Después del primer golpe, todo es más fácil: negando públicamente al mismo tiempo que los hechos *el marco mismo* del acto de comunicación, *todo puede ser dicho ya*.

Se miente no para simular una verdad favorable sino para que todo, incluso la verdad, adopte la apariencia de la mentira. A partir de ese momento todo lo *dicho* tiene siempre densidad performativa: nada importa el *contenido* de las mentiras, lo que importa es *comprometer* la posibilidad misma de la verdad. Frente a una mentira muy grande -y voceada por los medios más poderosos- todo el lenguaje parece mentira. A eso se llama neutralizar las defensas del enemigo y no importa qué se destruye ni cuánto puede costar reconstruirlo. Para eso se miente: se miente, sobre todo, para que *nadie pueda ser creído*. Desde ese momento, las palabras no sirven ya ni siquiera para cubrir públicamente las cosas muertas.

Pansemia

Como bien recuerda Noam Chomsky, es muy difícil convencer a los hombres de que la violencia es "inútil" cuando la historia de los Estados Unidos demuestra cotidianamente todo lo contrario. La violencia, si tiene misiles y bombas de racimo, es extraordinariamente eficaz y puede apropiarse de países enteros; si solo tiene pistolas, es menos eficaz, pero puede apropiarse de un barrio o de un negocio; si solo tiene un cuchillo, es un poco menos eficaz y apenas si puede arrebatar una cartera; y si solo tiene los puños, su eficacia se reduce quizás a someter a una mujer asustada o a un niño débil. Lo mismo pasa con el lenguaje: los que a menudo lamentamos su "impotencia" para cambiar el mundo nos olvidamos de que la existencia de la televisión y de los periódicos demuestra cotidianamente todo lo contrario.

La palabra, si tiene un satélite y cien canales, es extraordinariamente eficaz y puede transformar países enteros; si solo tiene un altavoz, es menos eficaz, pero puede fundar un partido o una secta; y si solo tiene la garganta, puede aún engañar a un turista o enamorar a una amiga. Si es más bien dudoso que "el fin justifique los medios", es en cambio incontestable, irresistible, que los medios justifican todos los fines, de manera que en cierto sentido basta la acumulación y exhibición de *los medios más poderosos* (de destrucción o de comunicación) como garantía de legitimidad y credibilidad.

Un puñal es mucho menos legítimo que un B-52 y una verdad en voz baja es mucho menos creíble que una mentira en televisión, y esto -digamos- no por el mal uso de los medios más potentes, sino por su pura potencia superior, que los hombres no pueden concebir a merced de una mezquina voluntad particular. El B-52 justifica el bombardeo de la ciudad bombardeándola, pues su necesidad moral está inscrita en el empleo de un medio tan impersonal y tan terrible; el periódico de gran tirada *verifica* su mentira sencillamente publicándola, pues la fuerza de su credibilidad está inscrita en la extensión misma de su publicidad.

El puñal se acusa a sí mismo; el misil acusa a la víctima. La verdad privada se desmiente a sí misma; la mentira pública -y tanto más cuanto más pública sea- autentifica sus fuentes. Por eso es tan fácil usar mal los medios más grandes, no porque sean superiores, sino porque su propia grandeza les confiere legitimidad y credibilidad; no porque asusten o intimiden sino porque *convencen*. Y por eso su mal uso es particularmente grave, particularmente criminal, porque a fuerza de usarlos mal no solo matamos o engañamos a millones de personas sino -mucho peor- acabamos por destruir las condiciones mismas de toda legitimidad y toda credibilidad.

Eso es lo que ha venido ocurriendo muy deprisa en los últimos años, a partir de la colusión -precisamente- de los medios de destrucción más terribles y de los medios de comunicación más influyentes (uno de los rasgos, entre otros, del totalitarismo). Como ya ocurrió en otras épocas de la historia y demostraron muy bien Kempleren o Steiner en el caso del nazismo, esta colusión es insoportable para *el lenguaje humano*.

Olvidamos en general que las palabras son también cosas, los ladrillos de la ciudad compartida en la que nacemos y cuyas calles se nos anticipan ya trazadas. Olvidamos además que las palabras son las cosas primeras, las más inmediatas, las que tenemos más cerca de los ojos; que antes de habitar nuestra ciudad o despertar en nuestra cama habitamos y despertamos en nuestra lengua.

En este mundo nuestro hay casas, niños y palabras, digamos, y lo que diferencia a estos tres tipos de criaturas es que las palabras son *más duras*, duran más, siguen en pie cuando los cuerpos y las columnas han sido derribados. Esta es al mismo tiempo su ventaja y su vulnerabilidad. Construcciones históricas y sociales, las palabras retienen una autonomía relativa, son capaces de seguir significando al margen o en ausencia de su referente objetual: sin eso no sería posible, por ejemplo, llamar "justicia infinita" al asesinato desde el aire de 50 hombres y mujeres ataviados para una boda o "libertad duradera" a la invasión sangrienta e ilegal de una nación.

La propaganda declara precisamente la autonomía del lenguaje, su superior resistencia, como la de los insectos, frente a las catástrofes, el poder material del que les inviste su objetividad colectiva y su precedencia subjetiva. Lo que permite la propaganda es lo mismo que permite la poesía y no por casualidad ambas -propaganda y poesía- movilizan los mismos recursos: el eufemismo ("efectos colaterales", "contratistas"), la sinécdoque ("comunidad internacional"), la sinestesia ("fuego amigo"), la metáfora ("uvas de la ira") o el hipérbaton ("diez palestinos mueren a causa de un bombardeo").

Pero la autonomía del lenguaje es limitada y su capacidad de resistencia acaba por sucumbir a *los medios de destrucción* que se sirven de ella para legitimarse en público. El equivalente de los bombardeos masivos sobre Faluya es lo que yo llamo, respecto de la ciudad lingüística, "episemia" o "pansemia", el vértice en el que la propaganda triunfa y se vuelve innecesaria: esa sobresaturación semántica en virtud de la cual, a fuerza de significar *demasiado*, las palabras ya no significan *nada* y su solo uso contagia y difunde, como una peste, la *incomunicación*. Baste pensar en los términos "democracia", "fascismo", "genocidio" o "libertad", de tal modo generalizados, en indiscriminada proliferación, que se han vuelto inútiles como instrumentos de definición y como herramientas de combate.

Cuando *los medios de destrucción* presionan excesivamente sobre la autonomía del lenguaje (lo que implica la responsabilidad individual de todos aquellos, políticos, periodistas e intelectuales, que lo gestionan en el espacio público), las palabras se vuelven, como decía Steiner, "inservibles para la verdad y para la poesía". El lenguaje mismo, como transporte ingenuo de consensos básicos e instrumento de conocimiento, colapsa, desapareciendo junto a él la posibilidad misma de un espacio público compartido.

Mucho más que la muerte de civiles o la destrucción de un país, esta destrucción del lenguaje es el crimen mayor contra la humanidad que cabe reprochar a los Estados Unidos. Mientras el lenguaje resiste, ninguna catástrofe obliga a empezar de cero; sin él, la verdadera

catástrofe es la de tener que comenzar -¿y cómo hacerlo sin lenguaje?- desde la Edad de Piedra.

Dotado solo de una fuerza militar incontestable, Bush no invadió Iraq contra el Derecho Internacional sino *para* acabar con él; no mintió ante la ONU para hacer creer una mentira sino para que, después de eso, nadie pudiese creer una verdad. Invadió y mintió, o mintió e invadió, dos operaciones orgánicamente indisociables, para destruir al mismo tiempo *las condiciones de toda legitimidad y las condiciones de toda credibilidad*.

La mayor parte de los grandes medios de comunicación, al aceptar convertirse en las cureñas ideológicas de los cañones imperiales, han erosionado definitivamente su poder sagrado y se han hecho cómplices de este crimen total contra las bases mismas de la convivencia humana. Que los pueblos hayan dejado de creer en la ONU, que los votantes hayan dejado de creer en los partidos, que los lectores hayan dejado de creer en los periódicos constituye el principio -ético y cronológico- del totalitarismo, pero no es responsabilidad de los hombres, siempre dispuestos a confiar en la independencia de todo *medio público* - palabras o instituciones- sino de los que las han hecho estallar desde dentro. En este contexto, el fenómeno del "terrorismo" es solo la manifestación natural -como un tsunami- de un mundo al mismo tiempo muy nuevo y muy viejo cuya humanidad y moralidad ha sido destruida, por pasiva o por activa, por los gobiernos y los medios de comunicación de Europa y de los Estados Unidos.

El lenguaje amenazado

En un mundo donde es imposible exagerar, no solo las cifras, tampoco las palabras miden ya nada. Cualquiera que sea la relación entre las palabras y las cosas, los lingüistas y los chamanes aceptan por igual su fuerza de imantación recíproca. Entre una piedra y la palabra "piedra" no hay ninguna intimidación, ningún contacto, pero la palabra misma se nos antoja redonda, aristada, dura, como nos lo parecería también la palabra "esponja", tan porosa y tan suave, si llamáramos así a la

piedra. Esto revela, por si hiciera falta, la vitalidad de las cosas y su influencia lunática, a una distancia astronómica, sobre nuestra conciencia. Demuestra, además, la decisiva superficialidad de lo esencial, pues lo que verdaderamente importa es que exista en el mundo la diferencia entre lo blando y lo duro, entre las piedras y las esponjas, así como que existan en nuestro diccionario dos palabras diferentes para nombrarlas (cualesquiera que éstas sean). Esa es la condición banal de la comunicación y, más allá, de la belleza y de la ciencia; y si nos parece banal es solo porque nunca hasta ahora la hemos sentido amenazada.

Entre la palabra "Dios" y un coche, por otra parte, tampoco hay ninguna relación, pero pueden asociarse de tal manera que uno se sienta un genio mientras conduce. Esto revela toda la potencia demiúrgica del lenguaje y su capacidad para enlazar -y fertilizar- las cosas en la conciencia. Demuestra asimismo que la publicidad se limita a explorar para su ventaja una red amplísima de relaciones en la que ya no son las cosas la medida del hombre sino el hombre mismo (como nudo eléctrico de vínculos psicológicos o sociales) la medida de todas las palabras. Esta conmensurabilidad interna al lenguaje, tan *por supuesta* como la diferencia entre la piedra y la esponja, es la condición de toda producción cultural (las sutiles metonimias del erotismo y de la literatura, de los cultos religiosos y de la manufactura de imágenes), pero también el campo de operaciones de todos los ingenieros de la imaginación.

Esta doble relación (entre las palabras y las cosas y entre las palabras mismas) constituye ese sistema de proporciones que llamamos "mundo". La propaganda, cuya raíz verbal ("propagar") evoca la idea de plaga y de pandemia, apunta menos a la posibilidad de manejar a los hablantes que de amenazar al lenguaje mismo, destruyendo aquello que lo define más esencialmente; es decir, su capacidad para producir -y medir- un mundo.

La mentira salvaje, explícita, a partir de la cual nadie puede ser ya creído, o la inversión desvergonzada y sistemática de todas las

relaciones ("nuestros niños se sienten cotidianamente amenazados por el terrorismo afgano") busca sobre todo interrumpir la continuidad, aislar recíprocamente los nombres y las cosas.

Muy certeramente nos recuerda el escritor Carlo Frabetti el significado estricto del verbo "condenar": cerrar, cegar, emparedar, incomunicar ("condenar una salida", "condenar una habitación"). Mediante la propaganda, en efecto, las palabras quedan incomunicadas respecto de las cosas, confinadas ahora en un espacio donde no pueden ser objeto ni de conocimiento ni de negociación. Esta "ruptura de relaciones" con el mundo daña mortalmente al lenguaje, que contrae la enfermedad -podemos llamarla así- de la "homonimia valorativa", difundida mediante episeimia o panseimia. Imaginemos una lengua en la que la palabra "piedra" cubriese semánticamente la mitad de los objetos del universo y solo sirviera para oponerse a la palabra "esponja", que cubriría la otra mitad; imaginemos una lengua que solo tuviese dos palabras, una para condenar y otra para aprobar -y ninguna para conocer- y que el contenido de esas palabras no estuviese decidido por las cosas mismas, ni por la voluntad del hombre de medirlas, sino por el poder económico-militar de los hablantes.

Si el asesino llama asesino a su víctima, ¿qué diferencia nos permitirá juzgarlo? Si Hitler, Sadam Hussein y Fidel Castro son todos *nazis* por igual, ¿qué quiere decir *nazismo*? Si monseñor Setién y Ben Laden son, tal para cual, dos *integristas*, ¿qué aprendemos con esta identificación? Si Arzallus, el Black Bloc y Nación Aria pueden ser llamados a igual título *fascistas*, ¿qué es lo que sabemos del *fascismo*? Cuando el lenguaje ha roto relaciones con el mundo, *todos los nombres son iguales* y entonces se hace tan inevitable como inútil una espiral de sobrelexicalización ("nazi", "integrista", "bárbaro", "totalitario").

Mediante la escalada verbal tratamos en vano, por amplificación, de provocar un significado, de decir finalmente *algo*, al mismo tiempo que revelamos y confirmamos hasta qué punto no hay ninguna diferencia entre dos palabras allí donde las palabras ya no significan

nada o donde apenas significan otra cosa que la voluntad agresiva de arrinconar las cosas. El problema es que de nada sirve la denuncia.

La propaganda tiene el efecto de pudrir el lenguaje de todos, de inutilizar todos los lenguajes y de arrastrar a la sobrelexicalización nihilizadora a los mismos que querrían combatirla. Ese es su triunfo. Pensemos, por ejemplo, en el empleo abusivo que se hace desde la izquierda del término "genocidio". Frente a la atrocidad silenciada o imputada a la víctima, sumidos en la escala continua de la insensibilidad, utilizamos la palabra "genocidio" no para definir sino para acusar, no para conocer una diferencia sino como un puro e inane aumentativo: es que la palabra "crimen" ya no se entiende, no conmueve a nadie, no significa nada. Es como decir "gigantazo" o "rascacielón", en realidad queremos decir "millones" -es decir, una cantidad infinita. Es como tener que doblar la dosis de una sustancia para volver a sentir lo mismo o para sentir cada vez un poco menos. Una matanza puede ser o no un genocidio independientemente del número de víctimas; Suharto no cometió genocidio matando a medio millón de comunistas indonesios mientras que sí sería un genocidio acabar con unos cuantos miles de miskitos en Nicaragua.

Pero precisamente, atrapados en la espiral nihilizadora de la propaganda, allí donde el sistema de proporciones que llamamos mundo ha quedado disuelto en la homonimia, insistimos en cubrir con números lo que no podemos penetrar ni con el sentimiento ni con la razón. Con "genocidio" queremos decir algo así como "matanzón", tratamos de medir a fuerza de estocadas, pinchando cada vez más arriba, una realidad que está sencillamente en otra parte. Y es inútil, tan inútil como tratar de explicar a un ciego el color "rojo" añadiendo "carmesí". ¿Confiamos en que *peor* revele el significado de *malo*? ¿En que *justísimo* desentrañe el sentido de *justicia*? Nos elevamos hasta "genocidio" para que la gente entienda "crimen", pero así solo conseguimos hacer también irrelevante el "genocidio".

La propaganda incomunica, pues, las palabras y las cosas. Pero también cruza, como se dice entre animales, estirpes de palabras entre

sí para la generación de sentidos monstruosos. Esta política de cópulas forzadas y enlaces contra-natura lleva al lenguaje a contraer - llamémosla así- la enfermedad de la "sinonimia dirigida", difundida también mediante episeemia o panseemia. Imaginemos una lengua en la que "piedra" y "esponja" significasen lo mismo y esto en virtud, no de afinidades materiales o de comunes genealogías lingüísticas, sino del poder económico-militar de los hablantes. Hitler consiguió que "judío" e "insecto" se sustituyesen de tal modo en la cabeza de los alemanes que gasear a uno o pisar al otro se consideraban por igual acciones insignificantes o incluso meritorias.

La propaganda de nuestros media y de sus voceros ilustrados utiliza la misma técnica heterogenética. "Nosotros somos humanos", dice el contralmirante estadounidense John Stufflebeem, comentando el lanzamiento simultáneo de bombas y bolsas de comida sobre Afganistán, "solo queremos dar asistencia humanitaria a quienes lo necesitan." Lo humano es lanzar bombas y los que las reciben, pues, solo pueden ser inhumanos; la desigualdad de medios revela asimismo una desigualdad de naturaleza.

Los B-52, por otra parte, son los emisarios de la paz y pronto desplazarán a la paloma de Picasso como símbolo de la amistad entre los pueblos. La sinonimia dirigida va esposando así especies verbales que la razón solo puede juzgar malavenidas: bombas de racimo y filantropía, control de las comunicaciones y libertad, maldad congénita y pobreza.

En la cabeza de nuestros occidentales, terrorismo y piel morena se superponen ya de tal modo que apenas si los gobiernos encuentran resistencia a las medidas "profilácticas" (retirada de becas a estudiantes árabes, selección racial de los inmigrantes, prohibición de volar en ciertas compañías a los musulmanes) pensadas para contener a 1.200 millones de personas detrás de un cordón sanitario. "Bloquearemos las emisiones de Al-Jazeera en Inglaterra porque fomentan el odio entre religiones", declara el gobierno de Toni Blair.

Manipulación no es un término indulgente si recordamos todos sus parentescos etimológicos. Manipular es coger a "puñados" cosas que deberían ser cogidas una por una; manípulo es el nombre de una tosca insignia militar romana (un palo y unas hierbas), así como el de las tropas que lo portaban; manopla es un guante desprovisto de dedos, un muñón postizo, de origen también militar, con el que es imposible dar cuerda a un reloj o desabrochar un botón. Usamos las palabras a puñados o a manotazos, como insignias y no como signos, como muñones de hierro para arremeter contra las cosas sin tener que notarlas.

Es la guerra: si pasamos de la homonimia valorativa a la sinonimia dirigida, sencillamente suprimimos el mundo. Y si suprimimos el mundo podemos ya hablar indefinidamente, ilimitadamente, sin medida, en la seguridad de que todo está permitido allí donde nada está definido. La aparente facilidad con que conviven la libertad de expresión y el régimen de control polítécnico (del trabajo a la guerra) del capitalismo deja de ser un misterio cuando se han destruido las condiciones mismas de la producción de sentido.

Donde las palabras no significan ya nada, ¿qué tendríamos que callamos? En medio del bullicio de voces que puebla nuestro universo, en esta selva erizada de palabras, se puede decir todo, incluso la verdad, sin que ello produzca ningún efecto. Se puede decir todo, incluso la verdad, precisamente porque la palabra no introduce ya ningún efecto, no tiene ninguna consecuencia, salvo la de confirmar una vez tras otra su terrible, peligrosa, devastadora inanidad.

Propaganda y nihilismo

La propaganda daña ese sistema de proporciones que llamamos "mundo". Desde el 11-S los medios de comunicación han ido dejando a un lado todas las proporciones, como lo demuestran estos pocos ejemplos que, de entre un repertorio rico en dislates y fabuloso en miseria nihilizadora, ofrezco a continuación.

Amenaza constante. La edición electrónica del diario español *El Mundo* incluye el siguiente titular al pie de una fotografía: "Israelíes y palestinos siguen siendo una constante amenaza los unos para los otros". Esta frase es una joya de la propaganda; una exhibición finísima del triunfo de la homonimia en su campaña por la abolición de las diferencias. En el insurgente gueto de Varsovia, ¿judíos y alemanes se amenazaban mutuamente? Pero más reveladora que esta sádica frase en sí misma, lo es la relación que mantiene con la fotografía escogida para ilustrar la "recíproca amenaza". En ella se ve a una madre palestina, gruesa, mayor, el velo ceñido a la cabeza, que lleva de la mano, a un lado y a otro, a dos niñas de seis o siete años; frente a ellas, un soldado gigantesco, en uniforme de combate, rodilla en tierra, las encañona con su fusil a un metro escaso de distancia. ¿Madre armada de niñas contra una metralleta desarmada? ¿Recíproca amenaza? Esta fotografía demuestra hasta qué punto el lenguaje ha roto relaciones con el mundo y, desde fuera, desactiva y acaba por anular completamente su existencia.

No hace falta ni siquiera ocultarlo. Cuando la propaganda triunfa -como ha triunfado bellacamente en la llamada cuestión palestina- la realidad, incluso delante de los ojos, no dice nada, no expresa nada, no desmiente nada; lo que vemos, lo que sabemos, pertenece a un ámbito de eficacia "cero" en el que los cuerpos mismos son política y moralmente invisibles.

Si se ha suprimido el mundo, no hace falta ni siquiera manipular las imágenes o seleccionárselas interesadamente; cualquier fotografía vale para confirmar la agresividad de los palestinos; la agresividad también de un palestino muerto. ¿Por qué no la de Mohammed Dorra, acurrucado tras su frágil parapeto, sirviendo de aún más frágil parapeto al cuerpecillo que tiembla, suplica y se pliega finalmente sin vida, como si fuese de trapo y no de niño, bajo los disparos israelíes?

La imagen más explícita, la más brutal, vale siempre menos que una frase ciega, una frase que ciega, una de esas frases sin salida que cortan de un sablazo, en un gesto mucho más radical que cualquiera

que deje un charco de sangre, la comunicación entre las palabras y las cosas.

Activa y pasiva. "Un pistolero palestino dispara a matar en Jerusalem", titula la primera página de *El Mundo* digital de una mañana cualquiera. Después, la vista recula hacia la entrada montada sobre el encabezamiento: "Al menos una persona herida"; a continuación, los que tenemos la paciencia de leer el grueso de la noticia, nos enteramos de que la única víctima mortal de esta acción ha sido precisamente su ejecutor.

Dejemos a un lado el término "pistolero", cifra de la violencia irreductible, tan despolitizador que legitima en sí mismo cualquier respuesta, tan negativamente plano que se evita incluso para los locos indiscriminados que matan en los colegios y restaurantes de los Estados Unidos; no atendamos tampoco al hecho de que a los palestinos asesinados *El Mundo* los contaba ayer -a medida que, hora tras hora, iba creciendo su número- a pie de página, en el bolsillo de atrás de "Otras Noticias".

Más sutil aún, hay que prestar atención al terrorismo sintáctico, a la torsión o tortura de las frases en su estructura misma. ¿Hemos reparado alguna vez en que los palestinos son siempre los "sujetos", activos o pasivos, de todas las oraciones? "Un pistolero palestino dispara a matar en Jerusalem", "Un palestino muere como consecuencia de un intercambio de disparos con el ejército israelí". ¿Percibimos toda la distancia que media entre decir "Un colono judío mata a tiros a tres palestinos" y decir, en cambio, "Tres palestinos mueren a manos de un colono judío?" El verdadero "agente" de todos los problemas en Palestina se retira a posiciones sintácticas retrasadas y, allí agazapado, borra todos los rastros de su responsabilidad.

Los palestinos matan (decisión alboral, libre, irrupiente, negativa); los palestinos mueren -como si fuera una ley de la naturaleza. Los palestinos, en efecto, siempre mueren *a consecuencia de* (el más volátil de los "causales") un misil lanzado desde un helicóptero; *a continuación de* una incursión de tanques en Nablus; *después de* un

tiroteo entre fuerzas de Al-Fatah y soldados israelíes. ¿Quién los ha matado? Si yo digo que mi abuela murió pocos minutos *después* del comienzo de los bombardeos sobre Afganistán, a nadie se le ocurrirá establecer una relación hipotáctica entre los dos acontecimientos y echar la culpa a los B-52 norteamericanos.

El terrorismo sintáctico yuxtapone dos acciones que están relacionadas, en cambio, por una indisoluble relación causal. "Tres niños palestinos mueren en el hospital después de una incursión israelí": el lector tiene que hacer un esfuerzo para restablecer el verdadero sujeto, semántico y moral, de esta frase. Esos niños, ¿no habrán muerto de sarampión? ¿No se habrán caído de una tapia? En Palestina se dan todos los días coincidencias como las de mi abuela, con una frecuencia tal que sorprende que no haya más especialistas en parapsicología en las calles de Jerusalem. "Siete jóvenes palestinos mueren de muerte natural *después* de que un obús israelí pulverice su casa". "Una mujer palestina se derrumba, víctima de un paro cardíaco, *al mismo tiempo* que un soldado le dispara al corazón". Nada más paradójico que el que los periodistas hayan acabado refugiándose, sin saberlo, en la filosofía del viejo musulmán Algacel (o Al-Gazzali, muerto en 1111), el cual, para defender la libertad absoluta de Dios, se vio obligado a negar los encadenamientos causales; contemporáneas o sucesivas, la Ocupación y la Intifada, los disparos israelíes y los niños reventados no guardan entre sí ninguna relación.

Dios es libre de hacer lo que le dé la gana y de ligar dos fenómenos como se le antoje; Israel solo parece culpable porque, en nuestra escala cronológica convencional, los disparos preceden a los muertos. Pero, ¿no bastaría que los palestinos se murieran *primero* y que los israelíes dispararan *después* para que se nos revelase, como a los periodistas, toda la inocencia del Ocupante?

Recuento. Mike Halbig, portavoz del Pentágono, preguntado acerca de los daños humanos causados por los bombardeos en Afganistán, contesta un poco molesto: "No se trata de cifras; no se trata de cuántas personas fueron abatidas". ¿De qué se trata? Deducimos, claro, que

de lo que se trata es del resultado de la operación y que Halbig juzga este resultado moral y políticamente superior a todos los medios en concurso. Ese resultado es demasiado alto, demasiado importante, como para detenerse en detalles; anula y deja atrás por anticipado, como puras mediaciones hegelianas, todos los pasos que conducen a su consecución. Pero así las operaciones militares en Afganistán se ajustan al modelo del *trabajo* y las "personas abatidas" forman parte de los *materiales de construcción*.

Aquello que es propio del trabajo, en efecto, es la inmanencia del proceso (la combinación de fuerza y de materia) y la trascendencia del producto, cuya perfección juzgamos en sí misma y con independencia de las condiciones de su fabricación y del uso a que vaya a ser destinado. Admiramos las cosas bien hechas. El hombre que construye una hermosa casa para su familia no cuenta los ladrillos: da un paso atrás y la contempla, ya terminada, con satisfacción y orgullo. El hombre que pinta un cuadro no cuenta las pinceladas ni los tubos de amarillo empleados en la tarea: da un paso atrás y se asombra de haber sido capaz de pintar un sol tan bello. Pero este modelo, que caracteriza benignamente la relación de los hombres con las cosas, no puede ser aplicado a la política, que se ocupa, por el contrario, de la relación de los hombres con los hombres.

Tratar a los hombres como ladrillos o útiles de trabajo, olvidarlos como puros factores inmanentes de una trascendencia virtual (por lo demás dudosa), es exactamente el modo en el que el bueno de Kant, si reviviese, definiría el "terrorismo". Pero quizás, a tenor de lo que un mes después se ha avanzado hacia esa gloriosa trascendencia, Halbig tampoco quería llegar tan lejos con su frase; quizás solo quería decir: "No se trata de contarlos; de lo que se trata es de matarlos."

Perros. Mientras los Estados Unidos sigue talando hombres en Afganistán, el señor Blatter, presidente de la FIFA, muy preocupado por la situación internacional, "exige medidas inmediatas al gobierno coreano para que los ciudadanos de Corea dejen de torturar y comer perros." He aquí otra exquisita muestra de pérdida de las proporciones.

No tanto porque al suizo Blatter, al menos por contraste, parezcan importarle poco los hombres; sino porque pretende, como una cosa evidente, que los perros son muy importantes (mucho más que los cerdos, los conejos o las ocas). Pretende que el principio absoluto, universal, contenido en nuestra Cultura Occidental es el que obliga a todos los hombres por igual -en Irlanda y en Corea, en Suiza y en Filipinas- a renunciar a comer carne de perro. Por ese camino, y en nombre de la humanidad y la razón, Blatter tratará enseguida de obligar a los Indios a comer vaca y, por qué no, a los ruandeses a comer *foie-grass*. ¿Y a los musulmanes salchichas de Frankfurt?

Montesquieu escribió sus *Cartas Persas* al mismo tiempo contra aquellos que querrían relativizar la idea de Ley y contra aquellos que, por el contrario, querrían generalizar e imponer -como de sentido común- las particularidades del propio clima. Esta es la inquietante, peligrosa confusión en la que acompañan a Blatter tantos y tantos contemporáneos.

Se han conservado los moldes invirtiendo los contenidos, en una manifiesta falta de juicio o de reflexión que linda muy de cerca - recordemos a Hannah Arent- con la maldad. Los mismos que relativizan la razón pretenden en cambio universalizar *sus* costumbres. Blatter destroza todas las medidas con una bienintencionada paradoja. Es como si dejase tolerantemente a elección de cada pueblo la decisión sobre la tortura, como cosa -en efecto- de climas y de tradiciones, y al mismo tiempo quisiese prohibir las invenciones locales de la fértil imaginación humana (el potro, la bolsa, la bañera, el loro y las parrillas) en favor de la picana eléctrica, único instrumento moralmente superior. Que los coreanos se coman en buena hora sus perros que nosotros nos comeremos con apetito nuestras ocas; y tratemos más bien de evitar que todos los años 12 millones de niños mueran *de hambre*.

Moderados, conservadores, guerra *light*. En abril del año 2006 leo en un titular del prestigioso diario español *El País*: "Hilary Clinton modera su discurso de cara a las elecciones del 2008". ¿Qué es lo que va a hacer, según el propio contenido de la noticia, la mujer del

ex-presidente Clinton y futura candidata a la Casa Blanca? Va a arrimar su programa al de los republicanos, proponiendo una política fiscal favorable a los ricos, endureciendo las leyes contra los inmigrantes, reduciendo el gasto público para dejar aún más gente sin asistencia médica y sin vivienda, aceptando el principio de "guerra preventiva" que, al margen de la legalidad internacional, invade países, bombardea bodas y arranca los brazos a los niños.

En este mundo nihilista es eso lo que todos entendemos por "moderar", es eso lo que todos consideramos un discurso "moderado". O pienso, por ejemplo, en esa declaración, las vísperas de la invasión de Iraq, en la que el conservador Aznar sostiene con formidable empaque justiciero: "Había vida antes de la crisis de Iraq y habrá vida después de la crisis de Iraq." Que entre las ruinas queden algunos marcianos, perdón algunos iraquíes, después de que los misiles jaleados por el PP hayan matado a unos 100.00 civiles, es lo que nuestro mundo nihilista entiende por "conservar", es esa la idea que tenemos de un programa "conservador."

O escojo al azar, entre la rutinaria palabrería de los medios de comunicación que en los últimos años se ha ido acumulando, como los restos de un naufragio, al borde de mi mesa, este ingenioso, elegante, razonable, pragmático, imparcial y hasta severo análisis de un editorialista de *The Economist*: "EEUU ha tenido éxito en su *guerra light*. Pero incluso un imperio no deseado es un imperio, difícil de gobernar de forma barata. Iraquistán requiere la aplicación urgente de más dinero, atención e inventiva de los que EEUU ha invertido hasta el momento. La clave es hacer ahora un esfuerzo suficiente para asegurarse de que estos lugares siguen siendo estables cuando el imperio se marche a casa. Si a los Estados fallidos se les permite volver a fracasar, tendrán que ser rescatados de nuevo para que no vuelvan a convertirse en una amenaza para la seguridad de Occidente."

El desprecio de fundir en un ocurrente neologismo (Iraquistán) dos países separados por miles de kilómetros con todos sus habitantes dentro, la recuperación del más puro estilo colonial decimonónico, la

simpática metáfora dietética mediante la que se califica de *light* una matanza que solo ha producido víctimas entre los marcianos, perdón los iraquíes; eso es a lo que nuestro mundo nihilista llama periodismo serio, respetable y objetivo; eso es lo que todos estamos acostumbrados a considerar elegante, razonable y hasta crítico con el poder.

Los niños saben que el tío que les amenaza con comérselos crudos está bromeando, pero se toman tan en serio el lenguaje que no quieren ni siquiera oír hablar de ello; nosotros sabemos que la paz, la democracia, la libertad son una broma, pero nos basta con que *The New York Times* o *El País* nos hablen de ellas mientras desayunamos.

Islam terrorista. Después del 11-S la pregunta es: ¿cómo se construye un otro *destruible*? ¿Cómo hay que conocer al otro para librarse de él? Mi admirado Edward Said nos enseñó que hay muchas formas de dominar a los demás: matarlos, encarcelarlos, invadirlos... o *conocerlos*. De hecho, para poder matarlos, encarcelarlos e invadirlos hay que *conocerlos* de una determinada manera.

La necesidad de restablecer formas de directo dominio colonial, como en el caso de Iraq, ha restablecido también las formas de conocimiento inseparables del colonialismo del siglo XIX: eso que Said llamaba "orientalismo" para describir la intimidad orgánica entre el saber y el poder en un contexto de conquista.

Lo verdaderamente "nuevo", inédito, sin precedentes, tras el 11-S es en realidad el retroceso a un mundo más antiguo y en ese mundo más antiguo volvemos a ver a los árabo-musulmanes como los veían Renan o Hegel o Macaulay o lord Cromer. Los vemos en primer lugar como una *unidad homogénea* negativa, cómoda de manipular; mientras que el mundo occidental se caracteriza por la pluralidad, la diferencia, la diversidad, el mundo árabo-musulmán, poblado por 1.200 millones de personas pertenecientes a decenas de culturas y corrientes religiosas distintas, donde hay místicos, agnósticos, fanáticos y ateos, se convierte en un macizo indiferenciado. Los vemos además como

una *unidad negativa inasimilable* y por lo tanto refractarios a nuestras leyes y nuestros valores, esencialmente incapaces de regirse por ellos, ineducables, irreductibles o, lo que es lo mismo, exterminables.

Este triple ideograma del exterminio -el otro homogéneo, negativo e inasimilable- viene siendo elaborado por intelectuales, gobernantes y periodistas desde el 12 de septiembre del 2001 y se resume ejemplarmente en la portada del periódico español *La Razón* del 13 de febrero del 2003, pocos días antes de la invasión estadounidense de Iraq. Sobre un gran mapa del mundo (en la realista escala Peters, inhabitual en los medios de comunicación) se podía ver, marcada en rojo incandescente, la vasta mancha musulmana atenazando la pequeña y frágil Europa bajo un titular alarmante: “Temor general de que pueda encenderse la reacción de 1.100 millones de *islamistas*”, titular que identifica a todos los habitantes de esas regiones, de Pakistan a Mauritania, de Indonesia a Kazajistan, no con el Islam (lo que sería ya abusivo) sino con el “islamismo”, es decir, con la amenaza “terrorista.”

Pacifismo agresivo. Mentir en las Naciones Unidas, invadir un país, bombardear sus ciudades, destruir sus bibliotecas y museos, mutilar a sus niños, son acciones inscritas de algún modo en la naturaleza de las cosas y, si la naturaleza produce a veces efectos lamentables, mucho más grave, mucho más violento, es obstaculizar su camino.

En enero del 2006, el diario español *El País* describe a Cindy Sheehan, madre de un soldado muerto en Bagdad y activista en favor de la paz, como “bandera de la contestación más agresiva contra la guerra de Iraq.” ¿Cabe mayor deformación del lenguaje? Es la contestación a la guerra, y no la guerra misma, la “agresiva”; y es la guerra, y no sus víctimas, el objeto de una agresión bajo cuyos embates la guerra se legitima y resplandece sin aguijón, desarmada e injustamente -violentamente- denunciada. La paz ataca, la guerra se defiende.

Este tipo de inversiones, quintaesencia de la propaganda, son desgraciadamente habituales en los medios de comunicación: la guerra, la globalización, el TLC, el liberalismo, se naturalizan como objetos

de la agresión de un sujeto violento descrito sistemáticamente en términos de reacción negativa, antiguerra, antiglobalización, antilibrecomercio, de manera que las fuerzas de la destrucción se convierten en inevitables y sus víctimas -al revés- en fuerzas destructivas.

Rendición voluntaria. Este tipo de inversiones, como hemos visto, son particularmente frecuentes en la cobertura informativa de la cuestión palestina. En marzo del 2006, tras el asalto israelí a la prisión de Jericó donde se encontraban los militantes del FPLP -teóricamente custodiados por los Estados Unidos y Gran Bretaña-, la agencia *EFE* publicaba una foto en la que se veía a uno de los prisioneros, sin más ropa que los calzoncillos y con las manos en la nuca, encañonado por un aparatoso soldado israelí, apremiante y amenazador. La leyenda decía: "Un soldado israelí apunta a uno de los presos palestinos, que permanece desnudo." ¿*Permanece* desnudo? ¿Desde cuándo? ¿Desde que nació?

Al día siguiente -16 de marzo- el diario español *El Mundo* daba así la noticia en titulares: "Los seis reclusos se encuentran en manos de las autoridades israelíes tras entregarse *de forma voluntaria* ante el ultimátum israelí de rendirse o morir." ¿De forma voluntaria? Imaginemos esta noticia: "Un viandante entrega de forma voluntaria su cartera al ladrón que lo amenazaba con una pistola." Mientras los israelíes son siempre forzados a bombardear, arrancar olivos y torturar, los palestinos se desnudan voluntariamente ante las armas israelíes, se entregan voluntariamente ante las amenazas de muerte israelíes y mueren voluntariamente bajo las bombas israelíes.

Todos los días, periódicos, tertulias, telediarios, partidos y fundaciones democráticas nos enseñan que en este mundo nihilista aún es posible hacer discursos moderados, elegantes, ingeniosos, razonables, objetivos, imparciales, serenos y matizados. ¿O nos enseñan más bien que la elegancia, la moderación, el ingenio, la sensatez, la objetividad, la imparcialidad, la serenidad y la matización son nuestra forma de nihilismo?

Allí donde la moderación derriba casas, donde la elegancia mata, donde el ingenio desprecia, donde la sensatez arranca brazos, donde la objetividad envenena el agua, donde la imparcialidad tortura, donde la serenidad cierra los ojos y donde la matización aplaude al verdugo, es necesario ser panfletarios. El panfleto es el nivel exacto de los acontecimientos; la realidad es panfletaria.

Al mismo tiempo, allí donde la sobriedad de un decreto deja sin medicinas a un continente, donde la prosa más escueta riega uranio empobrecido, donde el cálculo geométrico hace sangrar a miles de familias y donde la propaganda destruye sin interrupción ciudades y metáforas, es necesario ser poéticos. La poesía es la temperatura de los cuerpos, el pulso escamoteado de los hombres. La realidad es brutalmente poética.

Propaganda y poesía

Lo contrario de la propaganda es, en efecto, la poesía, esa especie de ecología de los nombres mediante la cual recuperamos las cosas extraviadas en el lenguaje. La poesía es la custodia de las proporciones, el *metrón* de todas las estaturas: en un poema de Lorca, un caballo mide exactamente un caballo, la luna está a la misma distancia que la luna, un cuchillo corta ni más ni menos que un cuchillo. Si son las palabras -la mentira y la costumbre- las que nos escamotean las cosas, solo las palabras pueden devolvérselas; no hay otro camino para las criaturas vinculadas al mundo por la distancia de la lengua.

Contra la propaganda, que condena todas las salidas y obliga a la sobrelexicalización inútil, al ensañamiento contra el aire, dejémosnos guiar por las trampas amigas de nuestros verbos. Hay que quitarle la manopla a los dedos, el muñón de hierro, para que sientan el frío terrible del cuchillo que empuñan. ¿Poseemos todavía recursos lingüísticos para señalar lo real? ¿Cómo serían los titulares de un periódico que movilizase algunos de los tropos que habitualmente utilizan los poetas para despertar de su sueño a la existencia?

Prosopopeya. Es, como sabemos, la figura que consiste en personificar fuerzas naturales o conferir atributos humanos a los animales; pero la prosopopeya (del griego *proso-poieo*, "fingimiento") puede servir también para designar la operación mediante la cual, a la inversa, naturalizamos o animalizamos la existencia humana. La preocupación de Blatter demuestra cuánto ganarían muchos con este cambio.

En un mundo en el que las Sociedades Protectoras de Animales protegen mejor a los gatos y a los pájaros de lo que las Asociaciones de Derechos Humanos protegen a los hombres y en el que el hombre dueño tan solo de su humanidad desnuda acaba siempre por pisar una mina o recibir un disparo, esta prosopopeya al revés nos haría quizás más sensibles al padecimiento de nuestras víctimas. Si no podemos tratar a los iraquíes o a los afganos como a neoyorquinos, tratémoslos al menos como a perros.

En 1996, tras conocerse el informe de la ONU que revelaba las secuelas del bloqueo económico dictado contra Irak, Regis Debray azotaba la indiferencia de los medios de comunicación: si en vez de haber matado los Estados Unidos 500 mil niños, los iraquíes hubiesen matado 500 mil perros, ¿no habría sido noticia de primera plana en todos los periódicos del mundo?

Las cosas están así. "El ejército turco destruye 3.500 aldeas kurdas". ¿A quién impresiona esto? Para poner mejor de manifiesto la crueldad de los militares turcos y aumentar nuestra intolerancia frente a su gobierno, tenemos que deshumanizar primero a los habitantes del Kurdistán: "El ejército turco destruye 3.500 reservas animales". ¡Eso sí que sería una barbaridad! Blatter exigiría la aplicación de "medidas inmediatas" y la desmelenada zoófila Brigitte Bardot mandaría bombardear, si la dejaran, todos los palacios de Estambul.

Lítote. La lítote o atenuación consiste en afirmar benignamente una cosa negando lo contrario de lo que se quiere decir ("¿Aznar? No es precisamente un lince") o en amortiguar lingüísticamente un

acontecimiento para mejor ponderar sus dimensiones (bajo una lluvia torrencial, salvaje, decimos a nuestro amigo: "parece que llovizna un poco, ¿no?").

De nada sirve repetir una y otra vez que Sharon u Olmert son unos asesinos; mucho mejor sería titular todos los días la primera página de nuestro periódico imaginario con un SHARON NO ES UN ASESINO, y otras variaciones sobre el mismo tema ("Sharon no es un criminal de guerra", "Sharon no ha matado a 1.200 palestinos", "Sharon no es precisamente un fascista").

En *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, por otro lado, Thomas de Quincey advertía contra los peligros de entregarse al crimen sin un poco de disciplina: "porque se empieza matando, se sigue robando una cartera, luego se falta al respeto a un viejo y al final se acaba siendo virtuoso". Esta frase la escribió De Quincey en una época en la que aún se podía bromear; hoy tenemos más bien que explotar la desgracia de que se tome casi siempre en serio.

En un mundo en el que, por encima del asesinato, se ha descubierto toda una escala ascendente y sin medida y en el que matar a 6.000 personas es mucho más grave que matar a medio millón, robar un banco mucho más grave que el hecho de que el banco nos robe y hablar contra la globalización mucho más grave que mentir a los propios votantes, tenemos que descender muchos grados para que algo nos suene terrible.

Atenuar sitúa las cosas en el umbral de nuestra percepción; las rebaja a la medida de nuestra sensibilidad. El verbo *empujar*, ¿no nos parece ya mucho más agresivo que *matar*? Escribamos: "Soldados israelíes *empujan* a un niño palestino en Belén". *Molestar*, ¿no suena ya casi más fuerte que *bombardear*? Animemos, pues, a la resistencia escribiendo: "Los B-52 estadounidenses siguen *molestando* a 23 millones de iraquíes" (con un antetítular en letras más pequeñas: "Los muertos se quejan del ruido de los bombardeos").

Sinécdoque. La sinécdoque es el tropo que permite nombrar el todo por una de sus partes ("el *maillot* amarillo venció la última etapa de montaña" o -variante machista- "en este club no se admiten faldas"). Los "conjuntos" los hemos manipulado, manoseado, sobado tanto, los hemos destruido tantas veces en nuestra imaginación y en la realidad (mundo, países, casas, cuerpos) que es mejor orientar la atención hacia las "partes", hacia esos pequeños detalles que todavía podemos medir. "El ejército israelí dinamita 6.000 casas en Cisjordania." ¿Y qué? Recurramos a la sinécdoque: "El ejército israelí dinamita 6.000 cuartos de baño en Cisjordania." ¿No es ésta una frase mucho más rotunda, mucho más comprometida? Las víctimas palestinas de la Intifada son ya 700. Números. Traduzcámosla en sinécdoque: "Israel deja ciegos y sordos a 700 palestinos que, además, no podrán tampoco hablar ni andar ni respirar."

Podemos utilizar asimismo otras figuras de nuestro acervo retórico:

La metonimia. Los juguetes, que representan a los niños, valen ya mucho más que ellos. "Soldados israelíes violan 300 osos de peluche en Ramalah." ¡Eso sí que nos produciría una sacudida moral!

El púdico eufemismo. "La ocupación estadounidense hace pasar a mejor vida a 700 mil iraquíes."

La sinestesia, que asocia sensaciones o conceptos contradictorios entre sí: "Las fuerzas del Bien asesinan a cuatro colaboradores de la ONU en Kabul" o "El capitalismo dona 200 millones más de pobres a la humanidad."

La antífrasis: "En Kandahar 130 civiles afganos se equivocan, creen que esta guerra tiene algo que ver con ellos y se dejan alcanzar por un misil estadounidense".

Debemos movilizar, pues, todos los medios contra el Gran Tropo del imperialismo, que es precisamente el *gag*. "El Mal ha vuelto"; "La guerra será larga, pero venceremos"; "La gente de mi país recordará a quienes

han conspirado contra nosotros. Vamos a conocer sus rostros. No hay en la Tierra un rincón que sea lo bastante lejano u obscuro para protegerlos. Por mucho que tarde, su hora de Justicia llegará"; "Estamos seguros de que la Historia tiene un autor que llena el tiempo y la eternidad de su propósito. Sabemos que el Mal es real, pero el Bien prevalecerá contra él"; "No hemos pedido esta misión, pero esta llamada de la Historia es un honor"; "Tenemos la oportunidad de escribir la historia de nuestra época, una historia de la valentía vencedora de la crueldad y de la luz dominadora de la obscuridad". Todas estas frases del discurso que Bush pronunció el día 10 de noviembre del 2001 ante la ONU, más allá de un análisis político o moral (inversiones bellacas, maniqueísmo infantil, intimidaciones propias del Santo Oficio), tienen un rasgo retórico común: son frases que solo se pronuncian en el teatro y que se pronuncian en el teatro para que los espectadores, desde el mismo momento en que se abre el telón, desde el primer parlamento del primer actor que sale al escenario, sepan que están en el teatro, que han roto relaciones con la realidad, que pase lo que pase bajo los reflectores *en realidad no está pasando nada*.

El *gag* hace reír porque no tiene consecuencias; lo que nos hace reír del *gag* es, precisamente, que no tiene consecuencias (la tarta contra el rostro del payaso, el coyote de los dibujos animados aplastado bajo una roca). Lo que nos hace disfrutar del *gag* es que nos libera momentáneamente de la realidad y todas sus constricciones inconscientes (y particularmente de eso que Freud llama Superego). El teatro de baja estofa gusta muchas veces por eso, por su parentesco radical con el *gag*: porque desenmascara de entrada las condiciones de su verosimilitud, como un prestidigitador lento (otro fácil y célebre *gag*), y a partir de ese momento todo se vuelve inverosímil y, por lo tanto, increíble.

Las palabras de Bush, en realidad, son enormemente tranquilizadoras: aquí no está pasando nada, estamos en el teatro, los tanques son de *atrezzo*, las ruinas de cartón-piedra, los muertos de pacotilla y si -el guionista no lo quiera- tiene que morir algún estadounidense, Bush -en el nombre de Dios- lo resucitará tras la caída del telón.

Uno de los más grandes escritores españoles del siglo XX, Rafael Barret, escribía en uno de sus epifonemas de 1909 comentando la situación del Paraguay: "Se afirma, en el nuevo gobierno, que hasta el 5 de noviembre, 'todo es provisorio'. ¿Los muertos también?"

Este es el gran *gag* -monstruoso oximorión- de la política asesina del gobierno de Bush y de sus monaguillos europeos: "Vamos a matar de forma provisional a casi todo el mundo."

¡Lo que nos vamos a reír!

Guerra de imagenes

Capitalismo y Civilización

Pero antes, o al mismo tiempo, que las manoplas y las manipulaciones, los medios de comunicación se inscriben en un formato civilizacional, inseparable del capitalismo, que los convierte en instrumentos de construcción de una mirada nihilista, en la síntesis espontánea de una percepción radicalmente desontologizadora.

Un niño que se lanza por la ventana después de ver *Supermán* no lo hace creyendo que todo lo que ocurre en el cine es real sino porque, a fuerza de ver cine, acaba por creer que todo lo que ocurre en la realidad es mentira.

Los hombres estamos naturalmente inmunizados contra la experiencia y sobre todo contra la experiencia de lo peor; lo estamos también artificialmente por mediación del espectáculo. La infinita sucesión de imágenes de la que en cada uno de los instantes es heredera nuestra percepción nos inscribe en un mundo en el que todo lo hemos visto ya antes. El cine nos impide pensar *lo nuevo* porque toda novedad ha sido ya, antes de vivirla, cinematográfica. Lo *dejá vu* -todas esas imágenes amañadas de catástrofes, explosiones, guerras y apocalipsis, retoños de un repertorio que de antemano ha cubierto todas las combinaciones y todas las peripecias-, porque ha sido visto en la

pantalla, nos impide representarnos las verdaderas dimensiones de lo que ha acaecido. La irrealidad es siempre soberana: teníamos miedo de acabar creyendo real una mentira y hemos acabado, al contrario, nihilizando, de cabo a rabo, todo lo real.

Creerlo todo real significa andar con cuidado incluso en los cuentos, sentir la propia responsabilidad dentro de un cuadro, pedirse cuentas a uno mismo hasta del desenlace de una película. Pisar con tiento incluso los reflejos. El que lo cree todo real se preocupa de su hijo no menos que del hijo del tío Goriot; siente su propia contaminación moral con la misma intensidad que la de lord Jim (y ahí ha residido durante siglos la grandeza del arte y su inmanente poder educativo).

Creerlo todo mentira, por el contrario, significa manejar a un niño -o a un pueblo entero- como se maneja el mando a distancia del televisor; despachar las estrellas y las preguntas con tan poca *cortesía* como Lara Croft despacha a sus enemigos. El que lo cree todo mentira desprecia lo mismo el aire que respira que la novela o el telefilm con los que se divierte.

La crisis del arte es la crisis general de la percepción. Ningún fanatismo, ni político ni religioso, es tan dañino, tan mortalmente peligroso, tan potencialmente destructivo como esta degradación de la ficción. Y ese es precisamente el fanatismo profundo, radical, de eso que llamamos -miserablemente- *nuestra* civilización.

Hemos acabado por tomarnos tan poco en serio las películas, por trivializar hasta tal punto nuestras diversiones, por conceder tan poca importancia a nuestros juegos que nos movemos despreocupadamente también entre moribundos. Ni la libertad ni los bebés requieren *cuidados*. El aire mismo es un pasatiempo.

Quienesquiera que fuesen e independientemente de sus razones, los que se lanzaron con un avión contra las Torres Gemelas de Nueva York sabían al menos todo el mal que estaban haciendo, todo el daño que iban a producir; sabían que su acción introducía efectos, dejaba

marcas en un mundo auténtico en el que nada ocurre sin consecuencias. Tenían el mundo *en consideración*, aunque fuese para arrancarle un pedazo.

Los *nuestros* (que han dedicado el último siglo a exacerbar entuertos, descuartizar países y diezmar el número de los pobre que ellos mismos, como Cristo los panes y los peces, multiplicaban) los *nuestros* van a hacer un daño mucho mayor, irreparable, quizás definitivo, sin la menor conciencia de nuestra parte; van a borrar al mismo tiempo a millones de hombres y la sombra misma de las libertades mientras nosotros damos vueltas con una cucharilla a nuestro café con leche. No nos lo creeremos ni cuando vuele por los aires la casa del vecino -pues la ventana desde la que contemplaremos los escombros nos parecerá también una pantalla de televisión. Esto es lo que yo llamaría un suicidio por perversion de la ficción; el más grave atentado suicida de la historia, del que todos seremos de algún modo ejecutores y víctimas: la falta de sentido de la realidad.

¿Nos burlaremos del kamikazi? ¿No lo comprenderemos? ¿Se nos antoja monstruoso, inhumano, siniestro? No nos engañemos: hace falta mucho más desprecio de la realidad para bombardear desde cinco mil metros de altura un campamento de refugiados (o un hospital o una industria farmacéutica) y volver luego a casa a cenar, preguntar si los niños han hecho los deberes y quedarse dormido delante de la televisión. También para dejar pasar eso sin protestar.

Nosotros/ellos: no sé quiénes son *ellos*, pero si aceptamos la descripción de los periódicos, hay que confesar que se asemejan moralmente bastante a *nosotros*.

¿Hemos *vivido* siquiera la tragedia? ¿Vivimos siquiera las trahedias? Las víctimas del atentado del 11-S fueron, al parecer, las más civiles, las más inocentes de la historia. Ideológicamente eso funciona. Somos tan hombres como todos los que nos han precedido y sucumbimos como ellos a las ilusiones de la identificación aristotélica, tan sujeta a manipulaciones: cada una de esas personas enterradas entre los

escombros *podría haber sido yo* (bebían *la misma* marca de café, vestían de *la misma* forma, oían *la misma* música y compraban en *los mismos* supermercados).

Para el recorrido inverso, mucho más vasto, mucho más ambicioso, mucho más puro, el que nos permitiría reconocer que cada uno de nosotros *podría ser un afgano* (o un palestino o un iraquí) hace falta ampliar mucho el campo visual, descontaminar radicalmente la mirada; desembarazarse de la ideología, donde todo es orden, claridad, destino, elección, y situarse en la realidad, donde nuestra vida de pronto aparece vapuleada por el azar, la fortuna, los ciclos de unas leyes ciegas que deciden si podemos o no comprar café independientemente de la idea más o menos grandiosa que nos hayamos hecho de nosotros mismos.

Pero antes de la ideología, lo decisivo nada tiene que ver ni con la inocencia ni con la civilidad; tampoco con la compasión. Seamos sinceros: nadie ha sentido nada tampoco por estas víctimas. De derechas o de izquierdas, patriotas o disidentes, el placer de ver volar las torres era demasiado grande como para medir sus consecuencias. Como el niño que ve a su tío sacarse un bombón de las orejas o una carta de la manga, implorábamos excitadísimos en silencio: "Que vuelva a hacerlo", "que vuelva a ocurrir". Y entonces, sin necesidad de utilizar más aviones ni de multiplicar los muertos, la televisión nos brindaba la repetición. Lo malo es que la repetición misma anulaba, anula, el acontecimiento: la primera vez era ya, no una catástrofe cierta, sino una repetición. Todo en nuestro mundo es la repetición de algo que no ha ocurrido nunca.

La alegría de los "malos" tenía al menos el peso de la realidad, aunque fuese negativa; era, después de todo, el resultado de que algo hubiese *realmente* ocurrido. La nuestra es mucho más nihilista; no reconoce ninguna realidad; es solo el gusto inmediato, pueril, de pisotear, por figura interpuesta, un castillo de arena o una construcción de cerillas. El placer de *ver* -de ver lo que no debería estar ocurriendo- agota toda nuestra sensibilidad. Seguimos sintiéndonos tan seguros, tan a cubierto de todo mal, tan protegidos en nuestros centros comerciales

que la palabra GUERRA nos excita como la propina de un concierto a la que tenemos derecho por nuestro traje y nuestro dinero: el máximo peligro nos parecerá tan solo la garantía de la salvación. Todos los avisos son la anunciación de nuestro héroe. Todos los crujidos, la promesa de un *deus ex machina*.

El poder de los media se asienta sobre el espejismo de la eternidad. Las peores noticias nos tranquilizan; los titulares más amenazadores nos fortalecen. Abordamos impacientes los periódicos y la televisión, como instrumentos aparentemente objetivos a la orilla de los acontecimientos, menos guiados por nuestra sed de información que acariciados por la idea de que garantizan la indestructibilidad del mundo y la inmortalidad de los hombres, de tal manera que, al día siguiente de la extinción de la humanidad y de la destrucción del planeta, *The New York Times*, *El País* y el telediario darán normalmente la noticia y nosotros la oiremos normalmente arrellenados en nuestro sillón. Nada nos protege mejor de la pugnacidad de las cosas, del calor vinculante de los acontecimientos, que el hecho de conocerlos a través de la televisión.

La certeza casi orgánica de que hay una imagen para todo, de que dondequiera que haya algo hay una cámara, de que pertenece a la naturaleza de las cosas florecer solo en la pantalla, transporta la ilusión suicida de que, allí donde no están aseguradas la vida ni la tierra ni la dignidad, está asegurada, en cualquier caso, *la mirada*. Miramos, nos miramos, desde el *más allá* de la imagen analógico-numérica, a salvo de la inconsistencia, insignificancia y fugacidad de la condición humana.

Nuestro ojo, como el de Dios, se ha separado hasta tal punto de nuestra existencia que domina ya un mundo virtualmente vacío; sobrevuela confiado, invulnerable, el desierto de los hombres, de los que tenemos ya -y las vemos pasar en fila, del principio al fin- todas las imágenes. Lo que no sale en la televisión, se dice, no existe. Pero hasta los que aceptan mansamente este principio saben que hay ciertas cosas que es mejor que no salgan en la televisión, aun a expensas de no existir: que nuestros polvos, nuestros pecados, nuestros sacrificios, si

queremos que valgan algo, si queremos que signifiquen algo, no deben ser salvados de su pequeñez por ningún dios provisto de prismáticos. Porque, antes de todas las manipulaciones, las patrañas y los montajes, antes de todos los hechizos de la imaginación, el régimen mismo de la cosmovisión televisiva acomete el radical vaciamiento de nuestra percepción. Vemos, luego Nada. ¿La niña vietnamita despojada de sus alas por el fuego? Nada. ¿La destrucción de La Moneda? Nada. ¿Los cadáveres de Chatila atados con sus propios intestinos? Nada. ¿Las madres de tetas secas, los niños tronchados por una mina, los prisioneros hervidos y baleados en contenedores? Nada. ¿El cataplás de las Torres Gemelas? También nada. (Pues si fuesen *algo*, lo he dicho muchas veces, no podríamos mirar estas cosas sin recibir de ellas mismas, a través de los ojos, un castigo; sin transformarnos, por ejemplo, en venados, como Actéon, para ser devorados por los perros).

Lo que no sale en televisión no existe, es verdad. Pero, al mismo tiempo, lo que sale en televisión no-existe; no-existe de pie, ante nuestros ojos, es nada-de-nada con todos sus atavíos. Nada tallada, nada embotellada, cristales -granizo- de nada. Las imágenes no son, no, pruebas de la existencia de las cosas; son, al contrario, pruebas de su no-existencia de hecho. Las cosas que no existen, porque no han salido en la televisión, pasan a no-existir delante de todos, inconjurables ya en su inanidad concreta, muertas desde el principio de los tiempos e irrecuperables para la vida, cuando salen finalmente en televisión.

El poder nihilizador de las imágenes es tan grande que puede decirse que va descontando, dedo a dedo, las existencias que captura. Una imagen más, una existencia menos; y un mundo totalmente "salvado" por las imágenes, cual es ya virtualmente el nuestro, agotado de cabo a rabo en una secuencia torrencial de mercancías visuales, es un mundo hueco, sin mundo dentro, un mundo vacío en el que no hay nadie ni pasa nada, un mundo en el que todo ha ocurrido ya y en el que algunos hombres -muy pocos- se han quedado para ver la repetición.

Frente a este radical nihilismo de la percepción, las operaciones "suicidas" en Palestina ("de martirio", me corrige en el campo de Burj Al-Barajneh, cerca de Beirut, la maestra Leyla Al-Yashi al tiempo que me entrega con ingenuo fervor una fotografía de Wafa Idris, la "shahida" que se hizo estallar en enero del 2002 en Jerusalem), frente a este nihilismo de la mirada, que cree en los extraterrestres pero no en los iraquíes, las operaciones "de martirio" en Palestina conservan por contraste una sombra amarga de salud, de respeto por la vida y hasta de amor a los olivos.

Una cultura nihilista, que de las cosas ha descontado siempre ya la existencia antes de encuadrarlas en un monitor, no puede ni siquiera representarse la necesidad desesperada de ese gesto; y mucho menos imaginarse que ese gesto (el de Wafa Idris, por ejemplo), tan atroz es el embrollo y tan torcida su lógica, pueda fecundar en otro infierno, a un infinito de distancia, en una refugiada palestina de Beirut que maneja una guardería pequeña como un cajón -varada en la miseria y la desesperanza- no el deseo de matarse, no, sino las fuerzas para lavarle el culo a un niño enfermo y arrullarle después con una canción.

El que ve, decía Merlau-Ponty, se cree invisible. El que ve se cree, sobre todo, indestructible. La desigualdad de riqueza, de recursos, de fuerza, se ve sincopada, y legitimada -como causa y efecto a un tiempo-, por esta desigualdad de la mirada, que vuelve intocable, invulnerable al espectador y prescindible y contingente al espectáculo.

La existencia es ante todo actividad visual; la inexistencia, ceguera. "¿Para qué has venido?", me interpelaba agresivo, en una calleja de Chatila, el ex-combatiente Mohamed Afif, superviviente de las matanzas del 82. Yo me disculpé como pude de mi condición de turista humanitario, libre de venir, mirar y marcharme, pero no me atreví, o no sabía, resumir toda mi culpa y mi voluntad de expiación en una fórmula desnuda. ¿Para qué has venido? Hubiese debido decirle: es que había visto tantas imágenes, había leído tantos datos, había consultado tantos archivos que habías dejado de existir. ¿Era porque yo ahora lo miraba por lo que Mohamed Afif cobraba vida ante mis

ojos? ¿Habrá una libertad virtuosa, restauradora, filantrópica, all  donde la libertad es el resultado de la desigualdad? ¿Habrá una mirada más pura, más inmediata, más transparente, all  donde el derecho de mirar depende de la falta de reciprocidad?

Frente al poder nihilizador de las imágenes, no era mi *presencia*, centro y bastidor de jerarquías invisibles, la que devolvía milagrosamente a la existencia, como Cristo, a todos estos palestinos jodidos e ignorados. No. Miro, luego existo; miro, luego los ciegos no existen. La sorpresa es que Mohamed Alif, mientras enumeraba sus acusaciones, *me miraba*.

De lo que est n desprovistos los otros, más allá de pan, tierra y derechos, es de mirada. Es más fácil matar a gente que no ve, que no nos ve. Al condenado a muerte se le vendan los ojos no para que afronte sin resistencia la propia muerte sino para poder disparar sobre él con indiferencia. Basta pintar unos ojos a una informe figura de barro para que nos duela romperla; y si nos parece monstruosa la idea de derribar una casa es porque tiene ventanas.

El extremo del poder, el poder extremo, se manifiesta en esta jerarquía visual del ojo unidireccional que ve sin ser visto, que mira sin que nadie lo mire: invisibilidad e indestructibilidad coinciden en la figura del micado, del mandar n, del faraón, mirones ante los que nadie puede alzar la cabeza, el carácter sagrado de cuya existencia es directamente proporcional a la irrelevancia de la de sus súbditos, que tienen prohibido mirar de frente. El rey mirado es un rey desnudo; es ya casi un rey guillotinado.

El poder, que se impone mediante la fuerza de las armas y de las instituciones, se impone también como una mirada sin correspondencia, como una visión proyectada sobre la ceguera de los otros; es decir, sobre la natural banalidad de los otros. El que ve se cree indestructible; el que ve sin ser visto se vuelve ya potencialmente destructivo. ¿Acaso los pilotos de los Apaches israelíes o los de los B-52 americanos no matan *con la mirada*? La guerra moderna, que

mata desde el aire y con el ojo, adopta la forma de una mirada extendida tecnológicamente a los confines del mundo sobre hombres que no pueden vernos y, mucho menos, mirarnos. También la televisión.

Tecnología bélica y medios audiovisuales, sujetos a un mismo concepto de la visión, conceden al soldado y al espectador una especie de poder faraónico cuya invisibilidad e indestructibilidad garantiza, del otro lado, la banalidad y fragilidad de los súbditos, a los que se puede controlar, intercambiar y, llegado el caso, exterminar sin conmoverse.

Nuestra moral cotidiana, por cierto, está completamente dirigida por el nihilismo implícito en esta jerarquía (mirada/ceguera) en virtud de la cual distribuimos desigualmente entre los hombres el lote de la existencia y su condición sagrada y aceptamos espontáneamente, por tanto, como mucho más grave o criminal la muerte de un estadounidense o un israelí que la de un iraquí o un palestino.

Pero no basta con mirar bien, con mirar, como se dice, "con buenos ojos", para que dejemos de comernos su existencia. Hay que transformar las condiciones mismas desde las que miramos.

El espectáculo ininterrumpido

El espectáculo de las Torres Gemelas fue sin duda uno de los más caros de la historia. Hubo que remover 14 manzanas de edificios, drenar el río Hudson, excavar 917 mil metros cúbicos de tierra; trabajar durante siete años, noche y día, para levantar esas 100 mil toneladas de acero a 411 metros de altura, con un coste de obra de 750 millones de dólares de 1975.

Hubo que llenar sus 4.400 hectáreas verticales de muebles, plantas y fuentes decorativas, teléfonos, máquinas de café; proporcionar a sus grifos, calefacciones y aires acondicionados ocho millones de litros de agua al día y suministrar cotidianamente a sus miles de ordenadores, televisores, frigoríficos y sistemas de iluminación la energía eléctrica que consume la ciudad de Zamora.

Hubo que contratar a una legión de limpiacristales que bruñesen sus 43.000 ventanas y pagar a una pléyade infinita de técnicos para que se ocupasen del manejo, la manutención y reparación de sus 244 ascensores.

Hubo que instalar en sus 110 pisos a 430 compañías de 28 países que hacían volar por el mundo todos los días, con la fuerza de una sola mano, el producto interior de Costa de Marfil o Paraguay.

Hubo que resignarse a la revalorización de los terrenos, alquilar los dos titanes a Silverstein y Westfield en julio del 2000 por 3.250 millones de dólares y asegurarlos en 7.200.

Hubo que alimentar, vestir y entretener durante años a 50.000 empleados y elegir de entre ellos a los 2.800 más capacitados para arder y hacerse pedazos y saltar con sincera desesperación desde las ventanas.

Hubo -al mismo tiempo- que movilizar al ejército soviético para que interviniese en 1979 en Afganistán y tentar a Carter y Reagan para que organizaran contra él la más grande operación encubierta de la historia de la CIA.

Hubo que armar, entrenar y financiar con miles de millones de dólares a los 35.000 radicales islámicos de 40 países que se sumaron a la lucha anti-comunista de los fundamentalistas afganos, proporcionar los medios más sofisticados y fabulosos a 150 mil agentes estadounidenses y pakistaníes, subvencionar millonariamente a Ben Laden y acordar suculentos negocios con su familia.

Hubo que aumentar a 4.500 toneladas la producción anual de opio en Afganistán y a un millón y medio el número de heroinómanos en Pakistán y atizar durante diez años una guerra civil que produjo centenares de miles de víctimas y dos millones de refugiados. Y hubo también que destruir -finalmente-, como pequeño gasto complementario, dos Boeing-767 valorados en 200 millones de dólares.

Todo este trabajo reveló el 11 de septiembre su secreta fecundidad y su sentido en dos horas inolvidables de televisión.

Pero más cara aún ha sido la escena de Bagdad. Ha habido que crear lentamente el Tigris y mandar al califa Al-Mansur, en el año 758, a construir una ciudad nueva en sus orillas.

Ha hecho falta levantar palacios, tender puentes, trazar jardines, erigir escuelas, abrir mercados, alzar mezquitas, afirmar murallas durante trece siglos.

Ha habido que dejarla sobrevivir a las luchas entre Amín y Ma'mun, al asedio del mongol Hulagu y de Tamerlan, a la conquista otomana y a la invasión inglesa de 1917.

Ha habido que financiar los harenes de Harum-a-Rachid, los ejércitos de 'Adud-a-Dawla, las madrasas de Al-Nasir.

Ha habido que transportar un número incalculable de frutas, especias y carnes por el río; coser un número incalculable de vestidos; pescar un número incalculable de carpas y ordeñar un número incalculable de vacas.

Ha habido que arrancar millones de toneladas de piedras a las canteras para construir las cúpulas doradas de Al-Kadimain, los arcos de Al-Mustansiriya y la nave de Jan Marjan.

Ha habido que fundir millones de lingotes de oro para acuñar millones de monedas que hiciesen circular millones y millones de hogazas de pan y millones de apetitos.

Ha habido que alimentar y casar, durante generaciones, a los antepasados de Ashraf y Munira (entre otros cientos de miles de iraquíes) para que ahora éstos revienten con naturalidad bajo las bombas.

Ha habido que llevar al partido "baaz" al poder en 1975 después de haber asesinado y encarcelado a miles de comunistas; habrá habido que convencer a Reagan de que apoyase a Sadam contra los iraníes y los kurdos y le vendiese toda clase de armas hasta 1990, incluidas las de "destrucción masiva."

Ha habido que manipular la OPEP y provocar la invasión de Kuwait.

Ha habido que dejar al régimen iraquí, al mismo tiempo, nacionalizar el petróleo, construir escuelas y hospitales, eliminar el analfabetismo y mejorar la sanidad.

Ha habido que pedir luego a Bush I, en 1991, que volase los puentes, las depuradoras de agua y las centrales eléctricas de Bagdad y matase a 150 mil iraquíes; y ha hecho falta también -para aumentar el suspense- parir a millones de niños y hacer morir a 800 mil de tifus, cáncer, desnutrición y hepatitis, durante una década de bloqueo.

Ha habido que alargar luego la trama, en beneficio de la tensión dramática, gastando algunos millones de dólares en fintas y forcejeos en la ONU y algunos más en inspecciones un poco obscenas exigidas por el guión.

Pero tras tan larga espera y tantas fatigas descubrimos que habían valido la pena cuando los bombarderos estadounidenses, con un solo dedo y también a través de una pantalla, derramaron sus luces de Navidad sobre las tristes azoteas de Bagdad ante seis mil millones de telespectadores.

Así es el mundo; así es la televisión. Voladura de torres en directo, bombardeos en directo, sangrientos tiroteos y explosiones en directo, hambre, azotes y estertores en directo, uno empieza a sospechar que todos participamos sin saberlo, como mirones o como comparsas, en una vastísima, complejísima operación calderoniana de distracción recíproca. Se nos distrae, nos distraemos. Las torres en llamas, las bombas, el dolor, el hambre, son solo maniobras de distracción. Para

distraernos, ¿de qué? Para distraernos, precisamente, de las torres en llamas, las bombas, el dolor y el hambre.

El ardid es perfecto: mientras nosotros nos distraemos viendo por la televisión cómo los Estados Unidos bombardea Iraq, mata a sus niños y se apodera de su petróleo, los Estados Unidos aprovecha para bombardear Iraq, matar a sus niños y apoderarse de su petróleo. ¿O es quizás al revés? Mientras los Estados Unidos bombardea Iraq, mata a sus niños y se apodera de su petróleo, nosotros nos distraemos viendo por la televisión cómo los Estados Unidos bombardea Iraq, mata a sus niños y se apodera de su petróleo.

La televisión puede mostrar la realidad, exponer las entrañas del mundo y hasta decir ocasionalmente la verdad porque, cada vez que atrae nuestra atención hacia un acontecimiento, nuestra atención queda completamente *satisfecha*. Nos distrae siempre. ¿De qué nos distrae? Nos distrae de lo que está verdaderamente ocurriendo. ¿Y qué es lo que está verdaderamente ocurriendo? Lo que está verdaderamente ocurriendo es que las cosas están ocurriendo verdaderamente.

El poder de los mirones

Los niños enfermos de leucemia en el Hospital Pediátrico de Basora, ¿se distraen viendo reportajes que exponen los efectos del uranio empobrecido sobre los niños de Basora? Los jóvenes heridos en Palestina por los misiles israelíes, ¿se distraen viendo documentales sobre la eficacia del ejército de Israel? Y los hambrientos de Etiopía, ¿se distraerán viendo las imágenes de la hambruna en Africa?

He insistido una y otra vez en que la división entre ricos y pobres, entre verdugos y víctimas, solapa también una jerarquía de *poder puro*, en formato tecnológico, que divide a los hombres en dos mitades: los que miran y los que son mirados. Pero esto no es del todo cierto. Porque esa tecnología, y la ilusión de invulnerabilidad que la acompaña, están mucho más generalizadas que la riqueza y el poder.

He visto en la Ciudad de los Muertos de El Cairo a paupérrima gente, cuya única posesión era una gallina y un hornillo de gas, prepararse un té desnudo con la televisión encendida. He visto en Chiapas a indígenas morir de cólera en una choza delante de la televisión. He visto antenas parabólicas en los terribles campamentos de refugiados palestinos del Líbano. También los que son *mirados* -y por lo tanto despreciados como perros- *miran* dos o tres veces al día.

En cualquier caso, el poder nihilizador de la imagen televisiva acomete estas dos obras de silenciosa zapa. Rompe, por un lado, el hilo del tiempo. Ninguna generación antes de la de nuestros padres y ninguna en la misma medida que la nuestra -al menos de este lado del mundo- tuvo jamás la sensación de que su vida estuviese constituida de una sucesión de momentos *históricos*.

Los hombres que hicieron la revolución francesa, y los que se defendieron de ella, lucharon en medio de una terrible normalidad; los judíos exterminados por los nazis no se consolaban con el privilegio de una maldad sin precedentes. Pero que cada momento sea *nuevo*, que cada momento sea *histórico* en la televisión ("una victoria histórica del Madrid", "un discurso histórico de Bush", "un concierto histórico", "una jornada histórica"), al igual que ocurre con la permanente renovación de las mercancías, quiere decir que *cada* momento es considerado excepcional, redondo y aislado de los otros, como una joya o un monumento, y por lo tanto, paradójicamente, fuera de la Historia.

Las cosas que ocurren en la televisión no ocurren en el tiempo y no mantienen entre sí, pues, ninguna relación, tal y como las mercancías en el escaparate se ignoran recíprocamente e ignoran el proceso que las ha introducido en el mundo. No permanecen, pues, en la memoria.

Pero el poder nihilizador de la imagen televisiva, que rompe la cadena del tiempo, disuelve también el espacio. La televisión, que proporciona apenas astillas de conocimiento, bloquea todo proceso de *reconocimiento*: el horror propio, contemplado en la pantalla (o leído

en el periódico), ocurre siempre *en otro sitio*. En una excelente y durísima película sobre la guerra en los Balcanes, *No man's land*, un soldado bosnio rodeado de cadáveres deja un instante su arma a un lado y se sienta a leer en un diario las noticias de Ruanda: "¡Qué barbaridad", dice, "¡qué cosas pasan en el mundo."

La imagen televisiva sirve, sobre todo, para trasladar a otro lugar el dolor, la miseria y la maldad; para transferir el cieno a una especie de a-topía, de recinto a-tópico, de lugar sin hueso donde nuestro escándalo o nuestro estremecimiento no pueden entrar.

Frente al televisor, los mundos cairotas de la Ciudad de los Muertos se conmueven viendo lo que pasa en Iraq; los iraquíes viendo lo que pasa en Bosnia y los bosnios lo que pasa en Ruanda. Y los ruandeses suspiran aliviados de no estar en Gaza.

Y si los niños del hospital de Basora se distrajesen (¡qué perversa y monstruosa hipótesis!) viendo reportajes en televisión sobre los niños de Basora, se sentirían muy contentos de no estar en Basora y manifestarían al mismo tiempo su piedad: "¡Pobres niños basoríes."

A-crónicos y a-topicos somos sobre todo nosotros en nuestras ciudades europeas, a donde todavía no han llegado los tanques ni las bombas de racimo. Todo se andará. De momento nos emocionamos en ningún tiempo y en ninguna parte, allí donde, por tanto, estamos completamente eximidos de intervenir.

Al otro lado de la pantalla

En uno de los excursos didácticos de sus *Historias*, Polibio escribió hace dos mil años para justificar la redacción de su obra: "Todos los hombres disponen de dos métodos para perfeccionarse: o bien mediante lo que les ocurre a ellos mismos, o mediante lo que ocurre a los demás. El método más eficaz es el de las peripecias personales, pero el más inofensivo el de las ajenas. Por eso, el primero no debe ser elegido voluntariamente jamás, puesto que logra la corrección a

base de grandes sufrimientos y peligros; hay que perseguir siempre el otro, porque en él es siempre ver lo mejor sin sufrir daño. Quien considere este asunto desde esta perspectiva deberá juzgar que la mejor educación para las realidades de la vida es la experiencia que resulta de la historia política."

Pero "mediante lo que les ocurre a los otros", en lugar de aprender, también podemos envilecernos, entumecernos, apartar nuestra conciencia de todo destino común. Hay que ir a Iraq, aunque no lo recomiende Polibio; y hay que estudiar historia -y todo lo que haga falta- sin descanso. Pero apaguemos, por favor, la televisión.

Como el de la lavadora o el de la olla exprés, pero infinitamente menos útil, el ruido del televisor subraya la sensación de intimidad y seguridad doméstica: tranquiliza oírlo encendido desde la cama cuando no se puede dormir. Desplazado el horno a la cocina -en la periferia de la casa-, el calor frío y la falsa luz de la televisión sacia en el salón nuestra nostalgia del fuego. Pero no hay que darle más vueltas: no sirve para nada más.

"Aprender sin daño" no es posible. Es posible, en cambio, no sufrir ningún daño, a condición de no aprender nada, a condición de despuntarles los dedos a las cosas, a condición de que no haya ninguna vida, ninguna criatura, ningún hombre *ahí fuera*. Nuestra televisión está hueca como un sonajero. De este lado de la pantalla estamos siempre en casa, a cubierto de cualquier asechanza y de cualquier solicitud, dispensados incluso de la magnanimidad. Inmunes, invulnerables, poderosos, mandarines del universo. ¿Habrá habido alguna vez en la historia de Europa un nihilismo tan extendido, tan radical, tan bien agarrado a nuestros huesos? Tan cerca de los ojos, nunca.

Durante 50 años los occidentales hemos vivido de este lado de la pantalla. Un aviso: la barrera comienza a volverse porosa, a cuartearse en pequeñas grietas a través de las cuales se filtra el cieno del otro lado. El linchamiento de Iraq es solo la ola de un océano que en irresistible avenida amenaza con barrer esta frontera.

¿Qué estaremos haciendo cuando la policía irrumpa en nuestra casa a detenemos por haber soñado la silueta de una torre? ¿Qué estaremos haciendo cuando un huracán de uranio nos abra de golpe la ventana y nos devuelva sin más trámites al mundo? Estaremos viendo en televisión cómo la policía entra en nuestra casa y nos detiene por haber soñado la silueta de una torre y cómo un huracán de uranio nos devuelve sin más trámites al mundo.

Moderados y extremistas

La humanidad puede dividirse, como un queso, en dos partes más o menos arbitrarias: ricos y pobres, mirones y mirados, occidentales y los otros (o, como el sin par Ortega, en jóvenes y viejos, mujeres y hombres, listos y tontos). También podemos dividirla en extremistas y moderados.

Mientras los extremistas arrasan con napalm una aldea, los moderados degüellan.

Mientras los extremistas matan de hambre a la cuarta parte de un país, los moderados le cortan al rey la cabeza.

Mientras los extremistas prohíben dar medicinas a 600 millones de personas, los moderados vuelan una embajada.

Mientras los extremistas conducen a la desesperación, el suicidio y la miseria a todo un continente, los moderados se hacen estallar en un mercado.

Mientras los extremistas se gastan 950 mil millones de dólares en armas, los moderados asesinan a cuchillo a diez mujeres.

Mientras los extremistas envenenan el mar, matan la cuarta parte de las especies animales del planeta, disuelven la Antártida y cortan la luz, el agua y el arroz a la mitad de la humanidad, los moderados disparan a un policía.

Por regla general, los extremistas son ricos, forman parte del gobierno, están completamente cuerdos y han leído los mejores libros y aprendido los mejores preceptos. Los moderados, por su parte, suelen ser pobres o actuar en su nombre, no han estudiado mucho ni confían en la ley, algunos están desesperados y otros están locos.

Pero, ¿por qué los extremistas *parecen* moderados y los moderados *parecen* extremistas? ¿Por qué cuanto más extremistas son los extremistas *parecen* más moderados y cuanto más moderados son los moderados *parecen* más extremistas?

En efecto, mientras los moderados asesinan a 800 mil niños en Iraq, los extremistas lanzan huevos.

Mientras los moderados amenazan a todo el mundo con bombas atómicas, uranio y bombas de racimo, los extremistas protestan.

Mientras los moderados allanan ciudades, dinamitan casas, apalean niños, lanzan misiles, torturan y hacen desaparecer prisioneros, violan las leyes internacionales y anuncian que ya no habrá ni una sombra de paz, de seguridad ni libertad en el planeta, los extremistas se manifiestan.

Pero, ¿por qué los extremistas *parecen* moderados?

Esto se explica muy sencillamente en virtud de ese principio que Pascal llamaba "imaginación" y que puede resumirse en esta paradoja: *parecen* moderados porque *tienen más armas*. Más riqueza, más torres, más soldados, más medios de producción... el aumento exponencial de los medios, la magnificencia del aparato del poder impone siempre, junto a la sumisión, la convicción de un mérito y la seguridad de un uso razonable.

La máxima fuerza se justifica siempre sola ante nuestros ojos. Está siempre menos justificado usar una navaja que un obús, un obús que un misil, un misil que una bomba atómica; uno puede matar con una

navaja a un hombre bueno, pero sólo contra *los hombres más malos* se podría usar un arma nuclear.

Cuanto más terrible es un arma, cuanto más apabullante es su poder, cuanto más atroces sus consecuencias, más se autolegitima su uso. El gobierno de los Estados Unidos conoce la fuerza de este principio, anterior a toda propaganda porque se asienta en las condiciones materiales mismas de la propaganda.

El linchamiento de Iraq no necesita justificación. Basta con hacer sonar los tambores de guerra muy alto y hacer desfilar el ejército por las calles, con toda la gravedad y majestuosidad de sus máquinas de muerte. Tantos soldados, tantos barcos, tantos aviones, tantos misiles, se justifican por sí mismos, sin necesidad -o apenas- de una coartada. Los vemos pasar y nuestra convicción es espontánea e inobjetable. No es que se movilice toda esa fuerza colosal porque haya un motivo; no hace falta esperar un motivo para movilizarla; si se moviliza una fuerza tan colosal *es que hay un motivo*. La propia enormidad de esta potencia para matar excluye la arbitrariedad, la injusticia o el interés y, frente a esta certeza, los discursos sobre el petróleo, Israel o el imperialismo estadounidense no harán ninguna mella en nuestra "imaginación", completamente absorbida por la grandeza terrible y necesariamente justiciera de este ejército descomunal. Así son las cosas: cuanta más fuerza acumulamos, cuantos más medios de destrucción hemos reunido, más fácil y moderadamente los usaremos *hasta el límite*.

Pero lo cierto, lo exacto, lo verdaderamente peligroso es que los extremistas están en el gobierno. Recordémoslo una vez más: los Estados Unidos y sus monaguillos asesinos (con Aznar a la cabeza) invadieron Iraq y han matado ya, según cálculos de la revista *The Lancet*, a 700 mil personas.

En medio de tanto nihilismo, de tanto desenfrenado extremismo, ¿puede parecer extraño que haya también un poco de moderación?

Mundo terrible éste, sin duda, en el que hasta los moderados producen espanto.

Trofeos de guerra. Un ejemplo: Mario Vargas Llosa en Iraq

A veces las cosas son tan sencillas que uno se deja llevar por el desánimo; son tan sencillas y funcionan con tan pocos elementos que no hay forma de cambiarlas. Lo más terrible que puede decirse de las relaciones de dominio -conyugales, económicas o coloniales- es que simplifican enormemente el universo mental de los implicados, reducido a las dos evidencias redondas que acompañan y legitiman desde hace miles de años el triunfo de la fuerza: la superioridad de los vencedores y la inferioridad de los vencidos.

Un poco por pedantería y un poco por superstición -con la esperanza de aumentar la fragilidad de la trama al exagerar su complejidad- he buscado durante mucho tiempo acercamientos más difíciles, más ramificados, más elaborados. Pero me rindo. Todo es tan sencillo que sobrevivirá, tan plano que no caerá: cada uno de los gestos de eso que llamamos Occidente, cada uno de sus parloteos y parlamentos, sus juguetes, sus depresiones, sus periódicos, sus cestas de la compra, sus valores, cada uno de sus adornos de Navidad y cada uno de sus electrodomésticos, presupone y refuerza el más simple y tranquilo desprecio por el otro; el más bondadoso, amable, ingenioso y correcto desprecio por los demás; la más dulce, inteligente y moderada negación del prójimo.

No se puede dominar al otro sin violencia; no se le puede violentar sin despreciarlo; pero los podemos despreciar tan cargados de razón, tan henchidos de humanidad y de moral que acabamos ironizando sobre nuestras víctimas, perfeccionándonos con su dolor y afilando nuestra capacidad de amar en sus muñones.

El etnocentrismo es uno de los mecanismos de producción de identidad más primitivos de la historia; pero es la primera vez que una pequeña tribu de un remoto rincón de la tierra -que hoy representa a menos

de la quinta parte de la humanidad- reúne la suficiente fuerza y aplica la bastante violencia como para imponer al resto del mundo su visión cerrada y sus costumbres particulares; tanta fuerza y tanta violencia, tan extendida, tan sin fronteras, que esa visión cerrada ha acabado por parecernos abierta y esas costumbres particulares han acabado por parecernos universales.

En ese verano del 2003, la resistencia frente a la ocupación estadounidense aumentaba en Iraq mientras disminuía en el resto del mundo. Y el simple y tranquilo desprecio de los otros volvió a apoderarse de españoles y europeos, como el sueño de la siesta, abanicado por hazañas deportivas y ronroneos de famosos en cueros y alcaldes en camisón.

A mediados de julio oí en la televisión de un bar la noticia del verano: un grupo de indeseables, entre los que se encontraban "algunos inmigrantes", fue sorprendido haciendo fotografías a mujeres que tomaban el sol o se cambiaban de ropa en playas, vestuarios y piscinas públicas de Alemania. La justa cólera de las afectadas fue amplificada por la lógica solidaridad de la sociedad alemana y occidental, cuyo escándalo frente a esta operación de *voyeurismo* no consentido, intolerable agresión a la libertad individual, repercutió en toda una serie de comentarios e indignaciones mediáticas contra estos ladrones de imágenes cuya identidad cultural -se sobreentendía- no era ajena a su comportamiento irrespetuoso.

El lunes 4 de agosto del mismo año leí en el diario español *El País* la crónica mandada por Mario Vargas Llosa desde Iraq. En ella nos contaba con indisimulable admiración que su hija Morgana, desatendiendo sus consejos y provista de una *abbaya*, entró con él en la mezquita de Ali, en Nayaf, uno de los lugares santos del chiismo, y se puso a hacer fotografías. Entonces "*un exaltado creyente*" que allí rezaba se sintió incomprensiblemente ofendido y "le lanzó un manazo a la cara, que la cámara atajó". ¿Qué ocurrió después? "El guardaespaldas que la acompañaba se llevó las manos a la cabeza, indignado con esa manifestación de obscurantismo" al tiempo que

"*varias* personas del entorno contuvieron y apartaron al agresor." Conclusión lógica del escritor: "las virtudes democráticas de la tolerancia, de la coexistencia en la diversidad, parecen ajenas a estos pagos." (Los subrayados, que son míos, dejan bien claro que *uno* es siempre más que *varios* cuando se trata de retratar la verdadera idiosincrasia de un pueblo).

Al parecer los ladrones de imágenes de Alemania, entre los que había -insisto- "algunos inmigrantes musulmanes", no querían las fotografías para consumo privado sino para su explotación pública y comercial en internet, lo que sin duda subraya el carácter abyecto de su delito. ¡Qué bonito, en cambio, el reportaje fotográfico firmado por Morgana Vargas Llosa y publicado a todo color en el dominical de *El País* del 27 de julio de ese año, como anuncio y anticipo del "diario de Iraq" excogitado sobre el terreno por su padre y del que hemos extraído el pasaje anterior! El propio escritor había redactado las leyendas y al pie de estas imágenes de niñas, tenderos y funcionarios bagdadíes sorprendidos en sus actividades cotidianas, figuraban textos entrecomillados, como si se tratase de las declaraciones personales de los fotografiados, pero cuyos nombres y pensamientos se había inventado -según advertía discretamente la entrada- el genio fértil del peruano.

Es ésta la universal moral de nuestra tribu: son siempre *ellos* -aquí o allí- los que faltan al respeto y se propasan, los intolerantes, exaltados, agresores y abusones. Lo *normal* es que nosotros no aceptemos que nos fotografíen en nuestras playas o nuestras iglesias y que ellos acepten ser fotografiados en todas partes: mientras rezan, mientras trabajan o mientras se mueren.

Lo normal es que nosotros protejamos nuestras costas de la "invasión" de los inmigrantes y que invadamos sus países con nuestros tanques o nuestros mercachifles.

Lo normal es que los marroquíes se adapten en España a nuestra cultura y que los españoles en Marruecos vivan en fortalezas de lujo

y clubes exclusivos donde pueden seguir comiendo tortilla de patata y consumiendo espárragos de la península.

Lo normal es que, protegidos por guardaespaldas, disparemos nuestras cámaras (o nuestros cañones) y los iraquíes sean los "agresores".

Lo normal es que defendamos nuestra "imagen" con uñas y abogados mientras a ellos les robamos no solo su vida y su riqueza sino también su cara, su nombre y sus pensamientos.

Lo normal es que nos preocupe mucho que nuestros políticos roben *nuestro* dinero y muy poco o nada que maten a extranjeros.

Y lo lógico, con este concepto de normalidad, es que interpretemos la resistencia de los pobres y los vencidos a ser fotografiados (o esquilados y asesinados) en clave cultural, como una superstición relacionada con el alma o como la natural renuencia de su religión, inscrita en las aleyas del Corán, a la democracia y la civilización. ¿No podría ocurrir que estos iraquíes fuesen en realidad como nosotros y no les gustase esta intromisión en su vida privada y en su libertad individual? No. Esto sería aceptar rebajarnos a la altura de aquellos a los que robamos, degradarnos al rango de los que matamos y, en definitiva, equipararnos a aquellos que despreciamos.

Lo que a nosotros no nos gusta que nos hagan, debe gustarles a ellos porque se lo hacemos nosotros. El "escándalo" de Vargas Llosa ante la "agresión" sufrida por su hija demuestra el mismo simple y tranquilo desprecio por los otros que la indignación de los marines sorprendidos de que sus tanques Abram fuesen recibidos por disparos y no por vítores en su avance por el desierto iraquí. Los disparos y las fotografías deben ser unilaterales para que sean racionales; y si bombardeamos dulcemente sus ciudades, mutilamos con cariño a sus niños, nos quedamos honestamente con su petróleo, saqueamos desinteresadamente sus museos, les dejamos caritativamente sin electricidad ni agua, allanamos educadamente sus casas y luego vamos, acompañados de guardaespaldas, a fotografiar

respetuosamente sus primitivos ritos, entonces el manotazo de "un exaltado" es, por contraste, irracional, fanático e incivilizado.

Vargas Llosa quiere que admiremos la proeza de su hija y nos indignemos ante la intolerancia de su "agresor." Hay algo enternecedor en este orgullo paterno ante el carácter díscolo de una hija a la que no importa poner en peligro su vida con tal de poder despreciar la de los otros. La traviesilla, en compañía de su amiga Marta y de un matón, en alas de la aventura, "se mete a la mezquita ¡haciéndose pasar por una musulmana afgana!" Todo el que haya visitado Iraq (o cualquier otro país árabe) sabe de la ridícula consistencia de esta escena, orientada al mismo tiempo a alimentar los prejuicios de los ignaros, con esta visión exótica y "medieval" del país, y a excitar literariamente su paternidad engallada.

Pero hay algo también enternecedor en la ingenuidad letrada con la que Vargas Llosa -al que hay que reconocer al menos sus lecturas- evoca sin citarla, en la hazaña de la hija bravía, la aventura de Richard Burton, el genial espía del imperio británico, excelente escritor y notable antropólogo, que a mediados del siglo XIX logró peregrinar hasta La Meca disfrazado de *hakim* afgano.

Conmueve, sí, esta asimilación abusiva, fuera de toda proporción, entre una niña ignorante a la que habría que dar una buena azotaina (no por su temeridad, no, sino por su descortesía de niña mimada) y un extraordinario y versátil aventurero con el que solo comparte la misma visión imperialista, un hombre que dominaba la lengua árabe y conocía las costumbres musulmanas hasta el punto de hacerse pasar sin sospechas durante meses por un médico pashtun.

A un padre enamorado se le perdona todo. ¿No nos gusta ver a nuestros niños reír, aunque para ello tengan que destripar alguna que otra rana? ¿Y no nos indignaría que el jardinero les regañara? Pero este "enternecimiento", como la propia inspiración literaria de Vargas Llosa (que recupera así la más rancia tradición del orientalismo de los imperios coloniales decimonónicos), implica el desprecio

espontáneo del otro, al que solo se ve como ocasión o pretexto para subrayar las propias virtudes, militares o literarias.

Es la moral universal de nuestra tribu: nuestra virtud, nuestro talento, nuestra reputación se forjan *contra* la salud, el bienestar y la vida de los forasteros. Es básicamente un problema de educación, de ese mínimo de reconocimiento de la existencia ajena cuyo último refugio es la cortesía. Yo no lo habría hecho así. Si sorprendiese a mi hija fotografiando cuerpos desnudos en una playa, le diría algunas palabras muy duras y le confiscaría la cámara durante unas horas; si sorprendiese a mi hija -yo, que soy también ateo, como Vargas Llosa- fotografiando a hombres que rezan en una iglesia donde está expresamente prohibida la presencia de cámaras, durante una misa o un funeral y en otro país, y eso después de una sangrienta invasión extranjera, le daría unos buenos azotes, le obligaría a pedir disculpas, uno por uno, a todos los presentes y luego la mandaría de nuevo a la Universidad a estudiar algo en serio. Y si *uno* de los orantes diese un manotazo a su cámara y *varios* acudiesen a defendernos, yo comprendería la reacción del primero y mostraría mi agradecimiento a los segundos y no tendría más remedio que reconocer, muy a mi pesar, que *la mayoría* de los cristianos de ese país pertenecen a la clase de gente más tolerante, generosa y civilizada del planeta.

Vargas Llosa, que no viajó al Iraq supliciado por el embargo, viajó en el verano del 2003 al amparo de los tanques estadounidenses. Su pluma no era más que un instrumento ancilar de la invasión y la cámara de Morgana solo la extensión natural de los misiles y los cañones. El derecho a entrar en la mezquita de Ali, a pasearse desenvueltamente por los lugares santos del chiismo y fotografiar a sus fieles no era el derecho de la civilización, la razón y la tolerancia; ni siquiera el derecho de la hospitalidad otorgado por un anfitrión reconocido; era el derecho del ocupante. Vargas Llosa estaba *ocupando* Iraq con el ejército estadounidense, y su derecho era el derecho de conquista. Estaba tratando a los iraquíes como *vencidos*, con la simple y tranquila naturalidad de un cónsul romano que no distingue, entre las riquezas

de su botín, hombres, jarrones y sextercios de oro. Lo entendía todo, con su refinada inteligencia, salvo que no gustase su presencia allí. Para entender eso tendría que haber sido capaz de retroceder más acá de sus planas evidencias tribales y reconocer la existencia de los iraquíes, concederles una normal y universal humanidad, representarse sus sufrimientos y pedirles perdón por haber llegado demasiado tarde. Él prefería pensar que el "botín" se merece lo que le pasa y que hay algo en esas criaturas intrínsecamente incompatible con el cartesianismo, la tolerancia y la democracia.

Robo y venta de imágenes

Las crónicas de Vargas Llosa merecerían un detallado examen, como expresión culta, exhaustiva y depurada del tranquilo y virtuoso desprecio por el otro propio de nuestra cultura; inconscientes o premeditados, se traman ahí todos los prejuicios, los tópicos, las medias verdades, las generalizaciones, las leyendas, los datos de oídas, los pintoresquismos, el repertorio completo de la literatura colonial que vuelve, al parecer, con el propio colonialismo. Pero Vargas Llosa solo me interesa como ejemplo privilegiado y para ilustrar con este pasaje la cuestión crucial de las "imágenes", que es la cuestión misma del dominio en una época marcada más que ninguna otra -con su refrendo tecnológico- por la desigualdad de la mirada.

La inquietante posibilidad técnica de liberar la imagen de un cuerpo y reproducirla ilimitadamente hace que por primera vez la explotación capitalista no se centre solo en el eje físico del cuerpo. La fotografía ha exteriorizado el "alma", que a partir de ese momento se convierte, al alcance de la mano, en una mercancía, un objeto de disputa y una fuente de riqueza inagotable. También, claro, en un instrumento de dominio. El mercado medieval de las reliquias religiosas y el espectáculo de los triunfos romanos anticiparon de algún modo, limitados por su carácter metonímico, esta batalla por las "imágenes" que la técnica ha liberado definitivamente en los vastos espacios del comercio y la jerarquía. La iglesia o el príncipe medievales se tenían que conformar con comprar y vender *una parte* del cuerpo de un santo;

los clubs de fútbol y las grandes multinacionales pueden hoy comprar y vender millones de veces el cuerpo entero -y todas sus gestos y posturas- de una estrella del balón. El cónsul romano tenía que conformarse con exhibir *algunos signos* de su victoria -los tesoros o los ropajes del rey derrotado-; hoy los gobiernos y los periódicos pueden exhibir ininterrumpidamente la genuflexión de los vencidos.

En nuestros días un hombre tiene que cuidar de su cuerpo y de su doble. Hay dos clases de personas: aquellas que pueden vender su imagen, como el esclavo Beckham, que es menos dueño de sí mismo que un negro en una plantación, porque ha renunciado también a los derechos sobre su alma; y aquellos a los que roban su imagen después de robarles todo lo demás. Aquellos que venden su imagen se convierten en "marcas" (humanos marcados, como las reses, con el fuego de un logotipo). Aquellos a los que roban su imagen se convierten en "trofeos". Es verdad que sigue existiendo el concepto clásico, romano, del trofeo: los soldados estadounidenses, por ejemplo, subastan en internet (cruce elocuente de barbarie antigua y tecnología moderna) banderas, uniformes y cuchillos que arrebataron a los iraquíes inclinándose cuidadosamente sobre sus cadáveres.

Pero el trofeo ahora es una ley, un modelo, una costumbre del ojo. Alain Gresh reproduce las declaraciones de un argelino tras el 11-S: "Es extraordinario, por primera vez somos nosotros los que estamos a este lado de la pantalla y ellos al otro. Habitualmente, son ellos los que nos ven morir en la televisión". Sería un magro y cruel consuelo, pero no es cierto. Porque desgraciadamente nunca hay equilibrio. Nuestra tribu protege tan bien a sus muertos como desprecia los de los demás. Nunca vimos las víctimas calcinadas, derretidas, descompuestas de las Torres Gemelas; nunca fueron trofeos. En un doble movimiento indisociable, nos ocultaron sus imágenes y nos dieron sus nombres para que conservaran su identidad humana y no pudieran ser tratados como objetos. Las de los iraquíes, en cambio, se exhiben porque son, han sido siempre trofeos, imágenes desprovistas de nombre o dotadas a lo sumo de uno arquetípico, como en el reportaje de Morgana y Mario Vargas Llosa. Trofeos militares, sí, pero sobre

todo trofeos culturales, trofeos literarios, trofeos estéticos, trofeos - en suma- de nuestra superioridad natural.

El triunfo a la romana, limitado en el tiempo y en el espacio, ha sido sustituido por este triunfo a la moderna en el que la tecnología, al servicio de los vencedores, permite poner ante nuestra vista permanentemente -y que aceptemos como un hecho natural- nuestra permanente victoria y la permanente derrota de los demás.

Las crónicas de Vargas Llosa son solo una muestra señera de una industria de la percepción que reduce a los iraquíes -a los pobres, a los sometidos, a los vencidos de todo el mundo- a la condición de trofeos eternos de nuestro majestuoso desprecio de los otros. Los fotografiados, los despojados de su imagen, los que no pueden proteger su cara -*wuiyh* en árabe, sinónimo de "dignidad"- son siempre los mismos: aquellos que están tan completamente a nuestra merced que lo mismo podemos descerrajarles un tiro que concederles una limosna. En nuestra tribu lo primero no es pecado y lo segundo es, por supuesto, admirado y elogiado; lo primero no nos hace sentir mal y lo segundo nos hace sentir muy buenos.

Una fotografía

Soy un iconoclasta. Los iconoclastas creían que el poder de Dios no podía quedar contenido y limitado en ninguna imagen material. Yo creo que la imagen del hombre no puede ser reproducida y explotada sin limitar su libertad. El primer día de bombardeos sobre Bagdad, el 19 de marzo del 2003, hice voto de pobreza visual y decidí -hasta el momento de la victoria sobre el capitalismo- renunciar a todas las imágenes en una sociedad que, como escribía Walter Benjamin hace ya 60 años, "ha convertido no solo la miseria, sino incluso la lucha contra la miseria, en un objeto de consumo." Los efectos colaterales de la satisfacción estética son desgraciadamente los mismos que los de la ambición económica y territorial, el beneficio empresarial y el expansionismo colonial: miles de niños muertos, mutilados, abandonados, despreciados.

Pero -lo confieso- he visto una fotografía, una sola, porque a veces una imagen robada proporciona sobre todo la imagen del robo mismo. Es la foto de un padre y una hija (como lo son Mario Vargas Llosa y Morgana) heridos en una misma camilla. Como trofeos que son, no sabemos sus nombres y por eso casi ni podemos imaginar que tengan amigos o parientes que, al ver esa imagen, los reconozcan; se tiene la sensación de que han sido creados por la misma bomba que los ha hecho saltar por los aires y los ha puesto delante del objetivo. Y aún así impresionan, hieren, sacuden la conciencia. Él es un hombre enjuto, menudo, de mediana edad, mal afeitado; abraza a su hija ensangrentada por detrás de la cabeza, como en un instintivo e inútil gesto de protección que hubiese sobrevivido -quizás la única cosa- al bombardeo. Lo terrible, lo monstruoso, lo que no podemos soportar es que él está llorando; está llorando como solo los hombres lo hacen, aparatosamente, como una criatura, desarmado, desamparado, sin nada ya en que apoyarse para sentir vergüenza. Y lo terrible es que inmediatamente comprendemos por qué. No llora por el dolor de sus heridas, ni siquiera por el dolor mucho más importante del de su niña tronchada junto a su costado. Lloro porque ha decepcionado la confianza de su hija, que lo creía fuerte y poderoso y que a su lado se sentía a cubierto de todo mal. Lloro porque ese rayo del cielo ha revelado su secreto y expuesto a la luz del día su fracaso: ahora su hija sabe que es un hombre pequeño, vulnerable, insuficiente; que su amor es más débil que las esquiras de un misil; que su brazo y su palabra no pueden salvarla de todos los peligros de este mundo. LLoro y lloro sin consuelo porque él es diminuto y su niña, de pronto, se ha hecho mayor. El máximo poder, la máxima seguridad de este mundo, la paternidad, ha sido derribada como un palillo por una bola de fuego -y una voluntad de juego. Una fuerza capaz de destruir esto tiene que ser necesariamente muy grande; pero una fuerza más grande que el amor y la confianza -en nuestra tribu y por todas partes- solo puede ser un pecado.

De este lado del mundo, hace ya mucho tiempo que no confiamos en la paternidad y por eso nos creemos -y creemos a nuestros hijos- completamente invulnerables. Creemos, más bien, en esa fuerza de

destrucción (bolas de fuego y voluntad de juego) y en nuestro simple y tranquilo desprecio del otro. Después de todo, nosotros seguimos a este lado de la pantalla de televisión. ¿Es esto realismo?

A un hombre se le roba su tierra, su casa, su familia, su fuerza, su salud y luego se le roba también su imagen. Se convierte así en un trofeo. Y cuando se le ha convertido en un trofeo mediante esta sustracción de cualidades; cuando ha sido limado, serrado, aislado y reducido a un despojo; cuando ya no tiene nada con qué defenderse, ni siquiera un lenguaje, entonces podemos quizás apiadarnos de él y hasta proporcionarle algunos cuidados. En nuestra tribu a esto le llamamos humanitarismo. Iraq ha sido devastado por los estadounidenses, sus niños bombardeados desde el aire por los estadounidenses, sus centrales eléctricas y potabilizadoras destruidas por los estadounidenses, su patrimonio artístico saqueado por los estadounidenses, muchos de sus hombres encerrados y torturados por los estadounidenses y su petróleo les ha sido arrebatado por los estadounidenses, pero afortunadamente a continuación llegaron los estadounidenses y empezaron a repartirles botellas de agua mineral. ¿Deberían sentirse orgullosos?

El capitán Kevin Brown dirige la operación de distribución de salarios a ex-militares iraquíes en la calle A-Zaura de Bagdad y lo hace sin dejarse llevar por el rencor y refrenando al mismo tiempo la tentación de sentirse bueno: "No siento nada por ayudar a los que nos disparaban hace unos meses". Es la frase muy coherente de un invasor. Él se limita a cumplir con sus deberes de criminal, con arreglo al nuevo código moral de nuestra tribu: matad, robad, humillad, pero acordados siempre de dejar una muleta y un dólar, aunque vuestros beneficiarios no os lo agradezcan. "Haz el bien y no mires a quién"; es decir, haz el bien incluso -incluso- a los que has matado de sed, de hambre, por enfermedad o por arma de fuego. Haz el bien incluso a tus víctimas. Este es el gran abismo moral que media entre el capitán Kevin Brown y esos a los que llamamos "terroristas" con un criterio más bien borroso para designar, sobre todo, su común falta de humanitarismo. Porque si, después de un atentado, los "terroristas" dejasen como regalo en

el cuerpo de sus víctimas un billete de lotería para la familia o un vale para un gabinete psicológico, entonces Aznar y Bush los apreciarían tanto como a los marines, aunque siguiesen operando a mucha más pequeña escala y produciendo muchos menos muertos. ¿O no?

Lo cierto es que la desaparición definitiva del espacio político tras el 11-S -con esa proliferación de leyes liberticidas en todo el planeta- ha simplificado enormemente el universo mental de nuestra tribu y la práctica de nuestros gobernantes. Todo es ya solo cuestión de "terrorismo" o de "humanitarismo", dos conceptos gemelos, nacidos de una misma raíz y que comparten el mismo suelo ontológico: solo se puede tratar *de dos maneras* a aquellos a los que se ha negado incluso la voz y que apenas si pueden defenderse: o el exterminio o la limosna, al arbitrio de las estrategias puntuales de los partidos y los ejércitos. La gran operación "anti-terrorista" y la gran operación "humanitarista", gestionadas por las mismas fuerzas militares, presuponen la misma consideración acerca de sus víctimas-beneficiarios.

Un hombre es un "terrorista" -y es ese vacío lo que nombra la palabra- en la medida en que se le priva de su condición política, en que se le despoja de toda capacidad para negociar, en que no se le reconoce ni siquiera el estatuto de "enemigo"; en la medida, pues, en que se le trata como a un *inasimilable universal*, fuera de los límites de la humanidad, un otro absoluto con el que no puede haber ninguna clase de diálogo y contra el que todo está permitido (incluso al margen del derecho, como en el caso de los así llamados "asesinatos selectivos" practicados por Israel y los Estados Unidos).

Pero lo mismo ocurre con el "humanitarismo": solo cuando a un hombre se le ha despojado de su casa, de su familia, de su tierra, incluso de su pasaporte, solo cuando se le ha privado de todo aquello que le identifica como "humano" -según esa paradoja que ya señaló Hannah Arendt-, se invocan para él los derechos humanos. Es necesario haber deshumanizado radicalmente a un hombre, haberlo expulsado a golpes de la humanidad, para que sea tratado de un modo humanitario.

"Terrorismo" designa la "inhumanidad" del que combate; "humanitarismo" designa la "humanidad" del que lo practica, y la idea misma del "humanitarismo" exige de algún modo la discontinuidad ontológica del beneficiario: se es humano con los humanos, pero humanitario con los perros abandonados. Es difícil imaginar mayor cinismo, mayor crueldad que la que entraña esta magnífica paradoja de la moral de nuestra tribu: los mismos que privan a un hombre de su humanidad, luego le dispensan cuidados humanitarios.

Pienso en el caso terrible de Ali Ismain, el niño iraquí al que los compañeros brigadistas visitaron en el hospital a los pocos días de comenzar los bombardeos sobre Bagdad. Un misil estadounidense destruyó su casa, mató a sus padres, a sus hermanos y a toda su familia y le arrancó los dos brazos. Luego, en medio de una gran pompa mediática, los mismos que habían arruinado para siempre su vida le sacaron del país y le llevaron al mejor hospital de Kuwait. Cuando los estadounidenses se marchen, Ali Ismain dormirá en algún basurero de Bagdad y se apostará de día a la puerta del MacDonalds para recoger con la boca la limosna displicente de un nuevo rico. Sería ingratitud, y de las más negras, que se pusiera a pensar más bien en alguna forma para poder luchar sin manos.

Conclusiones

Cuatrocientos años después de la publicación de *Don Quijote de La Mancha* conviene recordar el razonabilísimo alegato del ventero Palomeque (Parte I, capítulo 32) frente a los que sostenían el carácter fantástico y mendaz de las novelas de caballerías: "A otro perro con ese hueso. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco y adonde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. ¡Bueno es que quiera vuestra merced darme a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, *estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gentes que habían de dejar imprimir tanta mentira junta*, y tantas batallas, y tantos encantamientos que quitan el juicio!" En el mismo sentido, en el capítulo 50, un Don

Quijote hechizado y enjaulado arremete contra el canónigo de Toledo, al que oye condenar las patrañas de Amadís y don Hircanio: "¡Bueno está eso! Los libros que *están impresos con licencia de los reyes* (...), ¿habrían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo, o caballeros hicieron?"

En estos dos pasajes, denuncia e instrucción de todos los Goebbels de la tierra, la sencilla perspicacia de Cervantes nos explica a los ciudadanos del siglo XXI por qué seguimos creyendo los disparates de *El País*, de *El Mundo* o de la *CNN*; y por qué, si se trata de investigar las torturas de Abu Gharaib y el asesinato de José Couso o de averiguar lo que pasó en Jenin, consideramos "fuentes autorizadas" al Pentágono o a la Tsahal (y por qué las víctimas están siempre "desautorizadas" para hacerse oír).

Estos dos pasajes explican asimismo por qué "el doble rasero" funciona por encima de sus contradicciones morales y de sus efectos devastadores; podríamos denominarlo "paradoja de Amadís" o "paradoja de la licencia real" y enunciarla de esta manera: "el que es capaz de matar a todo el mundo, es incapaz de ser malo." Una instancia que reúne tanto poder, un gobierno capaz de lanzar dos bombas atómicas, un país capaz de fabricar pretextos para invadir Vietnam o Iraq, un imperio tan incontestable que puede dar golpes de Estado, bombardear civiles, sembrar uranio empobrecido, yugular por hambre, asesinar presidentes en todo el mundo, un ejército con un presupuesto de 400 mil millones de dólares, un poder -en *insuficientemente* grande para todo esto, en condiciones incluso de destruir el planeta, ¿cómo no va a ser sincero, puro, digno de confianza? ¿Cómo no va a querer lo mejor incluso para los que asesina? ¿Cómo no creer que, si invade Iraq y exige la retirada de las tropas sirias del Líbano, lo hace en beneficio de todos? ¿Cómo no va a tener razón si tortura en Abu Gharaib y condena a Cuba en Ginebra?

En este sentido, el poder nihilizador de los medios de comunicación es tanto mayor cuanto más grande es su poder de difusión. Su capacidad para anestesiar al espectador (o al lector) tiene menos que ver con la “distancia” que introduce respecto de los acontecimientos que con su *proximidad total*.

Más allá de las manipulaciones y los clichés, cuya eficacia no se puede desdeñar, esta “proximidad total” es un producto industrial –a igual título que nuestras zapatillas Nike y nuestros MP3- destinado a un consumo directo muy tranquilizador. Los medios de comunicación son en gran parte responsables de eso que he llamado el *nihilismo espontáneo de la percepción*, en cuyo seno se borran las diferencias entre una Guerra y una Olimpiada, entre las torturas de Abu-Gharaib y un Parque Temático, entre la información y la publicidad.

Las ediciones digitales de los periódicos ofrecen todos los días, uno al lado del otro, titulares como éstos: “Vea los últimos instantes de Saddam Hussein”, “Vea las imágenes de la pasarela Cibeles”, “Vea el tercer gol de Ronaldinho”, contribuyendo de esta manera a la “monumentalización” rutinaria y tranquilizadora del horror más abyecto.

De hasta qué punto esta confusión se ha inscrito en nuestra percepción inmediata –sin el menor malestar moral por nuestra parte- da buena prueba una fotografía que ganó un premio internacional en el año 2007 y que ha circulado extensamente: en ella se ve a un grupo de jóvenes cristianos ricos en un coche de lujo –uno de ellos tapándose la nariz para evitar los malos olores- fotografiando con sus teléfonos móviles las ruinas de los barrios populares de Beirut bombardeados por Israel.

Bibliografía

- ALEGRE, LUIS. (Ed.) *Periodismo y Crimen*. Hiru, Hondarribia, 2002.
- ALBA, SANTIAGO. *Vendrá la realidad y nos encontrará dormidos*. Hiru, Hondarribia. 2006.
- AMIRIAN, NAZANÍN Y MARHA ZEIN: *Irak, Afganistán e Irán. 40 respuestas al conflicto en Oriente Próximo*. Editorial Lengua de Trapo, Madrid, 2007.
- BERNABÉ, JAVIER (Ed.). *Periodismo preventivo. Otra manera de informar sobre las crisis y los conflictos internacionales*. La Catarata, Madrid, 2007.
- COLLINS, J. Y R. GLOVER: (Eds.) *Lenguaje colateral. Claves para justificar una guerra*. Páginas de espuma, Madrid, 2003.
- COLLON, MICHEL. *¡Ojo con los media!* Hiru, Hondarribia, 1995.
- CHOMSKY, NOAM. *Piratas y emperadores. Terrorismo internacional en el mundo de hoy*. Ediciones B. Barcelona, Junio 2003.
_____. *Bush y los años del miedo. Conversaciones con Jorge Halperín*. Ediciones Le Monde Diplomatique, Buenos Aires, 2003.
- EZLN. *Documentos y Comunicados*. Ediciones Era, México, 1995.
- HAROLD, MARC. *Afganistán como un espacio vacío*. Foca, Madrid, 2007.
- HUNTINGTON, SAMUEL: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, 2005.
- MOORE, MICHAEL. *¿Qué han hecho con mi país?* Ediciones B, Barcelona, 2004.
- MORELLI, ANNE. *Principios elementales de la propaganda de guerra*. Hiru, Hondarribia, 2001.
- FRANJEN, AL. *Mentiras y mentirosos. Una visión justa y ecuánime de la derecha norteamericana*. Debate, Madrid, 2004.

- GASCÓN, MARÍA DEL CARMEN. *Comunicando paz. Otros medios de comunicación desde el mismo laberinto*. Editorial Popular, Madrid, 2008.
- GASTEIZKOAK, COLETIVO. *La abominable cara oculta de los ejércitos humanitarios*. Zap Ateneo, Gasteiz, 2003.
- HAZAN, ERIC. *LQR. La propaganda de cada día*. La Oveja Roja, Madrid, 2007.
- KLEIN, NAOMI: *La doctrina shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós, Barcelona, 2007.
- PARENTI, MICHAEL. *Más patriotas que nadie*. Hiru, Hondarribia, 2004.
- PAUWELS, JACQUES. *El mito de la guerra buena. EEUU en la Segunda Guerra Mundial*. Hiru, Hondarribia, 2002.
- RAMONET, IGNACIO. *La tiranía de la comunicación*. Debate, Madrid, 1998.
- ROMANO, VICENTE. *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*. El Viejo Topo, Barcelona, 2007.
- SASTRE, ALFONSO. *La batalla de los intelectuales*. Hiru, Hondarribia, 2004.
- SCHECHTER, DANNY. *Las noticias en tiempos de guerra*. Paidós, Barcelona, 2004.
- SERRANO, PASCUAL. *Perlas. Patrañas, disparates y trapacerías en los medios de comunicación*. El Viejo Topo, Barcelona, 2005.

Documentales recomendados que no son de ficción

- *Los condenados de Kosovo*. Michel Collon y Vanesa Stojilkovic, 2000.
- *Nuevas caras. El mismo objetivo*. David Segarra, 2007.
- *Vender la guerra. The Fifth State*.
- *La revolución no será transmitida*. Kim Bartley y Donnacha O'Briain, 2003.
- *Puente Llaguno. Historia de una masacre*. Angel Palacios, 2004.
- *Asedio a una embajada*. Angel Palacios, 2002.

Largometrajes de ficción recomendados

- *Ciudadano Kane*. Orson Wells, 1941.
- *La batalla de Argel*. Gillo Pontecorvo, 1966.
- *El año que vivimos peligrosamente*. Peter Weir, 1983.
- *La cortina de humano*. Barry Levinson, 1997.
- *Leones por corderos*. Roberto Redford, 2007.

Este libro se terminó de imprimir
en enero de 2010, siendo
Director General del CIESPAL
el Dr. Fernando Checa Montúfar

Medios violentos

Palabras e imágenes para el odio y la guerra

P

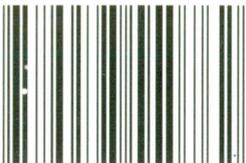
uede parecer que el mensaje generalizado en los medios de comunicación es de rechazo a la guerra, el odio o cualquier manifestación de agresividad. Ese es el primer prejuicio a desmontar en este libro. Cómo bajo el mensaje y la impresión generalizada de que los medios suelen adoptar un papel pacifista y condenatorio de la violencia, eso no solo no es siempre así, sino que pueden llegar a ser grandes aliados de la guerra y la agresión.

Los medios tuvieron un papel fundamental en el conflicto de Yugoslavia, han sido condenados por el Tribunal Internacional por crímenes de guerra en el genocidio de los Grandes Lagos, han liderado un golpe de Estado en Venezuela o siembran el odio religioso en la India.

Al mismo tiempo, criminalizan y satanizan a grupos sociales incómodos o líderes políticos díscolos como preparación previa para la represión o la agresión militar. A todo ello se suma su participación en la psicosis antiterrorista, bien rentabilizada por los Estados Unidos.

Esta obra destapa con numerosos y elocuentes ejemplos, la implicación criminal que los medios de comunicación pueden llegar a tener en el fomento del odio, sesgos informativos, tergiversaciones y silencios, xenofobia y racismo e incluso culto a la guerra y las armas. Todo ello sin obviar propuestas para un debate sobre la comunicación que pueda promover salidas y alternativas a esta situación

ISBN 978-9978-55-076-2



9 789978 550762



porque la comunicación es un derecho



EDITORIAL
QUIPUS